

PATTY McMAHOU



*Ni tú eres
un príncipe*

*ni yo he perdido
un zapato*

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo
Epílogo 2

Agradecimientos

Nota de la autora

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

La vida de Malena era casi perfecta hasta que, el día antes de su boda, su futuro marido le comunica que su relación ha sido una equivocación y que no va a casarse con ella. Hundida en la más profunda de las tristezas, acepta el plan de Vicky, su mejor amiga, que la anima a aprovechar el viaje de novios y tomarse unas vacaciones juntas. Lo que ella no imagina es que ese viaje cambiará su vida para siempre, pues allí conocerá a Donatello, un descarado italiano de preciosos ojos verdes que la desconcierta por completo.

Con una amiga dispuesta a todo, una extensa familia italiana, muchos malentendidos, mentiras, un volcán y una ardiente pasión, Malena tendrá que lidiar con sus sentimientos y con un futuro incierto.

¿Será capaz Donatello de hacerle abrir los ojos?

NI TÚ ERES UN PRÍNCIPE NI YO
HE PERDIDO UN ZAPATO

Patty McMahou

Esencia/Planeta

A mis padres y a mi hermana, por estar siempre ahí...

Capítulo 1

La miro con cara de incredulidad.

He pasado toda la maldita noche llorando como una Magdalena para que ahora ella me venga con semejante tontería. Me duelen los ojos, la nariz me escuece de las veces que he usado el pañuelo para quitarme los asquerosos mocos que no dejan de salir, y la cabeza... ¿qué decir de ella? Sólo quiero que alguien, quien sea, llegue con un hacha bien afilada y me la corte.

Me duele, simplemente me duele.

Pero ¿cómo coño tendría siempre ese tipo de ideas?

Me duele el alma, me duele la vida, me duele el cuerpo.

No me puede estar pasando esto a mí, a mí que he soñado con el momento princesa desde que tenía diez años. Y ahí está el vestido, colgado, mientras yo, con los ojos rojos como dos picaduras de mosquito tigre, lo miro con cara de pena y de asco. Tan blanco, tan bonito, tan caro y tan de...

—¡Eres gilipollas! —le grito finalmente a mi amiga.

—Relaja la raja, colega —responde ella—. Me has tenido toda la noche despierta escuchando tus lamentos, tus quejidos, tus —pone una cara melodramática— «¿Por qué a mí? ¡Oh! ¿Por qué? Con lo felices que podríamos haber sido los dos»...

—Bueno, es que...

—Nada, ni mu. —Victoria levanta un dedo y me señala muy seria—. Está decidido, está pagado y vamos a irnos tú y yo.

—¿Y si le da por cancelarlo? —me quejo cual Dolorosa.

—Me cago en toda su familia si al mamón ese le da por cancelar una mierda. —Y hace una cruz con el pulgar y el índice y se los lleva a los labios

para besarlos—. Por mis muertos que no mueve un dedo. Como que me llamo Vicky Malache que no mueve ni el bigote ese de mierda.

—A mí me gusta —veo la mirada que me echa mi amiga—, me gustaba.

—Qué hostia tienes, Malena. —Y, dicho esto, Vicky sale de la habitación dejándome sola y, de nuevo, llorando la desgracia de que no sea hoy el día de mi boda.

* * *

Cuando Victoria, con paso firme y sereno, llega al salón, donde se encuentran mis padres, mi abuela del pueblo, los dos de Madrid y la insulsa de mi prima, que vino desde Londres hace tres días y se aloja en el pequeño piso en el que ellos residen, mi madre se levanta preocupada.

—¿Cómo está?

—¿Por qué tuvisteis que llamarla Magdalena? —plantea Vicky con cara de enfado—. Está igualita que la de la película de Mel Gibson.

—Se llama Malena —la corrige mi madre.

—¿Y eso de qué viene, de María de las Angustias Fuertes? Porque ese sí que le pega mucho —responde Victoria sin cortarse un pelo.

—Sí, viene de Magdalena, pero se llama Malena —dice sereno mi padre, antes de que mi abuelo Joaquín meta baza pensando en lo suyo.

—¿Así de guapa como la Monica Belucci esa de los anuncios de ropa interior? —suelta.

—No, como la Loren, que te pega más por la edad —le responde Vicky ya un poco cansada de tonterías familiares.

—A ver, ¿tan mal está la pobre? —pregunta mi padre.

—Ya os lo podéis imaginar, la han dejado plantada el día antes de su boda por un antiguo amor. —Mi amiga suspira, coge un vaso de encima de la mesita del centro y echa un poco de café mirando a mi abuela del pueblo, Antonia. Ésta la comprende inmediatamente y se levanta despacio para ir al armario del

saloncito, que sirve de mueble bar. Saca una botella de anís y se la pasa directamente a Victoria, que le echa un buen chorro al café.

—¿No te va a sentar mal? —le espeta mi prima de Londres sin levantar la mirada de su móvil.

Vicky ni le responde; casi mejor, porque probablemente le hubiera quitado el móvil del sopapo que le habría soltado. Así que, sin hacer caso a nadie, remueve un poco el contenido del vaso y se lo echa al gznate de un tirón. Su cara es un verdadero poema; cierra los ojos con fuerza y menea la cabeza un par de veces antes de volver a hablar.

—Nos vamos de viaje de novios. —Victoria alarga la mano para coger un trozo de bizcocho.

—¿No crees que el novio habrá cancelado el viaje? —oigo que dice mi padre.

—Ya te digo yo que ese cacho de carne con ojos no lo va a cancelar. —Victoria se levanta de la silla, se saca el móvil del bolsillo trasero y se dirige hacia el cuarto de baño.

—¿Crees que debería entrar a ver a la niña? —Mi madre habla con mi padre.

Lo imagino cerrando los ojos lentamente y negando con la cabeza mientras le aconseja:

—Dale tiempo.

* * *

Yo aún sigo llorando en la habitación, mientras miro el bonito vestido de novia colgado en el armario. Son las nueve de la mañana y a las doce debía entrar en la iglesia del brazo de mi padre. Él impecablemente vestido con un chaqué hecho a medida, regalo de mi novi... exnovio, y yo a su lado, sonriendo con el velo tapándome la cara, como manda la tradición. El pasillo hasta el altar estaría decorado con flores blancas y lilas y, de fondo, sonaría el canon

de Pachelbel en el interior hasta que llegáramos a la altura de mi novi... exnovio. Y allí pronunciaríamos el «sí quiero», nos convertiríamos en marido y mujer y disfrutaríamos de una bonita vida, llena de niños y alegrías.

Pero no, yo sabía que algo le pasaba desde hacía algunas semanas. Quizá hasta desde algunos meses atrás.

Llevaba un tiempo raro. Que si no podía quedar porque andaba con los preparativos de la boda, que si su familia había decidido hacer algo a última hora y yo no debía enterarme porque era una sorpresa, y luego, cuando nos veíamos... lo de los cariñitos, los besos, y no digo lo de tener sexo, brillaba por su ausencia. Algo le pasaba.

Y ese algo tenía nombre y apellidos.

Cuando sonó el teléfono ayer a las diez de la mañana, sus llantos se oían desde lejos. Pero no eran de tristeza, sino casi más bien de liberación cuando me contó que no podía continuar con nuestra boda, que por mucho que lo había intentado no estaba enamorado de mí y que, sintiéndolo mucho, debíamos dejarlo. Fue la última vez que hablé con él antes de que la estirada de su madre, desde su maravillosa casa de La Moraleja, me lo contara todo con pelos y señales.

Realmente no me hacía falta saber que desde hacía unos meses Juan Pedro, que es como se llama mi novi... exnovio, por «casualidades de la vida» volvió a encontrarse con una antigua amiga del bachillerato. Carmina, mi ex futura suegra, me explicó bastante bien que en realidad fue en una fiesta organizada por ellos mismos por no sé qué acto benéfico al que no tuvieron a bien invitarme. Bueno, lo de siempre con su familia, que nunca han visto con buenos ojos que su hijo saliera con alguien de mi clase. ¡Mi clase! Una chica de barrio, cuyos padres tuvieron que trabajar mucho y sacrificarse para darle la mejor de las educaciones en una universidad privada. Pero bueno, eso es otra historia. La cuestión es que aquella señora, de estirado cuello, pendientes perlados, collar igualmente nacarado y la cara un poco paralizada por el

bótox, me dijo que, desde entonces, su hijo y Piluca, que es como se llama la ínclita, volvieron a verse de vez en cuando...

Hubo un momento en aquella conversación, que repito que no necesitaba, en que desconecté de lo que me estaba contando, y creo que hasta colgué el teléfono. Pero lo que me quedó perfectamente claro fue que el que iba a ser mi marido, desde hacía varios meses me los estaba poniendo con una antigua novia del centro de estudios ese privado al que iba, y que no quería casarse conmigo porque ella era el verdadero amor de su vida.

Patético, ¿no?

Lo del patetismo lo digo por mí. Por la pobre chica de barrio que pensó que había tenido la suerte de que el amor de su vida fuera un rico heredero de una inmensa fortuna. No, no soy una buscarricos, en realidad todo sucedió por pura casualidad.

* * *

Fue una tarde de invierno en segundo de carrera, cuando algunos compañeros, los que compartíamos coche y gastos de gasolina, estábamos en el bar de la facultad tomando unas cervezas y echándonos unas risas, pensando qué casa estaba vacía ese fin de semana para seguir allí con las birras.

Juan Pedro no paraba de mirarme y yo pensé, como siempre, que sería porque estaba horrible. Sí, solía ir con vaqueros y camiseta a clase, no como todas las pijas que por allí andaban con sus pantalones pitillo, camisa blanca, collar de perla —muy de la época— y jersey a rayas —muy Hombres G todo, qué le vamos a hacer—. Pues eso, que no me quitaba el ojo de encima y, finalmente, cansada de sus miraditas y envalentonada por las tres cervezas que llevaba, me acerqué a preguntarle «¿Y tú de qué vas?».

El pobre se puso colorado como un tomate y, casi por lo bajo, me dijo que iba donde yo quisiera, porque lo que tenía ganas era de invitarme a cenar.

Así que la que se puso colorada como una lata de refresco fui yo y lo demás son diez años de historia tirados por la borda.

* * *

Que sí, que vale.

Un recuerdo muy bonito de dos personas que son de mundos diferentes. Él rico. Yo pobre, bueno, del montón. El rubio y con ojos azules. Yo castaña y con ojos oscuros. Él todo. Yo nada. ¡Ains!, que me pongo a llorar otra vez... Si es que estaba claro, si eso no podía salir bien. Todo el mundo me lo decía, pero él insistía en que pasaríamos de todo, que lo nuestro no lo podía romper nada ni nadie. ¡Ja! Menos la Piluca esa y la mala pécora de su madre.

Dios, esto es un jodido culebrón y yo no estoy cobrando ni un royalty.

Pues nada, que el día de mi boda estoy llorando en mi habitación y todo se nubla a mi alrededor. Él se ha ido con una niña pija en un porsche blanco y con un jersey amarillo...

Vale, que sí, que quizá todo esto que estoy contando parezca divertido, pero necesito sacarle un poco de partido a mi dolor o finalmente me va a comer por dentro la pena que ... ¡Ya está! Ya estoy llorando por mi mala suerte.

No voy a volver a enamorarme. Nunca más. Bueno, no de alguien con dinero en plan rico, que tenga a todos los de su alrededor diciéndole que yo no soy buena para él porque soy una mala influencia. Que los pobres no valemos para nada —eso se lo oí a la perra de su hermana un día, mientras yo salía del baño de su mansión de La Moraleja—.

Que no, que no me da la gana que otra panda de caciques vejestorios se conviertan en el dolor de mi vida. No puede ser que yo, después de diez años de relación, me encuentre con el alma rota porque el amor de mi vida me ha dejado. ¡Joder, que yo le quiero! ¡Que le quiero mucho!

Me levanto de la cama, donde estaba sentada mirando sin parar el precioso vestido blanco que iba a llevar puesto hoy mismo, en mi boda, y abro la puerta

para encaminar mis pasos hacia el salón. El lugar maldito donde casi toda mi familia está concentrada, esperando a que la pobrecita humillada salga con cara de sapo partero. Sí, ésa soy yo, pero sólo voy a salir para coger la botella de ron que sé que tiene mi padre y llevármela a la habitación. Si hay que olvidar, olvidaré a lo grande, con una resaca de las de antología.

Sentada en el salón, mi familia oye cómo la puerta de mi habitación se abre con brío. Me acerco con pasos ligeros por el pequeño pasillo, mientras todos esperan con ansia verme, bueno, mi prima no tanto, para hablarme o lo que sea.

—Cariño —dice mi madre.

Papá, que me mira con los ojos muy abiertos, levanta una mano indicando a la familia que espere, que no diga nada.

Yo los miro a todos. Parece más un velatorio que otra cosa. No logro ver dónde anda metida mi amiga Vicky.. Mejor, así no tendré que darle ninguna explicación.

Me acerco al mueble bar, lo abro, cojo la botella de ron y, sin decir nada, regreso a la habitación.

—¡Que se va a pillar un colocón del bueno! —advierde mi abuela Pepa, espantada.

—Pues que se lo pille la chiquilla —suelta la otra, la del pueblo, Antonia.

—Madre mía, madre mía —exclama mi abuelo Joaquín.

—¿Era Vicky la que ha salido del baño? —La insulsa de mi prima, aún con la nariz metida en el móvil, no se entera de nada—. Es que me meo.

—Yo creo que debería entrar en esa habitación y quitarle la botella —dice asustada mi madre.

—Pero ¿tú te crees que yo soy tonto? —replica mi padre—. No hay nada de alcohol en toda la casa, sólo he dejado el chinchón por tu madre.

—¡Ni que yo fuera la única que le da al anís! —se hace ella la ofendida.

—No, pero por lo menos sabemos quién la tiene controlada. —Mi padre se encoge de hombros sin darle más importancia.

—En eso tiene razón —suelta el abuelo Joaquín—. Trae *p'acá*, que le voy a dar un regalillo al café.

—Para, que al final te pones tontorrón y suficiente tenemos con tu nieta —suelta su mujer.

De repente se hace el silencio en casa, como si hubiera pasado un ángel, como si estuvieran en el ojo del huracán y todos esperaran el primer grito, golpe o improprio que de un momento a otro llegaría de la habitación. Pero no, se equivocan, los exabruptos empiezan a salir del cuarto de baño de boca de Vicky, y casi mejor no reproducirlos.

—¡Y una mierda como un piano para ti! —De nuevo silencio—. ¡No te lo crees ni envuelto en papel de celofán, gilipollas!

Todos los demás, incluida yo, que asomo la cabeza por la puerta de la habitación de un piso de setenta metros cuadrados, miramos hacia la puerta del cuarto de baño expectantes. Nadie habla, hasta la prima de Londres, Aroa, ha dejado, por primera vez en dos horas, el móvil de lado y su mirada se dirige a esa puerta cerrada por la que salen palabras más que fuertes.

—¡Te lo voy a decir una vez! ¡Sólo una puta vez!

Mi padre, Arturo, se aferra a los reposabrazos del sofá intentando no mostrar más nerviosismo del que se palpa en el ambiente.

—Te la comes, soplapollas, así que... ¡Si la Vicky te vacila, tú te callas y asimilas!

El silencio se podría cortar con un cuchillo, con unas tijeras, un hacha y hasta con un cortacésped.

Victoria sale del cuarto de baño con una sonrisa de oreja a oreja. Mira hacia la habitación de la que asoma mi cabecita y me suelta:

—Nena, nos vamos de viaje de «novias».

Yo me escondo dentro de la habitación, cerrando la puerta y dándole un sorbo a la botella que creía que estaba llena de ron. Tal como entra en mi boca, el líquido sale por ella como si fuera el mismo volcán Eyjafjallajökull, sí ese de Islandia que no hay bemoles de pronunciar de corrido.

Vuelvo a mirar la botella, el mamón de mi padre ha cambiado el ron por... ¿por qué leches lo ha cambiado? Esto es asqueroso, ni siquiera se puede beber. ¿Será capaz de haberle echado...?

—¡Papáááááááááááá! —En el salón oyen mi grito casi desesperado.

Él mira a mi madre sonriendo:

—¿Lo ves? Ahora saldrá de ahí y al fin empezará a decir algo, aunque sea feo.

Abro la puerta.

Se va a enterar de lo que vale un peine... «A mí no se me hace eso, papá. A mí no se me quita el alcohol, aunque sea ron asqueroso.»

Capítulo 2

Un viaje siempre es el principio de una nueva aventura. Cuando se emprende, siempre lleva uno metida en la maleta la ilusión del destino, de las cosas nuevas que conocerá, de las situaciones que vivirá y, sobre todo, la alegría de ir con alguien con quien siempre habías deseado viajar a ese lugar.

Pero no, yo estaba en el aeropuerto, esperando a que Vicky saliera del servicio, adonde había ido por quinta vez. «Nerviosa —me decía—, los aviones me ponen nerviosa.» Nerviosa estaba yo, porque no sabía qué narices estaba haciendo en el aeropuerto el día después de mi «no boda» con mi nov... exnovio. Creo que nunca voy a acostumbrarme a no pensar en él como parte de mi existencia. De diez años de mi vida, de nuestra vida. Joder, que yo ya me veía como una instagramer de esas que se pasan el rato colgando fotos de su perfecta vida, de sus perfectas casas, de sus perfectos desayunos y de sus preciosos hijos...

Volví a mirar al suelo enfadada, sin entender por qué me había dejado convencer por aquella loca para hacer un viaje que no era para nosotras, sino que había sido planificado para nosotros dos. Un «nosotros» que se había ido a la mierda justo el día antes de casarnos.

Piluca.

«Su amor de juventud», me dijo su madre.

Cabrones los dos.

—¿Me das un chicle? —me pidió mi amiga.

—Nunca llevo chicles, lo sabes de siempre —contesté enfadada.

—Bueno, hija, era por entablar conversación, pero si vas a estar así todo el viaj... —Se quedó con la boca abierta al ver pasar por delante de ellas un

chico que le encantó—. ¿Has visto?

—¿Qué? —Yo sólo miraba la punta de mis pies.

—Eso. —Codazo en todas las costillas—. ¿Tú-has-vis-to-e-so?

Remarcaba las palabras despacio, como si yo fuera un poquito lerda o lenta o lo que fuera. Pero sí, parecía saborearlas mientras me las decía. Yo ni miré. «¡Para! ¡Se acabó!», solté por dentro, como si fuera la mismísima María Jiménez en su famosa canción. Para mirar tíos estaba yo. Yo estaba para llorar y no parar de hacerlo hasta que el sol se consumiera.

El amor de mi vida me había dejado por ¡Piluca! ¿Qué puñetero nombre era ése? Piluca... Sólo faltaba que tuviera una hermana que se llamara Kuqui y otra Cuca.

Victoria era de enamoramiento automático. Sí, de las que veían a un hombre guapo, o no, y si a ella le parecía el hombre más bello del planeta, se lo comía. Pobres, a mí me daban hasta pena. Bueno, algunos no, que eran idiotas y se creían con derechos después de un buen meneo. Pero, vamos, ¿quién era yo para hablar de eso si había estado enamorada durante diez años de un hombre que me había dejado el día antes de nuestra boda?

Hala, ya estaba.

Otra vez llorando y sin darme cuenta. Sin darme cuenta no, dándome cuenta e intentando esconder las lágrimas detrás de unas gafas de sol dignas de una folclórica que quisiera escapar de los fotógrafos. De esas que impiden que se vean los ojos, reflejan la luz y además son gigantes. Pero temo que el movimiento de mis pulmones me delató y ahí estaba otra vez ella.

—Malena, por favor. —Victoria me acarició la espalda como si de un perrito se tratara—. Ya está, ya ha pasado. No podemos hacer otra cosa más que dejarlo ir.

—No puedo, Vicky, de verdad, no puedo. —Lo había intentado por todos los medios.

Bueno, todos no, que me escondieron todo el alcohol que había en la casa. Aunque yo sabía que mi abuela se estaba metiendo lingotazos de anisete, que

se olía en el salón. Pero no, nadie tuvo el detalle de ofrecerme aunque fuera un chupito que me quemara la garganta y que así pudiera sentirme como uno de esos mariachis que cantan al amor perdido después de notar cómo el tequila los quema por dentro. Igualito que mi pérdida.

¡Ains, Diosito, qué desgraciadita soy!

—¡Deja de decir eso, joder! —soltó mi amiga.

Al parecer no estaba hablando para mí, sino para todo el que quisiera oírme en ese momento. Sí, hablaba en alto y ni siquiera me había dado cuenta.

La miré con carita de bebé desvalido. Finalmente Victoria se apiadó de mí y, antes de darme un abrazo, buscó algo en su bolso. Recé para que fuera un Orfidal, pero no, sacó un frasquito y me hizo abrir la boca.

—Homeopatía —me dijo la cabrona.

Yo abrí la boca sentada en aquellas incómodas sillas que hay delante de las puertas de embarque, esperando a que éstas se abrieran para poder entrar en el avión con gracia y salero. ¡Ja! Noté en la lengua unas gotitas de algo dulce. Victoria me dijo que llevaban una retahíla de cosas raras: que si pasiflora, que si tila... Pero que me relajarían hasta llegar a Catania, en Sicilia.

A mi novi... exnovio le dio por pensar que sería mucho más glamuroso viajar a las islas Eolias que cruzar el Atlántico, como todo el mundo. Decía que sería fabuloso ir a Italia, justo donde estaba el volcán en erupción Stromboli y donde muchos diseñadores famosos y demás ralea de esa que le encantaba a él pasaba las vacaciones.

¿Nápoles? ¿La costa Amalfitana? Yo le di algunas ideas más, no sé, conocidas, cercanas, fáciles. Y él: «Que no, que no, mi vida, ya verás que será todo maravilloso».

Pero lo maravilloso iba a ser tener que esperar dos horas más en el aeropuerto porque el avión no estaba preparado, o quizá había perdido un tornillo en el anterior vuelo. Lo fantástico iba a ser el delicioso vuelo lleno de turbulencias que, más que hacerme olvidar lo sucedido, no haría más que recordarme que no me hacía gracia volar y que él siempre me cogía la mano.

Gilipollas. Yo. Claro.

—Si quieres puedo cogerte yo la mano.

Victoria lo intentaba, pero llegó un momento que dejó de hablarme. Y no por que quisiera relajarme, sino porque sabía que, como continuara así, yo podía saltarle con alguna burrada. Así que, sin pensarlo mucho, avisé a la azafata y le pedí una bebida alcohólica para intentar calmar mis nervios. Vicky ni me miró: directamente se puso los cascos y pasó de mí durante todo el tiempo que duró el vuelo entre Madrid y Roma. Sí, ésa sería la primera de nuestras escalas para llegar a unas maravillosas islas italianas.

Ella estaba entusiasmada, para qué voy a mentir, me recordaba todas las películas en las que la chica encuentra el amor con un guapo italiano. Y a mí me daba por recordarle el final de *Bajo el sol de la Toscana*, donde la protagonista se tiraba a un italiano, pero éste no sólo estaba con ella, sino con unas cuantas más, el muy pichabrava. Otro avión, esta vez de Roma a Catania. Salió a su hora. Victoria ni me habló, simplemente se acercó, me abrió la boca y me puso debajo de la lengua otras gotitas de la mierda esa que llevaba en el bolso.

Tal vez debería contaros que Vicky y yo somos amigas desde que íbamos juntas al instituto. El primer día de clase, una imbécil comenzó a meterse conmigo porque yo llevaba un aparato de esos de ortodoncia que iba sujeto a la cara con una especie de máscara. Creo que del grito que Victoria le dio, nadie volvió a meterse conmigo en los cuatro años que duraron las clases. Cierto que hacia la mitad del segundo curso a mí ya me pusieron uno de esos aparatos normales que no se veían, pero ni una mosca volvió a decirnos ni mu, oiga. Éramos como Epi y Blas, Pin y Pon, la cerveza y las aceitunas, siempre juntas a todas partes. Siempre la una al lado de la otra si había alguna fiesta o nos invitaban a alguna casa de la que los padres habían desaparecido para irse al pueblo. Ella tan pequeña, tan rubia, tan guapa y tan fantástica.

No era de las que sacaba las mejores notas, pero lo aprobaba todo y con eso ya le valía para poder seguir adelante y no tener que pasarse los veranos

estudiando.

Aunque le interesaba todo lo que tuviera que ver con los libros, la verdad era que estaba más que claro que cuando acabara el instituto Victoria no iba a ir a la universidad. En su casa lo sabían, en el instituto lo sabían y ella misma me lo dijo desde el primer día que comenzamos a hablar. Me dejó muy claro que lo que deseaba era conocer las plantas, la fitoterapia. Era pesadísima contándome el daño que las farmacéuticas nos hacían, las mezclas odiosas de compuestos químicos que lo único que lograban era aliviar los síntomas de la enfermedad sin desenmascarar su origen y que lo que ella deseaba era curar el mal desde el principio. Quería conocer por qué se producía la enfermedad y, a partir de ahí, exterminarla.

En aquella época me fascinaba que ya tuviera tan claros todos esos conceptos. Hoy en día pienso que era más que probable que se hubiera dado un golpe en la cabeza de chiquitina, ¡pobrecita ella! No lo he contado, ¿verdad? Pues Vicky tiene una pequeña tienda en la que vende todo tipo de hierbajos, cual ermitaño de la montaña que ayuda a quien se acerque a él sirviéndose de raíces, hojas y compuestos extraños, entre los que siempre he pensado que probablemente habría caca de escarabajo o alas de mosquito tigre cabreado. ¡Yo qué sé! Pero ahí estaba ella, como si fuera la *meiga* del barrio, todo el día dando mejunjes a todo quisqui que entraba en su «cueva de remedios». Eso sí, perfectamente conjuntada y hermosa como ella sola.

Yo, por el contrario, me fui a la universidad, privada para más señas, que les costaba un riñón al mes a mis padres. Y digo un riñón y no dos porque conseguí una media beca que me obligaba a hacer de azafata en todos los eventos que se organizaban en ese selecto centro. Presentación de profesores, allí estaba yo. Graduación de los alumnos, allí estaba yo. Conferencias o ponencias, allí estaba yo. Siempre de uniforme, sonriendo y ayudando a los invitados a estar cómodos, a encontrar sus asientos o a lo que hiciera falta. Pero bueno, gracias a eso pude hacer que mis padres se ahorraran un dinerito y yo saqué las mejores notas que nunca antes se habían visto en la universidad.

Eso me ayudó a conocerlo a él, a Juan Pedro. Tan alto, tan rubio, tan perfecto... y yo tan borde, tan idiota y tan de otra clase, como se empeñaba en dejar claro siempre la estirada de su madre, Carmina la divina. Tan rubia ella también, pero de bote, y no sigo con la rima que ya está muy manida...

Prometo que siempre he sido una chica educada, he sabido estar en mi sitio en todo momento y, además, después de la carrera encontré un buen trabajo. Tal vez por obra y gracia del padre de mi novi... exnovio, el único que aún merece la pena de la familia nuclear de Juan Pedro, tan distinto a aquella jauría de perras rabiosas que son mi exsuegra —ésa si me sale fácil— y mi excuñada, María del Pino. Pero me sacaban tanto de quicio que...

—¡Nena! —Vicky me despertó de la ensoñación—. Ya estamos aterrizando en Catania.

—Qué ilusión —solté con desgana.

—Venga, que sólo nos queda coger el coche de alquiler e irnos a Milazzo. Allí, el barco y... ¡Lipari! El hotel, que ya le he estado echando un ojo, es una maravilla. Tiene una piscina que da al mar y un montón de cosas que...

Desconecté en el momento en que me abroché el cinturón, respirando despacio para que no se notara el miedo que me daba el aterrizaje. Vicky no paraba de hablar durante todo el rato. Sé que intentaba que pensara en otra cosa, pero no, yo no quería pensar más que en una: «¡Ay, Juan Pedro, ¿qué me has hecho?!».

Parecía que me hubiesen puesto el piloto automático, juro que no me estaba enterando de nada, no sabía si era por las gotitas que Vicky me estaba dando cada par de horas o porque mi cerebro había decidido olvidar que nos habíamos ido mi amiga y yo de viaje de «novias». «¡Uy, ya verás qué risas con las confusiones!», me dijo. Creo que me reí por dentro, pero muy por dentro. Casi como que no se notó.

En el aeropuerto, rauda y veloz Vicky cogió un carrito de esos para llevar las maletas cual compra en el Carrefour. Pensé que el aeropuerto de Catania estaría algo más vacío, pero lo cierto es que estaba lleno de gente que iba de

un lado a otro. Unos con niños pequeños que se escapaban e intentaban subir a la cinta de las maletas. Otros, dignos de la serie «Jersey Shore», aros en las orejas incluidos, que corrían como si fueran carteles de marcas de ropa cara, que se viera bien que llevaban un tal o un cual. Algunos, los menos, iban trajeados y otros, como uno que se paró a mi lado, olían de maravilla. No me miró, sino que fui yo la que me di la vuelta al sentir ese perfume entrar directamente en mi cerebro. El hombre no estaba pendiente de la cinta —llevaba una maleta de mano—: al parecer sólo se había parado un segundo para mirar algo en su teléfono móvil. Tenía cara de pocos amigos, pero había algo en él que me gustó tanto como me echó para atrás. Iba demasiado bien vestido, llevaba una maleta de esas, carísimas, marrones con las letras impresas. Otro pijo de los que sólo se juntan con los de su misma especie. Pero tenía también unos preciosos ojos verdes.

«¿Hola, Malena? ¿Estás mirando a otro hombre?» Claro que me hice esta pregunta, si mi novi... exnovio hacía un par de días me había dicho que las medias naranjas sólo servían para hacer un buen zumo para el desayuno, ¿por qué no iba yo a mirar? Sólo era mirar.

Vi cómo se guardaba el móvil en el bolsillo del pantalón, de esos que quedan como un guante, y, por un segundo, un instante, nuestras miradas coincidieron. Él me miró con preocupación, o curiosidad, nunca he sabido distinguir esa mirada, y yo me miré los pies mientras me ponía las gafas de sol. Seguro que le había llamado la atención lo rojos que tenía los ojos. Suspiré y esperé a que Vicky me trajera las dos maletas allí plantada, esperándola.

—Vamos, ya tengo las maletas y nos están esperando en la puerta de salida —me dijo mi amiga, acercándose.

—¿Qué pasa contigo? ¿Es que te has convertido en guía?

—Cuando tuve la charlita esa tan intensa con tu ex —levantó las cejas creando expectación—, lo obligué a enviarme toda la información sobre el viaje. Así que, prepárate, que nos vamos a Milazzo a por el primer barco.

—Teníamos que habernos ido al Caribe, ya estaríamos allí.

—Te quiero, ¿lo sabes? —Victoria me miró fijamente y yo medio asentí—, pero ¿quieres parar un poquito?

—¡Llevamos más de siete putas horas de viaje para venir a Italia! ¡Joder, Italia, no Japón!

Lo siento, tenía que decirlo, pero estaba ya un poquito mucho hasta las mismísimas gónadas femeninas. En realidad mis hormonas estaban a punto de rebelarse y liarse a tortazos con todo lo que pillaran.

—Vaaaaaaaamos. —Vicky me dio en los tobillos con el carrito donde llevaba las maletas.

Casi tropiezo al volverme para mirarla y echarle una mirada de esas en plan mala de película. Pero sólo pude verlo a él, que seguía con sus ojos clavados en mí. A mí, como la imbécil que soy, me dieron ganas de acercarme y darle una patada en las pelotas, pero me acababan de destrozar los tobillos con un carrito hasta arriba de maletas.

—¡Allí está! —Vicky salió corriendo hacia un hombre detrás de un cartel.

¿Un cartel?, me pregunté, mientras observaba cómo, poseída por el espíritu de Louis Hamilton, mi amiga esquivaba con el carrito a la gente que salía por la puerta hasta llegar delante de un hombre pequeñito, de facciones regordetas y poco pelo. Me recordó a Danny DeVito, pero con un color de piel más oscuro. Claro, es que no os lo he dicho, mi novi... exnovio quiso que nos casáramos en pleno julio. Ya sabéis, con el buen tiempo, el sol, y luego marcharnos a un sitio donde el aire acondicionado fuera como una extensión más de nuestra familia.

Bueno, da igual.

Vicky ya estaba a la altura de aquel hombre que, por cómo miraba a un lado y otro, claramente buscaba al novio. Pero no...

—*Seniores de Vinuesa?* —preguntó suavemente, casi con asombro.

—No, nosotras no casadas. Sólo amigas —habló en indio Vicky—. Ella no casada, marido ¡fiu! —Hizo con las manos el gesto de las alas de un pájaro.

El pobre hombre no sé qué fue lo que entendió, pero se hizo la señal de la cruz en su cuerpo. Me temo que entendió que mi novi... exnovio, joder, lo que me va a costar, estaba muerto o lo que fuera.

—No, no muerto —solté—. ¡Me ha dejado, se ha ido, ha volado, se ha liado con otra! ¡Yo sola, él con otra!

Se lo dije cabreada, gritando y en español. Me temo que el pobre lo entendió a la perfección, ya que agarró el carrito y nos pidió por señas —me temo que no quería decir ni una palabra más— que lo siguiéramos hacia el lugar donde tenía aparcado el coche que nos iba a llevar a coger el barco a Milazzo.

«Un trayecto muy agradable por las autopistas de Catania», me dije, intentando calmar los nervios antes de meterme, otra vez, en un medio de transporte público. Vicky, pasando de mí completamente, se sentó en el asiento delantero para intentar mantener una amigable conversación con el conductor.

A mí, de nuevo sin volver a dirigirme la palabra, me abrió la boca y volvió a ponerme tres gotitas de aquella mierda que no sé por qué no se la confiscaron en el aeropuerto. Pero bueno, por lo menos me mantenía callada. Porque yo tenía un cortocircuito en el cerebro, cables sueltos que, cada vez que hacían contacto, me convertían en algo parecido a un demonio de Tasmania o yo qué sé. Así que mejor callada. Miré el reloj a la media hora de estar metida en aquel coche, que, todo había que decirlo, era un pedazo de berlina de esas de película. A nuestra disposición, toallitas húmedas con buen olor, botellitas de agua... todo muy mono. Aunque yo, así, sin que nadie se diera cuenta, seguía buscando el compartimento secreto, ese en el que guardan el alcohol.

No lo encontré.

Pero, de pronto, levanté los ojos para ver qué estaba sucediendo en la carretera, porque llevábamos más de cinco minutos parados y lo único que logré entender fue un par de palabras, *casino* y *cazzo*, algo así como «caos» y «polla». El resto de lo que decían, dicho de manera educada, para mí era

como si oyese eructar a un elefante: no me enteraba absolutamente de nada y lo peor era que todo parecía que iba subiendo de tono.

—Tranquila —me dijo Vicky—, al parecer ha habido un accidente.

—Pero ¿desde cuándo sabes italiano? —le pregunté.

—No lo sé, pero sólo hay que pedir que te hablen despacio y en italiano normal, no en el que usan por aquí, que es más lioso.

Mi amiga y su don de gentes, el mío yo debí de dejármelo metido en el fondo de la maleta que me había traído para el viaje de novi... para aquella mierda que estábamos haciendo. ¿Y lo bien que estaría yo en mi casa llorando? Miré de nuevo por la ventanilla y el vehículo se puso en marcha.

«¡Bravo!», me dije, pensando como una persona normal, al final sólo habían sido unos segundos.

No, queridas, no habrían sido sólo unos segundos de no ser por la decisión del conductor: se había puesto en marcha para dirigirse al arcén y, con dos cojones, continuar por ahí, pasando de todos los vehículos que estaban detenidos, con sus pasajeros dentro esperando como personas civilizadas. Pero, a ver, ¿no se suponía que Sicilia era una isla llena de historia y un crisol de civilizaciones? ¿Sólo se habían quedado con lo peor?

—¡Una ramaaaaaaaaa! —grité—. ¡Que nos la comemos!

Me encogí y me quedé hecha un guiñapillo en el asiento trasero. Mis compañeros de aventura, o sea, conductor y mala amiga, seguían tan tranquilos a lo suyo, mientras yo, cagada de miedo, veía cómo los retrovisores de los demás coches pasaban casi rozando a toda leche, mientras nosotros seguíamos por el arcén.

Que llegábamos tarde, dijeron Victoria y el conductor.

Que perdíamos el barco, me insistió el conductor. Que todo estaba perfectamente calculado...

—Y ahora nos detienen —dije por lo bajo, ya que nadie me iba a hacer ni puñetero caso.

Pero, para mi sorpresa, al llegar al lugar del accidente y pasar nuestro

vehículo justo por el lado derecho del estropicio, el chófer sacó la cabeza y saludó como si fuera amigo de los policías de toda la vida. Lo peor de todo, o lo mejor, era que probablemente sí fueran amigos de esos de toda la vida, de los que se hablan mediante billetes de colores.

¿Por qué había tenido que ir allí? ¿Por qué?

Después de aquel incidente, que nos retrasó lo suficiente como para que yo perdiera un poquito más los nervios, llegamos a Milazzo. Allí, el conductor, solícito como nadie, bajó nuestras maletas, se despidió con un movimiento de cabeza de mí y con un gran abrazo de mi amiga. Algo le dijo al oído mirándome, pero preferí no preguntar. Se habían pasado todo el viaje hablando entre ellos, ella en castellano y él en italiano...

—Venga, coge tu maleta y vamos por los billetes —me animó Victoria echando a andar—. Nos quedan veinte minutos para que salga el barco y finalmente llegaremos a Lipari.

—Estoy mareada —le dije—. No puede ser que lleve diez horas de viaje, no puedo más.

—Tú tranquila, en cuanto subamos al ferri sólo será una hora. Sólo una hora más y llegamos.

—Vicky, lo único que quiero es irme a dormir, meterme en una cama y no salir más.

—Anda, espera aquí con las maletas y déjame que coja yo los billetes.

Normalmente, se supone que en julio hace calor y buen tiempo, pero extrañamente, aunque hacía calor, allí el cielo estaba encapotado y el mar que podía divisar desde aquella parte del puerto estaba oscuro, muy oscuro, y eso no presagiaba absolutamente nada bueno.

Me senté encima de mi gran maleta, un precioso regalo de mi novi... exnovio, de colores excéntricos y gran dureza. Sí, podía sentarme en ella y ni siquiera crujía. Y allí me quedé, sentadita esperando a que mi amiga, con una sonrisa en los labios y dos paquetes en una mano, llegara hasta donde yo estaba.

—¿Comida? —Me ofreció un paquete, pero yo vi que escondía una cosa detrás que me apetecía más.

—Dame primero lo otro y luego le doy un bocado a lo que sea que me hayas traído.

—Eres como los cerdos ante la trufa —me tendió una botella verde de cerveza italiana—, no hay quien te esconda el olor a cebada.

Pasé de ella en el momento en que el contenido en aquella botella verde cayó en mis manos. La levanté, llevándomela a los labios, que junté como si fuera a besar a mi novi... exnovio, ¡qué duro iba a ser aquello!, y bebí. Tragué. Engullí el líquido ámbar y helado, vaciando media botella.

—Pues sí que tenías sed...

—No, no sólo es sed. Son ganas de emborracharme para poder olvidar todo lo que me está pasando.

—Vale ya, tía, joder. —Vicky le dio un mordisco a su *panino*.

—¿Cómo que vale ya, tía? —la encaré.

—Mira, todos sabíamos que tenías un gilipollas por novio. Que sí, que te quería mucho, que os ibais a ir a vivir a un bonito chalet en Pozuelo, que después tendríais tres o veinte hijos, que no te haría falta trabajar, que vivirías como una reina. Pero —me chascó los dedos en la cara— eso se acabó. Se ha ido con una furcia, te ha estado engañando delante de tu cara. ¡Pava! ¡Que eres una pava!

—Soy lo que me sale del —¿cómo había dicho el conductor?— *cazzo*, aunque no tenga.

—A ver, te lo voy a decir a la cara porque soy tu amiga, pero ¡y un mojón con pelos para él! —Se acercó peligrosamente a mi rostro—. Un novio no te esconde, no te cuenta patrañas para que no vayas a fiestas en su casa y para que casi no veas a su familia.

—Era yo la que no quería ir —mentí a medias.

—Pues eso era porque no te sentías bien, sólo estabas con él por el dinero.

—¡Estás idiota! —le grité, bebiéndome lo que quedaba en la botella y

quitándole la suya.

—Digo la verdad, eres una arribista.

Estuve tentada de lanzarle la botella a la cabeza. Era verdad que un poco gilipollas sí que me volví con las atenciones de Juan Pedro, pero, joder, nunca dejé de estar con mis amigos de siempre. Eso sí, siempre y cuando él no estuviera, no pudiese o tuviera alguna de esas cosas a las que yo no iba...

Volví la cara, enfadada, y vi que todo el mundo estaba entrando ya en el aliscafo, que es como llamaban al barco que cogeríamos para, al cabo de una hora, llegar finalmente a la apetecible y deliciosa isla de Lipari. Aunque a mí, en esos momentos, era como si me dijeran que tenía que irme al hospital a hacerme una laparoscopia. O sea, que me apetecía más bien poquito.

Lo que no me dejó indiferente fue volver a ver a aquel tipo de expresión enfadada —aún la mantenía— que había visto en el aeropuerto. Seguía hablando por teléfono y, esa vez, las maneras suaves que en un principio parecía tener, se habían marchado por el retrete. Sus manos, bueno, su mano, la que no sujetaba el móvil, abanicaba el aire. Los gritos casi eran peores que los que Vicky y yo estábamos profiriendo unos minutos antes.

Esa vez fui sólo yo quien lo vio, pues se giró al colgar con su interlocutor, con la intención de lanzar el teléfono al suelo. Imagino que lo pensó, admito que con un móvil tan caro yo también lo habría pensado, y subió la pasarela del barco de las narices.

Vicky no me dijo nada, esa vez no me dio gotitas ni nada, simplemente cogió su maleta, me lanzó casi a la cara, todo hay que decirlo, el billete del barco y se largó.

Yo, en un alarde de orgullo, esperé unos segundos antes de tomar el mismo camino que ella. No, no la seguiría como un perrito faldero. Además, qué narices, el viaje era para mí, no para ella, y mucho menos para nosotras. Era otra cosa y yo no quería estar allí. ¿De acuerdo?

Pues con el empuje que el falso orgullo me había conferido, agarré mi superhipermegaguay maleta y me dispuse a subir al barco. No, no era fácil

arrastrar un maletón de tamañas dimensiones, con unas minirruedas, por una pasarela llena de hendiduras de diferentes formas, repleta de ropa fabulosa para pasar una maravillosa luna de miel...da.

Dentro de la sala, cada uno se había acomodado en un asiento. Vicky, pasando de mí, estaba ya sentada a la barra del bar, haciéndole ojitos al camarero. Así que yo dejé mi maleta lo más sujeta posible y me dispuse a sentarme en una de las butacas, en las que pasaría el rato intentando mirar por unas ventanas que más bien parecían pequeños portillos por los que no podía verse absolutamente nada. No sé si por la ausencia de limpieza o por los rayajos que tenían.

Respiré un par de veces y me puse los cascos. Ya que iba a estar sola, que por lo menos me acompañara la música. Eso sí, la elegí bien, no tenía ganas de ponerme de nuevo a llorar. Metí la mano en mi bolso para buscar el dispositivo, apartando de un manotazo el *panino* que Vicky me había comprado. Dos cervezas eran lo único que llevaba en el cuerpo desde las intempestivas horas de la mañana en que había salido de mi casa.

El vaivén del barco confirmaba que nuestro viaje comenzaba y la ligereza con la que aquel *aliscafo* iba por la superficie del agua auguraba un buen trayecto.

¡Lastimita! Qué equivocada estaba, simplemente había dado marcha atrás y se había encarado para salir del puerto y meterse en las embravecidas aguas del mar Tirreno. ¡Hijo del gran diluvio universal! Me imaginaba al mismo Eneas amarrándose al palo mayor y dejándose llevar por los vientos de las islas.

Otra de las cosas por las que mi novi... exnovio quería ir a aquellas islas era por las leyendas mitológicas: que si Neptuno, que si Vulcano, que si los rayos de Júpiter... Rayos y centellas eran las que yo comenzaba a sentir en mi estómago cuando aquel «barquito» comenzó a dar sus primeros bandazos fuera de la dársena.

«No, así no», me decía una y otra vez. Si iba a morir, quería hacerlo en el

aire. ¡Sabía que me iba a arrepentir de aquello toda mi vida! ¡Lo sabía!

Me agarraba con fuerza al asiento, no sin antes haber buscado debajo el chaleco salvavidas. Que en realidad poco iba a hacer por mí, teniendo en cuenta que aquel barco estaba sellado. Sí, ¡ay, qué angustia!, estábamos todos metidos en una sala gigante. Parecía la de un cine, con sólo un bar y unas escalerillas, que imagino subirían al puesto de mando. Yo respiraba, bueno, intentaba respirar una y otra vez.

No sé quién fue, pero una vez me dijeron que si iba en un avión o en un barco y veía a la tripulación tranquilamente yendo de un lado para otro, que me relajara, que no pasaba nada. Ok, vale, bien. Vicky seguía charlando con el camarero. Un tipo vestido como el capitán Stubing de la antigua serie «Vacaciones en el mar», pero sin gorra, caminaba tan tranquilo. Vale, eso quería decir que no nos íbamos a morir. No en esos momentos ¿y dentro de diez minut...?

¡Ahí va! ¿Qué era eso que luchaba por salir de mi vacío estómago?

¡Rogué a todos los dioses que parase! ¡Ay, ay, ay!

Mis manos buscaban delante del asiento por si, como en los aviones, hubiese una bolsita de papel que pudiera contener mi... ¡QUE SE SALEEEEE!

Me levanté corriendo del asiento, molestando, lógicamente, a la señora entrada en carnes que se encontraba a mi lado. Recé para que, al regresar, pues había dejado mis cosas tiradas encima del asiento, estuviera todo en su sitio. Y con una mano en la boca busqué desesperada el cuarto de baño. Como era de esperar, el de señoras estaba ocupado, así que me dirigí al siguiente, al de hombres, y abrí la puerta en el momento en que, desde dentro, alguien lo hacía para salir y ... ¡Zas! Todo el asqueroso contenido que había estado intentando mantener dentro de mi estómago salió, lo lancé cual niña del exorcista, contra el suelo y los zapatos del hombre. Brillantes los llevaba antes de que... Otra vez no, por favor, noooo...

Levanté la cabeza dos segundos para ver a quién le había hecho tan bonito regalo... No, no podía ser él, ¿en serio? No me dio tiempo a mucho más, lo

aparté antes de volver a vomitar, esta vez en el lugar apropiado: el váter.

¡Qué malita! ¡Ay, qué malita!

Otra arcada y, doblada sobre mí misma, volví a notar otra más. No podía hablar, no podía disculparme, no podía más que... ¿sentir las manos de aquel hombre sujetándome la cintura y apartándome el pelo?

—*Fai dei bei respiri, lentamente* —decía en italiano.

No le entendía nada, pero me imaginaba que estaba intentando hacer que me calmara un poco antes de que de nuevo... ¡Hala, zasca! Otro vomitón.

—*È tutto a posto, rilassati.*

Mientras el barco no cedía en su vaivén ni un segundo y nuestros movimientos, un poco inadecuados para el momento en el que nos encontrábamos, hacían que mi culo chocara incesantemente con su entrepierna, y él intentaba mantener mi cuerpo lo más sujeto posible y su propio equilibrio, yo notaba que algo se estaba poniendo duro cada vez que chocábamos. Rezaba para que mis arcadas pararan. Pedía a Dios que lo que notaba fuera su móvil. Y sólo quería que aquello terminara para volverme a sentar en mi butaca y no levantar más la vista del suelo en toda mi vida para no tener que mirar a la cara a aquel hombre.

¡Por favor, que sea la última!

¡Otra arcada!

De ésa ya nada, sólo la angustia y nuestros obscenos movimientos dentro de un minirretrete. Y no era mi imaginación: a aquel tío se le había puesto en marcha cierta parte anatómica en un momento de lo menos indicado. Que, a ver, incluso yo en la situación en la que me encontraba podía entender que ciertos movimientos hicieran que nuestro cuerpo tuviera vida propia, pero, joder, que se me estaba yendo la vida por la boca.

Intenté incorporarme al sentir que mi estómago parecía haberse tomado un descanso. La mano de aquel hombre, la que me sujetaba el pelo, se movió para retirármelo mejor, pero me seguía agarrando de la cintura, con su anatomía bien pegada a la mía. Vale, era cierto que la culpa no era suya, no del todo,

porque el barco tenía su propia idea de lo que era un encuentro en el mar y no tenía ninguna delicadeza conmigo en pleno «vomiteo».

—*Ehí, va meglio?*

Me hablaba al oído, aún lo tenía detrás. Creo que intentaba preguntarme si me encontraba mejor, pero lo cierto era que no me encontraba mejor, simplemente no vomitaba, pero lo que era hablar, ¿le echaba mi aliento de dragón de Komodo?

Levanté una mano mientras me daba la vuelta para encararlo y le hice entender, o eso creí yo, que me encontraba bien a medias. Estaba realmente mareada y lo veía borroso. Creo que tenía cara de preocupación, pero a mí lo que me preocupaba en ese momento era lo cerca que estábamos y lo duro que estaba aquello. Sí. Así que lo aparté un poco para abrir el grifo del lavamanos y asearme.

—*Non bere l'acqua della barca, aspetta.*

Y él dale que te pego con el italiano. ¡Que no pillo ni papa! Inglés, bien. Francés, lo que me dejan... Pero italiano...

Me lavé un poco la cara, cogí papel de ese asqueroso que ponen para las manos y me sequé un poco. ¡Asquito de aliento! Tenía que volver corriendo a mi asiento: primero para no ver más a aquel hombre depravado, cuyo cimborrio se había puesto duro mientras yo potaba, y segundo porque necesitaba un caramelo o algo.

Lo admito, no me preocupé por ver cómo había dejado el suelo cuando toda la pota había caído sobre él, antes de que él me ayudara. Pero tenía el cuerpo con menos ganas de fiesta que un koala en un árbol, necesitaba cuajarme un poco, descansar.

Llegué como pude a mi asiento. Allí seguía la señora grandota, mirándome con cara severa. Le pedí perdón por volver a pasar por encima de ella y casi me dieron ganas de soltarle un «y de la que te has librado, bonita», pero con ver que todas mis pertenencias seguían en su sitio, me conformé.

Cerré los ojos unos segundos, respirando tranquilamente. Si es que soy

tontita perdida, ¿quién me mandaba a mí beber sin comer? Líquido en el estómago, mar revuelto y fiesta gitanaaaaaaaaaaaaaa. Sentí una mano en el hombro. Joder con la señora, ¿y ahora qué querría?

Abrí los párpados y me encontré con el de los ojos verdes mirándome fijamente, sentado a mi lado.

—*Non riuscivo a trovarti* —dijo, ofreciéndome una botella de agua.

—Gracias. —La cogí, la abrí y después bebí un buen trago—. Pero si continúas hablando en italiano no voy a entenderte.

Lo dije así, como si fuera un poquito, no sé, despistadillo. Y menos mal que no me dio por hacerlo gritando, como en las películas antiguas.

Se rio antes de contestarme:

—¿Eres española?

—De toda la vida. —Volví a beber un sorbo de agua.

No me habló, se quedó mirándome.

Yo tampoco le hablé y desvié la vista. Para miraditas estaba yo.

Pero bueno, después de un momentito incómodo para mí, le dije:

—Oye, que gracias por lo de antes, siento lo de tus zapatos de marca y que nada, que un detalle.

Hale, puerta, vete, chao *pescao*. ¡Hasta luego, Maricarmen...!

—No te preocupes por los zapatos, se limpian y ya —dijo en castellano, con un acento bastante cerrado y haciendo como si no se hubiera enterado de que me apetecía tanto estar hablando con él como a un vampiro estar en la Costa del Sol.

—Bueno —volví a darle un sorbo a la botella de agua—, de nuevo gracias. Pero...

—¡Oye! —la voz de mi amiga Vicky se oyó por encima de todas las voces —, que ya estamos llegando y tú por ahí de ligoteo, que no había dios que te encontrara.

La fulminé con la mirada.

—A ver, bonita, que ya llegamos, que pilles tu maleta, que me ha dicho ese

chico tan majo —señaló al camarero de la cafetería— que esta noche nos lleva a cenar a un restaurante de su familia.

—Por favor, Victoria, ¿quieres hacer el favor de dejarme en paz?

—Joder, todavía la señorita está cruzadita. —Se marchó con la maleta a cuestas y se puso a esperar a que se abrieran las puertas.

—¿Has venido de vacaciones? —me preguntó el tipo sin darse por vencido.

—Algo así, pero si no te importa he de ir por mi maleta. —Lo hice levantarse para ver si me dejaba en paz.

—Sí, no te preocupes. —Se levantó y salió al pasillo, dejándome espacio—. Ha sido un placer poder ayudarte.

No, si ya me había dado cuenta de lo del «placer», hijo mío. Aunque quería seguir pensando que era su teléfono móvil de ultimísima generación y no que las situaciones de esa clase lo ponían, sexualmente hablando. Cierto es que hay gustitos sexuales que son de lo más rarito, pero a mí no me apetecía conocer los de ese tipo.

Me marché sin mirar atrás, así como una gran diva. Agarré el maletón que llevaba, que casi parecía un ataúd para un difunto de lo grande que era. ¿A quién se le ocurrió meter tanta ropita sexy para la noche de novios? Le pegué una patada antes de darme cuenta de que había gente mirándome un poco mal al ver que no conseguía mover de su sitio el maletón.

—¿Te ayudo?

Venga, otra vez el tipo ese.

Pero ¿qué se había creído? Me ponía la mano en el pelo, le echaba los restos en los zapatos ¿y se creía que me podía perseguir? No señor, lo que aquel hombre estaba comenzando a hacer se llama acoso y a mí no me estaba gustando nada de nada.

Lo miré con cara de «¿tengo alternativa?» y él sonrió educadamente, así que me temo que no, que no tenía ningún tipo de opción para deshacerme de él

en aquel instante. Hice una mueca que seguro recordaba a la sonrisa del Joker de las cartas del póquer.

Dio igual, consiguió desencajar aquel «baúl» repleto de cosas que no usaría durante el viaje y yo, ya solita, lo hice rodar hasta la puerta para después arrastrarlo por la rampa que me llevaría hasta el muelle, donde, según mi guía Vicky, nos esperaba un coche para llevarnos al hotel, que estaba algo apartado.

—¿Qué te ha pasado ahí dentro? —me preguntó con cara de enfado.

—Pues que me he mareado y le he potado en los pies a un tío —respondí, dando patadas repetidas a la maleta.

Sí, le había cogido un poquito de tierra al baúl aquel lleno de nada.

—¿Qué dices? —Mi amiga me tocó la frente, preocupada—. ¿Estás bien? ¿Necesitas algo? ¿Por qué no me has avisado?

—Pues no, no estoy bien desde el momento en que hemos decidido hacer este viaje —me desahogué—. No necesito más que hacerme bicho bola y llorar. Y no te he avisado porque andabas muy ocupada en la cafetería.

—Bueno, hija, es que te has puesto de una forma conmigo que no sabía qué hacer. Así que he preferido separarme, pero de saber que ibas a ponerte mala...

—Hubieras sacado de ese bolso tuyo, que deberían decomisar, unos hierbajos que harían que...

—¿Te han dicho lo estúpida que eres a veces? —soltó mi amiga, mosqueada.

—La verdad es que últimamente, más que decírmelo, me lo están dejando saber una y otra vez.

La lluvia comenzó a caer.

Primero fueron unas pequeñas gotas que a ninguna de las dos nos molestaron. Abandonamos la terminal de cruceros arrastrando los maletones, caminando casi más rápido de lo que podíamos por miedo a que la lluvia arreciara. Mi dolor de estómago, por otra parte, seguía ahí.

Nadie nos esperaba con un cartelito con nuestros nombres, por lo que nadie nos ayudaría a meter los dos muertos que llevábamos en el maletero, antes de poner rumbo al hotel. Por un lado me cabreó, pero, por otro, no volver a ver eso de «Sres. de Vinuesa» como que me relajó.

Llegamos a la zona de los taxis y nos pusimos a la cola. Las preciosas gotitas del mes de julio que comenzaron a caer y a refrescar el ambiente, con más prisa que pausa, se estaban convirtiendo en unos goterones que caían como chuzos de punta. Cuando llegó el nuestro, se lo cedí a los que estaban detrás de nosotras. Lo mismo hice con el siguiente. Vicky, histérica bajo la lluvia, no hacía más que insistir en que teníamos que pillar un taxi para irnos al hotel a la de ¡YA!

Palabras textuales.

Pero lo que pasaba era que yo no quería meterme en un espacio cerrado, yo necesitaba caminar hacia donde fuera para poder relajar mi estómago. Sí, sé que soy un poquito rarita, pero sabía que caminar era lo único que en esos momentos me iba a calmar.

Lógicamente, Vicky no estaba en absoluto de acuerdo conmigo y tras parar el primer taxi que vio, se subió a él, le señaló al conductor las dos maletas que debía meter en el maletero, si podía, y me miró:

—¡Te doy dos segundos para que entres en el puto coche!

—¡Estoy harta de que me trates así! —le solté como si fuera una loca.

—Mira, ¿sabes qué te digo? —Esperé a que me soltara una animalada—. Que las pasas no son higos, así que si sabes dónde está el hotel, allí te espero, monada.

—Ahora no puedo subirme a un coche, lo sabes —me justifiqué bajo la lluvia.

—Ni yo tengo ganas de seguir aguantando tus ñoñerías de pobre niña rica abandonada. ¡Que eres de barrio, coño!

Y con ese último grito, el vehículo que llevaba mis bártulos y a mi amiga puso rumbo a lo desconocido, para mí, claro está. Imaginé que, en menos de

veinte minutos, Victoria ya estaría en la habitación o tomando un cóctel típico del lugar, si no decidía darse ya al Frangelico.

Vale, que ella tenía más razón que un santo y que yo estaba siendo más pesada que una vaca en brazos. Que desde que habíamos salido, bueno, para ser más exactos, desde que me llamaron por teléfono para decirme que me abandonaban el día antes de mi boda, no había estado muy fina. Hilando más fino, diría que no había sido la mejor de las compañías. Pero lo que no llegaba a entender era por qué me había dejado convencer para emprender ese viaje.

Estoy segura de que si Vicky me lo hubiera propuesto un mes más tarde, dejando pasar un poco de tiempo, tal vez habría cambiado un algo de actitud. Lo mismo hasta habría visto el mundo de otra manera. Pero, joder, es que no me había dejado siquiera que me lamiese las heridas. ¿Cómo puñetas quería que estuviese como una persona normal?

Las cosas como son, desde que conocí a mi novi... exnovio, la vida me cambió por completo. Era como tener un Ibiza y de repente conducir un Porsche, que, de hecho, fue exactamente lo que me pasó. Al segundo año de estar juntos, el regalo de cumpleaños que me hizo Juan Pedro fue eso, un coche. Pasé de tener una tartana a uno de esos que rugen cuando arrancan. ¡Me pagaba hasta la gasolina! ¡Cómo no me iba a sentir la reina de las reinas!

Miraba algo en un escaparate —casi siempre salíamos por las zonas por donde se movían sus amigos— y, mientras tomábamos algo, él decía que iba al baño y, al rato, cuando regresábamos a casa, me lo daba. ¿Cómo no me iba a creer una zarina?

Pasaron cinco años y me dijo que quería que nos fuéramos a vivir juntos a un pisito que había visto. No me comentó dónde estaba, ni hablamos de cómo lo íbamos a pagar, y al llegar me sorprendió ver que viviríamos a dos calles del casurrial de sus padres. Bueno, no era algo que en ese momento me molestara mucho. Él me comentó que era el piso piloto de la promoción y que su padre se lo había regalado amueblado, así que sólo teníamos que compartir

los gastos comunes. ¿Cómo no me iba a sentir la mujer más afortunada del planeta?

Todo era maravilloso: sus atenciones, sus mimos... Toda su vida parecía que giraba a mi alrededor. Trabajábamos muy cerca. Él en la empresa familiar y yo en unas oficinas, feliz y con un buen sueldo para una chica de barrio de la periferia... venida a más.

Bajé la cabeza, notando cómo los goterones de lluvia no sólo me mojaban el pelo, sino que ya mojaban también mi ropa y mi cara. A ello había que sumar que las lágrimas que no paraban de salir. Mi estómago, el muy cabrón, me regaló una nueva arcada... ¿Y si encima estaba embarazada? Deseché ese pensamiento al darme cuenta de que no era posible: Juan Pedro y yo no habíamos tenido sexo desde hacía varios meses. Meses sin tener relaciones, con lo bien que lo pasábamos en la cama. Con todo lo interesante que pasaba en nuestra alcoba, ahora la de otra. ¿Dónde estarían todas mis cosas? ¿Quién las tendría? ¿Me las enviarían? Seguro que la hija de la gran puta de Carmina las habría quemado.

Qué feliz, qué feliz de haber conseguido que su hijo dejara a la niña guapa de barrio, sin la clase suficiente para entrar en su familia. Era tan sutil, era tan víbora, era tan de dar pataditas verbales por debajo de la mesa o cuando su hijo no estaba presente...

Comencé a caminar siguiendo las indicaciones de los miles de carteles que anunciaban hoteles hasta que localicé el mío: «Giardino...». Ése. Ése era el hotel al que debía dirigirme. Mis huesos, entretanto, ya iban quejándose del reuma que aparecería de un momento a otro; es lo que tiene la humedad.

—¿Subes? Lluve.

¿En serio? ¿De verdad? Aquello no podía estar pasándome a mí.

Pero al parecer el destino, o aquel pesado, se había empeñado en fastidiarme absolutamente todo el día.

—Ya sé que llueve, pero no quiero subir a ningún vehículo. Estoy mareada —solté.

—Si quieres esperamos en algún lado hasta que no llueva. —Señaló una cafetería al lado del muelle—. Te invito a un *ristretto*.

—Mira, no quiero ser desagradable, pero al final...

—Lo sé, lo siento, pero llueve y...

—Y nada. En serio, necesito caminar —repliqué lentamente, mientras la gente que pasaba a su lado lo saludaba.

Debió de notar mi sorpresa.

—Me conoce mucha gente aquí. —Sonrió sin darle importancia. Y añadió —: Déjame que te acompañe, así te indico el camino.

—¿Y tú qué sabes adónde voy?

—He visto que mirabas los carteles y, al menos, vas en esa dirección. — Sacó la mano y señaló una carretera que subía.

Sin pensar, dije el nombre del hotel y él sólo sonrió. Me pidió que me acercase a su coche por el lado derecho, el del acompañante. Al principio no entendí la petición, pero después de ver cómo unos cuantos vehículos nos adelantaban y otros iban en dirección contraria, casi arrancándole los retrovisores al Fiat Cinquecento que conducía, comprendí que sólo quería que, aunque caladita y a punto de la neumonía, pudiera entrar sana y salva por la puerta del establecimiento hotelero.

No sé qué le había dado a aquel tipo de ojos verdes conmigo, pero lo cierto era que no estaba agradeciendo nada su silenciosa compañía, con su vehículo avanzando a casi veinte kilómetros hora a mi lado. Yo caminaba lenta, sí, pero no me daba la gana acelerar; sólo andando lentamente el mareo iba disminuyendo poquito a poco y sentía que el estómago se me iba colocando de nuevo en su lugar sin que tuviera que tomar nada. Temblaba, pero no iba a admitir delante de nadie, y menos delante de aquel tipo que ni siquiera sabía cómo se llamaba, que me moría por entrar en el coche y que me llevara al hotel echando leches.

Iba mirando al suelo, aunque era consciente de que él me observaba mientras conducía, porque iba volviendo su rostro de vez en cuanto. Tampoco

me hablaba. Por primera vez agradecí algo de él, que me respetara, aunque por decisión propia se hubiera convertido en mi guardaespaldas al más puro estilo italiano. Vamos, digo que italiano porque sé que en otras partes así, exactamente así, no se hace. Pero bueno, quién soy yo para juzgar la cultura de cada lugar. Tampoco soy nadie para juzgar a aquellos que ven a una mujer desvalida y piensan que convirtiéndose en su caballero de brillante armadura ella se lo agradecerá regalándole un pañuelo, como en una justa medieval, y después dándole un casto beso.

¿En serio estaba pensando todas estas cosas mientras caminaba y mi estómago se aposentaba? Tendría que irme a la cama antes de lo que tenía previsto y también quizá una ducha calentita en pleno julio hiciera que me destensase un poquito y que al día siguiente amaneciera de otra manera, pero de momento... de momento no me quería acordar de quién era, de dónde venía, ni adónde pertenecía.

—*Dai, siamo quasi arrivati.*

Oí la voz que salía del interior del vehículo. Estuve tentada de soltarle un «¿lo *cualo?*», pero pensé que no entendería la broma, así que volví la cara hacia él y lo miré levantando una ceja. Me parece que se dio cuenta de que no había entendido ni papa.

—Perdona, que casi hemos llegado. —Señaló la puerta de un hotel.

Sonreí. O eso creo. Y si no lo hice por fuera, juro que sí lo hice por dentro. Muy por dentro, tan dentro que hasta me salió una lagrimita de felicidad al ver que era un lugar con techo.

—¿Necesitas que te acompañe dentro? —Paró el vehículo en la puerta.

Yo, sin saber qué decir por primera vez, me encogí de hombros e hice una mueca, como indicándole que me daba igual. Pero a saber qué es lo que entendería él, porque se bajó del coche, lo cerró y se apresuró a ponerse a mi lado para acompañarme hasta el interior.

—Disculpa —dijo una vez bajo el porche de entrada, donde ya no nos mojábamos—. No te he dicho mi nombre. —Me tendió la mano—. Donatello

Orantelli.

—Malena Romero. —Se la estreché brevemente.

—Te ayudaré a...

—Tranquilo, estoy seguro de que mi amiga ya habrá tomado posesión del castillo.

—Cualquier cosa que necesites, pregunta por...

Me di cuenta de que, cuando nos vieron llegar, salieron inmediatamente dos personas a recibirme. O eso fue lo que yo creí, porque nada más ver a Donatello se pusieron a tratarlo como si se tratara del mismísimo Papa de Roma, sí el papa Francisco.

Él comenzó a hablar con ellos sin muchos aspavientos y, enseguida, los empleados pasaron de estar pendientes de él a estar pendientes de mí y, en castellano, a indicarme mi habitación y ofrecerse por si necesitaba algo...

—¿Eres...? —casi pregunté una gilipollez y él me sonrió respondiendo:

—Guía de las islas. —Esa vez fue él quien se encogió de hombros—. Me conoce todo el mundo.

Se había puesto algo nervioso. Pero, por otro lado, tenía sentido: un guía, un picaflor, alguien que buscaba romances pasajeros.

—Cualquier cosa, los avisas y me llamarán. —Acto seguido se despidió con un simple saludo.

No recuerdo haberme dado la vuelta para decirle adiós. Simplemente seguí a aquel botones que chapurreaba español hasta mi habitación. Yo, toda mojadita, sólo quería meterme en la cama después de darme una buena ducha. Miré alrededor, creo que describir el hotel habría dado para un capítulo entero de «Chapuzas estéticas» respecto a la decoración y no a los cuerpos. Pero no me daba el alma. Al entrar, vi a Vicky tomando algo y riendo con un par de camareros en una de aquellas barras dignas de películas de los años setenta. Seguro que esperaba que la llevaran a cenar a aquel restaurante familiar que me había comentado.

Con la ducha y el calor mi cuerpo se recuperó y me metí en la cama.

Desnuda, sí. No pensaba deshacer la maleta. Tenía sueño, no sé si por el cansancio del viaje, el mareo o simplemente la tristeza que acongojaba mi vida.

Silencio.

Estaba en una cama doble, de matrim... bueno, una de esas camas grandes, y yo estaba sola. Pensé que Victoria y yo deberíamos pedir camas separadas en nuestra próxima parada, porque allí, si no me equivocaba, íbamos a estar solamente dos noches. Después partiríamos hacia la isla del volcán, Stromboli.

Todo sonaba tan bonito cuando Juan Pedro lo planeó...

Me quedé dormida bajo las suaves sábanas, con el estómago algo mejor y el alma aún encogida.

Capítulo 3

Respiré profundamente por primera vez en varios días, para ser exactos dos. Y creo que, teniendo en cuenta la que me cayó encima la tarde anterior, debía de ser que el tiempo había cambiado un poco y que tantas horas dormidas le habían venido bien a mi cuerpo.

Remoloneé un poco en la cama, lo admito, pero también es cierto que me merecía un poco de mimos. ¿Cuántas veces, después de una patada, no hemos querido encogernos y hacernos pequeñitos? Pues yo estaba en ese momento, pensando que quizá no haberme casado no había sido tan malo, teniendo en cuenta cómo se estaba comportando conmigo Juan Pedro. Suspiré al imaginar que todo eso hubiera sucedido después y no antes del enlace...

* * *

—¿Otra vez vas a salir? —pregunté desde el sofá.

—Sí, he quedado con los chicos —me respondió Juan Pedro dando por hecho que lo sabía.

—¿Y desde cuándo quedas con los chicos un domingo por la tarde? —Sabía que me iba a contestar lo que le diera la gana.

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones, Malena? Son los chicos, los conoces.

—No te confundas, no los conozco, me hablas de ellos, pero justo a esta «pandilla» —lo remarqué entre comillas— no.

—Son los del colegio.

—Vale. —Me levanté y me dirigí al cuarto a cambiarme—. Me visto y voy

contigo.

Noté que se estaba poniendo nervioso por segundos.

—Bueno, en realidad... Lo cierto...

—Es otra de esas cosas de tu madre, ¿no? —Volví a sentarme en el sofá, resoplando.

—No quería decírtelo para que no te sintieras mal. —Abrió la puerta de casa y se marchó sin más.

Yo resoplé de nuevo y encendí la televisión para ver alguna serie...

* * *

Y quién dice que no fuera a encontrarse con la puñetera Piluca esa...

La puerta se abrió de par en par, dándome el susto de mi vida. Menos mal que aún estaba en la cama y pude coger la sábana para ponérmela por encima.

Terremoto Victoria había llegado a la habitación dando saltos de alegría y llevando solamente el bikini y un pareo anudado en la cintura.

—¡Vamos, dormilona! —Abrió mi maleta sin permiso—. Hace una mañana maravillosa, el tiempo es celestial y, además, tenemos que ir a desayunar. — Se acercó para arrancarme la sábana, mientras me lanzaba un bañador—. El bufet es brutal, bestial, animal...

—Animal eres tú, que así no se despierta a una enferma —me quejé, echándole un poco de cuento al tema—. Y hablando de todo un poco, ¿dónde estuviste anoche?

—¿Yo? —se hizo la interesante—. Como te vi llegar con el italiano ese, pues me busqué la noche por ahí.

—¿Perdona? —Lo que me faltaba por oír, que yo ya había hecho un «a rey muerto rey puesto»—. Pero ¿no ibas a ir a cenar con el del barco?

Ella encogió los hombros y pasó de responderme.

—Bueno, el morenazo ese que te acompañó en coche todo el camino...
Cuenta.

—¿Lo sabías? —pregunté enfadada, mientras me dirigía al baño.

—Claro, ya tengo red de espías.

—¿Y cómo se llama, lista? —A ver si su red era tan buena.

—Donatello y es muy conocido en la isla. —Pues sí que estaba bien informada la tía.

—Pero te has equivocado en una cosa —asomé la cabeza por la puerta—, me dejé en la entrada y se marchó. Punto pelota.

—Hija, qué siesa eres. —Me lanzó un pareo al baño para que lo cogiera—. Al Tortugo ese me lo zumbaba yo pero bien.

—¿Tortugo? —pregunté desde el baño.

—Claro, las Tortugas Ninja. —Y entró en el baño haciendo como si fuera una experta en artes marciales.

No, la chica no podía pensar en la hermana de Versace o en el pintor renacentista, sólo en las ridículas Tortugas Ninja.

—Venga, date prisa que tengo mesa frente al mar reservada para las tortolitas.

—«Tontolita» te voy a llamar yo a ti como sigas con el cachondeíto —le solté.

Aseada y vestida con la indumentaria típica del veraneante feliz, acompañé a Vicky por un largo pasillo de decoración más bien añeja, cuyo suelo estaba enmoquetado de colores azules, tal vez intentando imitar un estilo marinero de otras épocas. En las paredes, de un blanco roto, algunos cuadros emulaban erupciones del volcán de la isla de Stromboli; en otras, marineros recogiendo sus aperos de trabajo...

—Vicky, ¿en serio me quería traer aquí? —le pregunté sin desear saber la respuesta.

—Nena, ya está hecho. Él no está, nosotras sí y vamos a disfrutar de un día tranquilo. Verás, te prometo que te gustará. —Me cogió de la mano y algunos huéspedes nos miraron.

En realidad, no sé si porque pensaban que éramos pareja o porque la loca

de Victoria me llevaba corriendo por la planta baja, también un poquito añeja, hasta la zona de la piscina, donde, pude imaginar de qué manera, por el guiño que le dedicó el camarero, nos colocaron justo al lado de la barandilla, desde donde sólo se veía el mar. Sí, mi amiga era una encantadora de serpientes.

Siempre he envidiado que se sintiera tan libre con su vida y con su cuerpo para hacer lo que le diera la gana en el momento en que le apeteciera. Sé que puede parecer raro, pero siempre he sentido esa punzadita al saber que nunca podré ser tan valiente y decidida como ella para sentirme LIBRE, con todas las letras.

—¿Lo ves?! —Se apoyó en la barandilla antes de sentarse—. Te dije que te iban a encantar las vistas. Te lo dije...

Y tenía razón.

Aquella mañana el sol brillaba con fuerza y a lo lejos sólo se divisaban algunas nubes lejanas, que parecían marcharse hacia la región de Calabria, en la península de Italia. Volví a respirar hondo y no sé por qué sentí unas terribles ganas de gritar. Vicky me estaba mirando y sabía exactamente lo que estaba deseando hacer, pero sólo sonrió. El sol, el azul del mar, el sonido del agua contra el acantilado y la transparencia de aquel líquido en el que se balanceaban los barcos me había relajado.

—Yo hubiera gritado —me dijo después de tomarse el segundo café del desayuno tan estupendo que nos habían servido.

—Lo sé. —Corté un trozo de tortilla que aún quedaba en mi plato.

Se echó hacia atrás en la silla, poniéndose las gafas de sol y asomando la cabeza fuera de la sombrilla que nos resguardaba del astro rey. Suspiró un par de veces y comenzó a hablar:

—Anoche me acosté con el camarero que nos ha guardado la mesa.

Se creía que me chupaba el dedo. Ya lo sabía.

—Te vi tontear con él cuando pasaba empapada por el pasillo hacia la habitación.

—Mentí cuando te dije que pensaba que te habías ido a dormir con el

Tortugo.

—También lo sé. Me conoces demasiado como para saber que no lo iba a hacer.

—Me encanta picarte. —Sonrió levantando una mano para llamar a otro camarero, a quien dijo—: Todo está pagado, ¿verdad? —El pobre asintió—. Pues ponme un agua con gas y una rodaja de limón.

—*Signora?* —me preguntó a mí y le contesté con un gesto negativo: no necesitaba nada.

—Sé perfectamente que todo lo que vamos a hacer este mes está pagado, pero eso de preguntar me vuelve loca.

—Lo que no está pagado es lo que bebamos fuera de los hoteles o restaurantes reservados —puntalicé, sabiendo lo que había reservado mi... él.

—¿A qué se dedica el Tortugo? —inquirió Vicky, echándose hacia delante.

—Me ha dicho que es guía y que conoce a mucha gente.

—Ah. —Se quedó pensativa—. Me parece un poco raro.

—¿Por? —repliqué extrañada.

—No sé, me dio la sensación de que, al verle, todo el mundo se ponía un poco nervioso.

—¿Mafia? —Abrí los ojos como platos.

—¿Quién sabe? —Ella me hizo un guiño.

—Me estás poniendo mal cuerpo —confesé ya hablando más bajo.

—Sólo hay una manera de averiguarlo. —Se puso en plan misteriosa—.

¿Le contratamos?

—Pero si ya tenemos guía —repuse— y viene esta tarde.

—Pues le despedimos y contratamos al otro, me temo que no habrá problema. Verás...

Levantó una mano para avisar de nuevo al camarero. Esta vez hablando en «itañol», pidió que llamaran al guía que iba a venir esa tarde y le dijeran que no lo necesitábamos. Lo dijo muy despacito para que pareciera importante, y

luego añadió que fuera Donatello quien viniera a hacernos de guía durante el viaje.

La verdad es que la cara del camarero me asustó. Primero se puso pálido, después de color rojo, como si no hubiera entendido nada y luego, sin dar más explicaciones, se marchó corriendo al interior del hotel.

—Te lo he dicho, aquí pasa algo raro y yo me voy a enterar —soltó Vicky.

—Pues yo no sé si quiero saberlo, de verdad. —Me tapé los ojos, negando.

* * *

El pobre camarero llamó inmediatamente al director del hotel contándole la petición de aquellas dos españolas.

El director se llevó las manos a la cabeza, pero sin querer pensarlo mucho más, tomó su *telefonino particolare* y marcó un número.

El camarero, pasados unos minutos y con dos zumos de naranja en la bandeja, regresó a la mesa de Victoria y Malena.

—Está todo ok. Esta *sera* Donatello estará aquí.

—*Grazie mille* —respondió Vicky, como si fuera de la zona de toda la vida.

El camarero dejó los zumos y se marchó.

—Querida, no sé si este viaje será el viaje de tu vida, pero por lo menos nos vamos a divertir un montón —comentó ella cogiendo el zumo que no habíamos pedido y relajándose mientras miraba el mar.

Lo que yo sí sabía era que no quería que aquél fuera el viaje de mi vida, sino que hubiera sido el de *nuestra* vida. El comienzo de una vida larga en la que tal vez, antes lo aseguraba, hubiéramos sido felices. Ahora me conformaba con no comenzar a amargarme pensando en todos los lugares en los que habríamos debido estar juntos y las noches en las que nuestros cuerpos estarían entrelazados bajo las sábanas de la cama donde estuviéramos.

Acompañé a mi amiga y me tumbé a su lado cuando decidió que ya era hora

de ponernos a disfrutar del *dolce far niente* hasta que Donatello viniera a buscarnos para empezar con la primera de nuestras actividades. Ni siquiera me atreví a preguntar, tenía miedo de que me dijera que era hacer *puenting* o parapente. No me extrañaría lo más mínimo, viniendo de mi exnovio, que hubiese programado cosas que sabía que me daban miedo, para ponerme al límite. Pero bueno... Cerré los ojos un momento para disfrutar del sol.

—Me voy a bañar —anunció mi amiga al rato.

—Vale.

¿Qué más iba a decirle?

—No, te digo que voy a bañarme en el mar, que si me acompañas —explicó.

—¿Allí abajo? —Miré por encima de la barandilla a la lejanía.

—Sí, hay una escalera y justo debajo una pequeña plataforma natural con unas escalerillas que llegan hasta el mar.

—¿Y si viene un tiburón? —planteé tontamente.

—Pero si en realidad «tú lo que quieres es que te coma el tigre», bonita.

—Con lo bien depilado que lo tengo... —solté.

—¿Una broma? —Mi amiga miró a un lado y a otro con cara de susto—. ¿Has hecho una broma?

—Vamos —ni le contesté—, te acompaño, aunque no sé si me atreveré.

—Quítate el pareo, déjalo aquí y ¡vamos!

Bajamos unos cuantos escalones, demasiados para luego tener que volver a subirlos, pero al llegar a aquella plataforma en la roca, la verdad es que tuve que admitir que había merecido la pena sólo por poder sentir cómo el mar me mojaba los pies. Si bien en la isla había varias playas, nosotras teníamos la posibilidad de disfrutar del mar directamente desde el hotel.

No lo pensé, el agua estaba transparente y me lancé de cabeza. Sentí cómo el frescor recorría todos los poros de mi piel, cómo el frío del mar Tirreno me hacía sentir más viva de lo que nunca hubiera imaginado. Quizá fuera la magia del lugar, el resquebrajamiento total de mi alma o lo que leches fuera, pero me

sentía libre. El mar me estaba dando la vida que pensaba que había perdido sólo setenta y dos horas antes, tres días desde aquella fatídica llamada telefónica.

Abrí los ojos mientras continuaba bajando hacia el profundo fondo del mar y, aunque sentí el escozor del salitre en ellos, pude observar algunos pececillos que huían a mi alrededor. El aire se escapaba de mi boca y me tocaba salir. Aunque no me apetecía, me dirigí hacia la superficie, pataleé con los dos pies y emergí rápidamente, levantando la cabeza para que mi largo pelo me quedara a la espalda y no delante de la cara. «Ante todo glamour», pensé riendo.

—¿Cómo está? —me preguntó mi amiga.

—Deberías meterte de golpe, es una chulada.

Y observé cómo Vicky se lanzaba de cabeza dibujando un arco perfecto. Se notaba lo mucho que le gustaba el mar.

Al momento se acercó a mi lado, eso sí, con todos los pelos en la cara.

—No veo un carajo —se quejó, volviendo a meter la cabeza en el agua para echarse el pelo hacia atrás.

—Es que no tienes ni un ápice de glamour —le solté, más por fastidiar que porque fuera verdad.

—Lo sé, querida, yo nunca he sido amiga de Nati Abascal.

«¡Vaya zasca!», me dije.

—Yo tampoco —le respondí enfadada.

—Bueno, pero Carmina sí y eso hace que lo de los seis grados de separación se conviertan en dos.

—Y esto —le hice una ahogadilla y me lancé hacia la escalerilla deprisa, para que no me pillara—, te convierte en una idiota.

Sentí cómo con una mano me atrapaba el tobillo, justo antes de que pudiera alcanzar la escalerilla. Estaba perdida, lo sabía. Y volví a sentir que el agua me engullía por completo antes de poder escapar.

Al subir de nuevo a la superficie, comencé a reír como una idiota. Antes

incluso de encontrar a mi amiga, a la que sabía culpable de aquella venganza de adolescentes de instituto.

—¿Quién es más idiota ahora? —soltó ella, resollando aún por la ahogadilla y la posterior venganza.

—De acuerdo, tú. —Sonreí—. Y no voy a discutir más sobre eso.

Las dos continuamos moviendo brazos y piernas para no hundirnos en el mar, aunque, siendo agua salada, nos costaba un poco menos hacerlo.

—Veo que lo estáis pasando muy bien —comentó una voz conocida a nuestra espalda.

—No te gires —me dijo mi amiga—, es el Tortugo en una Zodiac blanca.

—Vale —respondí bajito—, pero se habrá dado cuenta de que estamos hablando de él.

—He dicho Tortugo, lo mismo no lo ha pillado —susurró Vicky poniendo carita.

—Hola. —Me di la vuelta.

—Te veo con mucho mejor color —observó, refiriéndose a mi palidez de la tarde anterior.

—Me encuentro mucho mejor —contesté secamente.

—Como veo que mi amiga no me presenta... —Vicky nadó en dirección a la barca y, al llegar, se alzó con los brazos sobre ella para darle dos mojados besos en las mejillas—. Soy Victoria.

—Es un placer. —Ni se inmutó cuando Victoria regresó al agua como la sirenita al caer por la borda del barco, después de ser descubierta por el perro en plena fiesta de humanos.

—¿Qué haces aquí? —pregunté aún seca—. ¿No habíamos quedado por la tarde?

—Iba a atracar la barca aquí. —Señaló el pequeño embarcadero al lado de la plataforma—. Quería invitaros a una comida familiar tradicional.

Las dos nos miramos con cara de sorprendidas. Luego me puse a nadar hacia la pequeña plataforma, seguida por Vicky. Al salir del agua, noté que

aquel italiano de ojos claros no apartaba ni un segundo los ojos de mi cuerpo..., vamos, lo que viene siendo un repaso en toda regla.

—¿Tú no tenías que venir esta tarde? —Victoria, que se había dado cuenta de todo, salvó la situación intentando distraerle.

—Sí, pero he pensado que os gustaría conocer un poco más nuestras costumbres —respondió él sin quitarme la vista de encima.

Me estaba poniendo nerviosa, ahora me miraba directamente a los ojos, con los suyos entornados a causa del sol que se reflejaba en el agua; se había quitado las gafas para hablar con nosotras.

—¿Qué? ¿Dejo la barca aquí y os espero?

—Yo no me meto en una casa de la mafia —le solté a mi amiga.

—Cállate, no seas tonta... —Vicky me dio un codazo—. ¿Qué tenemos que perder? ¿Comida gratis?

—Esto no va a salir bien...

—Vale, danos media hora y volvemos a bajar. Porque iremos en barca, ¿no? —preguntó mi amiga.

—Sí.

Y no dijo nada más mientras nosotras recogíamos nuestros pareos y, con ellos amarrados a nuestra cintura, comenzábamos a subir los mil millones de escalones que nos separaban de la habitación.

—¿Media hora? —le dije yo.

—Que se joda, va a esperar lo que tenga que esperar —soltó Vicky—. Si se cree un listo, no sabe con quién ha dado.

—Pero si no ha hecho nada —repuse defendiéndolo sin tener que hacerlo.

—¿Tú has visto el repaso que te ha dado?

—No, la verdad es que no me he fijado. Estaba mirando si el color de sus ojos era como el del mar —repliqué mintiendo y sin pensar.

—¿Perdona? —Mi amiga no volvió a decir nada más, ya que le entró tal ataque de risa que yo no pude evitar contagiarme y tuvimos que parar a mitad de la subida.

Me agarré a la barandilla para no sentarme en uno de los escalones de aquella interminable subida y algo hizo que me volviese un poco y pudiera ver que aquel hombre de pelo oscuro y mirada penetrante continuaba mirándome con descaro, cosa que me hizo reír aún más. Y lo peor de todo era que no tenía ninguna razón para reírme ni para ponerme de la manera que me estaba poniendo y eso, de algún modo, hizo que volviera a llorar.

En el instante en que las lágrimas se mezclaron con las risas, me fui escaleras arriba como si me persiguiera el mismísimo diablo con una antorcha encendida. A Vicky le costó mucho seguirme el ritmo, y yo aún pensaba que esas lágrimas que caían de mis ojos eran a causa de los espasmos incontrolados de la risa. ¡Qué equivocada estaba, qué poco sabía lo que aún estaba escondido dentro de mi alma!

Abrí la puerta de la habitación y entré en el baño sin esperar a Vicky. Me metí bajo la ducha directamente para que no se diera cuenta de que ya no me reía, sino de que las lágrimas anegaban mis ojos.

—Vamos, pesada —oí al cabo de un rato—. Yo también necesito ducharme.

—Voy —respondí diez minutos más tarde, saliendo sólo con la toalla enrollada en el cuerpo.

¿Qué tipo de ropa se llevaba para una comida familiar italiana? Estábamos en una isla que parecía bastante informal, pero todavía seguía sin deshacer la maleta para no ver la de cosas bonitas que tenía preparadas para mis noches con Juan Pedro: las noches románticas que pasaríamos a la luz de las velas, con el mar de banda sonora.

¡Qué idiota había sido!

—¿Aún estás así? —me preguntó Vicky, saliendo del baño ya duchada.

Me había quedado sentada mirando la maleta, ni siquiera me había secado. Como un pasmarote contemplando el equipaje, dejando que mis ensoñaciones fueran las que tomaran las riendas de aquel momento en el que estaba y no estaba.

—Mira, toma. —Vicky me tendió un sencillo vestido blanco—. En algún

momento tendrás que deshacerla, pero si quieres lo haré yo.

—No, tranquila. —Cogí la prenda y la dejé en la cama—. Sé lo que debo hacer, pero hay tantas ilusiones ahí metidas, que me da miedo abrirla y...

—Venga, ponte ropa interior, un conjunto cualquiera, no la mires... Sabes dónde está esa que elegiste para eso de lo que no quieres hablar, así que mete la mano y saca la primera que encuentres. No mires.

Y le hice caso, me acerqué a la maleta abierta en el suelo y metí la mano en el sitio donde había metido esas prendas. Aparté las que sabía que no iba a usar nunca más y cogí unas normales. Bonitas sí, pero normales.

—¿Lo ves? —Victoria me tocó el hombro—. Vístete, nos espera el Tortugo.

—¿Vas a llamarlo así siempre? —La miré mientras me ponía el sujetador.

—Siempre que no esté él delante, sí. —Me guiñó un ojo.

Echamos un vistazo al reloj.

Nos miramos y sonreímos. Yo aún tenía aquella punzada en el corazón, pero a veces la vida te da patadas para que tú puedas ir más rápido, no para que te des la vuelta a ver quién te la ha dado.

No, no le habíamos hecho esperar una hora, pero cuarenta y cinco minutos sí. Así que, satisfechas con el resultado de nuestro arreglo, aparecimos por la piscina con intención de bajar de nuevo por aquella escalera del demonio. Nuestra sorpresa fue encontrar a Donatello sentado a una mesa con tres copas y una botella enfriándose en una cubitera.

—*Signore...* —Se levantó y vino presto a nuestro encuentro.

—¿No íbamos a comer con no sé qué familiar? —le preguntó Victoria.

—Claro, pero siempre hay tiempo para un *frizzante* —respondió.

Inmediatamente llegó un camarero para abrir la botella. Donatello le dio las gracias, igual que cuando otro llegó y nos puso unos aperitivos.

—Bueno, cuéntenos de qué va el tema —habló Vicky, antes siquiera de que yo pudiera abrir la boca.

—He pensado —hablaba suavemente— que como esta noche tenéis que ir a pescar, según consta en el *planning* —señaló un papel que tenía entre las

manos—, me gustaría que conocierais a una familia de pescadores y su entorno. Como es una comida típica familiar, creo que os gustará.

En realidad me estaba poniendo muy nerviosa. Sí, Donatello miraba a mi amiga de vez en cuando, pero sus ojos estaban totalmente posados en mí. Y sí, éstos eran exactamente del mismo color que el mar, verdosos, intensos. Pero yo no lograba mantenerle la mirada, y la desviaba a cada rato a mi vaso, lleno de aquel vino espumoso, y bebía para distraerme de aquel hipnótico tono que me tenía obnubilada.

—¿Y a ti? —volvió a mirarme directamente—, ¿qué te parece la idea?

—¿Qué idea?

Juro que en ese momento sólo me venía una cosa a la cabeza: la canción ochentera esa que se pasaba todo el rato diciendo que algo era mala idea y preguntándome cuál era la idea.

—Sé lo que estás pensando y será mejor que no la cantes —me aconsejó Vicky.

—¿Puedo preguntar qué ocurre? —intervino Donatello.

—Ocurre Pino D'Angiò —contestó ella.

Claro, yo me puse colorada como un tomate. Esas cosas no se cuentan, querida amiga. No somos lo bastante mayores como para haber oído esa canción en los ochenta, ni siquiera habíamos nacido, pero son de esos temas que suenan en alguna fiesta del instituto. Bueno, para ser exactos, yo la recordaba de una cita con un chico que creía que esa canción era lo más sexy del mundo, después de descubrir al cantante en un *reality* de cocineros en el año 2006, y siempre que se llevaba a una chica a la cama la ponía. Esa vez la chica de la cama fui yo y el tipo la puso la noche en que destrozamos la palabra «sexo». Nunca más volví a mirarlo a la cara. No se lo merecía, ni por la canción ni por el mal polvo.

—¿En serio?

—Sí. Y punto —sentencié yo seria.

—Ok, de acuerdo. Por aquí ya no se habla mucho de él.

—En España estuvo hace poco —apuntó Vicky—. En un festival ochentero.
—Vale yaaaaa —solté yo.

Sonó el teléfono de Donatello y, pidiéndonos disculpas, se separó un poco de la mesa, más que un poco, para ser exactos. Desde donde estábamos nosotras, pudimos ver que movía las manos bastante, casi enfadado podríamos decir. No entendíamos mucho, ya que al parecer estaba hablando en siciliano, pero la cosa iba subiendo de tono a pasos agigantados.

—La droga no ha llegado —susurró Vicky cerca de mi oído.

—Calla, gilipollas —le espeté e hice un aspaviento.

—Y lo peor de todo es que los rusos están cabreados. —Ella seguía con su película—. Se lo he leído en los labios. —Lo repitió despacio mirándome—: RU-SOS.

—¿Tengo que pasar contigo todo el viaje? —me quejé.

—Tú verás, pero tiene cara de cabreo.

Y era verdad, el movimiento de sus manos, aunque muy típico de los italianos, era realmente excesivo y su tono de voz sonaba bastante enfadado. Caminaba de un lado a otro, medio escondido en una esquina apartada al final de la piscina; si se metía un poquito más al fondo se iba a mimetizar con las dos palmeras que allí había.

—*No, Mamma, domani!* —fue lo último que oímos.

—¿Lo ves? Les ha dado un ultimátum. Mañana o... —Se pasó un dedo por el cuello.

Se llevó una colleja que hizo que su mano dejara de tocar su garganta y se dirigiera a su nuca, que se acarició y masajó, poniendo cara de mala leche.

—Eres un animal del infierno. —Me empujó con la mano libre por el hombro, haciéndome tambalear en la silla.

—¿Todo bien? —preguntó Donatello al vernos pelear como niñas pequeñas.

No nos habíamos dado cuenta, en nuestro intercambio de cariño sincero, de que él había colgado el teléfono y se acercaba tranquilamente al ver el infantil

espectáculo que estábamos dando en medio de la terraza de la piscina.

—Y tú, ¿todo bien? —preguntó Victoria a su vez, aún acariciándose el cogote.

—Sí, un problema familiar —respondió sin más.

—¡Ya! —exclamó mi amiga, llevándose esta vez una patada por debajo de la mesa.

Donatello también lo notó.

—Este viaje de novias está siendo un poco *particolare* —afirmó. Sabía a la perfección que ellas dos no eran pareja, pero necesitaba sacar más información y saber por qué habían cambiado de planes.

Por lo que le había contado el guía, sabía que el viaje, en un principio, era la luna de miel de dos tortolitos con mucha pasta, que querían disfrutar de una mezcla de aventura controlada, románticas cenas y descanso. Lo que necesitaba saber Donatello en ese instante era qué había sucedido para que ahora fueran dos mujeres las que estaban disfrutando de aquel paquete vacacional tan caro y particular.

—No somos novias, no estamos casadas —solté de malas maneras—. Y casi es mejor que no sigas por ese camino.

—Malena, tranquila y respira —me paró mi amiga—. No pasa nada porque lo sepa.

—¡Es que nadie tiene que saber nada! —grité, dándome cuenta inmediatamente de que me estaban mirando los demás huéspedes que tomaban un aperitivo en la terraza, igual que nosotros.

Donatello, casi sin necesidad de que le explicaran mucho más, supo cuál de las dos había sido la damnificada de aquel viaje romántico, convertido ahora en un viaje de chicas. Miró a Victoria, que le hizo una señal encogiéndose de hombros y me señaló pensando que no me daba cuenta. O eso quería creer, ya que no había vuelto a recibir otro tortazo o puñetazo o patada por debajo de la mesa.

—*Dai*, ¿nos vamos?

Donatello se levantó de su silla elegantemente para ponerse detrás de nosotras y retirarnos la silla al levantarnos.

Un guía con unos modales un poco *demodés*, pero bueno, los guías tenían esa fama de querer conquistar a casi todas sus guiadas. Pero conmigo lo llevaba más claro que el caldo de un enfermito con gastroenteritis. No, no, no... ¿Y si lo que quería era ligar con Vicky? ¿Y si encima de solterona me iba a volver egocéntrica?

—Vamos, *empaná* —me despertó ella, dándome las gafas de sol—, que hay que bajar la escalera esa del demonio.

—¿En barca? —Puse cara de mal rollo—. Yo me mareoooo.

—Pues te agarras al Tortugo, que no veas cómo está el colega.

Miramos que él ya estaba emprendiendo el camino, no sin antes hacerle una extraña señal a uno de los camareros, que asintió.

—Si tanto te gusta, ve a por él —le espeté.

—Cariño, sólo tiene ojitos para ti —replicó Vicky y remató—: Además, acaba de confirmar con el camarero que en este rato le han metido los fardos de farlopa en la barca.

—Te tiro por la escalera, te lo juro —la amenacé, adelantándola con tal de no tenerla delante de mí mientras bajaba los escalones y así no tener pensamientos asesinos.

Lo que pasaba era que no sabía si era peor tener unos escalones delante o a Donatello. Sí, lo sé, aún era demasiado pronto; yo lo sabía, mi corazón lo sabía, pero mi mente me estaba diciendo que mirase el culo de aquel hombre que estaba bajando por la infernal escala del Averno marino. No me había fijado hasta el momento, pero su indumentaria, ahora algo más acorde con la isla, se veía sencilla, pero con clase. Llevaba un polo de marca y unos pantalones, acompañados de unos sencillos zapatos náuticos...

* * *

Ahí estaba él, Juan Pedro, esperándome en el portal de mi casa. Había dejado el coche en doble fila, pues era imposible poder aparcar en mi barrio. Al principio, al verlo apoyado en él, esperando, pensé que era el coche de su padre y que no quería que nadie le pudiera hacer algo, pues era un BMW último modelo. Yo iba con uno de los pocos vestidos que tenía y él de punta en blanco, con camisa blanca, pantalón docker y unos zapatos náuticos...

* * *

—Vamos, huevona, que no llegamos abajo ni aunque te empuje y vayas rodando —me apremió Vicky poniéndose a mi altura.

Unos jodidos zapatos náuticos. Los de él eran de piel y los que en ese momento captaban mi atención un poco más ligeros, de material. Fuera como fuese, me habían hecho volver a recordar a mi exnovio. Sí, ya me salía más fácil hablar de él como de alguien desaparecido de mi vida por su propia decisión, no por la mía.

No sé cómo iba a afrontar el hecho de tener que vivir con mis padres de nuevo. Me marcharía en cuanto me recompusiera, si es que alguna vez lo hacía, pero en todo caso, al regreso del viaje tendría toda la casa llena de cajas repletas de recuerdos de lo que Juan Pedro una vez fue y en aquellos momentos estaría siendo con otra persona que no era yo.

Volví a fijarme en los escalones, para ir bajándolos uno a uno despacio y no matarme. No, no llevaba tacones ni nada parecido, pero las escaleras y yo no nos llevábamos muy bien. Hubo una vez que, sin querer, bajé la escalera de un parking más rápido de lo que en realidad necesitaba. Llovía mucho, el suelo resbalaba y mis zapatos aún más, así que la combinación, si no fue mortal, sí que tuvo un gran damnificado: mi culo, que sufrió un duro golpe. Por eso era consciente de que las escaleras había que bajarlas de una en una y mirándolas, que yo no era una *vedette* del Moulin Rouge de París.

Llegamos justo después de nuestro guía, que ya sujetaba la amarra y había colocado la Zodiac de manera que nosotras pudiéramos subir.

—Quitaos los zapatos, *per favore* —pidió.

—¿Es que pesan demasiado y lo mismo la barca zozobra? —Y dale la burra al trigo: la burra era Vicky.

Si a mí ya me ponía nerviosa ir en una barquita de las del parque del Retiro, solo pensar en subir en esa embarcación y que Donatello pudiera montarnos algún espectáculo —si mi amiga tuviera razón con el tema de las drogas—, imaginaos cómo estaba: atacada.

—Victoria, en los barcos de recreo hay que quitarse los zapatos para no estropearlos —le expliqué.

—¡Ay! Se me olvidaba que la señorita tenía un barco en Puerto Banús —soltó con malicia, haciéndome recordar.

—No, no era mío, pero lo sé. Y además odiaba salir a navegar en él.

—Eso quiere decir que sabes algo del mar —intervino Donatello.

—Sobre todo sabe distinguir entre pulpo y calamar —dijo Vicky descojonada, mientras yo le echaba una mirada de las que hielan.

—Un poco sí. Que lo odio —respondí, ignorando a mi amiga.

—Eso es que nadie te ha enseñado a amarlo —aseveró él mirándome a los ojos, mientras me tendía una mano para ayudarme a saltar a la Zodiac.

Vale, lo admito, que me cogiera la mano y me mirara de aquella forma hizo que mi cuerpo reaccionara de manera extraña. No fui yo, lo prometo, pero sabemos que hay situaciones en las que el cuerpo va en modo automático, mientras tu cerebro te ordena otras cosas, como, por ejemplo, soltarle ya la mano, dejar de mirar aquel profundo color verde de ojos y sentarte de una puñetera vez.

—Tenía a alguien que la subía a un yate —comentó Victoria sin pensar— y con eso pensaba que ya estaba todo hecho.

La mirada que en ese preciso instante le lancé fue más peligrosa que meter la mano con una herida sangrante en un estanque lleno de pirañas hambrientas.

—No me mires así, hija, que es la pura verdad. —Levantó las manos en señal de rendición—. El dinero no lo compra todo.

—¡Ya lo sé, cojones! Ya sé que el dinero es una puta mierda y odio a los niños de papá y todo su puto entorno.

—Muy bien —replicó ella en plan *coach*—, así me gusta. Ya va saliendo todo lo que hay dentro.

Donatello, callado, pero sin perderse ni una palabra de la conversación, comprendió que debía prolongar el silencio.

La Zodiac comenzó a vibrar, señal de que el viaje empezaba. Me agarré con fuerza a los cabos que recorrían la embarcación.

Si bien había ido alguna vez a navegar en el yate de la familia de mi exnovio, casi siempre lo hacía drogada. Me explico, me tomaba una de esas biodraminas con cafeína para disimular. Si el mar estaba mal, lógicamente mi mareo tenía sentido, pero como ocurría en verano en Marbella, el mar estaba en calma y lo que pasaba era que a mí me daba miedo y punto. Era verdad que después de tomar un par de copas se me pasaba un poco, pero siempre iba con eso del canguelo.

Sé nadar, bastante bien, por cierto, no en vano hice el curso de socorrista de la Cruz Roja, pero creo que fue exactamente conocer tan bien el mar lo que me hizo respetarlo de manera casi histérica. Cada uno tiene sus manías y la mía es el mar: me asusta.

—*Dai, andiamo* —anunció nuestro peculiar guía.

—Me encanta. —Vicky se emocionó como una niña pequeña—. ¡Me siento como los de «Los vigilantes de la playaaaaaaa»!

Levantó los brazos al aire, sintiendo cómo iba cogiendo velocidad la barca. Mientras la tonta de Malena, o sea, yo, tenía los nudillos casi morados de la fuerza con que me agarraba.

—¡Dale caña, amigo! —lo animaba ella toda contenta, viendo que cada vez el viento era más fuerte y el agua salpicaba un poco más.

—Cállate ya, por Dios, al final nos echarán de la isla.

—No pueden, estamos en una barca —me respondió feliz.

Si la hubiera dejado Donatello, hasta era capaz de ponerse en la proa, y hacerse un *Titanic*.

—Ya, y en aguas internacionales, ¿no? —repuse ya un poco nerviosita—. ¿Te he dicho ya eso de «¡qué hostia tienes!»?

—Creo que un par de veces al día, siesa amargada. —Se volvió para insultarme.

Sí, creo que se dio la vuelta para soltarme alguna burrada, pero con el aire dándonos en la cara a tal velocidad no podía estar segura. Menos mal que las gafas de sol hacían un poco de parapeto, pero me estaba quedando un poco atenazada con tanta confianza de mi amiga y con la tranquilidad de Donatello manejando el timón. No era una de esas Zodiac normales que se van manejando desde atrás, sino que era de las que se tripulaban desde delante y, aparte del timón, también tenía la palanquita esa de la velocidad, que Vicky estaba empeñada en manipular una y otra vez para incrementar la velocidad.

Donatello iba de pie, tranquilo, apoyado en algo parecido a una silla de esas como las de los bares. Vamos, un taburete. Se lo veía confiado, sereno, mientras manejaba la barca con toda tranquilidad.

No sé cuánto tiempo estuvimos en el mar, pero a mí se me hizo eterno. No comprendía por qué no podíamos haber ido en un taxi: fácil, sencillo y sin problemas. Por lo menos para mí. Si lo que intentaba Donatello era impresionarnos, conmigo el tiro le había salido por la culata.

Así no podía relajarme, así no podía disfrutar del mar.

Si había que hacer algo, por favor, que fuera llegar ya donde fuera que tuviésemos que ir y bajar ya de aquel trasto.

—Oye, Donatello, ¿me dejas? —oí preguntar a mi amiga.

—Claro. —Aquel tipo era un insensato—. Sólo has de poner las manos aquí e ir en aquella dirección.

—¡Soy el Pirata Garrapataaaaaaaaaaaaa! —gritó Vicky a pleno pulmón, disfrutando como una cría.

Yo, en cambio, cerré los ojos y respiré profundamente. ¡Que parase ya!

No volví a abrirlos durante el tiempo que duró la locura de aquellos dos individuos que parecían haberse puesto de acuerdo para amargarme. Pero me temo que, más que hacer eso, pasaban olímpicamente de mí. Yo, visto desde fuera, también lo habría hecho: pasar de la amargada y disfrutar de las vistas, el viaje y el maravilloso día que hacía.

De pronto, el rugido del motor se debilitó y sentí que el aire era un poco más suave que antes, así que una, que es un poco lista aunque no lo parezca, se dio cuenta de que lo que ocurría era que estábamos llegando. Y dentro de mi corazón sentí un alborozo, una alegría, un regocijo, un júbilo... Una tontería que no había dios que me la quitara, pero bueno, que se note que una es muy leída y «escribida» y que el tema de los sinónimos se me da bien.

Abrí los ojos y, en efecto, estábamos llegando a una pequeña cala donde suponía que dejaríamos la barca. Había algunas otras más, pero ¿cómo íbamos a llegar a la orilla? ¿Nadando? Repito, ¿qué coño de viaje era aquél, Juan Pedro de los cojones?

—*Calma*. —Parecía que Donatello me leyese el pensamiento—. Voy a acercar la barca a la orilla, os bajáis y sólo os mojaréis un poco los pies. Hace buen tiempo.

Sonrió.

Ups, que dientes tan blancos y bien puestos, ¿no?

—Te has puesto colorada —me comentó mi amiga riendo—. Te lo has imaginado en bolas, ¿a que sí?

—Será el sol —repliqué seriamente—, no nos hemos puesto crema.

—Eso tú, yo sí. —Se rio de nuevo, dejándome en ridículo al largarse de mi lado para bajar.

Donatello hizo lo propio y amarró la barca a una boya que había al lado izquierdo de la embarcación. Miré que el agua le llegaba por media rodilla, se había levantado un poco los pantalones y...

—Dame la mano, te ayudo a bajar. —Me sacó de mi ensimismamiento—.

No se te olviden los zapatos.

En realidad, el listo, que era un listo, no me dio la mano, sino que, al acercarme a la borda de la Zodiac, me cogió de la cintura alzándome sin problema, para después dejarme un poco más cerca de la orilla, muy pegada a su cuerpo. Volvió a mirarme con intensidad y sólo sonrió. Yo llevaba las gafas de sol puestas, sucias de agua con sal y, sin moverse ni un ápice de donde estaba, me las quitó con un gesto muy familiar.

—Están sucias, te las limpiaré. —Y los dos, sin movernos y mirándonos a los ojos, esperamos a que él las limpiara con su polo y yo, a que me las devolviera—. Ya está.

Y así, sin más, me las puso de nuevo sin que yo hubiera podido mover ni un jodido músculo de mi cuerpo. Me había picado la medusa de la *parálisis gilipolliquensis*. ¿No la conocéis? Yo, hasta ese momento, tampoco.

De golpe, toda aquella burbuja en la que estaba metida desapareció tan rápido como había aparecido.

Sin que nadie la llamara.

Capítulo 4

Me sentí fría. Sí, en ese mismo instante sentí un frío en mi cuerpo que cualquiera podría pensar que estaba comenzando a ponerme enferma, pero no, era él. Había salido corriendo hacia la orilla sin esperarme, moviendo las manos como si fuera un helicóptero.

Me volví yo también hacia la orilla, aún estaba intentando hacerme una composición mental sobre lo que acababa de ocurrir. A ver, no había sucedido absolutamente nada fuera de lo que es normal cuando una persona te ayuda a bajar de una barca y te limpia las gafas. Nada fuera de lo normal. Nota: éste es mi cerebro normal.

Ahora va a hablar el otro, lo aviso porque muchas veces va por libre y uno no se da cuenta de que es el que no pasa por montaje: ¿cómo que no ha sucedido nada? Te ha cogido de la cintura con muchas más ganas de las debidas, te ha acercado a su cuerpo más de lo que las normas de cortesía establecen y, además, sin separarse de tu cuerpo, te ha quitado las gafas sin apartar sus ojos verdes como el mar de los tuyos...

—¡Vamos, Malenaaaaaaaaa!

El grito de Vicky hizo que me despertara de aquel soliloquio que mantenía mi cerebro normal con el que ve fantasmas, duendes, hadas, troles y tíos echándote los tejos dos días después de tu no boda. ¿Dos o tres? ¡Ay, madre que ya no me acuerdo!

—¡Esto es una fiesta y te lo estás perdiendo!

Con tanta diatriba mental no estaba siendo capaz de darme cuenta de que en la orilla, bueno un poquito más hacia mi derecha, bajo unos árboles y una

especie de toldo gigante, había una algarabía no muy normal. Si no había unas cien personas, no había ninguna. Bueno, quizá había exagerado un poquito.

Todos estaban alrededor de Donatello, bueno, todos no, había un hombre mayor que estaba sentado y los miraba sonriendo. ¿El abuelo de alguno? Seguro.

Finalmente, ganándole mi cerebro normal al otro, me obligué a caminar hacia la orilla antes de mojarme por entero para despejarme un poco la cabeza. Luego me dirigí hacia aquella algarabía siciliana que me esperaba en una cala llena de gente sonriendo... Mi amiga ya con un vaso en la mano.

—Estás tardando demasiado. —Vicky me agarró de la mano y me acercó justo donde dos guapos italianos me ofrecían una copa de vino—. Éstos son Paolo y Lolo, hermanos.

Los dos se acercaron para plantarme dos sonoros besos en las mejillas, con el consabido «*piacere*», que es como el «encantado» de por aquí, y me pusieron la copa en la mano. Mientras Victoria me contaba que, al atardecer, los dos nos llevarían en una barca a pescar calamares y que le habían dicho que era una experiencia muy divertida.

—Además, cenaremos los calamares, como auténticos marineros. —Mi amiga los miró sonriendo, esperando su aprobación—. En el mar, de regreso a puerto.

Pocas veces el gato se me come la lengua, pero en ese momento no sabía qué hacer ni qué decir. Un montón de gente se reunía alrededor de una pequeña mesa donde había algunas cosas para comer. Logré distinguir alcaparras, anchoas, aceitunas y pan con tomate y albahaca por encima. No sé, creo que por no complicarme la vida más que por otra cosa, eché mano a una de las alcaparras antes de darle un sorbo al vino.

Cerca del mar había dos fuegos y una pequeña parrilla y, contrariamente a lo que esperaba, eran hombres los que estaban en torno a ellos, preparando la comida y ellas, las mujeres, todas de más edad que nosotras, iban dejando las cosas en la mesa. El único que no se movía era el señor mayor, allí estaba con

su vaso de vino, ya sentado a la cabecera de aquella gran mesa, mirando todo lo que ocurría a su alrededor.

Noté una mano en el hombro, lo que me provocó un pequeño sobresalto. Pensé que quizá Donatello volvía a tocarme para decirme algo, pero era uno de los hermanos.

—*Il nonno* —señaló antes de volver a hablarme—. «Abuelo» en *spagnolo*.

Le sonreí educadamente al verlo hacer el esfuerzo de buscar la palabra para explicarme quién era. Poco después volvió a llenarme la copa de vino; sin darme cuenta, me la había tomado sin respirar, o eso parecía, y, tras preguntarme si hablaba inglés, los dos comenzamos a mantener una banal conversación, en la que me explicó lo que estaba ocurriendo.

Vicky estaba ya en la orilla con Lolo, hablando y sonriendo más de lo normal. Donatello se había marchado con los hombres que estaban preparando la comida y parecía que se hubiese olvidado de todo lo ocurrido anteriormente.

Paolo, de facciones más duras que su hermano Lolo, pero de ojos color miel, me contaba que ese día era el noventa cumpleaños de su abuelo y que la familia se había reunido para celebrarlo. Que faltaban un par de hijos suyos, pero que casi toda la familia estaba allí para comer juntos, con la alegría de tener a su abuelo con ellos. Me gustó la naturalidad con la que me lo contó, así que yo también le hablé de mi familia y que asimismo tenía a gran parte de mis abuelos vivos y que eso era en efecto una alegría.

Me relajé con él. No sé si fue porque nos habíamos ido a la orilla del mar con una botella de vino y charlábamos tranquilamente mientras nuestros pies se mojaban con la arena húmeda. En realidad, por primera vez me sentí a gusto con alguien a quien no conocía de nada y reía con cualquier tontería que decía. Me sorprendió saber que era economista y que había estudiado en Londres, pero que las islas le tiraban demasiado. Dijo que lo había cambiado todo por una vida más sencilla, pero que no le iban mal las cosas. Lo de ir a pescar por

las noches lo hacían para los turistas y se sacaban con ello un buen dinero, ya que aprovechaban que realmente sabían pescar, para vender también algo.

Volví la cabeza hacia donde estaba Donatello y sentí una punzada en el estómago, pues me miraba sin apartar la vista del lugar donde estaba sentada. Volví a mi copa de vino y Paolo me preguntó sobre el viaje...

Y se lo solté todo... Le conté que en ese momento estaba en mi «no viaje de novios». La expresión le hizo gracia.

—A mí no me hace ninguna gracia —le respondí en inglés.

—No, perdona. —Bebió de su copa—. Es que acabas de inventarte una expresión que creo que no existe ni en inglés ni en italiano.

—Pues que sepas que tampoco en español —repliqué y acabé riéndome yo también.

Y mientras le contaba, sin muchos detalles, lo sucedido hacía sólo unos días, muy poquitos, tres desde la no boda y cómo me habían dejado, creo recordar que no derramé ni una lágrima y que ni siquiera se lo expliqué con mucha pena. Y eso que sólo habían pasado ni cinco de la fatídica llamada.

Paolo me miró serio, con aquellos ojos de color miel que sonreían más que su boca.

—¡Pues brindemos! —propuso.

—¿Por qué brindamos? ¿Por las abandonadas? —pregunté medio socarrona.

—Brindamos por que, si hubieras venido con tu marido, ahora no estaríamos celebrando el cumpleaños del *nonno*. No habrías venido con tu amiga y nosotros sólo brindaríamos con un par de turistas en el barco, haciendo el paripé.

—*Salute*. —Levanté la copa a la vez que la ceja, a modo de pregunta, quizá sabiendo que lo había dicho mal en italiano, pero era como lo decíamos en España cada vez que brindábamos.

—*Salute!* —repitió Paolo y chocamos nuestras copas, para después beber un sorbo y volver a rellenarlas.

—¿Y aquí se brinda por...? —Oí a mi espalda la voz de Donatello.

—Por que sí —dije, encogiéndome de hombros.

—Pues si me echáis un poco, yo también brindo.

Y escuché cómo Paolo y Donatello por un momento comenzaron a hablar en aquel indescifrable dialecto. No sé si en realidad el uno le estaba echando una bronca al otro o al revés, pero supe que estaba sucediendo algo entre ellos.

—¿Pasa algo? —pregunté.

Donatello se sentó en ese instante al lado contrario de su primo. Así que yo estaba con los pies en el agua, con dos hombres bebiendo vino, uno a cada lado. Sí, seguro que alguna pensaría en montar un trío, pero juro que lo único en lo que mi mente estaba en esos momentos era en coger algo de comer para no pillarme una borrachera de las antológicas.

—No, no pasa nada. —La voz en inglés de Paolo sonó un poco más seca que antes—. Estábamos preparando la salida de esta noche, Donatello es muy perfeccionista.

—Sí. —Donatello, al ver que hablábamos en inglés, también cambió a ese idioma—. No me gustaría que la experiencia fuera mala.

Miré a Paolo:

—No creo que pueda ser mala. —Sonreí y él me sonrió a mí.

Donatello se levantó, ofreciéndome la mano.

—Había venido a avisaros de que hemos de sentarnos ya a la mesa. En unos minutos traerán la comida.

Le cogí la mano y caminé junto a él para sentarme donde me indicó.

Vicky, al momento, se sentó a mi lado, dándome un abrazo.

—Creo que me he enamorado —susurró convencida en mi oído.

—¿Otra vez? —respondí sarcásticamente.

—No, es él. —Miró a Lolo—. Es inteligente, guapo, sabe conversar... No sé, siento mariposas.

—Eso es el vino, necesitamos comer algo. —Yo notaba un poco de mareo.

—Me ha dicho que luego me va a llevar a un sitio donde hay muchas

hierbas aromáticas y medicinales.

—Éste lo que quiere es darte un pollazo...

—Puede ser, pero es tan bonito. —Bebió otro sorbo de vino.

A lo lejos, mientras todos estábamos ya sentados a la mesa, aparecieron tres señoras con bandejas tapadas con papel de aluminio y todos se arrancaron a aplaudir. Vicky y yo nos miramos y, para no desentonar con el ambiente, también comenzamos a hacerlo, sin saber lo que iba a suceder.

Cuando ellas llegaron a la altura de las mesas, dejaron una bandeja a cada lado, las destaparon y una de las mujeres, con unos bonitos ojos verdes y rostro anguloso, exclamó:

—*Capunata!*

—¡Hostia! La de «Barrio Sésamo» —soltó mi amiga sin remedio.

—Creo que ésta es con «u» —dije, haciéndome la docta.

—Da igual, suena a la gallina amarilla de ese programa.

Yo estaba con un trago de vino en la boca y casi hizo que tuviéramos que salir corriendo a urgencias por ahogamiento. Me entró una risa casi incontenible, irrefrenable, violenta... Creo que el vino estaba empezando a hacer estragos con nosotras y, juntas y borrachas, la verdad es que éramos peor que la peste. Así que mientras todos los comensales me miraban, esperando a ver si conseguía volver a respirar o finalmente me moría en el noventa cumpleaños del abuelo, levanté una mano dando a entender que estaba bien. Y mi amiga, muy seria, viendo que debía desviar la atención, levantó su copa.

En realidad, me importó una leche lo que decía, creo que estaba dando las gracias por el acogimiento y felicitando al abuelo, mientras yo me recomponía.

—Tranquila —otra vez Donatello a mi espalda, hablando despacio—, toma un poco de agua y respira. Eso te sirvió la otra vez.

Me volví para soltarle que si también se le iba a poner dura en esa ocasión. Qué rabia me dio que dijera eso. Pero ya se había marchado a su asiento, dos más allá del mío, a mi derecha. A Victoria y a mí nos colocaron en una de las

esquinas de la mesa y a la familia más cerca, pero ¿cómo iba yo a hablar con gente a la que no conocía de nada?

La comida fue fantástica, los allí presentes nos trataron como si fuéramos de la familia. Hablaban despacio con nosotras y nosotras intentábamos no ser demasiado patosas después de tanto vino, pero gracias a la *capunata* —algo parecido a un pisto manchego—, la pasta y el pescado a la brasa que nos sirvieron después, pareció que todo volvía a su ser. O eso quisimos creer, al ver que todos más o menos íbamos igual. Bueno, todos no, me di cuenta de que Donatello no había probado ni una gota de alcohol en todo el tiempo que estuvimos comiendo, y que sus ojos no paraban de mirar mis manos. Sabía que eran mis manos, porque me di cuenta de que intentaba no mirarme a la cara. ¿Qué le ocurría? Y lo peor de todo: ¿qué me pasaba a mí, que no hacía más que mirarlo también?

Al rato, cuando trajeron el postre, café y algunos licores, yo me planté. Si seguía bebiendo, al final iba a tener que irme a dormir una siesta debajo de un pino, aunque se me comieran los mosquitos. Que, por cierto, de momento no había visto ninguno y eso que yo era muy propensa a enamorarlos.

Hicieron hablar un poco al abuelo. Entendí por qué había llegado a la edad que tenía, ya que se había puesto fino a comer y beber. Levantó su copa, dijo algo que no entendí y todos aplaudieron, dijo otra cosa que tampoco comprendí y de nuevo fue aplaudido. Finalmente echó una lagrimilla y nadie aplaudió. Fueron unos incómodos segundos, que fueron interrumpidos por un grito alabando al abuelo. Acto seguido, todos volvieron a sonreír. Todos no, Donatello no y miré cómo apretaba la cucharilla de postre que sostenía, mirando el plato.

Volvió la cara y me pilló observándolo. No me dio tiempo a verlo bien, pero juraría que una lágrima caía por su mejilla. También pudiera tratarse del calor, pues hacía mucho, y yo, viendo que todo el mundo se levantaba de su silla para darle un beso al homenajeado, aproveché para levantarme también.

—Yo me voy a ver las plantas esas que me ha dicho Lolo —me susurró

Vicky.

Asentí, mientras me acercaba al abuelo para darle un beso en la mejilla y las gracias por aquella maravillosa invitación.

Me comentó algo en voz alta que no comprendí y todos rieron mirando a Donatello. Eso sí, después me soltó un pellizco en el culo que me hizo gritar de sorpresa y al darme la vuelta para echarle una reprimenda sólo me salió una sonrisa. Una que después se convirtió en risa, a la que se unieron todos los demás.

Después de eso, cada uno se separó. Algunos fueron al agua directamente, otros se sentaron para seguir charlando bajo el toldo y al abuelo lo pusieron resguardado bajo una sombra más fresca, en una silla más cómoda. Yo, como no podía ser de otra manera siendo española, busqué para mí otra sombrita en la que poder dormir un poco tras la pantagruélica comida a la que había sido invitada. La vi allí, solitaria y preciosa, una sombra abajo en la arena, a la distancia suficiente del agua como para no mojarme pero sí poder oír las olas del mar.

Caí en ese extraño duermevela en el que, sin querer, se cierran los ojos un momento y se es consciente de lo que pasa alrededor, pero se está tranquilo. Quizá no debería, pues no conocía de nada a aquellas personas y lo mismo eran una secta satánica de las que ceban y matan, pero me daba igual. El sonido del mar estaba a punto de hacer que me quedase dormida, sintiéndome más cansada que tras una noche de fiesta con final en un *after*.

—¿Puedo? —preguntó Donatello.

—Hum —medio respondí.

—¿Te he despertado? —Se sentó muy cerca, quizá demasiado, casi me tocaba.

—Estaba intentando reposar toda esa comida. —Me toqué la barriga—. ¿Es normal esto? —le pregunté, refiriéndome a la celebración.

—¿Los cumpleaños? Sí, se celebran en todas partes. —Sonrió.

—No, hombre, las comilonas familiares.

—Sé a qué te referías. —Me ofreció un vaso vacío—. En esta familia es muy normal juntarse y todos son buenos amigos.

—Paolo me ha parecido encantador —le dije, mirándolo llenar mi vaso de *limoncello* helado.

—Ya lo he visto. —Le cambió un poco el gesto, algo muy sutil, casi imperceptible.

—No has bebido casi nada en la comida.

—Tenemos que volver en la barca para la salida de la tarde. —Se llenó su vaso con el dulce licor—. Y prefiero tomarme uno de éstos, o dos, a ir borracho por las olas.

—¿También hacen controles de alcoholemia? —Di un ligero sorbo a mi vaso. Aquella bebida estaba deliciosa—. Esto está buenísimo.

—Lo sé, por eso me estaba reservando. —Tomó un sorbo del suyo—. Lo hacen ellos con sus propios limones.

—¿Te importa? —Le acerqué mi vaso para que volviera a llenarlo.

—Cuidado o te marearás al levantarte —dijo mientras me echaba más licor.

—No pasa nada, estás tú para sujetarme, ¿no?

«¡Malena, ¿de dónde ha salido eso? ¿EOOOOO? ¿Estás ahí? Acabo de flirtear con todo descaro. Calla la boca que la vas a liar, que tú estás aún enamorada de tu Juan Pedro, a pesar de que te haya dejado plantada a dos días de la boda y tengas un gran dolor en el corazón...»

¿Y en otra parte no? Ya está el otro lado, parezco una esquizofrénica. Que sí, que hace mucho que no echo un polvete, pero no va a ser ahora, ¿de acuerdo? Llevo más de tres meses sin echar un buen...

—Yo estoy para lo que necesites —cogió el guante el amigo.

Sería mejor que me volviese a poner las gafas de sol que me había quitado cuando se sentó a mi lado y me hiciera la adormilada, porque yo a aquel señor no lo conocía de nada. «Y tú a callar, cerebro desbocado, que sé lo que vas a decir. Que no quiero conocerle y que eso que me voy a perder, pues si es así,

me lo pierdo. Me pierdo que me mire con esos ojos verdes, me pierdo que me mire sonriendo, me pierdo que me agarre por la cintura con esas manos y me perderé que esos labios se acerquen a los míos para poder besarlos...»

¡Estaba pensando en besarle!

Necesitaba ir al agua, necesitaba bañarme, necesitaba irme, y punto.

Me levanté de golpe, dejando caer mi vaso al suelo con la mitad del *limoncello* en él.

—¿Te pasa algo? —preguntó Donatello preocupado.

—Sí, necesito... Esto, necesito ir al baño. Ya sabes. —Hice una mueca tonta para que entendiera.

—Ah, vale, pero aquí, o te vas al agua o te vas detrás de un árbol. —Bebió lo que quedaba de su vaso—. A menos que puedas aguantar e ir a la casa de los dueños, que está subiendo esa escalera. —Levantó una mano y señaló unas escalinatas que parecían eternas.

¿Y adónde iba yo? Árbol pipí. Mar pipí.

El mar no era una opción, no tenía bañador y en plan comando no iba a meterme, a pesar de que todo el mundo estaba en el agua jugando y disfrutando. Lo del árbol, desgraciadamente, era lo más plausible en aquel momento. Así que me dirigí a la mesa, en la que aún estaban con los cafés algunos de los familiares, y disimuladamente cogí una servilleta de papel. No es que de repente me diera cuenta de que necesitaba ir al baño, sino que, cuando me puse de pie con esa excusa, supe que necesitaba ir. Así que me encaminé de nuevo hacia donde aún continuaba Donatello e intenté buscar un lugar un poco alejado de todos para realizar mi cometido. Demasiado vino...

Estaba finalizando mis menesteres, ya bastante más relajada, y cuando ya me subía la ropa interior, después de asegurarme de que no había nadie alrededor, al levantarme un poco la falda del vestido oí unos aplausos y unas risas.

Creo que en mi vida me había sentido más avergonzada. Yo, que siempre había sido tan pudorosa, creo que le regalé un espectáculo casi erótico a

alguien, pero con tal de no saber quién era esa persona salí corriendo. Mientras escapaba, oí una voz diciendo algo en alto que, de nuevo, hizo que hubiera otro estallido de risas. Al llegar al lugar donde aún se encontraba Donatello, lo vi muerto de risa, con lágrimas de diversión cayéndole por el rostro congestionado por las carcajadas.

—¿Qué ha pasado? —Vi que todos me miraban.

—Me temo que el abuelo ya puede morir feliz. —Se secó los ojos.

—Pero si no había nadie —me excusé—. Me he asegurado de que nadie pudiera ver cómo...

—Al parecer, el abuelo te ha visto el culo y ha comentado que merecía la pena pellizcarlo. —Se levantó pasando por mi espalda y bajó la mirada a mi parte trasera.

—Tú ya me has visto en bañador —le solté, viendo dónde se posaban sus ojos.

—Lo sé, pero no es lo mismo.

Y se fue a dejar la botella en la mesa, donde todos aún estaban riendo la gracia del abuelo, y yo me quedé mirando al suelo enfadada y, probablemente, colorada como un tomate por aquel despiste. Nunca me ha ido el exhibicionismo, pero mucho menos que me dejaran en ridículo, aunque fuera un nonagenario divertido, que probablemente hacía mucho tiempo que no disfrutaba de unas buenas vistas.

De nuevo vi que Donatello se acercaba con una sonrisa socarrona en los labios. ¿En qué momento quise besar a ese idiota?, pensé enfadada, después de mi descomunal despiste. No podría acercarme a una persona que se reía de esa manera de las desgracias de los demás y encima me miraba como si fuera un pedazo de carne.

—¡¿Qué?!

—Tranquila, Malena. —Se puso a mi lado mirando hacia la familia—. Esperamos a Vicky, que ya está bajando, y nos marchamos. Me he despedido de todos y el abuelo me ha dicho que eres un encanto de niña.

—Gilipollas —le dije sin más, marchándome hacia la barca.

Paolo me alcanzó de camino.

—No te enfades —me dijo—, el abuelo es así de socarrón. Se lo permitimos casi todo.

—No me enfado con el abuelo, simplemente me enfado. —No le iba a explicar que estaba enfadada con Donatello.

—Venga, te ayudo a subir a la barca —se ofreció.

—Tranquilo, Paolo —oí a Donatello—, ya me encargo yo.

—De acuerdo —me guiñó un ojo—, nos vemos en un rato. Llévate algo de abrigo, en la mar por la noche hace fresco.

Metí los pies en el agua para acercarme a la barca, que estaba casi en la orilla. Lancé los zapatos dentro de la Zodiac antes de encaramarme por la borda y, con un impulso, subirme a ella. Noté que me sujetaban, izándome así del todo. Sabía que era Donatello haciéndose el caballero, pero me volví para lanzarle una mirada asesina.

—No vuelvas a tocarme.

—Te he dicho que estaría para lo que necesitates. —Me miró, esta vez desorientado.

—Te aviso que ni tú eres un príncipe ni yo he perdido ningún zapato, así que cuidado. —Estaba muy enfadada por cómo me había mirado antes.

No me dijo mucho más y ayudó a subir a mi amiga, que llevaba una sonrisa tonta en la boca, de esas que se le quedan a uno después de haber echado un buen polvo.

—¿Qué te ha pasado con el Tortugo? —me preguntó, pues lo había oído todo.

—Déjalo, he tenido un arrebató de los míos.

—Chica, por favor, ¿quieres relajarte un poco? —pidió mirándome directamente a los ojos, quitándome las gafas.

—Estoy enfadada por haberme relajado demasiado, Victoria.

Me puso las gafas de sol y sonrió.

La muy cabrona me conocía tan bien que sabía por qué me había enfadado con Donatello. No, no estaba encabronada con él, sino conmigo al haber pensado en hacer algo para lo que aún no estaba preparada.

—Yo estoy enamorada —me anunció ella, levantándose y marchándose de mi lado para ir a charlar con Donatello.

Y lo peor de todo fue que, mientras yo me dejaba de nuevo los nudillos sujetándome a la barca, la creí a pies juntillas. La muy tonta se había enamorado en un momento de Lolo. Cualquier otro diría que había sido un enamoramiento vaginal, pero le brillaban los ojos. Ojalá le saliera bien y no fuera un encoñamiento de verano.

Capítulo 5

No me despedí de Donatello.

No tenía nada más que decirle. Estaba tan enfadada conmigo misma, que volcaba toda mi rabia con él. Sabía que estaba siendo injusta, pero ¿quién narices le había dado permiso para tomarse esas libertades conmigo?

—¡Déjalo ya! —oí que decía mi amiga al cerrarse la puerta de la habitación—. ¿No puedes olvidarlo y disfrutar? No sé qué ha pasado y ni siquiera él ha sabido explicármelo.

—Es que el señorito del pan *pringao* este no tiene por qué decirte nada. — Me encerré en el baño dando un portazo.

No me sirvió de nada, ya que Vicky entró sin ser invitada, se bajó las bragas y se sentó en el váter para hacer pis, mientras yo me miraba en el espejo enfadada.

Ninguna de las dos habló en ese momento, ella porque estaba ocupada con lo suyo y yo porque no tenía nada que decir. Pero sí sabía que en el momento en que terminara tendríamos unas palabritas y que lo mismo una de las dos salía por la puerta encabronada. Eso sí que lo sabía.

Oí el ruido de la cadena, ya había terminado, así que me di la vuelta y la miré.

—¿Qué?

—¿Qué de qué? —repuso Vicky.

—¿Qué de qué de qué?

—Tía, ¿te has tomado algo de lo que llevo en la bolsa sin consultarme antes? —Se acercó preocupada a mí.

—No —le aparté la mano, enfadada—. No he cogido nada de tus hierbajos

ni de tus botecitos llenos de mierda.

—¿De mierda? —Se separó de mí y salió del baño—. Alguien está muy cabreada...

—Mira, hija, no todas somos de vagina fácil —solté, de nuevo sin filtrar.

Sí, estaba buscando pelea para desfogarme con alguien.

—Querida mía, que hayas sido una jodida reprimida durante diez años no es mi puto problema —me señaló enfadada—. Así que, por una puñetera vez en tu vida, no te enfades por disfrutar o porque la gente te desee. ¿De acuerdo?

Agaché la cabeza, dándome cuenta de que necesitaba soltar toda la mierda que había ido acumulando durante los diez «maravillosos» años de convivencia con mi exnovio y que no estaba sabiendo hacerlo.

—No sabes divertirte más allá de salir a comer o a cenar por Jorge Juan. No tienes ni idea de cómo pasarlo bien sin un puto duro en el bolsillo. No sabes lo que es dejarse llevar por el momento y disfrutarlo, olvidarse de todo lo que hay o existe a nuestro alrededor.

—Es que no quiero dejarme llevar, Vicky. —Me enfurruñé como una niña pequeña—. No deseo sentirme como una guarrona, que después de ser abandonada se da a la vida licenciosa.

—Cariño, ¡que te han dejado! —Se fue a abrir el ventanal de la pequeña terraza que daba a la piscina y al mar—. Que tienes todo el derecho del mundo a hacer lo que te dé la gana. Pero la Semana Santa ya pasó, las lágrimas que sean de felicidad y reconoce que lo tuyo tampoco era muy normal...

Hablaba de las salidas de Juan Pedro todos los jueves y sábados por la noche con sus amigos, en las que yo, por supuesto, no estaba incluida. Eran sus amigos de colegio privado, se conocían desde pequeños. Me decía que no me llevaba porque me iba a sentir un poco desplazada por el tema de las bromas internas, de los chascarrillos de juventud —¡ni que fuéramos abuelos!—. Y yo aceptaba, aunque después de lo ocurrido me temía que ya me estuviese mintiendo más que otra cosa.

* * *

—¿Por qué no te quedas hoy conmigo? —Tosí un par de veces, tumbada en el sofá con una manta—. No me encuentro nada bien.

—Cielo, sabes que estas citas son ineludibles. Si no, me matarán. —Juan Pedro me dio un beso en la frente—. Uis, estás ardiendo, ¿por qué no llamas a tus padres y te vas a su casa?

—Pues porque o me llevas tú o nada. Además —volví a toser—, ésta es mi casa también, ¿no?

—Sí, claro. —Removió nervioso las manos en los bolsillos del abrigo.

—Acércame los medicamentos, por favor.

—Toma. —Me los acercó—. Me marchó ya, si pasa algo y no te cojo el móvil, llama a tu amiga o a tus padres. Lo mismo es que no lo tengo cerca. ¿Vale?

Me dio un beso en la frente de nuevo y se marchó.

Lo único que recibí luego por su parte fue un mensaje diciendo que se quedaba a dormir con uno de sus amigos, que había bebido demasiado y no quería coger el coche.

Ésa fue una de las muchas mentiras que vinieron después...

* * *

—No te estoy pidiendo que te desenamores del ideal que tenías con tu tróspido particular —apostilló Vicky—, te estoy rogando que abras tu mente a poder descubrir un mundo lleno de hombres guapos que te miran.

—Es que no sé si quiero que me miren otros —mentí como una bellaca.

—Ya, claro, ¿y con Paolo? ¿Y las atenciones de Tortugo? —Se reía la maldita—. No, a la señorita no le gusta.

—A Paolo no le intereso, tiene novia. —Lo supe desde el primer momento.

—Lo sé, me lo ha dicho Lolo.

—Pero ha sido al primero al que le he contado toda la historia. —Me encogí de hombros—. No sé, me ha salido natural.

—Relajarse, eso es. —Se acercó a mi mejilla y me dio un beso—. Vamos a cambiarnos de ropa, que Lolo me ha dicho que en el mar de noche refresca.

—A mí también Paolo —apunté.

—Y, por cierto, no me he tirado a Lolo. —Abrí los ojos como platos—. Unos besitos y tal, pero es verdad que quería enseñarme unas hierbas, le encantan. Es biólogo.

Se fue al armario a buscar unos pantalones largos. Dos hermanos listos, con carrera e idiomas, que lo habían dejado todo para irse a vivir del turisteo en una isla. Estaba visto que algunos, y me refería a mí, no sabíamos vivir la vida, a pesar de que en un momento dado lo habíamos tenido todo. Ellos que también lo habían tenido todo, eran felices con muy poco...

* * *

Estaba apoyada en la barandilla de la terraza de la habitación que ocupábamos, mientras el sol me daba en la cara. Seguía viendo algunas nubes oscuras al fondo, pero por suerte a aquella isla aún no habían llegado. En esos instantes mi mente se detuvo en pensar por qué había sido tan imbécil durante tanto tiempo y me había dejado engañar por un encantador de serpientes. No, Juan Pedro no era malo, pero estaba siempre más interesado en agradar a su madre y a sus amigos que estar al cien por cien conmigo. Sabía que le comían la cabeza todos los días para que me dejara, pero yo, como una boba, lo convencía de que eso era porque aún no me conocían lo suficiente. Que los dos juntos íbamos a conseguir que se dieran cuenta de que éramos perfectos el uno para el otro.

Pero si hay algo de lo que estoy convencida es de que si existe otro hombre que está ahí esperándome, no quiero que sea un niño de mamá, que no sólo piense en agradar a los demás, sino que juntos podamos iniciar un proyecto

que de verdad nos ilusione y no sea yo la única que ponga toda la carne en el asador.

Volví a mirar el sol y el reloj: era la hora.

Me di la vuelta para despertar a Victoria. Había dicho que iba a echar una cabezada y llevaba una hora durmiendo.

—Vamos, dormilona, hay que ir bajando. Seguro que Donatello ya está esperando.

—No, paso. A mí las Tortugas Ninja no me gustan. Ponme Scooby Doo.

—Victoria, que hay que irse a ver a Lolo. —Con eso, de fijo que salía corriendo.

—¡Lolo! Sí, voy. Un momento.

No tardó ni un segundo en ir al baño, lavarse la cara, hacer pis, coger sus cosas y abrir la puerta.

—Vamos, tardona —me soltó—, que vamos a llegar tarde.

Sonreí y salí tras ella, cerrando la puerta.

Tal como ya imaginaba, Donatello estaba en la puerta del hotel esperándonos. Esta vez llevaba pantalones largos y hacía tiempo apoyado en el Cinquecento. Admito que lo miré más de lo aceptable. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y miraba hacia un lado, dejándome ver el perfil de su rostro y cómo sus labios estaban perfectamente conjuntados con su...

—¡Hey! —grito Vicky—. Ya estamos aquí.

—Eh, hola —dije bajito, casi avergonzada de volver a verlo.

—Buenas tardes, chicas. —No lo dijo nada dicharachero, sino más bien cortante.

—¡Hala! Este coche me gusta mucho —comentó Vicky—. ¿Le vas a quitar la capota? Si es así, ¿me puedo poner atrás? Siempre me ha gustado sentir el viento.

—Claro. —Abrió la puerta del copiloto y echó hacia delante el asiento.

—¡Qué bien lo voy a pasar! —Vicky era como una niña pequeña.

Yo, por el contrario, me quedé callada esperando a que ella se colocara y

el asiento volviera a su lugar. Sin mirarme, Donatello dejó la puerta abierta y se marchó a sentarse tras el volante, con lo que asumí que yo debería entrar solita, sin la ayuda de nadie.

Eso me pasaba por soltar sandeces cuando el cable suelto hacía contacto con lo que no debía. Me lo merecía. Entré en el vehículo sin mirar a nadie, mientras mi amiga no paraba de hablar y reír.

—Quiero sacar las manos por arriba y dejar que el viento me lleveeeeeee.

—Estaba feliz.

—A sus órdenes, mi dama. —Donatello le sonrió mientras bajaba la capota del pequeño coche.

Yo ya me había puesto el cinturón de seguridad cuando el motor se puso en marcha. Nos marchábamos al puerto a coger otro barco. Respiré profundamente y me agarré las rodillas con las manos de manera inconsciente. Quería sentirme segura antes de hallarme de nuevo sobre un cascarón en el agua.

Comenzamos nuestro periplo por las sinuosas carreteras de la isla.

Mientras bajábamos hacia el puerto, pensé en lo rápido que llegaríamos a él, a diferencia del día que arribamos y yo me encabezoné en caminar bajo la lluvia. Eran el mismo coche, el mismo conductor y el mismo camino. Suspiré pensando en lo insoportable que soy a veces.

Donatello sólo miraba la carretera mientras iba cambiando de marchas y conducía con toda la tranquilidad del mundo y Victoria, en el asiento trasero, disfrutaba al máximo. Ya no hablaba, simplemente iba con las manos aferradas a las rodillas con los ojos cerrados, cosa que me aterrorizaba por si le pudiera ocurrir algo malo, disfrutando del viento que me estaba dando en la cara... ¿Aquello había sido un roce? Me puse tensa y abrí los ojos. No, debía de haberme imaginado que Donatello me había tocado.

Aparté la mirada de la carretera disimuladamente y la posé en mi rodilla izquierda, dónde aún reposaba mi mano atenzada y... ¡No! No me lo había imaginado. Cuando Donatello volvió a cambiar de marcha, volvió a rozarme

la mano suavemente. Tuve la sensación de que sólo era casualidad, el coche era muy pequeño y, aunque yo no era una Naomi Campbell en eso de la altura, la cosa estaba estrechita. Así que eso era, no lo había hecho a propósito, sólo había sido casual...

¡Mentira! Volvió a cambiar de marcha y esa vez pude ver cómo su dedo meñique se estiraba para acariciar el lateral de mi mano. Lo miré, dejé de observar la zona de mi rodilla y me volví para ver su cara. Sonrió. El muy... sonrió. Y yo cada vez que me subían los colores me imaginaba eso de «Me pongo colorada, cuando me mira, me pongo colorada, cuando me mira, me pongo coloraaaaaaaada».

—Ya llegamos —anunció Victoria, haciendo que despertara de mi ensoñación.

Ella empezó a agitar los brazos cuando pudo distinguir la figura de Lolo en una barca de pesca de tamaño considerable. No, no era un yate, pero tampoco la Zodiac en la que Donatello nos había llevado a la cala por la mañana.

Me aparté las manos de las rodillas y sentí, esta vez, cómo la mano de él me acariciaba suavemente la rodilla izquierda. Las cerré inmediatamente, ahora sí que estaba lejos de toda tentación.

—Yo os dejo en el puerto —nos comunicó Donatello como si nada.

—¿No nos vas a acompañar? —pregunté, para inmediatamente después decirme «¿Y a ti qué te importaaaaaa?».

—Sí, ya os dije que sería vuestro guía. —Me miró con una sonrisa ladeada—. Voy a aparcar el coche.

—Vamos, que nos esperan. —Mi amiga estaba a punto de saltar por encima del techo descapotado.

Dio un par de golpes a mi asiento para que abriera la puerta y saliera del vehículo y así poder descender ella. Y eso fue lo que me tocó hacer, levantarme y echar el asiento hacia delante, no sin problemas, para que así ella se uniera a Lolo en un visto y no visto. Cuando cerré la puerta del coche, ya estaba dándole un abrazo. Me dio envidia y no de la buena. Sí, porque soy

gilipollas y en realidad me molestaba la felicidad que los demás podían conseguir y yo no por mis dramas personales.

Caminé hacia el embarcadero donde estaba amarrada la nave. No era muy grande. Mal. El tamaño no tenía nada que ver con lo que yo había imaginado. Mal. Y además tenía una cabina muy pequeña. Mal.

Yo no quería subir. No quería volver a pasarlo mal en el agua.

—Vamos, no lo pienses mucho —dijo la voz de Paolo en inglés a mi lado.

—Me da miedo —le confesé.

—No va a pasar nada, el mar hoy está muy tranquilo. Además, hay luna llena y se verá todo muy bonito. Si tenemos suerte, hasta veremos la fumarola del Stromboli.

—¿El volcán? —pregunté, sabiendo la respuesta.

—Claro. —Me pasó un brazo por los hombros y me llevó hasta el barco—. Anda, que está a punto de ponerse el sol y es muy bonito verlo en el mar. Además, tengo un remedio contra el mareo que seguro que te funcionará...

No sabía si iba a funcionar o no, pero Vicky y Lolo ya estaban con un vaso de vino blanco en la mano.

—Me ha dicho Lolo que esto es eficaz contra el mareo y yo siempre hago caso a los marineros —me soltó ella nada más verme, bebiendo un trago.

—¿Lo ves? —me sonrió Paolo—. Un marinero nunca miente.

—*Ciao!* —Donatello subió al barco y saludó con un efusivo abrazo a Lolo y a Paolo.

Estuvieron un rato hablando y riendo mientras iban colocando las cosas que había llevado Donatello. De nuevo, el lenguaje que usaban entre ellos hacía que sólo pudiera entender palabras sueltas que no conformaban ninguna frase que tuviera sentido para mí. Estaba callada y sola, pues Victoria seguía a todas partes a Lolo, echándole una mano en lo que podía. Yo, con mi solitario vaso de vino blanco, esperaba que alguien se acercara a mí y me dijera qué era lo que íbamos a hacer.

No pasó mucho tiempo antes de que mi amiga viniera a decirme que íbamos

a navegar ya y que arriba, justo encima de la cabina, podríamos ver cómo se ponía el sol.

—¿Arriba? —repetí.

—Sí, subimos esta escalera —señaló una que estaba en el interior— y justo arriba hay una pequeña plataforma donde se puede ver todo. Encima de la cabina.

—¿Y no se moverá mucho? —pregunté algo asustada.

—Le pediré a Lolo que me dé la botella antimareo. —Sonrió, instándome a que fuera subiendo la escalerilla.

Y así hice. Agarré con los dientes el vaso de plástico y, con las dos manos, me sujeté con fuerza por aquella escalera angosta que, al parecer, daba al aire libre. Al asomar la cabeza, comprobé que había algo así como una terraza. Me senté y, con el vaso a medio consumir, oí que los motores del barco arrancaban para llevarnos a ver el atardecer, antes de ponernos a pescar calamares para la cena. Me senté allí arriba como si fuera a meditar, con las piernas cruzadas y el vaso en el hueco de éstas, no fuera a ser que el vaivén se llevara lo máspreciado que en ese momento tenía: el vino.

Comenzamos a navegar y la verdad es que la barca no se meneaba mucho, pero echaba de menos a mi amiga. Me había prometido que iba a venir conmigo y, lo más importante, que iba a subir una botella.

Miré el vaso y me di cuenta de que desde que estábamos en la isla no habíamos parado de beber. Temía que, de seguir a ese ritmo, al llegar a Madrid iba a tener que ir a hablar con alguna clínica de desintoxicación muy seriamente. Bueno, eso o pasar del mundo y disfrutar un ratito más del vasito que tenía entre las piernas.

La travesía había comenzado y nos alejábamos del puerto de manera lenta pero continua. El movimiento del mar era suave como el de una cuna y el sol, que se encontraba a mi izquierda entonces, estaba en esa posición en la que sólo le queda un minuto o dos para comenzar a esconderse bajo las aguas del

mar Mediterráneo. Me sentía tranquila, despejada y con la mente vacía. Así que podía dejar que las cosas fluyeran un poco más... Así sí.

—¿Se puede? —Una voz masculina interrumpió mi momento zen.

—Claro.

¿Qué más podía decir? El barco no era mío y la soledad de la que había disfrutado podía acabar en cualquier momento. Uno como ése.

—Vicky me ha dicho que te había prometido esto. —Donatello se sentó a mi lado enseñándome una botella de vino.

No respondí, sólo asentí y le ofrecí mi vaso para que lo rellenara. Él hizo lo propio con el suyo.

Y allí estábamos los dos, sin hablar, sólo mirando cómo el barco se adentraba cada vez más en el mar y el sol se ponía dando paso a una serie de colores tenues a la par que cálidos en el cielo. De amarillo a naranja, de éste al rosado, permitiendo que entrara el morado para finalizar con la negrura, que dejaba que la luna llena iluminara el agua reflejándose en ella.

Suspiré después de observar el espectáculo. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de una simple puesta de sol, siempre más interesada en los quehaceres diarios que en relajarme con las cosas más simples y bonitas de la vida.

—Paolo me lo ha contado todo —comenzó a decir Donatello—. Lo siento.

Yo simplemente sonreí, mirando mis manos entrelazadas, apoyadas en mis piernas cruzadas.

Cuando levanté la vista, observé el horizonte iluminado por la luz de la luna y suspiré.

—No pasa nada.

¿Qué más iba a decirle? ¿Contarle toda mi historia? ¿Para qué? Sólo era el guía de mi no viaje de novios.

Volvió el silencio.

Los dos bebíamos, mientras el barco continuaba adentrándose en las profundas aguas. A mí eso de regresar a nado si la embarcación se hundía no

me hacía ninguna gracia, pero si era lo que había que hacer, se hacía.

—Es un idiota —dijo Donatello.

—No hables de él. —Estaba rompiendo mi momento de buen rollo.

—Sí, es un idiota por dejar escapar a una mujer como tú.

—¿Y cómo soy yo? —Me volví para mirarlo a los ojos.

Aunque estaba oscuro, vi su rostro serio, su mirada intensa y notaba que una ligera tensión se acumulaba en su mentón. Tardó algo en hablar, yo lo miraba tranquila, con una medio sonrisa en los labios.

—Eres bonita, cabezota, divertida y pasional. —Acercó su rostro un poco más al mío.

—¿Eso has podido saber de mí en tan poco tiempo?

—Es lo que me has mostrado —respondió seguro.

—Eso se lo dirás a todas —me defendí del ataque frontal que me lanzaba y que yo sabía que no iba a esquivar.

—Voy a besarte.

—Lo sé —contesté, mirándolo bajo la luz de la luna.

—En serio, voy a hacerlo. —Se acercó mucho más.

—De verdad que lo sé. —Y esa vez no iba a pararlo.

Y allí estaba yo, dispuesta a dejarme besar por un perfecto desconocido.

Su rostro ya no estaba lejos, notaba cómo el calor de su piel se acercaba a mis labios, cómo su respiración, lenta, se iba acompasando con la mía antes de que su boca se posara sobre mis labios y nuestras lenguas comenzaran a danzar en un suave juego de contorsionismo puro. Su aliento estaba ahí, cerré los ojos para sentirlo. Nuestras manos estaban a punto de...

—¡Vaaaaaaamos a pescar! —El grito de Vicky nos hizo separarnos antes siquiera de tocarnos—. ¡Ops! Lo siento, chicos, de verdad que lo siento. Seguid a lo vuestro.

Los dos volvimos el rostro hacia la escalerilla por la que mi amiga ahora descendía. Nos miramos de nuevo, pero aquel momento había desaparecido, ni yo ni él éramos los de hacía un segundo.

Me miró, apoyó su frente en la mía un instante y me instó a que bajáramos.

—A pescar —dijo.

—Es a lo que hemos venido —repliqué.

No tardamos mucho en deslizarnos por aquella plataforma hasta el agujero y descender para ver cuál era nuestro cometido en aquel barco pesquero.

La distribución en la cabina no era de las que dejaban un espacio personal muy amplio, así que, al llegar al suelo, tanto Donatello como yo, tuvimos que hacer algunas contorsiones para que nuestros cuerpos no se tocaran demasiado. Victoria me miraba sin decir nada, sabía que en el momento en que me quedara sola vendría a preguntar o, como poco, a interesarse sobre lo ocurrido.

Pero ese momento aún no había llegado.

Lolo nos entregó a cada uno un plástico, cuyo nombre creí entender que era plegadora, en la que había un sedal y en el extremo de ese sedal una potera. La cosa esa, la potera, era como un palo largo lleno de anzuelos. Nos comentó que estaba cubierta de una pintura especial que se cargaba con la luz y en el fondo del mar se iluminaba. De ahí que los calamares, al verla, la quisieran coger y se engancharan a ella.

Varias explicaciones más hicieron que Donatello y yo nos concentráramos en lo que en ese instante comentaba Lolo, aunque me temo que él, Donatello, ya estaba más que versado en esas lides. Yo, con tal de no pensar en lo que había estado a punto de suceder, centré todos mis sentidos en aquellas explicaciones, para así no darle más vueltas al asunto y desviar mi pensamiento de la mirada inquisidora que Vicky me estaba lanzando.

—*Tutto bene?* —Mi amiga y yo asentimos a la pregunta final de Lolo, después de esa clase sobre el arte de la pesca del calamar. «¡Qué interesante!», me dije.

Así que ya sólo nos quedaba ponernos al lío.

Paolo nos colocó a cada uno en un lugar y nos explicó que sentiríamos un tironcillo fuerte cuando el calamar se enganchara.

Asentí antes de que se marchara, junto con su hermano, a hacer su propio trabajo. Perdí de vista a Donatello. Mejor. Y la pregunta que me estaba haciendo en ese momento era qué coño hacía yo en un barco pescando calamares. Que además ni me gustaban ni me apetecía nada atrapar.

—¿Qué ha pasado ahí arriba? —Ya tardaba Vicky en ponerse a mi lado.

—No ha pasado nada. —Y era verdad.

—Pues cuando mi cabecita loca ha asomado para avisar, he visto a dos personas que iban a darse el lote —soltó, guiñándome un ojo.

—Bien dices: *iban*. —Saqué el sedal y volví a lanzarlo al agua—. No tengo ni idea de lo que me ha pasado, Vicky. Yo no soy así, sabes que no lo soy.

—Creo que estás despertando de un sueño que ha durado diez años —me dijo seria.

—He sido muy feliz en ese tiempo. He estado muy enamorada, le he querido tanto...

—Para —me ordenó y la miré, tenía una ceja levantada—. Repítelo.

—He estado... —Me callé y me quedé mirando abstraída mis manos.

Estaba tan en shock que casi dejé caer el carrete de las narices al agua.

Acababa de hablar en pasado de una relación de diez años con un mal final no hacía más de tres días, en los que había llorado como si no hubiera un mañana. Estaba hablando en pretérito de un conjunto de sucesos con la persona a la que más había querido durante todo ese tiempo. ¿Qué me estaba pasando? ¿Qué era toda esa mierda?

—Este viaje te va a ir muy bien. —Sonrió Vicky, dándome un beso en la mejilla—. Y a tu chichi también, ¡coño! —sentenció riendo.

—Te acabas de referir a lo mismo con dos palabras distintas. —Desperté intentando hacer una gracia, poco graciosa, la verdad.

—Lo sé, qué orgullosa estaría nuestra profesora de lengua y literatura del instituto —soltó toda digna.

Se fue hacia la proa, vamos, al fondo, donde Lolo y Paolo pescaban a los

pobres calamares como si fueran espaguetis en un plato lleno. A mí ni un tironcito y encima había estado a punto de tirar el carrito al mar cuando mi propia boquita me había dado una hostia de realidad.

Volví a notar su olor, estaba justo a mi espalda y, aunque no hubiera hablado, lo había sentido.

—Donatello —dije.

—Malena, vengo a pedirte perdón por lo de antes. —Se puso a mi lado.

—No pasa nada —intenté sonreír—. Todos tenemos días tontos.

—Pero...

—De verdad, Donatello, no pasa absolutamente nada.

Volví la cara para mirarlo directamente a los ojos. El color le había cambiado, la oscuridad de la noche y el reflejo de la luna los había dotado de un brillo especial, una extraña suavidad que me tenía hipnotizada. Sabía que no tenía que haberlo mirado tan de frente, no debía ni siquiera haberlo enfrentado. Su cuerpo emanaba algo que me hacía inclinarme hacia él, no era sólo el vaivén del mar bajo nuestros pies.

—De verdad.

Su mano me tocó el brazo.

Noté un chispazo, electricidad cuando sus dedos rozaron aquel trozo de piel sin ropa. Había dejado la chaqueta para resguardarme del frío en la cabina, ya que la noche era tan cálida que aún no era necesario ponérsela. De ahí que notara una descarga cuando me acarició pidiendo disculpas y me separé como si me hubiera pegado.

—Lo siento —volvió a decir, separándose un par de pasos de mi cuerpo.

—Se mueve —fue lo único que supe decir.

—¿Perdona? —frunció el cejo.

—Esto —señalé el sedal—, se está moviendo mucho.

Se rio.

De su boca salió la carcajada más fuerte que nunca había oído. Me quedé algo descolocada. En mi mano el sedal no paraba de moverse y los nervios

estaban jugándome una mala pasada. Donatello seguía riendo y de nuevo las lágrimas volvían a llenar su rostro; era de aquéllos a los que la risa les daba por llorar. Lloraba y me miraba carcajeándose sin cesar.

—Tira del sedal así. —Se puso a mi lado y me enseñó a recoger el carrete—. Vamos, ya lo tienes.

Se secó las lágrimas con los antebrazos, mientras continuaba riendo.

—¿Tengo que sacarlo?

Se encogió de hombros, mirándome.

—Me temo que sí.

Así que cuando tiré del último trozo de sedal apareció el pobre calamar. Se movía más que un saco de pulgas. Y lo peor de todo fue que cuando intenté meterlo dentro del barco se me puso a escupir. Sí, ya sabéis: la tinta del calamar viene del animalillo ese. Por lo tanto, con el brazo más estirado que un palo, lo separé de mi cuerpo.

—¡Que se mueve mucho! —grité—. ¡Quitádmelo!

—Estás como la del chiste del pavooooo. —Oí a mi amiga acercarse para reírse un poco más de mí—. ¡Quítamelo, quítamelo! —Se movía haciendo aspavientos tontos.

—¡Cállate y sacadme esto de encima! —gritaba yo, intentando que no me salpicara la tinta del bicho.

Menos mal que al final apareció Paolo, que, en dos segundos, agarró al pobre calamar y lo soltó de la potera. Dijo algo y lo devolvió al mar, creo que era muy pequeño aún para poder pescarlo.

O sea, ¿que acababa de hacer el más grande de los ridículos para que después del disgusto que nos habíamos llevado el calamar y yo no hubiera servido para nada? «Lo siento, bicho, pero prometo no volver a pescar nada durante lo que quede de trayecto y que sean los profesionales de esto los que se encarguen de ello», me dije.

Cada uno se fue a su lugar y yo me quedé allí sola.

Donatello, Lolo y Paolo se pusieron a recoger el par de cajas que, al

parecer, los dos profesionales ya habían llenado con aquellos cefalópodos, mientras mi amiga estaba abstraída, mirándolos con total tranquilidad.

Yo me quedé un segundo viendo cómo las olas chocaban contra el casco de la barca y las voces, al otro lado, eran una algarabía que contrastaba con el silencio del que yo en ese momento disfrutaba. ¿Quería volver a estar cerca de Donatello? No me quedaba más remedio, por lo menos durante el rato que durara aquella cena y el trayecto de vuelta al hotel.

—Malena —oí la voz de Lolo—. *Dai*.

Me llamaban para preparar la cena. Ya os he dicho que odio los calamares, ¿no? Pues tampoco creo que fuera necesario que me hicieran participar. Por una noche sin comer tampoco iba a pasar nada. Pero para eso estábamos allí, para recrearnos con cosas nuevas. No podía imaginarme que todo aquello estuviera planeado para que Juan Pedro y yo, tal vez agarrados de la cintura o de la mano, como dos tortolitos, disfrutáramos de una noche tan... peculiar.

Caminé hacia la cabina, donde ya los platos estaban en la mesa y el olor de la cebolla y el tomate inundaba un pequeño rincón, en el que se localizaba la cocinilla. Allí se estaba simplemente preparando la cena, pero si he de decir la verdad, yo sentía una extraña sensación. No, no es que me sintiera incómoda, pero había algo en el aire, aunque creo que sólo lo sentíamos Donatello y yo. Esperaba que al día siguiente por la mañana ya hubiera pasado y que lo que fuera se olvidara.

Si bien en ese momento, y echando la vista atrás durante muchos otros años antes también, me había convertido en el ser más aburrido del planeta Tierra, Victoria, con sus tonterías e intentos de hablar en italiano nos sacó a todos más de una sonrisa. Cenamos mientras el barco regresaba a puerto y tuve que reconocer que estaba delicioso todo lo que los hermanos nos prepararon.

Pasamos una velada tranquila, que finalizó en el minuto en que el barco arribó a tierra y nos despedimos con la promesa de volver a vernos, pues al día siguiente Vicky y yo nos marchábamos a otra isla. Sabía que mi amiga echaría de menos a Lolo. Lo que no sabía era si sobreviviría su incipiente

amor. Estaba segura de que entre ellos se entenderían, fijo. Yo abracé a Paolo con la promesa de llamarnos.

—Vamos, chicas, ya tengo el coche aquí —Donatello nos dio aviso de su llegada.

—Lo prometo —oí a Vicky decirle a Lolo mientras lo abrazaba y lo besaba en la mejilla.

—Nos veremos seguro —le reiteré a Paolo, marchando hacia el coche.

—¿Me dejas sentarme atrás? —le pedí a mi amiga.

—Claro. —Ni preguntó, me entendió.

El que no lo tuvo tan claro fue Donatello al ver cómo me sentaba en el asiento trasero y no a su lado, como en la ida, aunque entonces lo hice más por obligación que por decisión. Pero esa vez era yo la que necesitaba su espacio. Él sonreía, pero de nuevo sus ojos me estaban preguntando. Yo no quería responder a nada. Simplemente necesitaba estar sola.

Cuando llegamos al hotel, cuando fui a salir del asiento trasero, sentí su mano agarrándome la muñeca suavemente.

—¿Estás bien? —preguntó sin más.

—Sí. Tranquilo. —Le sonreí—. Todo está bien.

Me alejé del coche sin mirar atrás.

Me llevé la mano a la muñeca, como intentando retener la sensación del toque de Donatello en ella.

—No pasa nada si pasa algo —me susurró mi amiga.

—Pero es que no sé si quiero que pase algo —pensé en voz alta.

Vicky me pasó un brazo por los hombros de manera fraternal mientras entrábamos por la puerta del hotel y, con toda la tranquilidad del mundo, suspiró y dijo:

—Pues si no pasa nada, déjate llevar. Si no hay prisa...

Capítulo 6

Pensé que me costaría mucho dormirme, pero me equivoqué. No sé si fue mi propio cerebro, hastiado de tanto dar vueltas a las cosas, o simplemente el cansancio del día, pero nada más tumbarme en la cama sólo quise cerrar los párpados y olvidar. Una vez despierta, cuando el sol me estaba dando de lleno en los ojos, no sabía si lo que deseaba no recordar eran los sucesos de la velada o todo el tiempo pasado con aquel guapo rubio de ojos azules y sonrisa zalamera, que me llevaba en palmitas sólo cuando a él le apetecía. ¿Qué me estaba sucediendo? Hay cosas que no se pueden borrar en sólo un par de días, pero al parecer sí que quizá pueden verse más claras.

Miré el reloj, bueno, en realidad cogí el móvil por primera vez en esas dos noches que habíamos estado fuera de casa. Llegué a ver que aún no habían dado siquiera las nueve de la mañana, que la batería estaba a punto de acabarse y que tenía varias llamadas, todas ellas de mi familia. Sin levantarme de la cama les envié un mensaje a mis padres diciéndoles que todo iba perfecto y sin problemas, que lo estábamos pasando muy bien y que el tiempo, menos el primer día, nos estaba respetando.

Victoria dormía a pierna suelta. Boca arriba, con las piernas abiertas y los brazos bajo la cabeza. Si no fuera porque no ronca, esa posición era perfecta para que en un momento dado la miraras en medio de la noche y te apeteciera ponerle un cojín en la cara... Me levanté sin hacer ruido, pues me apetecía estar un rato sola. Me duché rápido y me puse lo primero que pillé para bajar a la terraza, en la que estaba dando un fantástico sol. El mar me llamaba... Sólo un ratito para mí y para nadie más.

La mesa del día anterior estaba vacía, así que, sin decirle palabra a nadie,

ni un mísero buenos días —qué se le va a hacer, soy así de borde por las mañanas—, me dirigí directamente hacia allá y me senté bajo la sombrilla que me resguardaría del calor. Cogí la goma del pelo que llevaba en la muñeca y me hice algo parecido a un moño con el pelo largo que me había dejado crecer para mi boda no celebrada de hacía unos días. Demasiado largo, pensé, en cuanto encontrase una peluquería me lo cortaría. Decidido.

En esas estaba cuando un camarero, amablemente, me preguntó lo que me apetecía beber y tomó nota. Le sonreí, olía a café y eso hacía que cambiara mi humor lentamente.

No tardó mucho en traérmelo, junto con una cesta con bollería, un plato preparado con fruta y algo salado. Lo mismo que Victoria y yo escogimos la mañana anterior. O se lo aprendían muy bien o era algo raro, porque yo veía que los demás se levantaban a coger lo que querían en el bufet. Fruncí un poco el cejo, pero no le di importancia, quizá fuera un servicio especial por tratarse de un viaje de novios. Le di las gracias y, mirando al mar y disfrutando de un raro pero relativo silencio, me dispuse a desayunar con toda la tranquilidad del mundo. Ese día dejábamos el hotel, pero sería a la hora de comer, así que aún disponía de unas horas...

—*Buongiorno*, Malena.

Mi momento de tranquilidad acababa de verse interrumpido por la suave voz de Donatello dándome los buenos días, mientras me tocaba el hombro casi desnudo, sólo con la fina tira del tirante del vestido que llevaba puesto. La calidez de aquel hombre tocando mi piel hizo que se me pusiera la carne de gallina. Lo disimulé lo mejor que pude, moviéndome inmediatamente, fingiéndome sobresaltada.

—Buenos días, Donatello —respondí, volviéndome en la silla—. Me has asustado.

—Eso parece. —Señaló una de las sillas, la más pegada a mí, para que lo invitara a sentarse—. No vamos a poder tocarnos.

¿Eso qué había sido? Lo que había dicho ¿qué había sido? ¿Una

insinuación?, ¿un truco para ver lo que yo contestaba? ¿Qué hacía? ¿Decía algo? ¿Me callaba?

—No esperaba a nadie, Vicky suele despertarse bastante más tarde que yo.

¡Bien! Una respuesta sin darle ninguna pista. «Así me gusta, Malena.»

—¿Te importa que me sienta? —Ya estaba sentado.

—En realidad... —vi que hacía amago de levantarse—... no, no me importa.

—Perdona —suspiró—, no quería molestarte.

—No pasa nada, hacía mucho tiempo que no disfrutaba de este tipo de tranquilidad y aún menos de unas vistas tan impresionantes.

Los dos nos quedamos mirando en silencio el mar infinito sin hablar, un momento solo interrumpido cuando un camarero trajo, sin que Donatello hubiese pedido nada, un desayuno completo para él.

—¿Tanto te conocen por aquí? —pregunté extrañada.

—En realidad sí, piensa que cuando tengo algún grupo o hago de guía, suelo quedarme cerca.

¿Estaba improvisando? Si algo me ha enseñado la vida y, sobre todo mi relación con Juan Pedro, es que la gente miente y miente mucho. Pero en el fondo, ¿a mí qué me importaba?

—Oye, siendo haberte dado una imagen de mí que no es real —intenté excusarme por lo de la noche anterior—. Creo que fue el vino. Tomé demasiado durante el día.

—Yo también lo siento. —Otra mentira, lo veía en sus ojos—. Pero sigo pensando lo mismo que ayer: ese tipo es un idiota.

—Es probable. —Removí el café nerviosa antes de darle un sorbo.

—Alguien no puede darse cuenta dos días antes de la boda de que no se puede casar. —Y bebió también, seguro de sus palabras.

—No puedes juzgar a las personas sin conocerlas, Donatello —dije y me di cuenta de que estaba justificando las acciones de mi exnovio.

—No puedes defender a una persona que te hace daño y te engaña. No es

justo. —Se adelantó en la mesa para comenzar a degustar su desayuno.

—Temo que estás sacando conclusiones precipitadas sin saber nada de mi relación con él —excusé de nuevo a Juan Pedro y lo peor era que no quería hacerlo, pero Donatello me estaba sacando de quicio.

—¡Bah! Malena, ¿en serio puedes justificar diez años echados por la borda así? —Masticó y tragó antes de hablar.

—Pero ¿qué sabrás tú de esos diez años? —estaba levantando la voz.

—Pues que ese tipo no sabía nada de ti, no sabía lo que tenía entre sus manos y lo ha desperdiciado todo.

—¿Perdona? —Me estaba dejando anonadada—. Y tú lo sabes todo, ¿no? ¡Venga ya, Donatello! No lo estropees más.

—¿Estoy estropeando algo? —Se quitó las gafas de sol para mirarme con una seriedad que nunca había encontrado en la mirada de otra persona.

Sí, me intimidó, más aún cuando alargó una mano y me quitó las gafas que yo llevaba puestas sin mediar palabra.

—Donatello —le agarré la muñeca tratando de impedir que lo hiciera, sin conseguirlo—, lo que le conté a Paolo sólo fue para él, no creas que lo sabes todo.

Solté su mano, sabiendo que con su fuerza podría sin problemas hacer un movimiento y soltarse de mi agarre.

—Cuéntamelo a mí. —Me miró casi enfadado.

Sonreí de medio lado, vivir junto con los Vinuesa me había dado muchas tablas para lidiar con ese tipo de encuentros.

—Contártelo a ti no serviría absolutamente de nada, Donatello. —Y sin apartar mi mirada de la suya verde cristalina, le quité mis gafas.

Me eché hacia atrás, mientras volvía a taparme los ojos con los oscuros anteojos. Creo que quedó meridianamente claro que aquella conversación había terminado en aquel mismo instante. También que él no necesitaba saber nada más sobre mi vida y que lo que yo le contara a Paolo era sólo para éste.

Lo hice porque en aquel momento lo necesitaba y Paolo no me juzgó ni me dio ningún consejo. Sólo me escuchó, que era lo que me hacía falta.

—Malena...

—¡Buenos días!

Nunca había agradecido más en la vida una interrupción de mi amiga como en aquel instante. ¿Qué habría pasado si la noche anterior Vicky no llega a aparecer en la plataforma de la barca? «Gracias —pensé una y otra vez—, gracias por interrumpir.»

—¡Hola, Vicky! —la saludé más efusivamente de lo normal—. Buenos días, ¿has dormido bien?

—Hola. —Me miró extrañada—. ¿Eso es café o carajillo? —Miró a Donatello—. Es que normalmente tiene muy mal despertar, es como un ogro.

—Ya —convino él con la mandíbula tensa y volviendo a ponerse las gafas—, creo que he disfrutado un poquito de ello.

—Bueno —Victoria se sentó a la mesa—, ¿qué hacemos hasta la hora de marcharnos?

—Iba a sugerir ir al museo de arqueológico, pero no sé si...

—Yo sí quiero ir —anunció ella emocionada.

—Venid a recogerme cuando acabéis —solté, levantándome y marchándome a la habitación.

—Donatello, no sé lo que has hecho —le dijo Vicky—. Pero así no...

—Ma...

Victoria lo miraba negando, a la vez que se echaba el pelo hacia atrás.

* * *

¿Qué se habría creído el *fetuccini* ese de los cojones? ¿Y qué mierdas me pasaba a mí? ¿Por qué había defendido a mi ex, que era un gilipollas?

Acababa de cerrar la puerta de la habitación con tal fuerza, que temí que alguno de los huéspedes que estuvieran cerca creyera que se había

desencadenado un terremoto. Pero me daba igual, no me importaba un pimiento. Maldije los espaguetis, los macarrones y la lasaña. Es que era tonta, defendiendo lo indefendible.

Encontré un zapato por medio y le di una patada, con tan mala suerte que salió volando por la terraza, que estaba abierta, y tanto Vicky como Donatello lo vieron aterrizar cerca de la mesa a la que aún estaban sentados.

Salí a mirar, pero me metí inmediatamente cuando su mirada se posó directamente en mí.

¡Maldita sea la cuna que me arrulló! Qué vergüenza. Cerré la terraza cabreada. Pero eso sí, me quedé mirando detrás de la cortinilla, esperando a que alguno de los dos recogiera el zapato volador, pues era uno de mis preferidos. Afortunadamente, sucedió.

Me dejé caer sobre la cama deshecha.

Sonó un mensaje en mi móvil, que había dejado cargando en la habitación. Lo miré con los ojos más grandes que un atardecer en Cádiz.

Juan Pedro. ¿En serio? ¿Es que me había oído?

Sostuve un par de segundos el móvil entre las manos, antes de ignorarlo por completo. Capaz era de decirme que había cancelado el viaje y que debía pagarlo yo todo o cualquier otra sandez. No leí el mensaje, directamente lo borré y lo bloqueé por WhatsApp, sus llamadas y en todas mis redes sociales. Si él había querido irse, que se marchara con todas las consecuencias y que me dejara empezar de cero. Que las heridas no se cierran si cada dos por tres estás quitándoles la costra, y él parecía que quisiera estar con la uña rascando para que no lo olvidara. «No, querido. Si te has ido, te has ido, deja que me lama las heridas.»

Recibí también otro mensaje, era de mi madre. ¿Veis lo que digo de las heridas? La pobre me comentaba que ya habían llegado todas las cosas que tenía en la casa que compartía con Juan Pedro, que las dejaría en las cajas hasta que yo llegara. Respondí con un simple «ok». No tenía ganas de mucho más.

Y me quedé en la cama tendida, mientras notaba que una lágrima caía por un lateral de mi rostro y tontamente se me iba metiendo por la oreja. ¿A quién no le ha pasado eso cuando llora mirando el techo?

* * *

—Vamos, animal de bellota.

Me estaban meneando la cama.

—¿Qué?! —Di unos manotazos al aire, asustada.

—Levanta de la cama ahora mismo, nos vamos.

—Me he quedado dormida —dije sin darme cuenta.

—Venga, coge la maleta.

—¿Y a ti qué te pasa? —solté enfadada.

—Pues que eres más bruta que limpiarte el culo con papel de lija —soltó Vicky y, sin mediar más palabra, recibí una zapatilla sobre el pecho.

—¡Animal! —grité.

—¿Yo? Disculpa, señorita —se me encaró ella—, pero no soy yo la que va tirando zapatos por las ventanas cuando se cabrea.

—¿Y qué? Es mi zapato y con él hago lo que me da la gana —bufé.

—Mira, pava, la próxima vez va a aguantar tus putos cabreos Rita la Cantaora, porque lo que soy yo estoy a esto —puso dos dedos muy cerquita— de mandarte a la mierda.

—Habla bien —repliqué digna.

—Ay, perdona, no sabía que ahora eras de la escuela de buenos modales de tócame el coñ...

—Vale ya —le paré los pies—. ¿A qué viene esto?

—Pues a que eres una jodida ciclotímica, tía. Ayer estabas bien y hoy, después de desayunar con el Tortugo, vuelves a ser una insoportable.

—El insoportable es él. Se cree con derecho de juzgarme y decirme qué he de hacer con mi vida.

—Mira, otro que sin conocerte ya sabe que tienes un palo metido por el culo. —Vicky cerró su maleta.

—Lo mismo el palo me lo saco para rompértelo en la cabeza. —Me colgué el bolso del hombro, agarré mi maletón y salí por la puerta.

—No lo creo, lo tienes fijado con cinta americana, bonita. —Vicky iba detrás de mí.

—¡Déjame en paz!

—Deja el puto palo en este hotel y no amargues a la gente. —Ahí iba Pepito Grillo, a mi espalda.

No nos hablamos más hasta salir por la puerta, en la que un coche pequeño nos esperaba.

—¿Y Donatello? —pregunté.

—Sube al coche y tira —me respondió mi amiga sin más.

Y no, él no estaba en el coche, tampoco en el puerto y mucho menos dentro del barco que nos llevaría a la isla de Stromboli. Sentí una extraña punzada en el estómago. ¿Se había ido? ¿Se había marchado por mi culpa? Aunque, en el fondo, ¿a mí qué me importaba lo que hiciera? ¿O sí que me importaba?

«Déjate de tonterías, Malena, es un guía, su función es agradar y la tuya intentar pasar el mayor tiempo posible sin tener que pensar en nada más que en el sol y el descanso. Ya regresarás a casa y te encontrarás con la jodida y dura realidad, que te hará ver lo bonito que hubiera sido disfrutar un poquito más de este viaje y no regresar nunca más a casa.» ¿Con qué cara iba yo a presentarme en el trabajo? ¿Me observarían como a una pobre desgraciada? ¿Me darían el pésame como si se me hubiera muerto un familiar? ¿Me mirarían al pasar y después los oiría cuchichear?

No sé si era hambre o simplemente aburrimiento, pero esa vez el trayecto en el barco se me hizo más corto de lo que en realidad era. La mar en calma y sentarme lo más alejada posible del fondo hizo que la travesía fuera bastante más agradable que la primera vez que cogí un barco de esos.

Al llegar al puerto, vi mi nombre y el de Victoria en una pizarra de plástico

blanco, escritos con rotulador.

El lugar estaba abarrotado de gente que ofrecía motos para alquilar, taxis —en realidad motocarros— para llevarte a donde desearas, panfletos con anuncios de pequeños hoteles y casas en alquiler, todos ellos buscando al turista perfecto, para, posiblemente, cobrarles una millonada por un pequeño trayecto, que, hecho a pie, podría causarles traumas de por vida dada la orografía de la isla. Y he de confesar que me pareció una verdadera lástima no haber llegado a ella en un barco con ventanas, pues me apetecía mucho ver el volcán, aquel trozo de naturaleza viva que se removía en el interior de la tierra, demostrándonos que somos un pequeño punto en la nada que puede desaparecer en cualquier momento. Sí, lo sé, me estaba poniendo un poco intensita, pero creo que sabréis perdonármelo, teniendo en cuenta que no hacía mucho me habían hecho daño. Más de lo que pensaba.

—Despierta —me zarandeó Vicky cuando vio que me quedaba parada en el muelle—. Nos están esperando allí.

Caminamos hacia el cartel que anteriormente había divisado y, cuando estuvimos a su altura, sonreímos y le dijimos nuestros nombres a aquel hombre de cabello y tez oscura que, literalmente, nos quitó las maletas de las manos y las metió en algo parecido a una moto con asientos traseros y maletero. Muy parecido a eso que se ve en los países asiáticos. Por lo visto en la isla estaban prohibidos los vehículos de cuatro ruedas y sólo se podía mover uno con ese tipo de ¿automóviles?, que más bien parecían motos tuneadas.

Y allí estábamos nosotras, sentadas atrás, mientras el hombre le daba todo el gas a aquel vehículo. No sé qué pasaba en ese país, pero parecía que todo fuese una constante competición sobre ruedas. Iba cagadita. Tanto, que no me había percatado de que estaba agarrando la mano de Vicky hasta que ella me la soltó.

—Hija, tranquila, si no morimos en Milazzo, no creo que con una tartana como ésta lo hagamos.

—¿Sabes adónde vamos? —pregunté.

—¿No has leído el cartel?

Negué con la cabeza.

—El hotel se llama la Sirenetta Park Hotel, aquí lo pone bien claro.

Me señaló el techo de nuestro transporte, que, aunque estaba impoluto, había visto probablemente días mejores. Cerré los ojos, esperando ver en qué tipo de hotel íbamos a dormir esa noche. No esperaba mucho... Hasta imaginaba que el capullo de mi exnovio hubiera sido capaz de meternos en una pocilga.

Tenía hambre y el tiempo era perfecto, así que pensé que, fuera donde fuese que estuviéramos, iríamos a comer algo a algún restaurante cercano. La carretera que nos llevaba al hotel estaba al lado del mar y me llamó la atención la arena, negra, como en algunas playas de las islas Canarias.

Sentí un frenazo que me hizo dejar de mirar el mar y dirigir mi atención hacia el conductor.

—*Siamo arrivati.*

Eso sí que lo entendí.

—¿Has visto qué hotel tan bonito? —comentó Vicky, más para sí misma que para mí.

Y lo cierto es que lo era. O por lo menos la entrada, en la que todo era de color blanco, un estilo que me recordaba mucho Santorini o Menorca. Dos alturas y desprendiendo una clase despreocupada que me enamoró. Justo cuando lo vi, pensé quedarme tres días seguidos sin salir de sus instalaciones. ¡Estábamos a los pies del volcán! Aunque no era nada difícil, teniendo en cuenta que la isla era muy pequeña y que todo estaba a su alrededor. No sé, me enamoré.

—¿Entramos? —Vicky me cogió la mano sin esperar a que yo le contestara.

El hombre que nos había acompañado dejó nuestro equipaje en la entrada y nosotras sólo teníamos que, de nuevo, volver a compartir habitación y relajarnos durante la estancia. Luego le preguntaría a Vicky por Donatello y lo que éste tenía pensado para nosotras durante esos días.

—Buenas tardes —soltó mi amiga en castellano.

El recepcionista nos sorprendió respondiéndonos en nuestro idioma natal y nos explicó que teníamos dos habitaciones reservadas. Victoria y yo nos miramos extrañadas. El hombre añadió que encontraríamos en ellas todo lo necesario y que, como era tarde, nos habían preparado una comida fría para, si así lo deseábamos, tomarla en una de las pequeñas terrazas de alguna de las dos habitaciones.

—¿En la mía? —pregunté yo mirando a Victoria, que asintió con la cabeza.

—De acuerdo —nos contestó amablemente el joven de la recepción—. Su equipaje ya está en las habitaciones, ahora doy orden de que les suban la comida. ¿Vino?

Las dos asentimos sin dudar y un botones nos acompañó con las llaves de cada una de las habitaciones. El hotel, por dentro, era muy parecido al anterior, con ese toque un poco añejo/pescador que lo impregnaba todo, pero con un gusto excepcional. Nos paseó por el interior, que se articulaba en torno a una piscina, y desde donde se podía divisar el volcán en todo su esplendor.

Me dejó en la mía, que estaba más cerca, y luego acompañó a Vicky a la suya. Frente a la mía, pasada la piscina.

Sí, el lugar tenía un aspecto marinero muy extraño, pero el trato del personal era simplemente exquisito. Tendría que haberle dado las gracias a Juan Pedro por el sitio, por las vistas, por la tranquilidad que se respiraba. Aunque si lo imaginaba tal como tendría que haber sido, en aquel lugar él y yo habríamos pasado más tiempo encerrados que disfrutando de las vistas o de la playa...

—¡Tía, esto es una puta pasada! —Mi amiga abrió la puerta de par en par sin llamar—. Pero ¿has visto qué vistas? ¿Tú has visto qué maromos hay ahí? — Abrió la puerta de la terraza, que daba a un restaurante situado en un pequeño acantilado con pinta de *chill out*.

—A ver, ¿tú no estabas enamorada? —le pregunté jocosa.

—Sí, bueno, quizá. Pero tengo ojos, ¿vale? —contestó digna.

Llamaron a la puerta para avisarnos de que la comida estaba ya en la mesa de la pequeña terraza interior. Nos encontrábamos como en un pequeño apartamento dentro de una urbanización.

—Joder, esto es más de lo que imaginaba —continuó ella—. Hemos salido ganando con el cambio de hotel.

—¿Perdona? —pregunté sorprendida.

—Sí, el nuestro no era éste —explicó, sentándose y echando un poco de vino blanco frío en una de las copas que estaba encima de la mesa y luego en la otra—. Donatello me explicó que al parecer había un problema con el otro hotel y que una persona nos recogería para ir al nuevo, pero que todo estaba arreglado.

—¿Donatello? —Fruncí el cejo.

—No va a poder estar con nosotras hoy —explicó Vicky—, pero como era un día de tránsito, pensó que estaríamos cansadas y que nos apetecería descansar.

—Ya —fue lo único que respondí.

—No seas tan dura contigo y menos con alguien que quiere ser amable.

—Me quiere meter la lengua hasta la campanilla —respondí, haciéndome una trenza y amarrándola con la goma que tenía en la muñeca.

—¿Y qué problema hay en eso? —me soltó ella—. No es un orco, no es mala persona, tiene todos los dientes y además está bueno.

—Hay algo que no me gusta —y era verdad—: esconde algo.

—Sí, ya te lo he dicho, es un mafioso que nos está usando como excusa para un intercambio de droga a lo grande con los rusos. —Le dio un trago a su vino.

—¿De verdad crees eso? —La miré, sentándome y cogiendo la copa.

—Y yo qué cojones sé —dijo, a la vez que destapaba una de las bandejas, en las que encontramos todo tipo de pescados ahumados y en aceite—. Pero, tía, pasa del mundo, no estamos en casa. Ya llegaremos y nos darán por donde tienes el puñetero palo metido.

—Pero ¿y si sólo quiere un polvo y olvidarme?

¿Yo había pensado eso en voz alta?

—Pues te lo follas y hasta luego, Maricarmen, ¿o quieres casarte con él?

Vale, ¡zas!, en toda la boca. Acababa de darme donde más me dolía y yo haciéndome la remilgada. No estaba pensando específicamente en tirármelo, ¿o sí?

—No.

—Ahí tienes la respuesta, pero no seas tan hija de tu puñetera madre con él.
—Se sirvió un montón de cosas en su plato.

—Tú sabes cosas que yo no sé, ¿verdad? —intenté sonsacarle algo.

—Puedo prometer y prometo que yo no tengo idea de nada. —Y puso esa cara de «y aunque lo supiera no te lo diría».

Después de comer miramos el reloj y casi era la hora de salir, o a la piscina o a la playa. Así que, sin ganas de meternos en la habitación, decidimos lanzarnos a la aventura de cruzar la calle, ojo, cuidado que eran dos metros, y pasar un rato hasta la hora de la cena en la playa de arena oscura, descansando y mirando un farallón que había frente al hotel, que tenía un pequeño faro.

Abrí la maleta, dejando de nuevo a un lado la ropa interior tan bonita que había preparado para aquel viaje, y cogí uno de los muchos bikinis que tenía.

Lo bueno de viajar en verano era que en las maletas cabían un montón de cosas más de las que una imaginaba. No se necesitaba mucho más que ropa fresca y algo «por si acaso».

Con el bikini puesto, un pequeño pareo, una bolsa con la crema, toalla, gafas y un gran sombrero, me dispuse a reunirme con mi amiga, que ya estaba lista. Ella llevaba también un bikini, además de unos vaqueros cortos rotos, las gafas y sol y la toalla al hombro. No necesitaba nada más, sabía que yo lo llevaba todo.

—¿Todo a su gusto? —nos preguntó el recepcionista cuando dejamos las llaves en el mostrador.

—Perfecto —sonreí—, más de lo que esperábamos.

—Esta noche tienen cena en La Veranda —nos anunció.

Se lo agradecemos con un movimiento de cabeza y nos dispusimos a tumbarnos, para disipar nuestras dudas existenciales junto al mar. O, lo que era lo mismo, a echar una cabezadita junto al agua, mientras el sonido de las olas nos mecía. Muy idílico todo. Tanto, que no tengo idea de en qué momento sentí que había mucho movimiento a nuestro alrededor. No lejos, pero tampoco tan cerca como para que molestáramos. Desgraciadamente, soy de sueño ligero y me desperté con, y lo digo con conocimiento de causa, la peor de las visiones. Unos metros más allá estaba a punto de celebrarse una boda. ¡Una puta boda!

Todos iban vestidos de blanco, descalzos en la negra arena de la playa. El sol ya estaba desapareciendo mientras los novios se cogían de las manos y le sonreían al maestro de ceremonias. No eran más de treinta personas, pero todas sonreían, estaban felices de celebrar algo que yo...

—¿Malena? —La mano de mi amiga me sujetaba por el hombro.

Me había sentado en la toalla, mirando fijamente aquella escena sin siquiera darme cuenta.

—Dime —respondí sin mirarla.

—Vámonos —me alentó—, se ha puesto ya el sol y aquí no hacemos nada.

—Sí, venga —dije como una autómatas—. Tenemos que ir a cenar.

—Eso es.

Ella ya estaba de pie, con los pantalones puestos y la toalla al hombro. No sé cuándo lo hizo, pero mis gafas de sol y el sombrero ya estaban guardados en el bolso y sólo tenía que levantarme, ponerme el pareo y recoger la toalla del suelo. Me había quedado hipnotizada, o simplemente paralizada.

Aquello no iba a ir bien. Si había pensado que el hotel en el que estábamos iba a traerme la tranquilidad que necesitaba, me estaba equivocando de pleno y lo único que me separaba del borde de la locura era... nada.

Me senté en la cama cuando llegué a la habitación. Iba llena de arena y

salitre, pero me daba absolutamente lo mismo bañarme que esconderme bajo las sábanas.

Unos golpes me hicieron levantarme de la cama. Era Victoria, que me conocía lo suficiente como para saber que me iba a meter en mi mundo y que no podía dejarme allí. Ya tuvo en Madrid su ración de llantos, quejas y lamentos como para desear volver a revivirlos, así que la vi aparecer con todas sus cosas para arreglarse antes de ir a cenar.

—Mira, como no tengo ganas de cambiarme sola —se excusó como cuando íbamos al instituto—, me lo he traído todo aquí y vamos a hacerlo como en los viejos tiempos.

—¿Eh? —pregunté, sabiendo a qué se refería.

—Pues nada, que nos vamos a duchar —se acercó a mí haciendo el payaso—, si quieres juntitas. Nos vemos las peras mientras nos secamos, nos arreglamos y luego vamos a cenar con toda la tranquilidad y el vino del mundo. Y si esos dos que se han casado creen que van a fastidiarnos la noche, lo llevan clarinete.

—Victoria, que no tengo ganas —repuse.

—Mira, las mismas ganas que cada vez que tu exnovio se iba con sus amigos y tú y yo nos quedábamos por el barrio liándola. —Me guiñó un ojo riéndose.

Y era verdad lo que decía. Las veces que el sinsorgo de mi exnovio se iba con su pandilla, las últimas veces, me pasaba el rato hablando por teléfono con Victoria hasta que ésta aparecía por mi casa, me vestía, literal, y nos íbamos a los bares de siempre del barrio y acabábamos más moradas que Tinky Winky, el Teletubbie lila. ¿Eso no eran ya señales de que la cosa iba, como poco, raruna?

—Yo ya he acabado. —Vicky apareció en pelotas por la habitación—. Así que o entras tu solita en la ducha o te meto yo.

Levanté los brazos en señal de rendición.

—Voy sola. De momento sé hacerlo sin ayuda.

—Una buena ayuda te hace falta a ti ahí abajo. —Señaló con la mirada mis partes íntimas.

—Burra.

—Monja de palo...

—¿Como el que tengo metido en el culo? —Soy un poquito rencorosa.

—Ese palo sirve para todo —me contestó, secándose el pelo con una toalla.

Y, aunque no me apeteciera, la cabrona de mi amiga había elegido mi vestuario de aquella noche. Con unos tacones que me elevaban un poco del suelo —no mido mucho—, un vestido vaporoso de color pastel con escote en uve y mostrando más de lo que me gustaría.

Ya me lo dijo, quería que todo el restaurante se volviese para mirarme. Estaba haciendo que hasta yo me creyera guapa, cosa que hacía mucho tiempo que no sentía.

Me miré al espejo antes de salir y finalizar mi maquillaje. El pelo suelto, aun corriendo peligro de que la humedad del mar me lo dejara un poco *apollardado*, y no me refería a tonto, sino como pelo de... Pues eso.

Mi amiga iba simplemente espectacular, con un mono ajustado y unos tacones de vértigo. Su cuerpo, sus ojos azules y su corto pelo rubio hacía las delicias de los más necesitados. Me había robado el mono, casi tenemos la misma talla, ella rellenaba un poco más el pectoral, pero ahí estábamos las dos. Perfectas para olvidar.

El sonido de la fiesta se oía de lejos. En el otro restaurante, situado al lado de la playa en lo alto de un acantilado, los novios celebraban su fiesta privada en un pequeño reservado. Me senté dándoles la espalda, sólo así disfrutaría de la conversación de mi amiga y, sobre todo, me sentiría bien al no ver la felicidad de otros. Los hombres presentes nos miraron y nos sentimos halagadas al ver que los que paseaban por la calle también lo hacían.

—Te lo he dicho —susurró Vicky—. Hay que marcar territorio y esta noche lo hemos hecho.

—Gracias, amiga. —Le cogí la mano y le di un fuerte apretón de agradecimiento.

—Para eso estamos...

El camarero nos preguntó en inglés si deseábamos algo de aperitivo antes de la cena. Nos dejamos aconsejar y nos ofreció un par de cócteles bastante buenos. Nos dijo que nos los traería junto con la carta y en un rato regresaría para tomarnos nota.

Nos reímos, yo más de lo que imaginaba que lo haría. Creo que el cóctel de antes de cenar y la botella de vino que nos tomamos luego entre las dos tuvo algo que ver. Pero hacía tiempo que no soltaba la mandíbula de la manera en que lo hice con las historias de Vicky. Si bien es cierto que éramos amigas, también me había perdido muchas cosas de su vida por estar fuera de ella, pero me estaba poniendo al día sin problema.

—Te lo juro —puso las dos manos muy juntas—, la tenía así y no veas la decepción. Tan grande, tan guaperas, con un cuerpazo de esos y... No me reí en su cara porque me dio pena, pero estuve a punto de decirle «¿Ya?», cuando el pobre me la metió. ¡Que no me enteré, tía!

Creo que los de las mesas de al lado nos miraron más de una vez y más de dos. Contándome sus aventuras sexuales, Vicky era todo un espectáculo, no dejaba títere con cabeza. Que si uno grande, que si otro pequeña, que si éste no sabía comerlo, que si el otro parecía una lengua percutora...

—No puedo más —me quejé ya del dolor de tripa que tenía—. Me duele de tanto reír.

—Mira, ¿lo ves? Acabas de hacer risoterapia conmigo y ni te voy a cobrar. ¿A que soy buena?

—¿Puedo decirte algo? —Me acerqué y ella hizo lo mismo—. Si ahora te planto un beso en los morros, nos echan.

Abrió los ojos como platos y al adivinar sus intenciones, pues era capaz de hacerlo, me eché para atrás riéndome a carcajada limpia.

—Cagona.

—Me gusta el hotel. —Le saqué la lengua.

—Ya sabes que yo soy muy de «no hay huevos». —Levantó una mano para que un camarero se acercara.

Pidió otra botella de vino blanco antes de dar por finalizada la cena —aún nos quedaba algo del segundo plato.

—Oye, ¿crees que nos dejarán entrar en el club ese? —preguntó Vicky.

—Tiene pinta de ser exclusivo y lo mismo con el tema boda...

—Déjame a mí.

Cuando vino el camarero con la botella, ella le pidió que se acercara y comenzó a decirle algo al oído. Sólo lo veía sonreír. Me estaba dando miedo y a él se le hacía la sonrisa cada vez más amplia.

—Solucionado —soltó él al irse.

—¿Qué has hecho? Me das miedo.

—Nada, le he dicho que le dejaremos una propina de cien euros, cargados a tu ex, está claro, si nos cuele en el club.

Dos segundos más tarde, el camarero apareció con dos tarjetas y nos dijo que cuando saliéramos de la cena sólo teníamos que presentarla en la entrada y que preguntáramos por Pietro, que él nos invitaría a lo que quisiéramos las veces que deseáramos. Que no hacía falta la propina, porque estaba todo incluido en la reserva del hotel, y que podíamos tomar y disfrutar de lo que deseáramos en él sólo con avisar.

—Pero... —Fruncí el cejo, mirando a mi amiga.

—No pongas esa cara, es lo mínimo que puede hacer por ti el capullo ese.

—Ya, pero tengo reparos...

Llenó mi copa de vino.

—Mañana espero tener aspirinas para parar un tanque, pero hoy voy a bebérmelo todo y le voy a dar las gracias al desgraciado de tu exnovio. —Levantó la copa—. Además, el muy mamón nunca me invitó a nada en diez años, así que estas vacaciones con todo pagado es lo mínimo.

—En eso tienes razón. —Brindé con ella.

Yo, a pesar de la buena cena, iba un poco perjudicada y no sabía si tomarme algo más o simplemente pasar al postureo. Por el contrario, Vicky, que siempre había aguantado el alcohol más que yo, iba directa a tomarse un gin-tonic.

Caminamos los pocos metros que separaban el restaurante de aquel club en el que la música era de las que iban subiendo de decibelios según pasaban las horas. En la puerta, dos hombres de dos por dos, o, lo que es lo mismo, cuadrados como dos armarios empotrados, guardaban la escalera que daba acceso al local. Nosotras, sin siquiera hablar, les entregamos las dos tarjetas y nos pusieron una pulsera dorada. A la derecha estaba la zona privada que habían cerrado para la boda y a la izquierda, la barra y todo lo demás. El lugar estaba situado en un montículo que sobresalía como una terraza hacia el mar, de tal manera que el Mediterráneo era el protagonista principal. Sus suaves luces, la blanca decoración y el estilo, le daban un aire bastante pijo, por no decir aristocrático.

Mi amiga fue directa a preguntar por Pietro y éste apareció dándonos la bienvenida. Nos acompañó a un pequeño rincón donde ya tenían preparada una mesa para dos personas con una botella de *prosecco* y sendas copas. Lo seguíamos sin mediar palabra entre nosotras, mientras me sentía observada, pero esa vez era algo que no me estaba sentando nada mal; al contrario: hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien. Mi vaporoso vestido, y creo que los vapores etílicos, estaba haciendo que me lo creyera. Y lo cierto era que me estaba gustando más de lo normal.

Nos sentamos donde el simpático de Pietro nos indicó, luego nos llenó las copas antes de marcharse.

—Me ha contado Pietro, que es el encargado, que sólo les dan estas pulseras a gente especial y que estamos invitadas a todo mientras nos alojemos aquí.

—Joder, lo que hacen unas buenas cuentas saneadas, ¿no? —solté sin pensar mucho en que hablaba de mi propio viaje de novios.

—Ya te digo. —Vicky dio el primer sorbo a su bebida.

—Yo no sé si voy a poder beber más —comenté seriamente.

—Nena, estamos a dos pasos. —Abrió los ojos—. Te quitas los zapatos y punto.

—Es que no es sólo caminar, lo de ir por la senda del elefante dando tumbos no me da vergüenza —le expuse riendo—, el problema es que en breve va a comenzar a dolerme la tripa.

—Pues pasas por mi habitación antes de dormir y te doy un remedio que es mano de santo —dijo, mientras continuaba tomándose su copa.

—Tú y tus hierbajos —suspiré—. Sigo creyendo más en el Almax que en ti, que lo sepas.

—Eres una desagradecida de la vida.

Me sacó la lengua y se levantó de la silla, dejando la copa en la mesa. Me ofreció la mano para después, con un intento de voz de tío seductor, soltar:

—No voy a dejar que nadie te arrincone.

A mí, que en ese momento tomaba un sorbo de la copa, se me atragantó y no sabía si debía intentar salvar mi vida o echarme a reír a carcajadas. Sí, Vicky estaba haciendo de Johnny Castle en *Dirty Dancing*, cuando saca a bailar a Baby en ese gran final, la muy gilipollas. Así que dejé salir la risa mientras cogía una servilleta de papel de las que teníamos en la mesa para tapar cualquier atisbo de líquido que pudiera salir por alguno de mis agujeros faciales, incluidas las orejas.

Como no podía ser de otra manera, le cogí la mano y ella me arrastró al trozo de pista donde algunas personas ya bailaban sin complejos.

—Eres una payasa, ¿lo sabes? —le solté, moviéndonos mientras yo todavía intentaba recomponerme.

—Lo sé, pero si no fuera por mí, probablemente sería por otra...

La besé en la mejilla y ese simple gesto al parecer llamó la atención de algunos hombres, que comenzaron a arremolinarse a nuestro alrededor para bailar con nosotras, o por lo menos intentarlo. Vicky, como era de esperar, se

dejó querer, pero no tocar. Yo no miraba a nadie en concreto, no dando señales de estar interesada en ninguno de los que revoloteaban por allí cerca. Pero, os informo, tengo un pequeño problema, y es que soy astigmática y, cuando oscurece o las luces son tenues, veo menos que Rompetechos. Así que en ese tipo de situaciones, y dado que no llevo las gafas siempre, no miro a nadie, no vaya a ser que crea que conozco a alguien y, al mirarlo fijamente, atraiga a un orco.

Al ver que mi amiga ya había elegido víctima de baile, aproveché para sentarme de nuevo a la mesa, que seguía reservada sólo para nosotras, y disfrutar de la frescura del mar, como Victoria disfrutaba de la vida.

¿Por qué no sería yo capaz de lo mismo? Tengo el terrible problema de fustigarme por todo, como si siempre fuera Semana Santa.

Me volví para buscar a Vicky entre la multitud y vi que, al parecer, la fiesta de la boda había finalizado y la zona privada se abría para todo el público. Con mi ojo de halcón yo seguí intentando encontrar a aquella pequeña rubia con un cuerpo espectacular y tetas grandes, las cosas como son. Pero me estaba costando. Entre las luces estroboscópicas y lo mío, opté por relajarme y esperar que de un momento a otro Vicky decidiera tomar un sorbo de su copa y regresara a mi verita para no dejarme tan sola.

Me miré las manos casi por simple aburrimiento, pero me di cuenta de una cosa: aún llevaba el anillo de compromiso. Ni siquiera había reparado en él durante toda aquella vorágine de no bodas, vuelos, barcos y más barcos... Me quedé mirándolo embobada: oro blanco y un diamante tallado. ¡Cómo brillaba en esos momentos! No me lo quité, no iba a ser la típica novia despechada que lanza ese pastizal al mar. Si Juan Pedro me lo pedía, se lo devolvería; mientras, iba a ser egoísta, sería un seguro de vida. Estaba convencida de que costaba un buen pellizco. Lo acaricié por última vez para dejar constancia de que sabía lo que era, pero que iba a desaparecer en breve, seguro que lo haría.

Quise rellenarme la copa, pero la botella estaba vacía, así que en cuanto apareció un camarero le pedí que me trajera otra. Se llevó la cubitera con la

vacía dentro y no tardó más de unos minutos en aparecer con otra llena de hielo y dentro mi petición.

Me volví para mirarlo y darle las gracias por su rapidez, en mi necesidad de ahogar la soledad que sentía en esos instantes de recuerdos. Pero no sé si fue peor el remedio que la enfermedad, porque al mirar al camarero, que se marchaba después de mi agradecimiento, una luz fuerte me deslumbró tanto que tuve que ponerme la mano en los ojos.

Aparté la mirada para dirigirla al oscuro mar, esperando que mis pupilas recuperasen su estado normal. Tardé un rato, aún podía ver estrellas cuando me tomé el contenido entero de la copa que me habían llenado. Sí, es lo que tienen los malos recuerdos, te convierten en alguien que hacía mucho tiempo no eras. Pero ¿qué más daba?

Sin levantarme del sitio, volví a la búsqueda de la amiga perdida y creo que la encontré entre la multitud. Estaba rodeada de hombres y mujeres, todos ellos vestidos de blanco. La condenada estaba en el bando contrario, disfrutando con los invitados de la boda y ¡hasta besó a la novia en la mejilla! ¡Sería traidora la tía! Y yo allí, sentada como una tonta...

Me volví a llenar la copa y continué con mi inspección ocular del lugar. Había gente con pinta de tener mucha pasta. No como mi exnovio, sino de los que de verdad se limpian el culo con billetes de quinientos euros. Y lo más gracioso era que estaba convencida de que en menos de lo que cantaba un gallo llegaría el primero que pidiera un par de botellas de champán de mil euros. ¿Apostam...?

Era consciente de mis limitaciones visuales nocturnas, pero lo que mis ojos estaban distinguiendo en aquellos instantes no podía ser ninguna broma. Vamos, que si me confundía me quitaba ya mismo la mierda de anillo de compromiso y lo tiraba al agua, pero sin remordimientos. No podía ser, vamos, me negaba a creer lo que estaba viendo. ¡Donatello ligando con una mujer madura!

No le veía más que la espalda, pero sabía perfectamente que era él. Y se

acercaba mucho a aquella ¡señora! ¡Ay, que se me había subido la bebida demasiado! Aquella mujer tendría unos años, pero tenía un porte elegante, era delgada, de pelo castaño, corto y bien peinado, labios bonitos, nariz grande, mirada verde y soberbia y lo tocaba demasiado. Se le acercaba al oído y, después de decirle lo que fuera, le acariciaba la cara mientras él se reía. Ella le cogía la mano y él se dejaba hacer. Estaban en la barra y Donatello, que parecía conocer sus gustos a la perfección, habló con el camarero, que les trajo dos de lo que fuera rápidamente.

Tuve que apartar mi instinto *voyeur* para respirar. Me había olvidado de tomar aire mientras esa escena tan rocambolesca se estaba desarrollando frente a mis narices. Respiré tres veces seguidas, lentamente, como decía el instructor de las sesiones de yoga que me regaló mi ex. Dejé que mi mente divagara, que no se centrara en nada que no fuera... ¡aquella mujer tocando a Donatello! Pero ¡sería cabrón...!

«Tranquila, Malena, piensa que es guía, que es su trabajo agradar y que contigo se pasó un poco, ya está. No le des más vueltas, es simplemente ¡un puto gigoló!»

Hasta ahí habíamos llegado. Ni yoga ni yogo ni yogur en vinagre. Me levanté de golpe.

Una boda, vale. Estar donde se celebra, de acuerdo. Pero ver cómo Donatello se estaba ligando a una madura, no. Lo sentía, pero no.

Busqué a mi amiga entre el grupo de personas que se concentraba en el centro de la pista bailando música electrónica y la cogí del brazo, apartándola un momento para poder hablar con ella.

—Me voy —le dije.

—Pero... —Vicky me miró sin entender, para ella era otro de mis arrebatos.

Miré en la dirección en la que estaba Donatello, que llevaba las dos copas y caminaba lentamente con aquella mujer cogida del brazo. Se dirigían justo a donde estábamos nosotras y Victoria se dio cuenta. Abrió los ojos como dos faros de camión...

—He dejado una botella en la mesa, compártela con quien quieras, yo me voy.

—Olvídate de él, en serio, y disfruta de la noche conmigo —intentó convencerme.

—Déjalo. —Bebí el contenido de la copa que llevaba en la mano—. Por esta noche, la fiesta para mí ha terminado. Tú disfrútala, de verdad.

Y allí la dejé, mirándome marchar.

Se me había bajado todo el alcohol que llevaba en el cuerpo de golpe, sin duda debido a la mala leche que en ese momento inundaba mi cuerpo, por imbécil. Por pensar que era más importante olvidar que quedarme tranquila lamiéndome las heridas. Que sería lo que haría a partir de ese mismo instante. Miraría el plan de viaje y vería qué era lo que me apetecía hacer o lo que no, y en ese caso me quedaría en el hotel y en la piscina. No necesitaba más que eso.

¡Dios, antes no había tanta gente! Me estaba costando conseguir llegar a la puerta de salida y encima con los puñeteros tacones, que en aquel suelo irregular al final me harían caer. Miré a tierra para no matarme, pero me di contra alguien. Al levantar la mirada para pedir disculpas, allí estaba él.

—¿Malena?

—Hola, Donatello —lo saludé sin ninguna efusividad.

—¿Qué haces aquí? —preguntó extrañado.

—Te dejo —miré a la mujer aquella—, veo que ahora estás ocupado.

—Espera.

Intentó retenerme, pero cuando dejó las copas que llevaba en la mano yo ya me había ido. Si hubiera podido, juro que habría corrido, pero aquellos malditos zapatos no me lo ponían nada fácil. Así que caminando como si fuera Chiquito de la Calzada, deprisa y casi de puntillas, conseguí llegar casi hasta la entrada del hotel, pero alguien me agarró de la muñeca.

—Malena.

Me volví lo suficiente para que mis ojos quedaran prendidos de sus

endemoniados ojos verdosos. Ni siquiera fui capaz de negarme cuando me llevó a una callejuela, muy cerca del lugar donde nos encontrábamos.

—¿Qué haces? —desperté de mi ensoñación.

El callejón era oscuro y estrecho. Parecía como si hubiéramos pasado a otra dimensión, con un silencio casi sepulcral; sólo se oía el leve retumbar de los bajos de la canción de turno que sonaba en el club.

—Te he hecho una pregunta —insistí.

—Deja que te explique, no es lo que parece. —Me cogió de las muñecas.

—Es tan típico... —bufé, zafándome de su agarre para salir de aquel callejón.

Un brazo contra la pared a la altura de mis hombros me lo impidió. Podría haber bajado la cabeza y escapado, sí, pero me pilló tan de improviso que volví a mirarlo a los ojos y de nuevo me quedé clavada a él.

—Donatello, deja que me marche. —Aunque no sabía si quería hacerlo.

—Malena, no es lo que tú piensas —casi susurraba, mientras sentía la calidez de su cuerpo acercarse.

Yo estaba tan centrada en aquel brazo en tensión contra la pared que me perdí el movimiento de su mano derecha. De repente noté que se apoderaba de mi cuello y su dedo pulgar paseaba suavemente por mis labios. Estaba paralizada por la sutileza de su contacto.

—No lo hagas, por favor —susurré—. Te están esperando, estás ocupado.

—Te has llevado una imagen de mí que no se corresponde con la real.

—Sólo lo que he visto.

Se acercó más.

—¿Celosa? —Continuaba acariciando mi labio inferior, a la par que sonreía al hacerme esa pregunta.

¿Estaba sonriendo? ¿En serio estaba sonriendo? ¿Se estaba riendo de mí? Eso sí que no se lo iba a consentir ni a él ni a nadie.

—Vete a la mierda. —Lo empujé para apartarlo, estábamos a punto de que nuestros cuerpos se tocaran.

—Si no lo estás, ¿qué más te da?

Y tenía toda la razón del mundo, si no me hubiera molestado verlo con esa mujer, ¿qué más me habría dado quedarme tomando una copa allí? ¿Y qué sabía yo de él? ¿De su vida?

—No vuelvas a tocarme —fue mi respuesta, aunque me temo que no era a él a quien respondía enfadada.

—Lo siento.

Respiré tranquila por una milésima de segundo, pensando que todo quedaba ahí y ya estaba. Pero no, me pedía perdón por que lo iba a hacer inmediatamente después de que esas palabras salieran de sus labios. Sin miramientos, sujetó mi rostro con las manos y su cuerpo se abalanzó sobre el mío, bajando su boca para que colisionáramos sin remedio. Luché por quitármelo de encima, pero era más fuerte que yo. Su peso me aprisionó contra la pared y, a pesar de que intenté empujarlo, posando las manos en sus abdominales, cuando fui a respirar su lengua encontró el camino perfecto para desarmarme. Era suave a la vez que posesivo, marcaba su territorio sin imponer una danza. Y mis manos, en lugar de empujarlo de nuevo, se cerraron agarrando con fuerza su camisa.

Me sabía presa desarmada al agarrarme a su cintura y él no perdió el tiempo, mientras nuestros labios saboreaban la pasión arrancada en una oscura callejuela. Una de sus manos subió la tela del largo vestido hasta mi cintura para luego pasearse sin ningún tipo de pudor por mi culo. Era una mano grande, dura, y agarró una de mis nalgas como si el siguiente paso fuera irremediable. Lo noté, sentí su excitación contra mi estómago mientras le rodeaba el cuello con los brazos exigiéndole más. Sus movimientos simulaban una suave penetración, era como si los dos estuviéramos haciendo el amor con la ropa puesta. Me había alzado una pierna a la altura de su cintura...

—*Mi fai impazzire* —murmuró en italiano, sin que le comprendiera.

Ataqué su boca pidiéndole más, separé un poco mis labios y le mordí el suyo inferior suavemente: necesitaba más de aquel hombre en ese instante.

Creo que lo comprendió perfectamente al meter la mano que sujetaba mi muslo hacia mi sexo, apartando el tanga. Di un pequeño grito, pues su lengua se introdujo en mi boca haciéndome callar, mientras sus dedos recorrían mi clítoris despacio.

«Malena, ¿qué estás haciendo?», me preguntaba. Sin embargo, me nublaba el sonido de su respiración agitada, el movimiento de sus labios, sus dedos jugando conmigo y la excitación en sus pantalones.

¡Dios! Iba a correrme. Iba a tener un orgasmo con un desconocido en un callejón de una isla siciliana, como una adolescente sin casa a la que ir.

—*Dai*, dámelo —me dijo al oído, mordiéndome después suavemente el cuello.

—No, así no, Donatello... Así...

Tuve que ahogar mis palabras cuando sus dedos se introdujeron dentro de mí, desatando un torbellino de sensaciones que me recorrieron la espina dorsal. Un orgasmo se apoderó de mi cuerpo, mientras mis brazos se agarraban al cuello de aquel italiano arrogante y él me sujetaba por la cintura con su mano libre.

Me sentí vacía cuando salió de mí.

Me sentí mal cuando mi cerebro se recompuso.

Me sentí sucia cuando me di cuenta de lo que había hecho sin importarme nada ni nadie.

Lo aparté, esta vez con fuerza, y al no esperárselo me dejó el espacio suficiente para poder escapar de aquel callejón, sin importarme si me caía o no en mi carrera.

—¡Malena! —lo oí ya de lejos.

No, no quería saber nada. ¿Qué mierda había hecho? «¿Qué has hecho Malena?»

Quería morirme.

Entré en el hotel y el recepcionista me sonrió cuando le pedí la llave de la habitación. Me metí directamente en la ducha. Necesitaba borrar todo rastro

de lo que había sucedido hacía unos momentos. Olvidar sus labios contra los míos, su lengua jugando en el interior de mi boca, sus manos llevándome al cielo...

¿Qué había hecho?

Capítulo 7

Llamaron a la puerta de la habitación. No una vez, sino varias, y con fuerza.

—Socorro —oí una voz lastimera—. Socorro, amigaaaaaaaaa.

Me levanté de la cama sin muchas ganas, ni me había vestido cuando me quedé dormida.

Abrí la puerta y Vicky entró con las gafas de sol puestas.

—Necesito aspirina, paracetamol e ibuprofeno como si no hubiera un mañana. —Revolvió toda mi maleta hasta que encontró lo que buscaba.

Al salir del baño, después de tomarse, creo que diez o doce de lo que pillara, me miró y por primera vez se quitó las gafas oscuras que ni se había levantado al entrar.

—¿Por qué no llevas ropa? —Volvió a ponerse las gafas, intentando cerrar los ojos cómicamente—. ¡Tápate, vístete o lo que sea! Necesito un café y que me cuentes que pasó anoche al irte. Ví a Donatello persiguiéndote.

Se sentó en una de las sillas de la habitación mientras yo, algo resacosa y desorientada, me vestía rápido. Así que en diez minutos nos encontrábamos las dos sentadas en el restaurante, sin hablarnos, cada una por una razón propia, aunque la de Victoria era mucho más pasajera que la mía. La muy cabrona, tomándose un par de cafés le diría adiós a la resaca, pero lo mío con un par de cafés no iba a olvidarlo.

Seguíamos en silencio, ella aún terminándose su segunda taza. Después de eso le traerían los huevos revueltos y el beicon que había pedido. Yo con un bollo o con un trozo de pan me conformaba, porque sí, tenía hambre, pero...

—Vale, ya estoy. —Dejó la taza en la mesa—. ¿Y tú qué? ¿Me dejaste allí sola y te largaste porque viste a un tío que te pone de los nervios ligando con

una tía?

Bajé la mirada al plato, en el que sólo quedaban migajas de lo que antes había sido un delicioso cruasán.

—¿Nooooo?

Asentí lentamente:

—Pero no exactamente como piensas.

—Ay, madre mía, que te han quitado el palo del culo...

—Por favor, Victoria, ¿quieres hacer el favor de bajar la voz? —no se lo pedí, se lo rogué encarecidamente.

—¿Te has follado al Tortugo? —preguntó como si fuera una espía.

—Creo que he cometido el mayor error de mi vida. —La miré a través de los cristales oscuros de sus gafas.

—A ver, paso a paso, que me he perdido. ¿Te lo has tirado o no?

Abrí la boca para contestar y de repente la cerré de golpe.

Me envaré, sí, el palo de nuevo, me puse tiesa como una vara verde. La mujer con la que estaba coqueteando Donatello apareció por el restaurante y todo el mundo la saludaba. Ay, madre del amor hermoso, ¿dónde me había metido? Estaba dando los buenos días a algunos comensales, a otros los besaba y yo sólo quería cerrar los ojos y hacer como los niños pequeños: si los cierro, no estoy, ¿verdad? Sólo esperaba que no me reconociera, que ni me mirara, que no pusiera ni un ojo sobre mí. Una más, una huésped nueva, nadie...

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —Mi amiga se acercaba a mí.

—La que estaba con Donatello anoche —respondí por lo bajo—. Que está aquí, que...

—¡Hostia puta! —soltó ella—. ¡Qué guapa es la mamona!

—Muchas gracias por tu comprensión —le dije, mirando hacia el mar.

—Joder, pero ¿tú has visto qué clase tiene?

—¿No fuiste tú la que me dijiste que los de su clase te daban asco? —le espeté enfadada.

—Sí, pero es que sólo conocía a tu exsuegra botulínica perdida y a la siliconada de la hermana de tu exnovio. —La miró sin disimulo—. Esta mujer emana seguridad.

—Y yo la he cagado...

Elegantemente vestida de playa, la mujer se sentó unas mesas alejada de nosotras y, gracias al cielo, de espaldas a donde estábamos. No parecía tener más de sesenta años, pero era de esas mujeres que fueron bellas de jóvenes y seguían siéndolo a pesar de la edad. Su rostro y su mirada, por otro lado, eran de una dureza de las que asustan.

—¿Qué pasó con Donatello? —Vicky se volvió de nuevo hacia mí, clavando los codos en la mesa y apoyando la cara en las manos—. No me has respondido.

—¿Te acuerdas de cuando no teníamos casa para liarnos con los chicos? —Ella asintió—. Pues eso.

—¿Follasteis en la calle? ¿Como en las películas? Tía, que tenías la habitación ahí al lado. —Señaló la puerta de entrada al hotel.

—Lo sé, pero no follamos. —Me tapé la cara, avergonzada—. Digamos que me hizo tocar las nubes.

—Madre mía, que te hizo un apaño en un callejón, ¿no? —Asentí—. Pues ¡olé tu coño moreno!

—¡Que no, Vicky! —me enfadé—. Que yo no soy así y menos con un tipo como él, qué va... ¡Joder que va con mayores!

Se rio.

Me levanté de la mesa de golpe y me fui a la habitación sin fijarme si ella me seguía o no.

Cuando cerré de golpe no se oyó el portazo y me volví pensando que Vicky la habría sujetado, pero me equivoqué: había sido Donatello.

Me hice un moño suelto con la goma que llevaba en la muñeca, mientras buscaba por la habitación las gafas de ver: después de la noche anterior no quería tener que forzar más la vista. Me movía casi erráticamente, no me

apetecía volver a hablar con aquel hombre que estaba en la puerta, apoyado en el marco. Bufaba enfadada por no encontrar las dichas gafas, pero en realidad sabía perfectamente que lo que estaba era furiosa con Donatello y conmigo por dejarnos llevar la noche anterior.

Finalmente me volví hacia él encarándolo.

—¿Qué leches quieres?! —le grité.

—Hablar sobre lo que sucedió anoche. —Entró en la habitación sin permiso y cogió algo que me dio—. ¿Es esto lo que buscas?

Le arranqué las gafas de la mano y me las puse inmediatamente. Me dolían mucho los ojos y tenía un incipiente dolor de cabeza.

—Por favor, Donatello, vete. —Señalé la puerta aún abierta.

—Estás muy guapa con gafas. —Se apoyó en la pared.

—¿Qué? ¿Después del calentón te la follaste? —Sonreí maligna, sabiendo cómo se quedó cuando me escapé de sus brazos.

Torció el gesto, le había hecho daño.

—¿Eso es lo que piensas de mí, Malena? —Cerró la puerta tras de sí.

—Sí, Donatello, es lo que pienso de ti. Creo que eres un guapo engreído que cree que con esa sonrisa arrebatadora y esos ojos verdes puede vivir de las mujeres.

Se acercó peligrosamente a mí.

—Así que crees que tengo una sonrisa arrebatadora, que soy guapo y mis ojos te encantan, ¿no?

Di un paso atrás.

—Y algo más, que no se te olvide: pienso que eres un gigoló que no va a conseguir nada de mí —sentencié.

—Pues para no conseguir nada de ti, ayer me lo diste todo.

—Eres un gilipollas —siseé, apretando los dientes para no darle un golpe.

Aquel hombre no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Me estaba provocando y probablemente no fuera la mejor de las opciones en ese momento para él, y mucho menos para mí. Sólo una vez me hirvió tanto la

sangre que acabé rompiendo una silla. Eso fue mucho tiempo atrás y no quería volver a recordar aquella sensación.

—Me estás provocando. —Vi cómo tensaba la mandíbula.

—Vete si no quieres ver lo peor de mí.

Volvió a acercarse demasiado.

Esa vez no me amilané y le planté cara.

Sí, me sacaba más de dos cabezas sin los tacones, pero si quería jugar a un juego peligroso, jugaríamos los dos.

—Lo peor de ti no quiero verlo, quiero ver lo mejor. —Estábamos ya pegados.

—Donatello, yo no necesito ver nada más tuyo. —Lo miré con una ceja levantada—. Ya vi lo que necesitaba.

—Y no era lo correcto —se defendió.

—Ya veo que las excusas en todos los países son iguales. —Negué con la cabeza, quitándome las gafas para masajearme el puente de la nariz—. Anda, vete, no quiero conocer nada más de ti. Lo de anoche estuvo bien, pero me equivoqué, Donatello.

—Dime que no querías estar conmigo. —Su aliento a menta fresca me llegaba directo a la nariz.

—Fue un error, tú eres... Tú estabas... Y yo... —Suspiré—. Déjalo, ¿vale?

—No quiero ni puedo dejarlo, Malena.

Con una mano me agarró de la nuca y me acercó a su boca, a sus labios, para asaltar los míos sin permiso y, sin ningún tipo de remordimiento, su lengua penetró en mí tal vez aún más posesivamente que la noche anterior. Sentí cómo su mano libre me agarraba la cintura acercándome a su cuerpo con fuerza, con necesidad, con el ansia del que necesita agua. ¿Se lo habría hecho a ella después de estar conmigo?

Lo empujé.

—¡Fuera! —Respiraba rápidamente—. ¡Vete! ¡Lárgate!

No paré hasta que conseguí que saliera de la habitación. Me dieron igual

sus súplicas, sus intentos de hablar conmigo, sus ojos perdidos, sin entender lo que sucedía. Cerré la puerta y eché la llave.

—Malena —oí al otro lado.

—Por favor, Donatello —apoyé la frente en la puerta—, vete, lárgate, no te acerques más. No así, no de esta manera. No estamos en el mismo sitio.

—Si me dejaras hablar...

—Lárgate con Victoria a lo que cojones tocara hoy, pero ¡olvídame!

Al otro lado ya no oí nada, sólo silencio, y volví a ponerme las gafas. Después, dejé caer la mano despacio para acariciar mis labios, algo hinchados por la acometida de Donatello. Aún notaba su boca en la mía. ¿Qué me estaba pasando? ¿Qué narices tenía ese hombre que me hacía comportarme así? Estaba con aquella mujer y yo...

Diez minutos más tarde, unos golpes en la puerta me sacaron de mi ensimismamiento.

—¡Lárgate! —grité de buenas a primeras.

—Malena, abre la puerta. —Era Victoria.

Me levanté. Después de cerrar la puerta me había dejado caer en el suelo, sentada con la espalda apoyada en la pared, sin moverme. Tenía la cabeza metida entre las piernas encogidas. Le abrí, dejándola pasar.

—Me ha dicho Donatello que no vas a venir —comentó.

—Pues lo que te ha dicho está muy bien dicho —le solté.

—Vamos a ver. —Cerró los ojos poniéndose una mano en la frente de manera teatral—. Nena, este viaje está de puta madre y no puedes dejar que un calentón te lo joda.

—No soy como tú, Vicky —repuse.

—Mira, bonita, estoy hasta las narices de que siempre me respondas de esa manera. —Cogió lo primero que encontró en la maleta y lo dejó sobre la cama—. Yo ya estoy preparada, te vas a poner eso y punto pelota.

—No voy a ir, quiero quedarme aquí, ¿no puedo?

La vi acercarse con cara de pocos amigos y las manos en forma de garra.

No me dio tiempo a esconderme, una de sus manos se posó en la ropa que llevaba puesta y sentí cómo comenzaba a tirar de ella. En un breve instante de lucidez la agarré de las muñecas para impedir que continuara con su acometida. Pero Victoria se abalanzó sobre mí, me levantó y me lanzó a la cama. Acto seguido, se subió encima de mi cuerpo para impedir que pudiera zafarme de ella. Cualquiera que nos viera desde fuera imaginaría, sin género de duda, que manteníamos una lucha a muerte, y que Victoria quería asesinarme. Pero no, con sus manos de bruja loca buscaba quitarme la ropa. Al final comencé a defenderme moviendo las manos rápidamente para apartarla. Me estaba tratando como a un muñeco, como a un jodido bebé de juguete.

—¡Quítate de encima! —le gritaba desesperada, con ganas de pegarle un puñetazo.

—Compórtate como una adulta y vístete.

Me zafé girando sobre mí misma y reptando por debajo de sus piernas. Pero si pensaba que iba a abandonar su cometido, la equivocada era yo, pues sentí cómo agarraba los pantalones cortos que llevaba puestos y empezaba a tirar con tal fuerza que parecía que estuviera despellejando a un lenguado. Yo sólo rezaba para escapar de la psicópata en la que se había convertido y la única manera era tirándome en plancha al suelo por el otro lado de la cama.

—Voy a ponerme a gritar si no me dejas en paz —le advertí, asomando un poco la cabeza por encima del colchón desde el suelo.

—No has parado de hacerlo, ¡loca del coño! —Estaba sobre la cama, mirándome con los ojos desencajados y, sí, una teta fuera. Se le había escapado intentando desvestirme.

—La teta —le dije, y ella se la colocó inmediatamente—. Y lo de antes no era gritar, era defenderme, así que ahora sí voy a gritar si no me dejas.

—Si tienes cojones, hazlo. —Me lanzó la ropa a la cara.

Como para cojones los míos, abrí la boca, simplemente por quedar como el aceite sobre el agua, pero antes de que el aire pudiera salir de mis pulmones

recibí un golpe en la cara. Un cojín había sido el arma arrojadiza que Victoria, con su gran puntería, me había lanzado, haciendo así que tuviera que volver a tragarme todo el aire tomado.

—¡Arrgh! —fue lo único que salió de mi boca.

—¿Qué? —Le había dado tiempo a ponerse con los brazos en jarras al lado de la cama donde me escondía—. ¿Quieres guerra? Tengo para todos...

—Qué hija de la grandísima Gran Bretaña que eres. —Le di con un pie en la pierna.

—Dos minutos, dos putos minutos tienes para arreglarte.

—¡Sádica!

—¡Mal follada! —me insultó antes de marcharse.

La vi salir de la habitación dando zancadas y el esperado portazo. La gilipollas de mi amiga, la tonta del culo de mi amiga, marchando como si fuera el capitán general de todos los ejércitos. Tócate los pies...

Tardé algo más, pero sólo por dar por el culo. Sabía que Victoria estaría esperando en la pequeña terracita que tenía en la habitación, así que, ya vestida, miré el reloj para hacerla esperar un poco más. Para tocarle las narices un poquito. Y lo conseguí, ya que al abrir la puerta la encontré mirándola fijamente, con el entrecejo fruncido y las gafas de sol a modo de diadema.

—¿Ya está lista la marquesa? —preguntó con mala uva.

—No es bueno que la servidumbre se acostumbre a tener la razón —repuse con muy mala leche.

—Gilipollas —dijo Vicky.

—Tonta de los cojones —respondí.

Me agarró del brazo y tiró de mí por todo el hotel hasta llegar a la puerta.

Y allí estaba él, altivo y con cara de pocos amigos, esperando al otro lado de la carretera, junto a la playa. Lo miré y, en vez de sentirme enfadada, que era como debería estar, me avergoncé. Me daba apuro recordar lo pasado la noche anterior entre los dos, lo que un hombre al que acababa de conocer me

había hecho sentir, y no sólo físicamente, en tan corto espacio de tiempo. «Malena, ¿qué te ocurre? ¿Qué te ha pasado y dónde estás?»

Cabizbaja, me puse a su lado sin hablar.

—Hoy es un día tranquilo y hace buen tiempo —expuso calmadamente, ignorándome a propósito—. Había pensado dar una vuelta por esta parte de la isla sin prisa, callejear un poco y comer bien.

—Genial, Donatello, creo que caminar nos vendrá muy bien a todos para despejar la mente.

Victoria lo dijo mirándolo a él, pero yo sabía que sus palabras iban dirigidas a mí.

Caminar me despejaba y quizá un paseo relajado por la isla pudiese ayudarme. Así que mientras ellos dos mantenían una amena conversación, íbamos pasando por algunos rincones de aquel precioso paraje. Yo simplemente me abstraía mirando lo que nos rodeaba y observando cómo todo el mundo saludaba a Donatello de manera más formal que distendida para ser un guía. Él se paraba cada vez que se lo pedían y mantenía una breve conversación o simplemente daba un apretón de mano. Sí, debía de ser muy conocido por las islas Eolias.

El bullicio de la calle que recorría la playa hasta el puerto desapareció en el momento en que comenzamos a recorrer callejuelas estrechas que me hicieron recordar la noche anterior y las manos de Donatello. Aunque el sol y los pulcros colores de las casas le daban un aire mucho más limpio, yo sólo pensaba en la oscuridad y el silencio que nos envolvió en ese arrebato. Mi pensamiento me llevó al anillo que llevaba en la mano izquierda y que en ese momento me pesaba demasiado. Era como una losa saber que eso que aprisionaba mi dedo, probablemente también me estaba aprisionando otros sentimientos que llevaba escondidos desde hacía algunos años.

—¿Qué te parece, Malena? —Victoria se volvió para preguntarme.

—¿Perdona? —No estaba atendiéndola, yo iba dos pasos detrás de ellos.

—Te digo que qué te parece la historia de estos dos.

—¿Qué dos? —pregunté.

—¡Ay, Dios! —Puso una mano delante de mi cara—. Aquí la Tierra llamando a Malena.

—Lo siento, estaba pensando en otras cosas.

—Tranquila —dijo Donatello con suavidad, poniéndose a mi lado—. No me importa repetir la historia, para eso me pagan, ¿no?

Creí notar cierto sarcasmo en su tono de voz, pero no me dejó siquiera responder, pues comenzó a hablar, señalando una casa cuyas puertas y contraventanas de madera estaban cerradas.

—Aquí, en esta casa, la Casa Rosa, se fraguó uno de los amores más ardientes y escandalosos de la época. Entre estas cuatro paredes Ingrid Bergman y Roberto Rossellini vivieron a espaldas de la moral estadounidense y europea los cuatro meses que duró la grabación de la película *Stromboli*. — Me miró intensamente—. Todo comenzó cuando ella le envió al director una carta para ofrecerse como actriz, se conocieron en Los Ángeles y fue ahí donde su amor se encendió. Los dos estaban casados y tenían hijos: ella una y él dos. Era sabido que Rossellini mantenía relaciones extramatrimoniales, pero nadie podía imaginar que la Bergman, adalid de la moral para los estadounidenses, hiciera eso. De aquellos años de amor y dolor, pues Ingrid perdió la custodia de su hija, nacieron otros tres hijos y hubo otro divorcio más para la pareja que revolucionó el amor y la vida de dos continentes, olvidándose de lo que sucedía a su alrededor.

Sentí cómo sus verdes ojos se clavaban en mí cuando terminó la última frase.

—Las hijas del dueño —continuó Donatello—, decidieron crear una asociación en torno a la mítica película que trajo a nuestra isla prosperidad y modernidad. Fijaos que en la otra parte —señaló haciendo un movimiento con la mano—, el agua aún se ha de llevar en barco. El volcán manda.

—¿Habéis tenido que salir corriendo alguna vez por erupciones? —Vicky, con su pregunta, rompió la magia.

Yo me volví para mirar con más detenimiento aquella casa pintada de color rosa, ya algo ajado, con un jardín lleno de limoneros y una placa que recordaba la estancia allí de aquellos dos grandes del cine.

—Si no recuerdo mal, la última vez que tuvimos que marcharnos fue en dos mil siete. Pero en dos mil catorce se abrió una nueva brecha en el volcán, que asustó a los más jóvenes. Los pescadores y los agricultores del lugar no temen al Stromboli, sólo le tienen respeto.

¿Por qué cada vez que hablaba de esa manera, con aquella voz grave, me miraba a mí?

—Pero ¿no te da miedo estar aquí? —Victoria continuó con sus preguntas.

—¿Te da miedo a ti estar aquí conmigo? —No, no la miraba a ella.

Victoria volvió la vista hacia el volcán.

—Pues la verdad es que no, me atrae mucho, es casi como si fuera un imán. Me llama.

—Efectivamente. —Donatello se puso a mi lado.

Sus manos me agarraron los hombros e hizo que me volviera en la misma dirección en la que miraba Vicky, pero yo sólo sentía la calidez de su piel mientras tocaba la mía. Cerré los ojos y tomé aire.

—Hemos aprendido a vivir en constante alerta —explicó a la vez que sus manos abandonaban mis hombros—. Él está ahí, dejándonos vivir, pero el día que desee que nos marchemos, lo hará a lo grande.

—Pues no sé cómo podéis vivir con ese comecome diario. —Victoria no dejaba de mirar al Stromboli.

Yo desvié la mirada hacia Donatello, que ni siquiera miraba el volcán. No había apartado sus ojos de mí y, aun a pesar de que no me había quitado las gafas de sol, él sabía perfectamente que lo observaba.

—Nos recuerda que la vida es para vivirla a diario y que el mañana ya vendrá.

Se oyó un sonido extraño, como si nos tomaran fotos sin parar. Cuando quise mirar qué estaba ocurriendo, Donatello nos instó a continuar el camino.

—Oye, yo tengo algo de sed, podríamos ir a tomar algo, ¿no? —propuso mi amiga.

—Si a Malena le apetece, por mí encantado. Conozco el sitio perfecto, no está lejos de aquí. —Me miró preguntando.

—No sé, como hoy se le ha comido la lengua el gato. —Victoria ni me miraba—. Lo mismo la señora prefiere que venga a buscarla su Mercedes.

—La señora puede ir donde sea sin problemas —respondí, yo también malhumorada—. Donde queráis ir me parecerá bien.

—Veo que hoy la tensión se corta —comentó Donatello, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón mientras caminaba rápido.

—Con cuchillo de doble filo —masculló mi amiga.

Yo preferí no decir nada. Aunque la cosa estaba un poco más distendida entre Vicky y yo, las ascuas aún estaban algo calientes y era mejor no avivar más el fuego o íbamos a montar un escándalo en medio de una calurosa calle de Stromboli. Además, la verdad era que no me apetecía mucho seguir discutiendo con ella como si fuéramos adolescentes con las hormonas demasiado alteradas para poder hablar como las adultas centradas que se suponía que éramos.

Volví a oír la ráfaga de clics. Donatello nos apremió:

—Vamos, es por aquí, daos prisa, que seguro que encontramos sitio.

De aquella tranquila calle en la que se ubicaba la «casa del amor», pasamos a otra donde la gente caminaba con calma, con sus bolsas en la mano. Hablaban unos con otros, aunque casi todos eran turistas, como nosotras, que buscaban un regalo, un detalle, algo especial en alguna de las tiendas.

—Es aquí —nos anunció Donatello, para a continuación indicarnos que subiéramos una escalera.

Nada más entrar, un hombre de aspecto campechano se acercó raudo hacia él. Por el abrazo que le dio parecía más un familiar que alguien a cuyo local llevas gente.

Gesticulaban en demasía y las risas de los dos se oían en toda la terraza, de

modo que algunos de los que ocupaban las mesas se volvieron para mirarlos. A los que no éramos residentes de la isla todavía nos seguían llamando la atención las muestras de efusividad y el tono de voz de los italianos. ¡Y luego decían que los españoles éramos ruidosos! Sonreí ligeramente por ese pensamiento.

—¿La reina de hielo se derrite?

—No seas idiota, Vicky. —Había visto mi sonrisa.

—¡Va! Deja la cara de ajo que has tenido durante toda la mañana y vamos a tomarnos un copazo.

—¿Ya? ¿A darle al alcohol? —le pregunté asombrada.

—¿Y qué mejor cosa tenemos que hacer? —Se encogió de hombros.

—No sé, ¿beber agua?

—Vaaaaaaale, pediré una cerveza. Eso lleva agua, ¿no? —Me sonrió—. Sólo unos pocos seres humanos sabemos separar el agua de la cebada en nuestro cuerpo: somos unos jodidos privilegiados, casi seres sobrenaturales.

—Sobrenatural sí que me has salido tú —solté riendo.

—Oye, si no te hubieras empeñado en ver conmigo «Expediente X» cuando la ponían en la televisión, yo, probablemente, hubiera sido una persona algo más normal.

—Bonita, normal no lo has sido en tu puñetera vida. —Le di un suave empujón—. Así que no me culpes de lo tuyo. Yo sólo veía una serie, lo que tú dedujeras de ella es tu problema.

—Por culpa del buenorro de Mulder creo que soy de otro planeta, de otro mundo, de uno más bonito, y que el alcohol no es malo ni engorda. —Se abalanzó sobre mí de manera teatral y, agarrándome por los hombros, me zarandeó con suavidad—: Soy un alien, un extraterrestre, un marciano verde que ha poseído el cuerpo de una tía buenorra. Sólo estoy aquí de paso, tirándome a todo bicho viviente para un estudio. Un día me iré y nadie volverá a saber de mí.

—¡Ay, Señor! ¿Qué he hecho yo para merecer esto? —me quejé, falsamente

contrariada, a la vez que le daba un pequeño empujón.

Las dos habíamos creado un microclima tan idiota que no nos enteramos de lo que estaba sucediendo hasta minutos después, cuando Donatello, sin mediar palabra, nos cogió del brazo a las dos y nos hizo subir una escalera. Desde una de las esquinas de la parte superior de la terraza vimos que se había formado un pequeño alboroto en la calle y que los *carabinieri*, la policía, estaban apartando a un par de personas que se hallaban en la entrada del restaurante.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Nada, un altercado en la calle —contestó Donatello—. He preferido que subierais aquí arriba para evitar problemas.

—¿Sucede a menudo? —se extrañó Vicky.

—No. Lo cierto es que suele ser un lugar muy tranquilo.

Observé que desviaba la mirada hacia el dueño del local y que le hacía una señal con la cabeza. No sé si de agradecimiento o dándole a entender que ya estaba todo bien. No entendía nada, ¿tendría que ver con los clics que había oído anteriormente?

—¿Qué queréis? —nos preguntó Donatello, intentando hacerse el despreocupado.

Nos tomaron nota y al rato nos trajeron lo que habíamos pedido y algunos aperitivos extra, pero había llegado un momento en que, junto a aquel hombre, yo ya pasaba de preguntar el porqué de cosas como ésa.

Bebí un sorbo del agua que, junto con mi bebida, habían traído.

—¿Qué os está pareciendo la isla? —Donatello extrañamente se sentó de espaldas al paisaje.

—A mí me está gustando mucho —contestó Vicky—. No pensaba que una isla tan pequeña tuviera tantas cosas tan especiales.

—Sí, no está nada mal —convine, no sabía qué más añadir.

—Bien, mañana tenéis una excursión. —Miró su móvil antes de continuar—. Será a la isla de Panarea, luego vendréis de nuevo a dormir aquí. Yo no voy a poder acompañaros, pero dejaré toda la documentación preparada en la

recepción del hotel y alguien os llevará al puerto, otra persona os recogerá allí y os enseñará la isla. Su nombre es Peppe. Os gustará la isla, es un lugar pequeño, pero con mucho glamour. El regreso aquí será en helicóptero.

Volvió a meterse el móvil en el bolsillo y alargó la mano para coger su cerveza. Mi silencio se debía a la pregunta que mi amiga le hizo y a que yo me había quedado mirando cómo sus labios rodeaban la boca de la botella para beber un trago. Los mismos labios que se habían posado sobre los míos, saboreándolos...

—¿Por qué no vienes con nosotras? —soltó Vicky.

—Cuestiones personales que me han surgido... —Volvió a beber otro sorbo.

—Ya, personales —comenté yo por lo bajo.

—¿Perdona? —Me miró, dejando la botella encima de la mesa—. No te he oído.

—No, nada. Que están muy ricas las alcaparras —dije.

Y al parecer no había entendido realmente mi frase, porque se puso a contarnos que había dos islas que se dedicaban exclusivamente al cultivo de esas delicias... Y mientras él hablaba y hablaba, yo sólo pensaba en esas «cuestiones personales» que iban a hacer que no pudiera estar con nosotras al día siguiente. Probablemente fuera aquella cuestión alta, esbelta, con aire aristocrático, de cabello corto y ojos claros quien lo mantuviera ocupado personalmente.

En ese momento, disimuladamente, metí las manos debajo de la mesa y empecé a quitarme del dedo el anillo de compromiso que me regaló Juan Pedro aquella bonita tarde de abril un año antes de nuestra no boda. Sucedió después de un paseo por un parque cercano a nuestra casa y fue como en las películas. Se arrodilló en medio del restaurante y me pidió matrimonio, mientras la gente de las otras mesas sonreía. ¿Por qué lo hizo si en realidad no me quería?

* * *

—Me encanta este restaurante, Juan Pedro —le dije, cogiéndole la mano.

—Lo sé, por eso hemos venido hoy. —Lo oí respirar profundamente—. Me apetecía que esta noche fuera especial.

Lo miré poniendo ojitos amorosos.

Hacía un par de semanas que andábamos un poco a la greña por culpa de su familia. Un par de eventos a los que no me había invitado su madre y un fin de semana sola mientras él tenía cosas que hacer para una gala benéfica de no sé qué. Pero bueno, ahí estábamos los dos, intentando resarcirnos del mal trago de aquellos días. Era principios de septiembre y aún hacía calor en la capital, así que nos habían dado una mesa en la terraza interior, rodeados de velas, plantas y luces. Admito que el sitio me encantaba.

La cena fue tranquila, los dos estábamos en son de paz, así que, cuando trajeron el postre y él se levantó de la silla, yo pensé que se iba al servicio, pero lo que sucedió después sí que no me lo esperaba: se arrodilló. A continuación habló:

—Sé que estas semanas han sido un poco difíciles, pero me gustaría que me perdonaras y... —se metió una mano en el bolsillo y sacó una cajita con un anillo— ¿quieres casarte conmigo?

Admito que al ver la caja abierta, el anillo del interior y el ambiente que nos rodeaba, se me olvidaron todos los enfados, los desplantes y las noches de fin de semana sola.

Me iba a casar, me iba a casar con el amor de mi vida.

—Sí, claro que sí.

Aquella noche fue una de las pocas en las que, después de la celebración, hicimos el amor. Pocas más vinieron después...

* * *

Toqué un par de veces más aquel aro que no tenía ya ningún significado y lo apreté en la mano. No quería que el sol me dejara la marca de un anillo que ya no era nada importante en mi vida o, cuando menos, yo no quería que lo fuera. Me volví para buscar dentro del bolso, abrir el monedero y guardarlo para no sacarlo más.

—Así que espero que os guste... —terminó de decir Donatello.

—Pues vaya, sí que han tenido que reinventarse —le respondió a aquella historia Vicky.

—Estas islas siempre han sido muy pobres y hasta hace poco aquí no había ni luz.

—¿Qué dices? —Mi amiga se sorprendió.

—Sí, tanto es así que ni siquiera es municipal, sino que cada uno se la ha de proveer de la manera que considere.

Hablaba y hablaba, pero sé que estaba pendiente de todos mis movimientos. Porque, aunque intenté disimular, no había sido fácil quitarme del dedo el anillo en un ambiente caluroso y con las manos hinchadas. Pero ahí estaba yo, tomándome una cola con hielo, mientras ellos dos bebían cerveza y los ojos de Donatello no dejaban de buscar los míos, aunque estuvieran detrás de los cristales oscuros de las gafas de sol.

El resto de la mañana, y toda la tarde, transcurrió de lo más sosegado, teniendo en cuenta el comienzo del día. Paseamos un poco más por el pueblo, llegamos hasta la iglesia de San Bartolomeo y regresamos para comer en el hotel. La caminata había sido intensa en todos los sentidos y la verdad era que después de almorzar sí necesitaba descansar, sobre todo mis pobres pies, que estaban al borde del colapso. Lo único que no sabía era si quedarme en la habitación o ponerme el bañador para dormir bajo una sombra.

Nos despedimos sin más en la entrada del establecimiento.

Ni un «nos vemos en un día» o un «hasta luego», simplemente «adiós» y poco más. Vicky se fue a su habitación y yo, finalmente, preferí pasar un rato

por la piscina y descansar en alguna de las tumbonas que se encontraban a la sombra, no sin antes darme un buen chapuzón. Me apetecía mucho.

Fular en ristre, bolsa con libro preparado, me fui directa a una de las tumbonas a las que antes de cambiarme de ropa le había echado el ojo. Exactamente la que se encontraba bajo un gran árbol situado frente a la piscina. Si me levantaba, desde allí podía ver el mar y con sólo volverme hacia la izquierda, como desde casi toda la isla, el volcán.

Me tumbé con los ojos abiertos un momento, disfrutando del silencio de la hora de la siesta y la tranquilidad que se respiraba. Creo que los cerré un instante, no sé cuánto rato, pero al abrirlos ya no estaba sola. Unas cuantas parejas parecían haberse despertado de la siesta y se divertían en el agua. Pensé en los que se habían casado la noche anterior, ¿habrían salido ya de la habitación? Sonreí con malicia.

El calor era intenso, así que decidí darme otro chapuzón antes de seguir con mi momento de relax.

Me fui al borde de la zona más profunda, un pequeño salto, los brazos sobre la cabeza y el agua fría recorrió mi cuerpo en un instante. Buceé casi hasta el lado contrario y regresé a nado al lugar por donde me había tirado, despacio y sin prisa. Llegué y, antes de salir, eché la cabeza hacia atrás para que el pelo no se me pegara en la cara. Cuando puse las manos en el borde para impulsarme e izarme, vi unos pies. Levanté la mirada y Donatello estaba acuclillado en el borde, mirándome de nuevo de aquella manera que me intimidaba.

—*Ciao*. —Sonrió, dejándome ver sus blancos dientes.

—¿Tú no tenías cosas personales que hacer? —pregunté, intentando intimidarle yo también.

—Hoy no, es mañana.

En vez de salir del agua, me apoyé en el borde y lo miré desde aquella posición. Él se puso de pie. Se le marcaban los abdominales de manera sutil, sin exageración, y tenía unas piernas bien torneadas. Di gracias a los Reyes

Magos por el bañador que llevaba. De todos es sabido que los italianos tienen tendencia a ponerse esos apretaditos por todas partes, como calzoncillos de niños pequeños. Pero no, al parecer Donatello tenía algo más de gusto y llevaba uno normal y corriente, algo ajustado, pero a media pierna. Le sentaba bien, pero que muy bien.

—¡Ah! Pensaba que tus deberes te llamarían a todas horas. —Si no lo entendió es porque no quiso hacerlo.

—Mis deberes están aparcados. —Se agachó de nuevo para ponerse cerca de mí.

—Qué pena, ¿no? —Apoyé la barbilla en mis brazos cruzados, me encantaba la sensación de tener el cuerpo en el agua fresca.

—Yo no lo veo de esa manera. —Se agachó un poco más para susurrar—: Así podré bañarme junto a una insoportable española.

Lo miré enfadada.

—Lo dirás por Vicky, ¿no? —lo provoqué.

—Efectivamente, no lo decía por ella.

—Anda, ayúdame a salir. —Le tendí una mano para que él la sujetara y me auxiliara.

Lo que él no esperaba era que yo no cogiese impulso para salir, sino que, usando mi propio peso y agarrándolo por la muñeca, lo hiciese caer al agua. Se zambulló sin remedio a mi espalda y yo aproveché para volver a colocar las manos en el borde y salir rápidamente. Pero cuando ya tenía medio cuerpo fuera, sentí que me sujetaban de uno de los pies con fuerza.

—¡Mierda! —fue lo único que pude decir, antes de volver a caer dentro del agua.

Me había pillado totalmente desprevenida y de no ser por mis nociones de salvamento, era más que probable que el agua de la piscina hubiera bajado a la mitad de la bocanada que podría haberme tragado. Pero lo que hice fue revolverme debajo el agua, aguantando el aire más tiempo de lo normal, para localizar a la persona que me había intentado hacer la ahogadilla. Donatello ya

estaba regresando a la superficie, pero yo nadé rápidamente a su espalda y, con un gran impulso, salí disparada para apoyar las manos en sus hombros. ¡Ahogadilla mortal con doble tirabuzón! ¡Hombre ya!

Me fui nadando hacia la zona en la que hacía pie y esperé a que él saliera de nuevo a la superficie, medio ahogado y enfadado.

Emergió desubicado, con la boca abierta buscando aire y llevándose las manos al pelo para quitarse rápidamente el agua que le caía directamente a los ojos. Unos ojos que se abrieron con rapidez para buscar al culpable. Y esa persona era yo, que en ese instante lo miraba con aire de superioridad desde unos metros más allá, sonriendo como si la batalla ya hubiera sido ganada.

Lo vi mirarme con ganas de venganza, pero no le iba a dar la alegría de conseguirlo. Al ver que se acercaba nadando, me apresuré a correr hacia la escalera de salida. La batalla había terminado y yo era la indiscutible ganadora. «Si se juega con fuego, Donatello, al final te quemas.»

Noté unas manos en mi cintura, recién agarrada a la escalerilla metálica. Un grito salió de mi garganta cuando Donatello me apartó de allí y me colocó sobre su hombro como si fuera un simple saco.

—¡Suéltame! —le grité alto y claro.

No recibí ninguna respuesta, sólo vi que nos llevaba de nuevo a la zona más profunda. Si él no se daba por vencido, yo tampoco lo iba a hacer. No me rebelé, no pataleé, ni continué enfadada, o eso le hice creer, mientras mi peso se asentaba en su hombro. Me sujetaba con fuerza por la cintura con las dos manos, con mi culo a la altura de su rostro y casi sentía su mejilla apoyada en él.

«Tú relájate, Donatello —le dije mentalmente—, y verás.»

—Ríndete —lo oí decir.

—Antes muerta —fue mi respuesta.

Llegamos a la zona más honda y allí, aprovechando mi destreza bajo el agua y sus pies flotando, me zafé, pasé por debajo de sus piernas y con rapidez le quité el bañador. Enterito. De la cintura a tobillos y de allí a mis manos. No

me detuve para respirar, me puse a bucear como un torpedo y conseguí salir del agua con mi trofeo en las manos antes de que lograra ni tocarme.

Me di la vuelta fuera de la piscina para ver la cara de desconcierto de Donatello. Su mirada era una mezcla de terror y enfado que me hacía mucha gracia. «No, querido —pensé—, no sabes a quién te enfrentas.» Sonreí con malicia cuando levanté mi preciado trofeo y se lo enseñé.

—Hay que elegir bien a tu enemigo —le dije, con el bañador sujeto entre el pulgar y el índice.

—*Ridammelo*. —Su mirada era intensa.

—No te entiendo —me burlé, sabiendo que de una manera u otra lo que quería decir era que se lo devolviera.

—Devuélveme el bañador.

—Ahora sí lo he comprendido. —Me puse muy chula—: Pero ¿por qué debería hacerlo?

—Porque yo voy a salir de la piscina desnudo y no me va a importar lo más mínimo. —Comenzó a nadar hacia donde yo estaba.

Y sí, tenía un buen culo, parecía duro y trabajado con algún tipo de deporte. Nadaba sin pudor hacia mí y de no ser porque la gente iba a lo suyo, hubieran visto un buen culo sobresaliendo del agua.

—No te lo voy a dar. —Me separé del borde, pensando en su ataque.

—Pues me va a dar igual, voy a salir.

Se apoyó con las dos manos para ayudarse con el último impulso que lo haría salir de la piscina y que yo pudiera verlo en todo su esplendor. Porque el maldito sabía que desde donde estaba los demás sólo le iban a ver el culo y que la única que lo vería totalmente desnudo sería yo. Aunque me temo que estaba jugando con fuego en la piscina de un hotel de lujo con su plena desnudez... no sé si volverían a dejarlo entrar allí por mucho tiempo, eso si no lo echaban de por vida.

—*Signor Orantelli, la signora mi ha...*

A mi lado había un empleado del hotel con cara horrorizada y una toalla en

las manos, ofreciéndosela a Donatello. El pobre hombre miraba la entrada del recinto donde estaba la piscina y yo dirigí también la vista hacia allá y me quedé paralizada. Otra vez ella, aquella mujer de porte aristocrático, con grandes gafas de sol. Ahora mostraba un rictus de enfado. Donatello volvió la cabeza justo antes de sacar su precioso culo del agua y no sé si sonrió o no, pues yo me había quedado de piedra, hierática, sin poder moverme, presa de la mirada de Medusa.

Un chapoteo fuera del agua y la marcha del empleado me hizo darme cuenta de que Donatello estaba a mi lado con la toalla mojada alrededor de la cintura.

—¿Me devuelves lo que es mío?

Extendí la mano sin mirarlo, sin apartar la vista de aquella mujer que se marchaba dignamente por el pasillo por el que había aparecido sin que nadie la esperara. No era capaz de moverme. Sentí algo así como la mirada del diablo. Pero lo que realmente pensé fue que aquella mujer lo tenía bien cogido por los...

—¿Nos sentamos? —ofreció Donatello, después de ponerse el bañador bajo la mojada toalla.

—¿No tienes que marcharte? —pregunté extrañada.

—Te repito que eso es mañana, no hoy —contestó, sentándose en el borde de la piscina.

—¿Qué tienes con esa mujer? —Me senté a su lado después de coger el peine que guardaba en la bolsa, con el que intenté deshacer un poco los nudos de los que se componía mi melena.

—¿Con quién? —Me observaba mientras me desenredaba el pelo.

—¿En serio Donatello? —Ni me volví hacia él.

—¿En serio, Malena? —replicó sonriendo—. ¿Quieres saberlo todo sobre mi vida?

—No sé, puesto que voy a pasar un montón de tiempo por aquí, no me estaría de más saber si me ha besado un gigoló o un infiel...

Se hizo un tenso silencio entre nosotros. Yo no quise seguir con la conversación y él no sé si calló por prudencia o porque no quería hablar del tema.

—Malena...

Me volví mientras me hacía una trenza, esperando que respondiera a mi pregunta. No era tan difícil decirme qué relación mantenía con aquella mujer, si era su amante, su esposa o simplemente una amiga con derecho a roce. Pero si quería algo conmigo, como mínimo debía darme alguna explicación para que yo supiera a qué atenerme. Y entonces...

—¡Donatello! —La mujer nos interrumpió de nuevo.

Él levantó la mirada para ver qué deseaba y ella hizo un leve gesto con la cabeza, indicándole que se acercara. No tuvo que hacer ningún otro movimiento ni decir nada. Donatello se levantó.

—Vuelvo en un segundo.

Vi cómo sus pies mojados dejaban un rastro de huellas, efímeras por el calor de la tarde. Cuando estuvo a la altura de la mujer, él le dio un beso en la mejilla y los dos desaparecieron por aquel largo pasillo. ¿Dónde narices me estaba metiendo?, me pregunté, levantándome también para poner rumbo a la tumbona que se encontraba a la sombra.

No sé cuánto tiempo estuve enfrascada en la lectura del libro que tenía entre mis manos, pero al rato apareció Donatello, esta vez con una camiseta puesta, acompañado de un hombre de su misma estatura que me sonaba mucho. No conseguía ubicarlo, pero su rostro me resultaba terriblemente conocido, y no soy de las que tienen memoria fotográfica.

—Malena, me gustaría presentarte al director del hotel, al dueño.

Me levanté inmediatamente, a la par que me cubría con el pareo.

Una cosa es que una esté en una piscina y otra que cuando dos personas completamente vestidas vienen a saludarte no te cubras. Norma número trescientos cuarenta y siete de mi exsuegra. Y al parecer sus enseñanzas habían quedado bien fijadas en mí.

Tendí la mano:

—Malena Romero, es un placer.

—Vitto DaPaula. —Me la estrechó con fuerza—. *Piacere. Si ha bisogno di qualcosa, domanda di me.*

Miré a Donatello, que tradujo inmediatamente:

—Cualquier cosa que necesites, habla con él.

—¡Ah! Oh, gracias. Muchas gracias.

Y aquel hombre de sonrisa calmada se marchó, dejándonos solos a mi guía y a mí.

—¿Sabes que me suena muchísimo su cara? —Él frunció el cejo, preocupado—. Sí, es como si lo hubiera visto en otra parte.

—¡Claro! —pareció relajarse—, estaba en la comida de la playa, es tío de Paolo y Lolo.

—O sea, ¿que es hijo de su abuelo? —Me senté en el borde de la tumbona. Donatello lo hizo a mi lado.

—Eso es. —Suspiró antes de volver a hablar—: Quería hacerte una propuesta, pero no sé qué me vas a contestar.

—El no ya lo tienes. —Cerré definitivamente el libro y lo guardé en la bolsa, esperando cualquier cosa.

—Lolo ha venido a la isla por trabajo, tiene una serie de cosas que hacer y, claro, me ha pedido que avise a Vicky, así que imagino que esta noche estarás sola. —Carraspeó un poco antes de seguir hablando—: ¿Quieres cenar conmigo?

—Sólo si respondes a una cosa, ¿quién es esa mujer?

—Alguien muy importante en mi vida.

—No vas a decirme nada más, ¿verdad? —Me miré las manos.

—*Quid pro quo.* ¿Cenarás conmigo? —Me cogió la mano izquierda y acarició el lugar donde había llevado el anillo de compromiso.

Levanté la cabeza y allí estaban sus ojos verdes, su gesto serio y una expresión que casi me atravesó. Su pulgar se paseaba lentamente por la leve

marca que había dejado el aro en mi dedo y sentí que lo que acariciaba en ese instante no era sólo un trozo de piel, sino directamente mi corazón. Se me erizó la piel, noté que algo me atravesaba y estuve a punto de echarme a llorar. No sé por qué lo hice, pero moví la mano y entrelacé nuestros dedos.

Qué duro era intentar comenzar de cero sin mentiras, sin interrupciones, sin querer esconder cosas, aunque no pudiendo hacerlo.

—¿Eso es un sí?

Suspiré.

—Es un sí —respondí, bajando la vista a nuestros dedos entrelazados.

Capítulo 8

¿Qué me había pasado? ¿Por qué había dicho que sí de aquella manera?

Estaba sentada en la pequeña terraza de mi habitación, esperando que fuera la hora de marcharme. Tenía las dos manos encima de la mesa y miraba atentamente la diferencia entre ellas. Parecían exactamente iguales, con una manicura perfecta que acabaría estropeándose de un momento a otro, con cinco dedos cada una y un tamaño, si no igual, parecido, pero no eran iguales. En una había una marca hecha por el tiempo, por el roce de un anillo con la carne. Y Donatello se había dado cuenta de su ausencia.

Me estaba desamarrando más fácilmente de lo que nunca hubiera creído posible. Mi dedo anular de la mano izquierda me recordaba lo que ya había pasado y lo que podría pasar a partir de entonces. Con la otra mano acaricié ese recordatorio para luego cerrar el puño y esconder las dos debajo de la mesa sobre la que reposaban.

Respiré profundamente.

—¡Oye que me voy! —dijo mi amiga, apoyada en la entrada a la miniterraza—. Lolo me está esperando fuera y...

—Tranquila, no me voy a morir por estar una noche sin ti.

—¿Seguro? —Ella no sabía nada de mi cita.

—Te lo prometo. —Sonreí.

—Estás muy guapa, te ha sentado bien el rato de piscina. —Me guiñó un ojo a modo de despedida.

No tardé mucho en hacer el mismo recorrido que ella para salir por la puerta del hotel. Donatello me había dicho que el lugar donde íbamos era un sitio con vistas espectaculares, pero no quiso contarme mucho más, sólo que

iba todo tipo de gente. Nada que ver con el hotel ni con el club que estaba cerca. Que el camino era un poco tortuoso, pero que merecía mucho la pena.

¿Qué podía hacer? Ya había dicho que sí a su invitación, así que no me quedaba más remedio que cumplir mi palabra.

Salí a la calle y él aún no había llegado. No me había vestido especialmente para aquella cita, un vestido vaporoso y el pelo recogido en una coleta era lo que le esperaba a mi acompañante. Nada espectacular, pero tampoco poco cuidado. Menos es más...

Apareció a los pocos minutos en una moto pequeña que parecía eléctrica, porque no emitía ningún sonido estruendoso. Se paró a mi lado y, sonriendo, me ofreció un casco.

—*Dai*, sube. —Miró mi cara extrañada—. Es un camino largo y complicado. Pero te gustará. Vamos.

—No me puedo echar atrás con la cita, ¿verdad? —Los miré a él y al casco sucesivamente.

—Me temo que no —contestó esbozando una sonrisa.

—Llevo falda —me excusé tontamente.

—Da igual, nadie te va a mirar mientras subimos.

—¿Subir? —pregunté.

—*Dai*, prometo va a gustarte.

Y no me quedó más remedio que ponerme aquel horroroso casco para después subirme a la moto, colocarme el vestido de la mejor manera posible para, por lo menos, intentar que la tela no saliera volando y se me enrollara en la cabeza.

El trayecto duró más de lo que había pensado, sobre todo teniendo en cuenta que casi enseguida la «civilización» desapareció de nuestro lado y tomamos en lo que por mi pueblo llamamos «camino de cabras», pero sin tanto pedrusco. Era una carretera lisa, pero de tierra, que ascendía, y nosotros subíamos por ella sin prisa, iluminándola con el pequeño faro delantero de la moto. Yo me agarraba sin ningún tipo de pudor a la cintura de Donatello, con

fuerza, pues temía caerme en cualquier bache o curva. Lo curioso era que no estábamos solos. Más personas recorrían el mismo camino, algunas en vehículos como el que nos había acercado al hotel, otras andando...

—¿Lo ves? No somos los únicos que vamos a ir.

—Pero ¿adónde me llevas? —le dije, cada vez más intrigada.

—Ya estamos. —Dejó la moto en un aparcamiento, delante de la puerta de un restaurante.

Me ayudó a bajar y me obligó a levantar la vista. Allí estaba el volcán, lejano, saludándonos con una de sus erupciones.

—¿Qué es esto? —pregunté sorprendida.

—Vamos a entrar, desde dentro lo verás mejor.

No tardaron en asignarnos una de las mesas. El local era sencillo, con mobiliario de plástico, pero la luz era tenue. No era tan importante poder verse las caras como disfrutar de las erupciones que cada veinte minutos nos regalaba el Stromboli. Estaba maravillada por aquel espectáculo de la naturaleza. El volcán me tenía abducida por completo, emanaba una gran fuerza y estaba completamente abstraída, obnubilada. Hasta había olvidado que a mi lado se encontraba Donatello.

—Ya puedes cerrar la boca —dijo dirigiéndose a mí.

—Sí, yo... Perdón. —Lo miré y me volví de nuevo hacia el volcán—. Esto es impresionante.

—Te he dicho que te gustaría.

—No me gusta —la frente se le llenó de arrugas—, me encanta, es alucinante...

Relajó la expresión.

—¿Algo para beber? —preguntó.

La carta del local era sencilla, pasta, pizza, pescado... Dejé que él, conocedor del sitio, escogiera, yo soy poco escrupulosa con la comida, aunque los calamares siguen sin gustarme demasiado. Así que poco después teníamos

una copa llena cada uno y esperábamos a que llegara lo que habíamos pedido a la mesa.

—Estoy fascinada. —No paraba de mirar hacia arriba.

Ahora entendía la poca luz del lugar: lo que se pretendía era que se le diera protagonismo al volcán y los saludos que éste enviaba a los comensales.

—Lo cierto es que esta isla tiene magia.

—Disculpa que no te mire —me excusé—, pero no puedo dejar de estar hipnotizada.

—Tranquila, yo también tengo unas vistas preciosas —replicó, haciendo así que me volviese a mirarlo, mientras le sonreía tímidamente.

—Perdona —me expliqué—, es que estos paisajes no los tenemos por mi barrio.

—Ni por el mío. —Seguía con la mirada clavada en mí.

—Vas a saco, ¿no?

—¿Disculpa? No te he entendido —se excusó.

—Nada. Que digo que tienes pinta de ser un ligón empedernido.

—Bueno, no puedo negarte que me encantan las mujeres. —Se encogió de hombros.

—¿Nunca te has enamorado? Pero no sólo enamorado, sino loco de amor —le pregunté, antes de darle un buen sorbo a mi copa.

Temía que la noche iba a ser intensa, así que, para qué mentir, necesitaba un poco de valor para afrontarla.

—Sí, lo estuve. No hace muchos años, la verdad. —Cogió su copa simplemente para darle vueltas a su contenido—. Pero no funcionó.

—¿Qué ocurrió?

El camarero trajo los primeros platos, para compartir, le dimos las gracias y me quedé mirando a mi acompañante, esperando a que respondiera mi pregunta.

—No sé, Malena. Hubo algo, un problema de entendimiento y cada uno prefirió ir por su lado. —No quería hablar mucho más.

—Si con esas explicaciones quieres que te cuente yo lo mío —sonreí—, lo llevas claro.

—Es que no me gusta recordarlo. —Se echó algo de comida en el plato.

—Pues entonces somos dos personas que no quieren recordar el pasado, ¿no es así?

—Puede. —Hizo ademán de echar también comida en mi plato, asentí—. Y a ti ¿qué te pasó?

—Ya lo sabes, te lo contó Paolo.

—Sí, pero no me lo contaste tú. —De nuevo aquella mirada transparente clavada en mí.

—Me dejaron el día antes de casarme. Pero echando la vista atrás, creo que él ya había desconectado de mí hacía meses. —Comí un bocado y después de tragar continué—: A veces la vida te hace estar tan ciega que sólo después te das cuenta de que había más fallos de los que creías.

—Tuvo que ser duro. —Donatello continuaba sacando hilo de la madeja.

—*Es* duro, sigue siendo duro. Pero cuando dos mundos diferentes se juntan, lo raro es que se mantengan unidos.

—No lo creas, la mujer de la que estaba enamorado y yo éramos exactamente iguales. El mismo entorno, los mismos amigos y mira... —Abrió las manos.

—Tú eres guía, eres un encantador de serpientes —le lancé un directo.

—No puedo negártelo, si algo es bonito, miro. —Dejó el tenedor encima del plato para acariciar la mano que yo tenía sobre la mesa—. Pero si es precioso por dentro, quiero conocerlo más.

Por un instante, sólo por un breve instante, casi me lo creí. Me eché a reír suavemente, apartando la mano.

—Casi me lo creo —confesé—. Por poco me engañas. ¿Es así como lo haces?

Noté que estaba algo molesto.

—¿Hacer el qué? —replicó ofendido.

—Lo de engatusar a las mujeres a las que les haces de guía.

—No, esto no suelo hacerlo. —Cerró los ojos un segundo y lo vi respirar hondo—. No necesito hacer este tipo de cosas para poder llevarme a una mujer a la cama.

Ops, se había enfadado.

—No sé si debo disculparme. Estaba intentando... No sé qué estaba intentando. Llevo diez años sin saber cómo tratar a alguien que, bueno, que me ha besado y hecho lo que ha hecho —me refería a lo del callejón.

—Tranquila, no volverá a ocurrir. Me lo has dejado bien claro esta mañana. Sólo pretendo ser amable y no dejar que pases la noche encerrada en tu habitación, pensando en ese tipo. Aunque no sé si ha sido mejor idea que la pases conmigo.

—Donatello, lo siento. —En ese momento fui yo quien le cogió la mano—. No pretendía que te sintieras ofendido.

—No, si en el fondo lo entiendo. —Levantó una ceja—. He sido amable, simpático, me has gustado desde el principio y tú me has malinterpretado. Es normal.

—No pretendo excusarme más, pero no lo estoy pasando nada bien. Y ahora tú... —Miré el plato de comida mientras lo retiraban para traer los segundos—. ¿Comenzamos de cero?

Levanté la copa para brindar con él, quería que, por lo menos, la cena fuera tranquila y que los dos pusiéramos de nuestra parte para que no terminara como el rosario de la aurora. Al parecer él no quería mantener el hacha de guerra desenterrada conmigo, así que alzó también su copa y la chocó con la mía.

—Por el volcán —brindó.

—Por la magia del volcán.

Hicimos entrecuchar las copas en el mismo instante en que la montaña volvía a lanzar una bocanada de lava incandescente por su impresionante cráter, inundando la noche de un rojizo anaranjado que se reflejó en el cristal.

Al dejar las preguntas incómodas a un lado —no estaba ya el ambiente para preguntar por aquella mujer de ojos intensos y mirada severa que aparecía siempre a su lado, acariciándolo—, pasamos una noche bastante agradable.

Le hablé de mis correrías juveniles con Victoria y la verdad es que estaba encantado riendo. Se divirtió, bueno, nos divertimos mucho comparando formas de hacer las cosas en España y en Italia. Él me habló de su vida en las islas. Me contó que nació en Milán y que se había trasladado allí no hacía muchos años, porque necesitaba un cambio de aire. Yo pensé que quizá tuviese que ver con aquella ruptura, pero no abrí la boca para preguntarle. Siguió diciendo que el traslado le había sentado fenomenal y que disfrutaba mucho de las islas, aunque en invierno regresaba a Milán.

Cosas banales que nos hicieron olvidar la hora que era y las dos botellas de vino que nos habíamos ventilado, junto con una sencilla pero deliciosa comida.

—Es hora de marcharnos. —Donatello miró el reloj.

—Es una pena, lo estaba pasando muy bien. —Levanté una mano para pedir la cuenta.

—Ni se te ocurra —me paró en seco.

—¿Por qué no? ¿No serás de los que no dejan que una mujer pague? —le contesté con media sonrisa.

—Nada que ver. Si yo te invito a cenar, lo hago con todas las consecuencias.

Levanté las manos en señal de rendición.

—De acuerdo, la próxima pago yo.

—¿Habrás una próxima? —Apoyó los codos en la mesa.

—Seguro que sí.

Cuando regresamos en la moto la temperatura había descendido ligeramente. No tanto como para decir que hacía frío, pero sí como para que de vez en cuando me recorriera un escalofrío que me destemplaba.

El camino de vuelta, igual de oscuro que antes, no estaba tan lleno de gente

como en la subida. Muchos de los que cenaban en el restaurante regresaban antes de que cerraran y sólo unos pocos, como nosotros, se quedaban hasta el final de la noche.

Al llegar al pueblo, el calor volvió a golpearnos por culpa del asfalto aún caliente del día. Aparcamos la moto al otro lado de la calle, bueno, más bien la dejó Donatello y yo me bajé torpemente. Menos mal que se me había ocurrido peinarme con una coleta y no dejarme el pelo suelto. Sonreí al pensar en ello.

—¿Por qué sonríes? —Se dio cuenta.

—En realidad pensaba en el peinado que he decidido hacerme esta noche —comenté.

—Me gusta más cuando llevas el pelo suelto. —Se acercó para acariciar un mechón de mi coleta.

—¿Te imaginas qué pelos tendría ahora si lo llevara suelto? —Creo que ignoré su comentario a propósito.

—Tienes las mejillas sonrosadas.

—Probablemente sea del aire, hacía fresco arriba. —Le devolví el casco.

—Te acompaño a tu habitación, no sea que ocurra algo por el camino. — Posó una mano en mi espalda mientras me acompañaba.

—Muchas gracias, pero ya sabes que no soy una princesa de cuento.

—Y que no pierdes zapatos por el camino, aunque de esto no estoy tan seguro. El otro día vi volar uno por tu ventana.

—No lo perdí, lo lancé —me defendí.

—Como digas. —Ladeó los labios formando una sonrisita burlona—. Anda, entra.

Cuando llegamos a la habitación, tras recoger la llave en el mostrador, abrí la puerta y, dándome la vuelta, lo miré a los ojos.

—Muchas gracias por la noche, lo he pasado verdaderamente bien.

—No es necesario que me las des. Lo he hecho de corazón.

—Te invitaría a tomar algo, pero es que no hay nada —me excusé.

—Tranquila, ya habrá más noches.

«¡Vamos, Malena! Hazlo.» Estaba intentando darme ánimos.

«Sólo será una despedida, un adiós. No va a pasar nada porque te acerques a él y le des un beso en los labios para agradecerle la fantástica noche que has pasado. Tu alternativa era quedarte encerrada en la habitación, leyendo o viendo programas en Canal 5. Sí, el de Berlusconi. ¡Venga!»

Respiré profundamente y, cuando Donatello ya se volvía para irse, lo llamé.

—¿Sí?

Me puse de puntillas para llegar a su altura y lo besé. Rocé mis labios con los suyos, no pretendía más que darle las gracias por lo bien que lo habíamos pasado.

—Gracias —volví a decirle.

Pensé que ya había terminado, que todo quedaría ahí, pero no tengo idea de lo que pasó por mi cerebro al ver su rostro tan cerca del mío, al mirar a sus ojos y encontrar algo en ellos que hacía mucho tiempo que pensaba que había perdido. Volví a ponerme de puntillas para acercar mi boca a la suya, le sujeté la cara con mis manos y volví a besarlo. Pero esta vez no fue sólo por agradecimiento, quería notar cómo sus labios recorrían los míos y su lengua jugueteaba en el interior de mi boca, como en aquel oscuro callejón.

Sus manos, paralizadas al principio por la sorpresa, cobraron vida. Me agarró por la cintura con una mano y con la otra me sujetó de la nuca con fuerza. Sus labios se abrieron por completo para dar la bienvenida a mi atrevida lengua, que lo tentaba despacio, sin prisa, pero con necesidad controlada.

—¿Malena? —Se separó de mi boca un instante.

Su frente volvió a posarse en la mía, como la noche anterior, pero esa vez no iba a echarle. Sólo quería asegurarse de que lo que estábamos empezando no le daría alas para cortárselas después. Lo besé despacio como respuesta y él me llevó hacia el interior de la habitación.

Tenía muy claro dónde me quería. Choqué con el mueble que estaba a los pies de la cama y, apartando todo lo que yo había dejado en él, Donatello me subió encima. Nuestras miradas estaban a la misma altura, nuestros labios, separados en ese instante, formaron una sonrisa cuando nuestros ojos se encontraron.

Donatello acopló su cuerpo entre mis piernas abiertas, con las manos dentro de la falda, a los lados de mis muslos, que me acariciaba hasta llegar a las nalgas. Mis manos, ansiosas, desabrocharon uno a uno los botones de su camisa, para después acariciarlo lentamente desde los pectorales hasta el abdomen. Me acercó más a su cuerpo agarrándome por el culo y atrayéndome hacia él. Sentí su duro sexo pegado a mí. Suspiré.

—Malena, necesito saber una cosa —hablaba besándome el cuello y bajándome el tirante del vestido por el hombro.

—Lo que quieras —respondí.

—¿Estás segura de esto?

—¿A qué viene esa pregunta? —Lo separé para volver a mirarlo—. No estarías aquí si no lo estuviera.

Sus manos cogieron los dos tirantes del vestido a la vez y me lo bajó hasta la cintura, dejando libres mis pechos. Los miró despacio, parecía un niño que fuese a saborear el mejor de los helados, y eso fue lo que hizo al llevar su boca hacia ellos. La punta de su lengua tentó uno de mis pezones hasta que éste respondió endureciéndose. En ese momento sus dientes lo mordieron despacio, casi con miedo, esperando mi reacción. Sólo pude echar la cabeza hacia atrás y suspirar, a la vez que le agarraba la cabeza y acariciaba su corto cabello. Su boca se recreaba y con una mano me acariciaba el otro seno.

¡Ay, virgen del árbol caído en la autopista! Qué boca tenía ese hombre.

Me daba la sensación de que todo estaba ocurriendo a cámara lenta, que sus manos estaban en todas partes y sus labios atendían mis necesidades sin tener que decir ni una palabra.

—*Sei bellissima.*

Donatello habló sin ser consciente de que lo estaba haciendo en italiano. Imagino que demasiado trabajo tenía ya, como también pensar en traducir.

No tardó mucho en olvidarse de mis pechos y meter las manos bajo mi falda, buscando mi ropa interior. En cuanto tuvo las tiras de mi tanga entre sus dedos, me lo deslizó por las piernas ayudado por mí, y lo lanzó lejos cuando ya estuvo fuera.

—*Via!* —Me sonrió cuando lo hizo.

Lo acerqué de nuevo a mí para quitarle la camisa, aunque no hizo falta, pues él, anticipándose a mis intenciones, se la quitó y la lanzó lejos, junto con el tanga.

—Donatello, me encantan tus ojos verdes. —Atrapé sus labios con mi boca de nuevo.

Él pasó las manos por detrás de mi cuerpo para cogerme fuerte por el culo y apretarme contra su cuerpo.

—Estoy muy excitada —le confesé.

—Tengo ganas de llevarte al límite —confesó antes de abandonar mi boca.

Se agachó hasta la altura de mi sexo y me abrió las piernas con las manos, antes de que sus dedos se posaran suavemente en él. Di un ligero respingo de excitación. Su tacto era suave, pero sabía perfectamente lo que podía hacer conmigo. Ya había sentido el placer entre sus brazos y esperaba que fuera, como mínimo, igual de intenso.

Mis manos se agarraban al borde del mueble, esperando su juego entre mis piernas. Estaba tan excitada que respiraba con fuerza. Habían sido muchos meses de abstinencia, muchos meses deseando mantener relaciones con... «¡Olvídate de él y disfruta de...!»

—¡Oh! —fue lo único que pude articular cuando su lengua me recorrió.

—*Delizioso.* —No necesitaba traducción.

Tenía la cabeza entre mis piernas y jugaba diestramente con mi clítoris, transitando despacio por aquellos huecos que necesitaban más atención y dando rápidos toques por los que sabía que mi necesidad era acuciante.

—Donatello —le advertí—, no quiero correrme ahora. Necesito...

Pero mis palabras fueron acalladas cuando un par de dedos se introdujeron en mi interior. Mis manos iban a romper el mueble, de eso estaba segura. Y de mi garganta sólo salió un leve quejido, que instigó a mi compañero a acelerar los movimientos de su lengua y sus dedos. Nunca nadie me había hecho disfrutar del sexo oral de la manera en que aquel italiano lo hacía. Mis sentidos se diluían, mi mente sólo buscaba el placer y con una de mis manos le acaricié la cabeza. Me corrí y sé que grité. Me corrí en su boca y él no paró hasta que le hice una señal de rendición: no podía más.

—Sabía que serías deliciosa. —Me besó y yo le acepté lentamente.

Me agarró de la cintura despacio, izándome. Mientras me besaba, me llevó a la cama, donde me depositó con suavidad. Él se quedó de pie, mirándome desmadejada con la falda en la cintura y la parte de arriba del vestido en el mismo sitio, todo a modo de cinturón. No sé si estaba ridícula, lo que sí sé es que Donatello me seguía mirando de la misma manera que cuando comenzamos, con ansia.

Lo vi desabrocharse el cinturón e inmediatamente me recompuse y me incorporé en la cama, poniéndome de rodillas para llegar a su lado. Detuve su mano.

—Déjame hacerlo a mí —le pedí.

Y de la misma manera que él me posó en la cama, despacio, yo le desabroché el cinturón, el pantalón y se lo bajé, llevándome con él su ropa interior. Estaba duro, muy duro, y con ganas de jugar. No lo dudé, mi lengua recorrió toda su longitud de abajo arriba hasta llegar a su glande, donde me deleité sin prisa, escuchando su respiración. Le sujeté el pene con la mano mientras mi boca se esmeraba, recorriéndolo con delicado entusiasmo. Sus jadeos subían de revoluciones a cada nueva embestida. Mis dedos recorrían su sexo y le acariciaban los testículos.

—*Malena, fermati, per favore.*

Sujetó mi rostro con las dos manos, separándome de él. Lo miré

desconcertada y él sólo sonrió cuando cogió mi vestido, que aún tenía arrugado en la cintura, y, levantándolo, me lo quitó.

—No quiero correrme así, no esta vez —dijo cuando me tuvo desnuda en la cama.

«¿Esta vez?», me pregunté. ¿Eso quería decir que pensaba tener más veces sexo conmigo? «Piensas más de lo que debes, bonita. Disfruta de este hombre de ojos hipnotizantes y boca de locura, que se está subiendo a la cama para ponerse encima de ti y besarte de nuevo. Hummmmm.»

Nuestros cuerpos desnudos se unieron, nuestras pieles parecían querer pegarse la una a la otra y era imposible que las manos estuvieran quietas y los labios dejaran de recorrer los recovecos más deliciosos.

Necesitaba a aquel hombre dentro de mí. Sentirme deseada de esa manera casi me nublaba por completo la mente. Sólo dejaba el espacio suficiente para responder a todas las caricias que en ese instante nos hacíamos el uno al otro.

—Donatello, necesito sentirte. —Lo miré fijamente mientras se lo decía.

—*Aspetta un attimo.*

Se bajó de la cama y cogió su pantalón. Me sonrió casi con vergüenza cuando me mostró lo que buscaba, un preservativo. Cuando volvió a mi lado se lo quité de las manos, lo abrí rápidamente y me dispuse a ponérselo de una manera especial. Agarré su pene y mi boca bajó hacia él para desenrollarlo lentamente.

—*Che cosa fai, Malena?*

Su voz sonaba vacilante, como si nunca antes le hubieran puesto un preservativo así. Mis manos acariciaban suavemente toda su longitud antes de que mis labios fueran desenrollando el condón. No volvió a preguntar nada más, simplemente se dejó hacer. Escuchaba su respiración agitada, casi conteniéndose, mientras me acariciaba el pelo.

Cuando terminé, regresé a mi posición inicial, a su lado.

—Eres increíble —dijo en castellano, antes de besarme.

—¿Nunca nadie te lo ha puesto así?

Negó ligeramente con la cabeza y después me dio la vuelta en la cama. Con ese rápido movimiento suyo, pasé a estar encima de su cuerpo. Sentía tan cerca su sexo del mío que no pude más que deslizarme con suavidad y hacerlo entrar en mí. Los dos cerramos los ojos cuando finalmente nos sentimos llenos.

Se izó en la cama, me cogió para que fuera con él y los dos acabamos sentados, mirándonos a los ojos. Colocó las piernas despacio, pero no lo suficiente como para que no notara que su pene se movía en mi interior. Era yo la que entonces respiraba rápido, necesitaba sentirlo ya, tenía que...

Cuando sus pies tocaron el suelo, me agarró fuerte de la cintura y, sin dejar de mirarme, se movió deprisa y con fuerza. Yo posé las manos en sus fuertes hombros, sujetándome mientras él continuaba penetrándome. Bajó los labios hacia mis pechos, que lamió, mordió y chupó indistintamente.

—¡Dios! —No podía creer que de nuevo un orgasmo se estuviera fraguando en mi interior.

—*Malena, mi fai impazzire.* —Su voz me llegaba casi como un sonido de otro mundo.

—Donatello, voy a volver a correrme.

—*Dai.* Dámelo, preciosa. —Me acarició la cara sin parar de moverse en mi interior.

Y allí estaba, llegó. Mi mundo se cerró alrededor de aquel hombre que me había vuelto a hacer disfrutar. Casi desmadejada entre sus brazos, noté que se daba la vuelta para ponerse sobre mí y luego me tumbó en la cama sin salir de mi cuerpo. Tras unos pocos empujones más, se corrió, escondiendo su rostro en mi cuello.

Cuando se separó me sentí vacía. Pero sólo un instante, pues inmediatamente después de ir al baño a tirar el preservativo, se acercó a mí y volvió a tumbarse a mi lado, acariciando con sus manos mi desnudo cuerpo.

—Malena...

Atajé sus palabras besándolo. No necesitaba hablar más, sólo quería quedarme mirando a aquel italiano de ojos verdes, cabello oscuro y cuerpo

escultural. Me cogió de la cintura y me estrechó, mientras nuestros labios continuaban jugando. Le acaricié la espalda y el cuello y entonces noté que su sexo volvía a la vida, mucho antes de lo que hubiera imaginado.

Lo miré a los ojos sonriendo cuando aparté la mano de su espalda y la bajé a su pene.

—Está de nuevo vivo —dije con malicia.

—Contigo es fácil estar vivo, Malena.

Capítulo 9

Unos estruendosos golpes en la puerta de la habitación me hicieron saltar de la cama como si fuera un resorte. Abrí los ojos de repente, casi desubicada, sin saber dónde estaba, sólo un segundo después, a mi mente acudieron todos los recuerdos de la noche anterior. Busqué a mi alrededor, pero no quedaba ni rastro del paso de Donatello por mi cama, por mi cuerpo...

Volvieron a llamar a la puerta. Parecía que el mismísimo demonio quisiera entrar en mi habitación, y lo cierto era que no me equivocaba mucho. Él no, pero quien estaba al otro lado se parecía más a un duende maligno que a una persona.

—¡Malenaaaa! —Era mi amiga Vicky—. Despierta o perdemos el barco para ir a Panarea.

Cogí lo primero que encontré por allí. Dio la casualidad de que era el vestido que Donatello me había quitado antes de...

—¡Vamos, abreeeee!

—¡Joder! Para ya y entra, cojones —le respondí, poniéndome la prenda.

—Tía, que tenemos poco tiempo y al final vamos a perder...

Paró en seco su disertación y miró a un lado y a otro de la habitación. Levantó un poco la nariz como si fuera un perro husmeando, tal cual. Se acercó lentamente a mí e hizo un amago de «bruja Lola». Se adentró un poco en el cuarto sin parar de mover la cabeza, escudriñando. Yo la seguía casi divertida, para ver adónde la llevaba aquella imitación de investigador privado. Mi CSI particular estaba buscando algo...

—¡Ajaaaaa! —Se agachó y debajo de la cama sacó el cuerpo del delito.

En la mano tenía dos envoltorios de preservativos que se nos había

olvidado recoger. Lo cierto era que yo ni había pensado en ello, pero allí estaban, en su mano. Con una sonrisa socarrona, se acercó hasta ponérmelos justo frente a los ojos.

—Aquí alguien ha hecho arroz —dijo aludiendo al anuncio.

Me di la vuelta hacia el cuarto de baño sin querer hacerle mucho caso, quizá si la ignoraba desapareciera y se le olvidara. Parecía mentira que no la conociera, me iba a sacar hasta los centímetros que medía el pene del hombre con el que me había acostado. Y yo lo sabía.

—Vamos, Malena, quiero pelos y señales. O pelos y penes —puntualizó, con los dos envoltorios en la mano, siguiéndome al cuarto de baño—. ¡Tíaaaa, que tienes una marca en la espalda! ¿Sadomasoquismo? ¿BDSM?

—Calla, coño. —Me metí en la ducha.

Ella no paraba de hablar y yo sólo pensaba en por qué Donatello habría abandonado mi cama en mitad de la noche sin despedirse. ¿Se habría arrepentido? ¿Quizá era de los de «olvidar lo prometido hasta haber metido»? Un adiós no le habría costado nada. De acuerdo que fui yo la que me lancé y que, si no lo hubiera hecho, esa mañana no me dolerían puntos de mi cuerpo que tenía olvidados, pero aunque sabía que él tenía que marcharse y que ese día no lo veríamos, como mínimo, no sé...

—Así que ya estás tardando, bonita —oí decir a Victoria al salir de la ducha.

Mientras me envolvía en una toalla y me ponía otra en el pelo, dije:

—Me he tirado al Tortugo.

—De eso estaba segura —soltó ella convencida—. Muy raro me parecería que te liaras con alguien en la soledad del atardecer de una isla como Stromboli.

Se puso en plan melodramática.

—Ya, sí, claro. —Le guiñé un ojo—. ¿Y Lolo?

—Nenaaa, estoy *in love*. —Dibujó un segmento con las manos—. Y no veas cómo calza. Pero lo mío no es importante, luego te lo cuento. Lo tuyo, el tuyo,

lo vuestro. ¡Ay, madre, que mi niña se ha quitado el palo del culo!

Me pasó un brazo por los hombros y me los apretó como si fuera un padre orgulloso de su hijo. Se lo aparté.

—Deja de hacer el gilipollas. —Me sequé y me vestí rápidamente—. Sólo ha sido un polvo.

—Cariño, viniendo de ti, eso no ha sido sólo un polvo.

La miré mientras me desenredaba el pelo mojado y me hacía una trenza, el tiempo no daba para mucho más.

—Victoria, no sé lo que ha sido, ¿de acuerdo?

—¿La tiene grande? —Levantó las cejas varias veces.

—Tiene lo suficiente como para que me cueste caminar. —Le saqué la lengua.

—¡Así me gusta, amiga! —Me dio una palmada en el culo—. Coge las cosas, que ya me he encargado yo de pillar toda la documentación.

—Oye, ¿y Lolo?

—Se ha tenido que marchar muy temprano, tenía que ir a Vulcano. —Suspiró—. Hemos quedado en vernos cuando vayamos allá y luego regresar juntos.

—Tú sí que estás perdida.

Comenzamos a reírnos las dos.

—Pero que sepas que tú estás haciéndolo muy bien, así es como se olvida a los capullos. A polvazos con pibonazos como el Tortugo.

* * *

A trancas y barrancas conseguimos salir a tiempo del hotel, después de un rápido desayuno. Yo tenía más hambre que el que se perdió en una isla y se pensó que las margaritas era huevos fritos, pero, por las prisas, no me quedó más remedio que echarme un par de frutas en el bolso.

En la puerta nos esperaba una de esas cosas que no eran ni coche ni moto,

ninguno de los dos, pero parecido. Nos llevaría directamente al puerto, donde subiríamos a nuestro barco. Un poquito hasta las narices de barquitos sí que estaba, si por mí fuera, no me movía de aquella isla en el tiempo que me quedaba, pero Vicky estaba decidida a seguir el plan de viaje a rajatabla y no tenía más remedio que seguirla con tal de que se callara.

Aquella «moto-lo-que-fuera» arrancó y, antes de que se pusiera en marcha, el conductor nos indicó que teníamos que esperar a una pareja que se iba de la isla. Así que las dos sentaditas en aquellos asientos corridos tuvimos la sensación de estar haciendo el panoli. Sí, o sea, el canelo, el tonto, por haber corrido tanto para que ahora nos hicieran esperar.

Suspiré y, cosas del destino, al volver la cabeza en dirección a la playa, lo vi. Donatello estaba en una barca de esas tipo Zodiac y, junto con un par de personas más, se dirigía a un yate que estaba anclado a unos metros del hotel. Creo que no cerré la boca hasta que Victoria se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, cuando a su vez miró en la misma dirección.

No dijo nada, y se lo agradecí. Mucho más cuando, al subir Donatello al yate, aquella mujer lo estaba esperando y él le dio ¿un beso en los labios? ¿Acababa de darle un beso en los labios? ¿Después de la noche que habíamos pasado? ¿En serio? ¿Y un abrazo cariñ...? ¡Joder, que ella le estaba acariciando el pelo!

—A ver —oí decir a mi amiga—, lo mismo tiene una explicación.

Cerró los ojos en el instante en que soltó aquella frase, sabía que no era de las que se conformaba con tonterías de ese tipo. Ni explicaciones ni frases tópicas.

La «motoleches» en la que íbamos comenzó a moverse. Con la visión tan perturbadora de Donatello subiendo a aquel yate y dándole un beso a aquella mujer que lo trataba con tanto cariño, no me había dado cuenta de que los pasajeros a los que estábamos esperando ya habían llegado. Vicky y yo nos tambaleamos al no estar preparadas para la brusca arrancada.

—¡La leche, que me mato! —exclamó ella, agarrándose a los hierros que

sujetaban el toldillo del vehículo.

—Ojalá me hubiera dado un golpe —dije sin pensar.

—Vamos, nena. —Me cogió la mano—. Lo mismo no es nada. Tal vez haya ido para romper con ella.

—Ya, y después va a declararme su amor eterno. Nos compraremos una casa aquí, en la isla, y tendremos cuatro hijos, dos niños y dos niñas: Lucia, Giacomo, Sofía y Giancarlo.

—Joder, ¿ya lo tenías todo pensado? —Levantó tanto las cejas que se le vieron por encima de las gafas de sol.

—Eres idiota —solté—. Como amiga que consuela no tienes precio.

—Y tú, como siempre, lo llevas todo al extremo —se defendió.

—Mira, será mejor que lo dejemos.

—Pues casi mejor que sí, porque ya sabemos cómo acaban estas discusiones.

—Mandándote a la mierda —repuse.

—Detrás de ti siempre, para que me indiques el camino —replicó mi amiga.

Un frenazo que, enfrascadas en nuestra fantástica discusión, casi hizo que nos estrelláramos contra la otra pareja, que iban sentados enfrente de nosotras. Pobres.

Bajamos con cajas destempladas, ni la una ni la otra teníamos ganas de seguir discutiendo. Sobre todo, teniendo en cuenta que ninguna de las dos tenía la culpa de lo que acababa de ocurrir. Aunque si alguien la tenía era yo, la idiota que se había acostado con un gigoló de tres al cuarto, que estaba liado con una ricachona de buen ver y edad estimada entre los cincuenta y muchos y los sesenta.

«Esto no puede estar pasándome a mí —me lamentaba en la soledad de mi cerebro—. Es que salgo de Málaga para meterme en Malagón.» Bufé, de pie en el espigón donde esperábamos nuestro medio de transporte y desde donde podía admirar a la perfección aquel yate de considerable tamaño. Diría que

bastante más grande que el que tenía Juan Pedro, vamos, su familia, en Marbella. Sólo podía distinguir figuras en la lejanía, pero hubiera puesto la mano en el fuego a que sabía en todo momento dónde se encontraba Donatello y al lado de quién. ¿Por qué me acosté con él? ¿Por qué?

Nuestro trayecto hacia Panarea fue de lo más tranquilo y no tardamos mucho. Yo, sumida en un profundo desasosiego, me sentía dentro de una pesadilla de la que en cualquier momento despertaría para comprobar que estaba en el día de mis nupcias, sonriendo. ¡Joder! Que yo era una chica normal, enamorada, a la que habían abandonado el día antes de su boda por todo lo alto y que ahora se había liado con un espectacular italiano que, al parecer, a su vez estaba liado con toda una señora. Esto, dicho rápido y como trabalenguas, no podía salirme mejor.

—¡Si es que me cago en mi estampa! —solté.

—Baja la voz —intentó sosegar me mi amiga.

—No me da la gana. —Chispitas, saltaban chispitas.

—Mira, para ya. Punto. Se acabó, histérica —zanjó la conversación. Se dio la vuelta y me ignoró, ya situada en la fila de salida.

No tardamos mucho en bajar por la escalerilla. Yo la verdad es que no tenía el cuerpo para ferias. Me daba igual ocho que ochenta y si encontraba un puto bar abierto me plantaba allí hasta la hora de regreso. ¡Lo juraba por mi reloj Casio con calculadora! Que una tenía su punto hípster.

En el momento en que mi pie se plantó en tierra, juro que me puse a buscar el susodicho bar para escaparme de las garras de Victoria y beber hasta perder el sentido y el contacto con la realidad. No, no tenía ganas de seguir buscando explicaciones o intentar que mi mundo fuera un poquito mejor. Cada segundo que pasaba en aquellas islas, estaba más y más convencida de que me había equivocado aceptando hacer aquel viaje. Tenía que haberme quedado escondida en mi habitación, como un viejo ermitaño de las montañas, de esos que ni beben ni comen y tampoco se lavan.

Miré por un segundo la cara de Vicky, que no decía nada, sólo me

observaba con los brazos cruzados delante del pecho, esperando que fuera yo quien tomara la iniciativa.

—No voy a hacer nada —me dijo de la manera más neutra posible.

—¿Y qué quiere la señora que haga? —le respondí airada.

—Lo que te plazca, en serio, lo que te salga del mismísimo punto final, del ojal, del ojete, del culo. En serio, tía, que no puedes ir por la vida de virgen y mártir. —Se dio cuenta de lo que había dicho—. Bueno, sólo de mártir. Lo otro ya anoche...

—¿Siempre tienes que ser tan imbécil? —Me di la vuelta para buscar nuestro transporte.

—Y tú tan intensita. Que está bien eso de tener sentimientos, pero, querida, quédate con lo bueno y no con lo que has visto, que ni siquiera sabes lo que es. —Se acercó peligrosamente a mi cara.

—Lo que he visto es que el tío al que me follé anoche se ha ido con su amante —suspiré cabreada—. Y la única que tiene culpa de eso soy yo. La imbécil que provocó lo que pasó anoche sin pensar en esa tipa, sólo centrada en mí.

—Querida, tampoco vamos a ponernos en plan plañidera. Lo que hiciste fue porque te dio la gana, porque te apetecía y porque no tienes que darle explicaciones a nadie. Tú no tienes pareja y Donatello no lo sabemos.

—Que sí, cojones. Que me dijo que esa tía es importante en su vida. —Se me estaban hinchando las narices.

—Y si lo es, ¿qué? —Me agarró por los hombros—. Despierta, bonita, te lo has tirado y él te ha querido comer todo este cuerpo serrano que tienes. ¡Vale ya!

—Si es que...

—A menos que... —Se levantó las gafas de sol y se las colocó sobre la cabeza.

—¿A menos qué? —intenté que siguiera.

—Tú estés sintiendo más que cosquillas en el chichi por él.

—¡No seas gilipollas! —La aparté—. Me lo follé, me lo tiré, sí. Pero no quiero ser una rompeparejas. ¡No quiero ser la puta esa de la Piluca! ¡No!

—Ahí estáááá —me señaló—. Crees que eres igual que la pava esa que se ha ido con Juan Pedro. Mira, ¿sabes qué te digo? Que no sé cómo será esa zorra pija con perlas, pero no te llega a la suela de los zapatos.

—Vamos, ése es el coche que debe llevarnos.

No tenía ni idea, pero pude ver que éramos las dos únicas personas que quedaban en el muelle y sólo había una «motocaca» de esas con un tío muy puesto. Vamos, que iba de uniforme.

Mi amiga se le acercó y, tras intercambiar con él un par de frases, me llamó:

—Venga, que sí, que es el nuestro.

Así que de nuevo otro puñetero medio de transporte que nos llevaría a otro no-sé-qué-sitio donde todo sería precioso y maravilloso para una pareja y no para dos locas del coño. En serio, a aquella isla plagada de pijos tendría que haber ido sólo Vicky.

Poco después, el tipo nos dejó en la puerta de un hotel. Miré a mi amiga, puesto que ella era la que controlaba todo el cotarro, y se encogió de hombros. Así que quizá los planes habían cambiado un poco o quizá no era el sitio correcto ...

—¡Eeeeh! —Victoria salió corriendo tras el conductor, que ya bajaba por la pendiente para irse a sus cosas.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Pasar no ha pasado nada, pero creo que... Mira, ¿sabes qué te digo? —Miró el reloj—. Ya que estamos aquí, nos tomamos algo y veo si todo está correcto.

Entramos a la recepción, que en esos momentos estaba vacía, y, atraídas por el ruido, nos dirigimos a la terraza, que estaba repleta de gente a la que al parecer se le habían pegado las sábanas, terminando su desayuno, mientras

otra empezaba a tomar el aperitivo. Nos sentamos a una pequeña mesa con vistas al mar.

Mientras esperábamos a que nos tomaran nota, yo pensaba en lo calculado que estaba todo para que fuese un viaje de los que realmente no se pueden olvidar. Desgraciadamente para mí, no, no lo olvidaría, pero por razones del todo diferentes a las que siempre imaginé. Mi viaje de novios iba a ser algo para recordar durante toda mi vida, pero se iba a convertir en una de mis peores pesadillas. Volver a confiar en los hombres, por partida doble, en otra de ellas. No. Lo que yo quería era simplemente olvidarme de todo y no tener así que darle explicaciones a nadie y, sobre todo, que las cosas que pasaban a mi alrededor fueran mucho más sencillas de lo que lo estaban siendo hasta el momento. Que no, que no necesitaba una aventura en plan *road movie*, sólo me necesitaba a mí, a mis heridas y un botecito con sal para echársela de vez en cuando y llorar de dolor.

Noté que se me empañaban los ojos y, lo peor de todo, era que no tenía nada que ver con mi no boda, sino con que aquel gigoló italiano de ojos verdes como el mar y cuerpo de infarto me hubiese engañado. «¡Ay, Malena que estás perdida y lo sabes!»

—¿Qué te apetece? —me preguntó mi amiga al ver al camarero acercarse.

—No sé, decide por mí. —Intenté esconder mis lágrimas.

—Vale. —Hizo el pedido—. ¿Has visto que pedazo de vistas? Si estuviera aquí Lolo, seguro que ...

Me miró como si hubiera mentado al mismo demonio, pero luego cerró la boca al ver que yo no le había dado importancia al comentario. Si ella estaba encaprichada de un hombre guapo, italiano, y que además la visitaba siempre que tenía ocasión, lo único que debía hacer era disfrutarlo y no comerse la cabeza. No como hacíamos otras gilipollas. Yo, claro.

Nos trajeron a la mesa dos copas de algo que no supe distinguir, pero que al probarlo me pareció deliciosamente alcohólico. Ideal para comenzar con el plan de pillarme un pedo y no enterarme de nada durante toda la visita a

aquella isla a rebosar de pijos que fondeaban en ella sus yates, porque había un montón exactamente justo delante de nosotras, llenos de gente que nadaba en las aguas cristalinas y luego volvían a ellos. Todo muy sencillo a la par que odioso. Volví a darle un sorbo a mi bebida.

—Ten cuidado, que lo he pedido para relajarnos, no para beberlo como si fuera un chupito —me advirtió Vicky, sin conocer mi maquiavélico plan.

—Bueno, y si me tomo tres más, ¿a ti qué? —planteé.

—Darne, me da igual. —Bebió un sorbito—. El problema es que eres algo más alta que yo, pesas un poco más y me va a pillar mal eso de llevarte en volandas por estas islitas.

Cabrona, me iba adivinando las intenciones. Si es que era más lista que los ratones colorados, eso, o que ya llevábamos más años juntas que el pan con tomate.

Yo andaba metida en mis pensamientos, mientras Vicky repasaba los papeles que había recogido por la mañana en la recepción y enviaba algún que otro mensaje de móvil, intentando averiguar qué pasaba y el porqué del cambio de planes.

Una hora y dos copazos después, se nos acercó una mujer que nos preguntó si necesitábamos algo. En un principio pensamos que sería una camarera que, amablemente, se interesaba por nuestro bienestar. Pero al momento nos preguntó si éramos clientes del hotel y que sólo ellos podían tomar algo en la terraza.

Mi amiga le comentó en su particular «itañol» que nos encontrábamos allí siguiendo las instrucciones de nuestro guía. La mujer cambió inmediatamente al inglés y ahí fue donde tuve que meter baza, porque, aunque Vicky hablaba bien el idioma, yo lo hacía con bastante más fluidez y no quería que hubiera ningún tipo de malentendido. Por lo tanto, le comenté lo sucedido.

—Hemos subido a uno de los vehículos que quedaban en el puerto pensando que sería el que nos iba a conducir al punto de encuentro, pero aquí no encontramos a nadie.

—¿Cómo era ese hombre?

Se lo describí con pelos y señales y a la mujer le dio un ataque de risa.

—¿Ocurre algo? —preguntó Vicky.

—Ese hombre acaba de entrar a trabajar con nosotros y apenas habla italiano, es polaco. —Se estaba secando las lágrimas de risa.

—Pero si me ha respondido que sí a todo —se defendió mi amiga.

—¿Y qué va a decir si no te entiende? Nuestros clientes saben que han de ir directamente a nuestros vehículos. Él tiene esas instrucciones y es lo que ha hecho, montaros y traerlos hasta aquí.

—¡Tócate los cojones! —exclamé en castellano.

—Eso lo he entendido. —Volvió a reír—. ¿Quién es vuestro guía? Voy a ver si os puedo ayudar.

—Donatello Orantelli —contesté.

—*Scusi?* —Los ojos de la mujer se abrieron como platos—. ¿Están seguras?

—Sí, muy seguras.

La mujer se marchó sin decir nada a donde fuera que tuviese que ir, y Victoria y yo nos miramos sorprendidas, sin saber qué decir. Estaba claro que Donatello era muy conocido en la isla o...

—Lo dicho, es traficante. De la mafia siciliana y por eso todo el mundo lo conoce —me susurró Vicky—. Te lo llevo diciendo desde que nos topamos con él.

—Es que tú eres muy lista, bonita —le solté.

—Si no, ¿cómo se explica esto? ¿Cómo se explica su gusto en el vestir? ¿No te has fijado en lo caro que es todo lo que lleva? Tía, es la única explicación.

—¿Y si es su amiguita la que se lo está pagando todo? ¿Y si es ella la conocida y todos saben que él es su novio, su amante, su *toy boy*?

—Me parece que esa explicación es la menos excitante y entretenida —resopló Vicky.

—Pues lo que yo creo es que pasas demasiado tiempo leyendo novelas de intriga —repliqué—. A ver si lees algo menos intensito o dejas de ver esos programas de sucesos que tanto te gustan.

—Eres una rancia. —Las dos seguíamos susurrando por miedo a que nos oyeran.

Miramos en dirección hacia donde aquella amable señora se había marchado, con más prisa que pausa. Por una ventana que daba a la terraza en la que estábamos la vimos hablar por teléfono con alguien. Sonreía de vez en cuando, hasta que entró un hombre en la estancia, ella colgó el teléfono y los gestos de él se hicieron bastante airados. Podría decirse que hasta enfadados, mientras la mujer intentaba tranquilizarlo un poco. Se oyeron algunas palabras más altas que otras, pero sin llegar a ser irritantes para los clientes del hotel. Eso, o estaban acostumbrados a que la pareja, fueran quienes fuesen, discutieran a menudo. O tal vez no discutían, sino que hablaban de esa manera que a nosotras nos sorprendía.

Poco después los dos se acercaron un poco más a la ventana y logramos oír que ella, la mujer, cogiéndolo del brazo, le decía:

—*Ho chiamato tuo nipote, è tutto organizzato.*

El hombre no cambió su expresión de disgusto.

—Le ha dicho algo de un cipote, que lo he oído —me susurró Vicky.

—Pero ¿cómo va a decir eso? —repliqué.

—Lo mismo le ha dicho que si se porta bien con nosotras luego le come el cipote.

—Pero, Victoria...

Tuve que callarme, porque los dos se acercaron a donde estábamos sentadas, apurando nuestra bebida. En mi caso era ya la tercera y me estaba haciendo el efecto deseado: que todo me importara un pimiento podrido.

La mujer, sin soltar del brazo del que parecía ser su marido, o pareja, o lo que fuera, nos explicó con toda la tranquilidad del mundo y una sonrisa en los labios que, en efecto, había habido un error. Se presentó formalmente como la

dueña del hotel, Olethea, y el que iba con ella era su marido, Matteo. Nos dijo que, a pesar de ese error, las bebidas eran invitación de la casa y que en breve llegaría el guía que debía acompañarnos a visitar algunos rincones de la isla. Nos deseó una buena estancia y se despidió de nosotras con un apretón de manos. También nos chocó la mano el hombre, que al darse la vuelta para irse masculló:

—*Non mi piace per niente.*

Lo entendí a la perfección. Bueno, lo entendimos a la perfección las dos, y nos miramos sorprendidas.

—Te he dicho que hay gato encerrado —soltó mi amiga.

—Mira, ahora mismo me importa más bien poco lo que esté encerrado o no lo esté. Me la pela, me la bufa, me la repanpinfla, me la trae al paio.

—Ay, hija. —Ella también bufó—. Ya se te ha subido el alcohol a la cabeza, no haces más que darle a los sinónimos, qué cansina eres. Pero yo fijo que me entero de algo cuando vea a Lolo.

—Como si Donatello es un modelo internacional de pasarela. —Me daba igual.

—Oye, creo que si lo fuera lo sabríamos, ¿no? —comentó Victoria, a quien, aunque naturópata, el tema de la moda le interesaba mucho.

* * *

—Que me da igual, ¿no lo pillas?

—No me lo creo. —Me señaló con el dedo—. Y me juego lo que quieras a que volverás a caer en su cama.

—Antes me mato —siseé enfadada.

—Pues ve diciéndome el veneno que quieres que te prepare —repuso, dándole el último sorbo a su bebida.

No tardamos mucho en ver a un hombre que entraba por la puerta y se dirigía directamente hacia nosotras. Peppo, dijo que se llamaba. Nos pidió

disculpas por no estar a la hora indicada en el puerto y por las molestias, pero un problema familiar lo había hecho llegar tarde, propiciando así todo el lío posterior.

Para no perder más tiempo, nos llevó de nuevo en una «motocosa» a dar un paseo por algunas de las calles principales de la isla. El bullicio bajo el sol era intenso, la gente, vestida de manera informal, pero con clase, paseaba. Todos iban con gafas de sol y las mujeres, además, con sombreros de paja. A pesar del cabreo y del mareo incipiente a causa de la bebida, me percaté de que era una isla tranquila, de estilo más griego que italiano. Las casas estaban encaladas y las columnas de los patios me hacían pensar en el país helénico. Caminamos un poco, pues por algunos lugares no podíamos llegar con aquel vehículo, y, dado el tiempo que habíamos perdido despistadas en aquel hotel, tuvimos que comer a mataballo una deliciosa pasta con albahaca y algo de pescado y regresar al puerto, desgraciadamente sin poder visitar el poblado prehistórico o alguna de las plantaciones de alcaparreras. Pero el despiste es lo que tiene, que te hace perder muchas cosas y lo último que Victoria y yo queríamos perder en ese momento era el barco para regresar al hotel.

Yo quería meterme en mi habitación y encerrarme. No aspiraba más que a no volver a salir hasta la hora de irnos a casa. Por primera vez en mucho tiempo necesitaba estar allí, abrazarme a mi familia y así no tener que dar más explicaciones a nadie. Ni siquiera me importaba llegar y tener que deshacer todas las cajas que la asquerosa de Carmina me había enviado. Puta, puta, puta...

¡Qué asco, qué asco, qué asco! Quería esconderme en la habitación, quería regresar a Madrid. Y si Victoria me daba la oportunidad, cogería toda la documentación y cambiaría el billete de regreso para volver antes. No necesitaba más italianos de ojos deliciosos. Podía enfrentarme sin problemas a lo que me esperaba, pero no a Donatello. Me había dado cuenta de que con él no podía más. No quería quererlo.

Me llevé las manos a la boca, paralizada. Pero ¿qué demonios estaba

diciendo? ¿Quererlo? Pero ¿quererlo de qué manera? Para un polvo, ¿no?

«¡Vete, Malena! ¡Vete de esta isla ya! ¡De todas las islas!»

—¿Qué te pasa, Malena? —Victoria se acercó al verme pálida—. Ya sabía yo que el alcohol con el estómago vacío te iba a sentar mal.

—No es eso, Vicky. —Me puse nerviosa—. Quiero irme, necesito volver a Madrid.

—Respira, Malena. —Buscó algo en su bolso.

—Es imposible. Quiero irme. Necesito irme de aquí. No puedo estar ni un segundo más en estas islas.

—Toma. —Me abrió la boca como el día del aeropuerto y me echó unas bolitas—. Déjalas debajo de la lengua unos segundos.

—Victoria, no.

Me sujetó la barbilla.

—Malena, respira. Te está dando un ataque de ansiedad y será mejor que las mantengas debajo de la lengua y después te las tragues o tendrás un problema con mis manos —puso cara de enfado—, que no tendrán reparo en acercarse rápidamente a tu rostro para calmarte.

—Que no. —Ya hiperventilaba—. Llama a quien tengas que llamar, pero me quiero ir de las islas.

«Joder, Victoria —pensaba—, no me contradigas más. Vámonos, necesito escapar de Donatello. Necesito no volver a verle, sé que si me mira caeré rendida de nuevo.»

Mi cara no recibió ninguna atención por parte de las manos de Vicky, ya que el barco llegó en ese instante y todos los pasajeros que iban con rumbo a Stromboli embarcaron. Nosotras nos dispusimos a hacer lo propio.

Mi amiga tuvo que darme un par de empujones para acercarme a la pasarela de embarque, pero noté que no las tenía todas consigo. Yo estaba bastante serena, teniendo en cuenta lo que me estaba pasando en ese momento. Si al final Victoria iba a ser una santa, aunque yo fuese todo el día drogada con

los hierbajos que ella llevaba en el bolso con tal de aguantarme. Era una bendita...

Vicky le entregó los papeles al marinero de la pasarela.

—*Questo non vale* —dijo aquel hombre de camisa blanca y pantalón oscuro.

Mi mirada, que andaba perdida en la puntera de mis sandalias, observando mi perfecta pedicura, se levantó lentamente y recorrió los zapatos, los pantalones y la camisa de aquel hombre hasta llegar a su insulsa cara y detenerme en sus ojos. Victoria, que se percató de lo que se avecinaba, me apretó el brazo intentando contenerme. Pero sabía que no había ninguna posibilidad de retener el volcán, nunca mejor dicho, que iba a comenzar a salir por mi boca.

—Mira, *signore*, estoy hasta las pelotas de tanta tontería. He llegado a esta isla con un billete y nos han dado este comprobante. —Se lo quité a mi amiga y se lo planté a él en la cara—. Estoy cansada, agotada, hastiada y hasta las mismísimas narices de coger tantos barcos para ir de un lado a otro. —Empezaba a alzar la voz—. O nos deja subir a este barco o juro que me ato a la quilla o como narices se diga y me lleva a Stromboli sí o sí.

—*Va bene, stia tranquilla signora.* —El hombre se estaba poniendo nervioso.

Pero lo que me estaba poniendo más nerviosa a mí era ver que algunos de los tripulantes del barco salían a mirar lo que sucedía.

Ni corta ni perezosa, me dio por llamarlos a todos.

—Bajad todos, mirad los billetes. —Los mostraba con la mano alzada—. ¡Si no me dejan subir al barco, les juro que monto la del Dos de Mayo!

—A ver, Malena —Vicky me cogió del brazo intentando pararme—, déjame ver si puedo encontrar algún documento que...

—¡Que una mierda! Yo subo al barco este o se la lío, juro que se la lío.

—*Donne, salite a bordo!* —ordenó alguien.

Las dos miramos desconcertadas al que, al parecer, nos había dado orden

de subir. Nada de «por favor» o «todo está solucionado», así que emprendimos nuestra subida por la pasarela hacia el interior de la nave y luego buscamos asiento. En ésas estábamos cuando de repente un marinero se acercó a nosotras y nos pidió por favor, esa vez sí, que lo acompañáramos, que el *comandante* deseaba que fuéramos sus invitadas en el puente de mando.

Un hombre fornido de cabellera y pulida barba blanca nos dio la bienvenida a aquel habitáculo desde donde guiaban el barco. Otras tres personas manipulaban ordenadores y palancas. En cuanto entramos, embarcación empezó a moverse.

—¿Un café? —nos ofreció el comandante en perfecto español.

—¿Habla usted castellano? —le pregunté.

—Para mí sí, café —aceptó mi amiga—, a ella agua, que ya está lo bastante nerviosa.

Oí la profunda risa de aquel hombre y eso casi me tranquilizó.

—Sí, hablo perfecto castellano porque soy español. Para más señas, valenciano. Pero hace ya veinte años que vivo en Sicilia. Me llamo Felipe —nos explicó, mientras le daba el café a Victoria y a mí el agua.

—Sentimos el espectáculo que hemos montado —comenzó a disculparse Vicky—, pero no es que estén resultando fáciles los días que llevamos en las islas y aquí, mi amiga —me señaló—, hoy no se ha levantado lo que viene siendo bien.

—Ya me he dado cuenta, de ahí que me haya asomado a ver qué pasaba —volvió a reírse—. Si alguien podía gritar más que un italiano, sólo podía ser un español. Y no me equivocaba.

—Lo siento —sólo pude decir.

—Yo soy Victoria y ella Malena.

—Como el tango. —Sonrió el hombre—. Bueno, tranquilas. Enseñadme lo que os han dado.

Vicky me quitó los dos billetes que yo aún aferraba y se los entregó.

—Se han equivocado a la ida. No han debido de leer bien el billete.

Normalmente, cuando es ida y vuelta, si no hay dos billetes no se cortan y es a la vuelta cuando se recuperan.

—De verdad que lo sentimos —volví a hablar.

—Habéis tenido suerte de que os oyese yo —nos guiñó un ojo—. Disfrutad del viaje, vamos a salir.

Los motores se encendieron, comenzaron las maniobras y por primera vez pude ver el camino de vuelta a la isla desde un punto de vista diferente. Los ventanales del puente de mando me dieron la posibilidad de disfrutar del mar y del trayecto, aunque no dieron tregua a mis pensamientos y a la necesidad de escapar corriendo de aquel lugar al que me acercaba cada vez más y más irremediadamente.

Preferí quedarme un poco alejada del ajetreo acercándome a una de las ventanas, mientras mi amiga se dedicaba a preguntar por todo, a mirarlo todo y a coquetear con un marinero de nuestra edad que era bastante atractivo. Era superior a sus fuerzas. Sonreí para mí misma y volví a sumergirme en mis pensamientos, contemplando el mar... Lo que no esperaba era que un grupo de delfines apareciera de repente para seguirnos todo el camino. Pude observar sus saltos, sus piruetas y sus juegos, mientras por un momento envidiaba su libertad y deseaba meterme bajo las aguas para disfrutar con sus movimientos.

—Malena, Malena —oí la voz de Victoria.

—Perdona, me había quedado absorta mirando los delfines —dije.

—¿Qué delfines? —se sorprendió—. Si ya hemos llegado.

—Estaban... —Volví a mirar, posiblemente mi mente había desconectado por completo—. Déjalo.

—Venga, vamos. —Me agarró del brazo.

Nos despedimos de la tripulación y del capitán del barco que tan amablemente, a pesar del espectáculo que habíamos montado, nos acogió. Les deseamos un buen regreso y bajamos, esperando ver una de aquellas motos raras. Gracias al cielo allí estaba, esperándonos, y allí nos dirigimos las dos

sin decirnos nada. Al llegar al hotel, antes de que me fuera a mi habitación, Vicky me volvió a abrir la boca y me dio un par de gotas más de lo que fuera.

—La próxima vez dame cicuta —le pedí.

—Tranquila, la próxima vez no necesitaré hierbas, te asfixiaré con las manos. —Y desapareció en dirección a su cuarto sin volver a mirarme ni a hablarme.

Yo, al entrar en la habitación me eché en la cama. Sólo quería descansar. Dormir.

Capítulo 10

Sonó el teléfono cuando yo ya estaba despierta y leyendo en la cama. Imaginé que serían los del servicio de habitaciones, pues hacía rato que había pedido el desayuno. Si podía, y la loca de Victoria no lo impedía, ese día no saldría del hotel y, de no ser por la fantástica piscina y el sol, tampoco lo haría de la cama. Sólo necesitaba un poco de soledad y de lectura.

No había podido dormir casi nada durante la noche. Ciertamente concilié un primer sueño después de pasar un rato viendo un canal de documentales en la televisión, pero luego mi descanso se vio interrumpido por pesadillas, despertares varios y, finalmente, un amanecer visto desde la ventana de la habitación. Todo eran pensamientos en torno a Donatello. Y eso que ni siquiera sabía exactamente qué sentía por un tipo con el que sólo me había acostado una vez. Bueno, con un hombre con el que había tenido dos encuentros sexuales bastante placenteros, aunque yo quisiera fustigarme por ello.

Sentía algo diferente estando a su lado, cuando me miraba, cuando me acariciaba o cuando sus labios se posaban en cualquier parte de mi cuerpo. Daba igual que el acercamiento fuera íntimo o que sólo los posara para hacerme sentir que estaba allí. ¿Qué me estaba ocurriendo? Hacía dos días, como quien dice, yo pensaba que estaba enamoradísima de Juan Pedro y, de repente, aquel hombre de ojos verdes y pelo oscuro con algunas canas me tenía comido el pensamiento. Pero no podía, no debía preocuparme tanto por alguien que estaba engañándome, no me merecía de nuevo ser plato de segunda. Quería ser la única, la primera, la que siempre iba a estar ahí...

Descolgué el teléfono.

—*Pronto* —respondí en italiano.

—No sabía que hablabas italiano. Me has estado engañando todo el tiempo, ¿eh? —La voz de Donatello inundó toda mi mente.

Sin darme cuenta, bueno, en realidad dándome más cuenta de lo que hubiera querido, mi piel se erizó y la boca del estómago se me contrajo con sólo oír su suave tono y aquel delicado acento que delataba su sonrisa mientras me hablaba.

—Lo siento, pensaba que era el servicio de habitaciones —suspiré al decirlo.

—Lo siento, entiendo que a estas horas sea más interesante un buen desayuno que yo —continuaba bromeando conmigo.

Admito que consiguió arrancarme una sonrisa, leve, al imaginarme su cara de falsa decepción. «¿Por qué te haces esto, Malena? No sigas. No le sigas el juego.»

—Bueno, dime lo que quieres —lo corté secamente.

—¿Alguien ha dormido mal esta noche? ¿Malos pensamientos?

«Cuidado, Donatello —le advertí en mi pensamiento—, mejor no continúes por ese camino o finalmente vas a pillar más de lo que te gustaría.»

—Sí, Donatello, he dormido bastante mal —dije enfadada—. Primero ni siquiera te despediste de mí por la mañana y luego...

—Te besé al marcharme —se justificó—. Balbuceaste algo.

—Bueno, no es que después de eso todo fuera mejor. —Recordé cuando lo vi subir al yate.

—Olethea me llamó para comentarme lo del equívoco de ayer. Sé que se solucionó rápido, pero siento que tuvierais problemas.

—Bastantes más de los que te imaginas —repliqué sin ganas.

Llamaron a la puerta, ahora sí, eran los del servicio de habitaciones con el desayuno.

—Un segundo, Donatello. —No le di más explicaciones.

Dejé el teléfono en la mesilla y sólo tuve que dar dos pasos para llegar a la

puerta y abrirla. Pero en el umbral me encontré con el mismísimo Donatello, empujando el carrito con mi ansiado desayuno.

No podía con aquella sonrisa perfecta que hacía que sus vivaces ojos verdes, que me miraban ilusionados, se hicieran más pequeños. Admito que estaba enfadada, muy enfadada por lo que vi el día anterior, pero aquella mirada... Nunca nadie me había mirado así, con aquel brillo en los ojos. Estaba recién duchado, aún con el pelo un poco húmedo y la camisa blanca pegada a los pectorales...

—Sorpresa.

«No sonrías así, Donatello —pensé—. No lo hagas o...»

Se acercó a mí sin entrar el carrito y, enmarcándome la cara con las dos manos me besó. Acercó sus labios a los míos primero despacio, casi tentándome, pero después de unas caricias con ellos, su lengua pasó a revolotear en el interior de mi boca. Le dejé hacerlo, le acepté, le invité cuando mis manos se posaron en su culo, sin pensar mucho más. «Malena, no tienes palabra y lo sabes.» Era imposible.

—*Dai, facciamo colazione.*

Lo miré levantando una ceja.

Había dejado de notar su contacto en mis labios cuando abrí los ojos. Me miraba sonriendo y me había hablado en italiano. Era posible que me hubiese dicho algo así como, «eres más fea que un orco de Mordor», pero sonaba tan bien... Creo que se dio cuenta de que no lo había entendido al ver el careto que puse.

—Perdona, vamos a desayunar —tradujo.

—Sí, bueno. Espera, que me cambio. —Le mostré la camiseta de tirantes y los pantalones cortos de pijama que llevaba.

—No, estás perfecta. —Se fue a la pequeña terraza y lo colocó todo casi antes de que yo me sentara en la silla.

Había más de lo que yo había pedido: un café y un cruasán, que era lo único que me apetecía. Pero en la mesa podía ver dulces, embutidos, pan,

fruta, café, zumos...

—Si quieres algo más lo pido...

—No, Donatello, está perfecto —respondí, sintiéndome la mujer más tonta del planeta.

—Quería darte una sorpresa. Ya que ayer no estuvimos juntos, me apetecía resarcirte.

«Y por haber pasado el día con otra, ¿no? Malena, deja de pensar y actúa. Si quieres algo, si necesitas saber algo, pregúntale y punto.»

—Donatello —me senté de manera extraña, con los talones apoyados en el asiento y las rodillas pegadas a mi pecho—, tengo algo que decirte.

Y a partir de ese momento volvería a estar sola durante el viaje y no disfrutaría de nada. Pero ¿en realidad había disfrutado de algo? Si me tocaba me sentía mal. Después de acostarme con él, me estuve flagelando. Si pensaba en él me sentía una cualquiera...

—No, no hace falta. —Me puso las manos en las rodillas, aún no se había sentado—. Quisiera pedirte disculpas por lo de ayer.

Madre mía, sabía que lo había visto...

—No volverá a ocurrir, en serio, fue un compromiso ineludible. —Se sentó a mi lado y me echó un poco de café en la taza—. Pero te prometo que no volverá a pasar, Malena.

¡Ay, madre! Que Victoria igual tenía razón y había ido a romper con ella. Que no iba a volver a verla nunca más.

«Toc, toc. ¿Hay alguien ahí? Malena, bonita, que no te vas a casar con él. Que no vas a tener más que un idilio de verano. ¿En qué estás pensando?»

La que hablaba era mi mente racional, que luchaba a muerte con mi corazón. Sí, ese que estaba deseando volver a notar el cuerpo de Donatello desnudo pegado a mi piel.

¡La había dejadooooo!

—¿Por qué sonríes así? —me preguntó.

—¿Estoy sonriendo? Bueno, no sé, me apetece. ¿Hoy qué hay que hacer?

¿Ya se me habían pasado hasta las ganas de encerrarme como una monja de clausura? Realmente estaba como una puñetera cabra. Eso o que aquella isla me estaba volviendo absolutamente loca, por no decir otra cosa. Porque, en efecto, no era muy normal que sólo un rato antes quisiera desaparecer del mundo y en esos momentos sólo quisiera tener las manos de aquel hombre por mi cuerpo. Pero ¿qué invento era éseeee?

—Pues hoy no había nada que hacer, en el *planning*, día de relax. —Bebió un sorbo del café que se había servido y después se llenó el plato de comida.

—Me apetece no hacer nada —dije, con la cara bobalicona que sabía que estaba poniendo en ese instante.

—Vale, porque tengo planes para no hacer nada. —Me guiñó un ojo.

—¡Hola, chicos! —Vicky entró en la habitación y salió a la terraza con cara de circunstancias, su expresión contenía más preguntas que respuestas—. Malena, venía a avisarte de que Lolo está en el puerto esperándome.

La tranquilicé con una caída de ojos y un ligero movimiento de cabeza.

—¿Ha venido a verte? —Donatello preguntó asombrado—. Sé que hoy tenía muchas cosas que hacer.

—Sí, pero bueno, no sé. —Sus ojos brillaban—. Me ha dicho que prefería pasar el día en Vulcano conmigo y no sólo haciendo cosas.

—Lolo, Lolo, Lolo... —Donatello sacudió la cabeza sonriendo.

—¿Qué pasa? —preguntó Victoria.

—Nada, lo que nos está pasando a muchos.

Lo miré sorprendida.

—¿Y qué os está pasando? —intervine.

—Bueno, chicos, me alegro de que paséis el día juntos. Así no tengo que preocuparme por esta amargada de la vida. —Me señaló.

—Sabes que yo también te amo, rubia —le dije, antes de que se despidiera y se encaminara hacia la puerta.

Miré a Donatello. Sí, lo miré intensamente. No había respondido a mi pregunta. La marcha de Vicky lo había salvado de momento, pero lo que él no

sabía era que, otra cosa no, pero persistente y cabezota lo soy un rato.

—Te he hecho una pregunta —insistí.

—¿Cuál? —Se hizo el inocente.

—He preguntado ¿qué os está pasando? —Bajé las piernas de la silla y me acerqué a la mesa y, por lo tanto, a él.

—Que nos estamos volviendo muy insistentes —respondió sin inmutarse.

—Ah, ya. Claro.

Y se acercó a su vez, rápido como una bala, para besarme. Un beso ligero. Una sonrisa. Su sonrisa.

—Terminemos de desayunar, tenía planes para los tres —se echó hacia atrás en la silla—, pero me gusta más que ahora seamos sólo dos.

—¿Ropa?

—Lleva bañador y algo sencillo. Yo tengo toallas y todo lo necesario —me contestó.

Me levanté del asiento para entrar en la habitación y Donatello me siguió al interior. Volví la cabeza para mirarlo.

—¿Puedo? —preguntó si podía seguirme.

«Así me gusta —pensé—, que no dé las cosas por sentadas.» Asentí con la cabeza.

Sin decir nada, revolví en la maleta, siempre sin tocar la zona prohibida, la de la ropa interior de la luna de miel, y encontré lo que buscaba, no sin algún que otro problema por ese empeño mío.

Él se sentó en la cama sin dejar de mirarme, pero sin decir palabra. Malo, porque seguro que estaba pensando en algo y yo no sabía si quería saberlo o mejor dejarlo en su pensamiento.

—Me aseo y salgo...

—¿Por qué no te cambias aquí? Ya te he visto desnuda... —Volvió a sonreír, enseñando todos los dientes.

Ya sabía yo que estaba maquinando algo.

—No, y además voy a echar el pestillo. —Y sí, lo haría.

—Es una pena. —Se echó hacia atrás y se puso las manos detrás de la cabeza.

Me di una ducha rápida, esta vez sin lavarme la cabeza, ya que la noche anterior ya lo había hecho. Para la ocasión había elegido un bikini, nada de bañadores. Sí, no sabía por qué, pero quería que Donatello me viera bonita, se diera cuenta de que no era la siesa a la que había empujado a aquel callejón. Aunque esperaba que eso ya le hubiera quedado claro, después de que nos acostáramos hacía dos noches.

Miré el reflejo de mi rostro en el espejo después de la ducha, tenía una cara de bobalicona que no me la iba a quitar nadie. Bueno, no lo sé seguro; quizá debería ser un poco más cauta con lo que digo o con los deseos que tengo, que luego llega el listo de turno y te lo fastidia. Podría pasar eso de: «Qué buen día estoy teniendo, verás cómo viene un gilipollas y me lo jode», o algo así.

Abrí la puerta del baño y salí con el bikini puesto. Cuál no sería mi sorpresa al ver a Donatello curioseando entre mis pertenencias. Para ser exactos, andaba revolviendo la ropa de la maleta, con una mano en la zona prohibida.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunté de forma severa.

—Podrías ponerte esto conmigo —me enseñó la prenda que tenía entre las manos.

No podía creérmelo, no podía ni siquiera respirar. Sostenía un bodi de Victoria's Secret rojo, justo el que quería estrenar la noche que Juan Pedro y yo pasáramos el primer día de nuestro viaje de novios. Debí de demudarme, pues Donatello se acercó despacio.

—Malena, ¿pasa algo?

—Deja eso donde lo has encontrado, ahora mismo —ordené sin medias tintas.

—Pero...

—¿No me has oído? Eso no es para ti ni para mí. ¡Déjalo!

Se lo arrebaté de las manos antes de que pudiera hacer nada. Lo cogí y lo

volví a esconder junto con toda la otra ropa interior que él ya había visto. Me di la vuelta sin hablar, me puse el vestido que había elegido, cogí todo lo necesario, lo metí en la bolsa y salí por la puerta, indicándole que hiciera lo propio.

—Malena... —intentó disculparse por algo que no entendía.

—Donatello —me volví y busqué su mirada—, eso es algo que no quiero tocar, no quiero recordar para lo que iba a servir, quiero dejarlo así.

—De acuerdo —entendió a la perfección de qué iba todo—, venga.

Me tendió una mano después de posar de nuevo sus labios sobre los míos, despacio, como un sello de silencio sobre nuestro pasado. Yo le cogí la mano, la agarré con fuerza y entrelacé mis dedos con los suyos, mientras caminábamos por la recepción del hotel y todo el mundo lo saludaba con la cabeza, con un gesto de la mano o por su nombre. Iba a ser verdad que todo el mundo lo conocía. No sé por qué, le apreté la mano con más fuerza y él me miró sonriendo.

Caminamos sobre la arena de la playa, hasta que vi adónde se dirigían nuestros pasos: hacia una pequeña embarcación de remos que nos llevaría a una Zodiac fondeada a varios metros de la playa. Un hombre nos esperaba en aquel bote para acercarnos a la otra. No. Otra vez mar, no.

—Donatello, ¿una barca? —pregunté algo asustada.

—¿Confías en mí? —me preguntó a su vez él a mí.

—No es eso, es que sabes que me da mucho respeto el mar y tanto movimiento...

—Si es por eso, tranquila, el mar está calmado y sólo quiero que demos una vuelta a la isla. —Me ayudó a subir en la barca, después de que me quitara las sandalias—. Vamos, entra.

—Me voy a marear —dije temerosa.

—Te prometo que, si te mareas, no volverás a montar en un barco conmigo —contestó mientras subía, también descalzo y con los pies mojados—. *Dai?*

Asentí poco convencida, mientras el hombre esperaba a que estuviéramos

listos para remar hacia la otra barca, con la que iríamos no sabía dónde. Aunque en esos instantes me daba bastante igual, para qué mentir.

No tardamos mucho en llegar a la Zodiac. El primero en subir fue Donatello, que antes de ayudarme cogió una nevera portátil que el hombre le tendía. Después le di mis sandalias y él, galantemente, me sujetó por la cintura, ayudándome así a subir a la embarcación. El otro hombre se despidió de Donatello con unas palabras y una sonrisa y puso rumbo a la orilla.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Ahora te vas a poner aquí conmigo. —Me señaló un pequeño asiento corrido que quedaba justo delante de un volante parecido al de un coche.

La barca era algo más grande que la que él había llevado en Lipari. Ésta tenía una fila de asientos traseros y la parte delantera, donde había dejado la nevera, era bastante más amplia; había sitio hasta para tumbarse y, además, existía la posibilidad de ponerle un toldo. Parecía un miniyate sin habitaciones.

Me colocó entre sus piernas, con mi espalda contra su pecho, y él, flanqueándome con sus brazos, comenzó a tocar algunos botones y otras cosas que yo no entendía, hasta que el motor se puso en marcha.

—Vamos a dar una vuelta por la isla y lo primero que vamos a visitar es eso —señaló un islote frente a nosotros—, el Strombolicchio. Es el hermano *piccolo* del Stromboli. A su alrededor el agua es profundísima y tiene un faro.

—¿Es seguro? —Estaba aterrorizada.

—Venga —no me contestó—, pon una mano aquí. —Se trataba de una palanca que me dijo que era el acelerador—. Lentamente vas subiéndola hasta alcanzar la velocidad a la que te sientas segura.

—Muy seguro debes de estar tú de querer que yo haga esto —le solté, haciendo lo que me había pedido, mientras lo oía reír.

La barca comenzó a rugir con algo más de intensidad y tomó velocidad. Creo que le di más de lo que había querido, ya que mi cuerpo golpeó contra el de Donatello cuando la Zodiac tomó impulso. En ese momento, uno de sus

brazos, el que tenía libre, me rodeó la cintura. Me sentí bien, segura por primera vez en el mar. Y si me hubiera gustado la película *Titanic*, es posible que la situación hasta me hubiese parecido romántica. Pero no, lo siento, Kate Winslet, me encantas, pero no en esa peli. Sabes perfectamente que en el madero podríais haber flotado los dos, ¿vale? Pero volviendo a la mano de mi italiano... «¿He dicho «mi italiano»? ¡Madre del amor hermoso, ¿qué me está pasando?! Fuera, ya, cállate...»

Regresando a la mano de Donatello —¿mejor así?—, le dije a mi otro yo... Pues eso, que con él rodeándome la cintura me sentí bien.

—*Tutto bene?* —susurró en mi oído y yo le respondí asintiendo la cabeza.

Me soltó para poner la mano sobre la mía, haciendo así que alcanzáramos la velocidad adecuada para navegar.

Con todo en marcha tal como debía ser, navegamos con Donatello al volante, en dirección a aquel islote.

El aire nos daba directamente en la cara y las gafas de sol me permitían tener los ojos abiertos y no perderme así el bello paisaje que nos rodeaba. El aire hacía que nuestra conversación sólo se compusiera de monosílabos, los de mis respuestas a las preguntas que Donatello me hacía de vez en cuando para saber cómo estaba. He de reconocer que nunca había estado más tranquila en el agua que entre sus brazos; me daba paz, me daba seguridad, algo que nunca había sentido con nadie más. Y lo dejaremos mejor ahí.

Rodeamos el islote y él bajó un poco la velocidad para disfrutar del Stromboli desde lejos, visto desde otro punto de vista.

—Es precioso, Donatello —reconocí—. Hipnotiza.

—Es parecido a ti —murmuró, haciendo que levantara un poco la cabeza para mirarlo—. Precioso y peligroso, no sabes nunca cuándo va a explotar.

No dejó que me hiciera la ofendida, pues enseguida me robó un beso, largo e intenso. De esos que, no sabes por qué, deseas que no se acaben nunca. Y me apretó el estómago con la mano, haciendo que su pecho se apretara aún más

contra mi espalda. «¡Ay, Donatello, que me estoy volviendo más tonta de lo que era!»

Cuando nos separamos, él me besó el pelo, sujeto en una coleta y yo volví a mirar hacia delante.

Rodeamos la isla. Él señalándome la cueva donde Eolo guardaba los vientos que envió a Odiseo para que sus barcos se perdieran, o la casa, cerca de la discoteca, que Dolce y Gabbana poseían.

Pero lo más impresionante fue ver la zona deshabitada de la isla, por donde la lava del volcán caía en las erupciones. Todo era negro, un color que impregnaba la arena de las islas, las playas e impregnaría también la arquitectura, de no ser por la necesidad de sus habitantes de pintarlo todo de blanco. De vez en cuando se podía ver algún toque de verde aquí o allá.

—Me está apeteciendo mucho bañarme —solté sin más, al ver el turquesa transparente del agua.

—¿Qué? —La velocidad de la barca y el viento no nos dejaban comunicarnos muy bien, así que me acerqué.

—Que me apetece bañarme —casi grité.

—Pensaba parar en una pequeña cala que conozco, antes de llegar a Ginostra. —Era el otro pueblo de la isla.

No tardamos mucho en llegar a un sitio cercano a algunas casas que se divisaban en lo alto, supuse que sería ya el otro pueblo. Nosotros, más bien Donatello, tiró el ancla y se aseguró varias veces de que estuviera bien sujeta y luego, dejándome un momento sola, montó el toldo, pues hacía un sol de justicia, bajó la escalerilla y abrió una pequeña mesa, en la que colocó un par de vasos, sacó una botella de vino de la nevera portátil y algunos, ¿cómo dijo él?, *antipasti*. Vamos, un aperitivo en toda regla.

—*Ecco*. —Señaló la mesa—. Ya lo tenemos todo preparado para tomar algo y bañarnos en el mar antes de ir a comer.

—Donatello, esto no estaba preparado para tres personas —le eché en cara divertida.

—En realidad sí, cuando estabas en la ducha he avisado de que seríamos dos y no tres. —Se encogió de hombros justificándose.

Sirvió el vino en los vasos y después, sin mediar palabra, se desabrochó la camisa y se la quitó dejándola a un lado. La barca se movía ligeramente y yo no sabía si el mareo que tenía en ese instante era por eso o por ver a Donatello con tan poca ropa otra vez.

Se me acercó despacio y, sin apartar su mirada de la mía, me quitó las gafas lentamente, las dejó en la mesa y después bajó las manos a la parte inferior del vestido, que agarró y me lo sacó por la cabeza «¿Por dónde, si no?», pensé, intentando quitarle intensidad al momento. Quería que me besara, pero él se apartó para dejar el vestido en un rincón de la Zodiac. Aunque lo que comenzó a hacer en ese momento mejoró el beso que necesitaba: me miró de arriba abajo, despacio. Yo llevaba un bikini sencillo pero bonito. De color blanco, que sabía que realzaba mis pechos y cubría mis nalgas lo necesario.

—No había visto nada tan bello desde hacía años.

Volvió a aproximarse y, alargando una mano hacia mi cabello, me quitó la goma que me lo sujetaba, por lo que se desparramó sobre la espalda.

—Ahora sí es perfecto —dijo acariciándomelo. Al llegar a mi cuello, me atrajo hacia él y me besó.

Sí, al fin.

Lo necesitaba, precisaba que aquel hombre me poseyera, aunque fuera con sus labios, con su boca, con su lengua, sus manos en mi cuello y mi cintura. Las mías a su espalda, sujetándolo con fuerza para que no se escapara.

Pero el beso no fue a más, se quedó ahí, dejándome bastante excitada. Él lo sabía, pues simplemente me miró, apartándose un poco para bajarse los pantalones. ¿Se iba a despelotar? Pero si yo pensaba que... ¡Nooooo! No podía ser. Me eché a reír sin remedio. Acababa de desaparecer toda mi excitación de golpe. ¡Donatello llevaba un bañador «marcapaquete»!

A ver, no le quedaba mal, nada mal, pero era algo tan tópico, que creo que rememoré las risas echadas en Benidorm, Torrevieja y en algunas escapadas a

Ibiza, a costa de otros italianos.

Que sí, que mi parte mala sólo quería reírse, pero la buena se acordó entonces de un anuncio de perfumes de la marca de aquellos diseñadores que tenían casa en la isla, cuyo protagonista era David Gandy, y la verdad era que no sabía si ganaría el ángel bueno o el ángel malo.

Me agarré el estómago, que me dolía de la risa, y creí que eso ya sería demasiado para el pobre de Donatello, que me miraba extrañado.

—¿Pasa algo? —Se miró de arriba abajo.

—No —mentí—. Bueno, sí. A ver cómo te lo explico...

¿Cómo explicarle a un italiano con un cuerpo escultural que su bañador era un topicazo?

—Si no te gusta —sabía que iba por su bañador—, me lo quito y punto.

Hizo amago de llevarse las manos a la cinturilla que marcaba sus oblicuos, pero yo levanté una mía, deteniéndolo de golpe.

—Para. No es que me importe demasiado verte desnudo —«¿Hola, Malena, eres tú?»—, pero es que me ha hecho mucha gracia tu bañador.

—Eso ya lo he notado, pero ¿por qué?

—Has viajado poco a España de vacaciones, ¿verdad? —Asintió—. Allí los italianos, sean del tipo que sean, se ponen siempre estos bañadores de nadador para marcar. A algunos les quedan muy bien, pero a otros... Digamos que sois un poco «especialitos».

—¿Ah sí? —Se me acercó despacio y me agarró de la cintura—. Pues espero que este tópico no sea de los que no te gustan.

—Si te pones nervioso, se te va a notar. —Lo empujé contra los asientos de atrás de la barca.

Donatello cayó sentado y yo aproveché para subirme encima, a horcajadas sobre él. Sus manos no se habían despegado de mis caderas y yo tenía las mías en sus hombros. Me coloqué mejor sobre su cuerpo; en realidad lo hice despacio, con nocturnidad y alevosía, para deleitarme con sus pequeños gemidos. Bajó la cabeza con parsimonia hasta colocarse entre mis pechos,

acarició con su nariz aquel valle entre montañas para pasar después los labios lentamente. En ese momento era yo la que tenía ganas de gemir, pero mi piel se adelantó erizándose. Qué listos mis sentidos. Quitó las manos de donde las tenía y le agarré el pelo. Él me sostenía por la cintura y la espalda. Me eché hacia atrás para que me besara el estómago. Su sexo se endurecía por segundos, lo sentía tan cerca del mío...

Volví a colocarme en posición vertical, le levanté la cara y esa vez fui yo quien lo besó con desesperación inusitada. No sé de dónde había salido esa necesidad, pero tenía que sentirle, notarle, meterlo bajo mi piel antes de que todo aquello que estaba viviendo desapareciera.

Sus labios jugosos me atrapaban, mi lengua batallaba en su interior. Le rodeé el cuello con los brazos, queriendo hacerlo mío para siempre. Me mordió el labio inferior al separarse, puesto que sus intenciones eran otras. Apartó un poco la tela superior del bikini, dejando libre un pecho, que tocó con suavidad antes de meterse el pezón en la boca. Lo mordió, lo estiró hasta arrancarme un gemido excitado. Apartó la tela del otro pecho y le proporcionó el mismo excitante trato. No sé si lo hizo a propósito o no, pero yo estaba tan absorta en sus atenciones a mis senos que casi no me di cuenta de que me había tumbado en el asiento.

Habían cambiado las tornas, ahora él mandaba, encima de mi cuerpo, con su boca entre mis labios y mis pechos, mientras yo acariciaba su sexo, su espalda, su culo. Se le daba bien eso de pillarme desprevenida, pues sentí que, de pronto, su mano me apartaba la parte inferior del bikini e introducía un dedo en mi interior. Metió un segundo y acarició mi clítoris y sólo tardó unos segundos en hacer que me corriera.

—¡Dios! —logré decir, desmadejada sobre aquel suave banco.

—Donatello, simplemente Donatello —contestó él antes de besarme.

—No sé qué me pasa contigo —le acaricié el pelo mirándolo a los ojos—, pero es tan sencillo...

Bajé una mano para acariciarle el pene, pero me la apartó despacio. Lo

miré desorientada, sin entender.

—Malena, tranquila, es que...

Por un segundo me sentí de nuevo una gilipollas.

—Ya, imagino que no vas a...

—No, es que no he traído preservativos e imagino que tú tampoco. —Me sonrió condescendiente.

¡Menos mal, no era por nada de la otra! Respiré tranquila.

—Bueno —me incorporé volviéndome a sentar—, pero podemos hacer otras cosas.

Saqué su sexo de aquel horrible pero sexy bañador y me arrodillé entre sus piernas. Estaba terriblemente excitado, duro. Así que, al metérmelo en la boca, un gemido de placer escapó de sus labios; parecía que quisiera decir algo, pero temo que su mente no lo dejaba, de modo que, sujetándole los testículos delicadamente, me propuse hacerle la mejor de las felaciones. Ya tendríamos tiempo de follar, de estar pegados, como en la canción, de momento mi lengua se paseaba por toda su envergadura —sé que es una tontería, pero esa palabra en el sexo me parecía maravillosa: «en-verga-dura»—. Mi mano se afanaba por recorrerlo por entero, mi boca por aceptarlo por completo ansiosa por oírlo disfrutar.

—*Smettila di leccarmi!* —De nuevo su lengua materna.

Lo miré sin dejar de darle placer.

—Para, Malena, me voy... Me voy a...

Le entendí perfectamente. Estaba a punto de correrse e intentaba apartar mi cabeza de su polla. «No, querido, esta vez será de las que recuerdes durante toda la vida.» Volvió a intentarlo, pero me afané de tal manera que sólo se oyó un gemido largo y sus caderas se movieron de manera automática, bombeando en el interior de mi boca. Después, sentí calor. Se había corrido.

—Malena —esta vez sí pudo separarme de su sexo—, no tenías que haberlo hecho.

Volví a sentarme a horcajadas sobre él. No quería hablar, sólo besarlo. Que

nos aceptáramos tal como éramos, mientras nuestros labios expresaban lo que las palabras no querían decir. No eran necesarias en un momento como ése.

—*Sei bellissima, specialmente i tuoi occhi.* —Me miraba con tanta intensidad que no supe qué decir—. Tus ojos —repitió, ahora en castellano—, son oscuros como la arena del Stromboli.

Acarició mi rostro y me apartó el cabello, caído a ambos lados de la cara.

«Tus ojos sí que son preciosos», pensé. Pero no dije nada y me abracé a aquel italiano que estaba volviendo locas mis hormonas.

Él alargó una mano hacia la mesita en la que estaba preparado el aperitivo y cogió un vaso:

—*Un po'di vino?*

Asentí y cogí el vaso que me ofrecía, bajándome de su cintura para sentarme a su lado.

Estaba tranquila, sosegada, con sólo el mar como compañero de pensamientos y Donatello a mi lado sin decir nada, mientras los dos bebíamos un poco de vino. No, no habíamos realizado el coito, pero me sentía exactamente igual, llena de él.

—Me voy al agua, ¿vienes?

Se levantó de golpe, dejando el vaso en la mesa. Negué sonriendo, iría un poco más tarde, estaba disfrutando de ese momento de soledad, después de hacer el amor en un barco al aire libre. ¿Al aire libre? ¿Y si nos habían visto? ¿Y si...? Miré a un lado y a otro y lo más cerca que teníamos era un barco a bastantes metros. Respiré después del susto. Estaba claro que mis arrebatos eran locuras, sin pensar en nada ni en nadie. Respiré dos veces para calmarme y miré en dirección al hombre con el que acababa de tener sexo. Se lanzó de cabeza por la borda con un estilo que ni Mireia Belmonte; lo dicho, el anuncio... Luego volvería a subir a la barca todo mojadito y se me echaría encima, mientras dentro de mí sonaría Achille Togliani. Igualito, igualito.

—¡Eh!

De improviso, el agua me mojó la cara. No, nada tan romántico como en el

anuncio. Al parecer, Donatello tenía el radar romántico en otro lugar, para ser más exactos, en las manos, que lanzaban agua justo donde estaba sentada. Empapándome y haciéndome enfadar. Tenía la temperatura corporal altísima, y no sólo por el sexo, y un poco de agua del mar era como si me hubieran echado un cubo de agua helada.

—¿Qué haces?! —le grité.

—Vamos, ven al agua —me dijo.

—¿No querrás que te haga lo de la piscina? —le recordé.

—No tienes a tu suerte, querida, en el agua puedo hacer maravillas.

—¡Italianos! —repliqué.

—¿Otro tópico? —preguntó flotando.

—De los más grandes.

Dejé el vaso y salté al agua sin pensarlo dos veces, bucéé hasta sus pies y tiré de él hasta hundirlo.

Salí a la superficie con la cabeza hacia atrás antes de que toda la melena me tapara los ojos. No vi a Donatello, así que aguardé un momento, en tensión, esperando la revancha; el rato se me hizo muy largo, así que empecé a ponerme nerviosa. Me sumergí un par de veces sin poder ver nada, a pesar de que el agua era nítida, incluso nadé alrededor de la barca. Me estaba preocupando, pero debía mantener la calma. Una vez más me sumergí, con más aire en los pulmones para intentar bajar un poco más, por si acaso se había enredado en algo invisible, porque por allí no se veía nada raro.

Volví a la superficie algo más nerviosa. Sabía que no serviría de nada, pero grité su nombre:

—¡Donatello!

—Dime.

Me volví inmediatamente hacia la barca y allí estaba tranquilamente, con el vaso de vino en la mano. ¡El muy imbécil había aprovechado mi broma para nadar hacia la escalerilla y esconderse!

—¡Gilipollas! —grité desde el agua—. ¡Que eres un gilipollas de manual!

¡Tonto de los cojones! ¡Qué patada en la boca tienes!

Sí, me estaba pasando un poco. Pero el muy tontolaba no tenía ni idea de la angustia que había pasado. Por otro lado, creo que me la había devuelto con creces y sin remordimientos.

—Anda, sube. —Me ofreció una mano, aún riéndose de mí.

Tentada estuve de agarrarla y volverlo a tirar al agua cuando menos se lo esperaba. Pero sostenía un vaso de plástico y no, no me apetecía contribuir a la contaminación del Mediterráneo. Pero como soy muy digna, no se la cogí y me fui nadando con mi estilazo hacia la escalerilla. Subí lentamente por ella, ignorándolo a propósito. Tontería, porque no me iba a quedar más remedio que hablar con él. Pero bueno, que notase que me había fastidiado un poco.

—Sabes que tienes una figura perfecta bajo el agua —comentó.

—Pues ten cuidado, no sea que la tuya se quede ahí para siempre. —Me eché el pelo hacia atrás.

—Perdona. —Se acercó para abrazarme y, claro, yo me dejé—. Ha sido una broma de mal gusto, pero sabes que te la debía.

—Sí, pero no lo hagas nunca más en el mar. —Le cogí la goma de pelo de la muñeca.

—Veo que realmente le tienes miedo.

—No, te he dicho que miedo no. Respeto, ¿de acuerdo? —finalicé la conversación.

—A sus órdenes, morenaza. —Y me besó en los labios.

Capítulo 11

Pasamos bastante rato más en aquella cala, fondeados con la Zodiac, disfrutando simplemente de la conversación y de nosotros. Fue algo parecido a una escapada romántica, pero... Bueno, simplemente una escapada divertida, llena de guiños cómplices, caricias y atenciones mutuas, todo ello acompañado del mar Mediterráneo y su precioso color. No hablamos de nada en especial y simplemente bebimos, comimos algo y disfrutamos de los baños en el mar y del calor del verano.

—Deberíamos irnos —dijo Donatello.

—¿Adónde vamos? —pregunté, tumbada al sol.

—A Ginostra, tenemos reservada una mesa para comer en —miró el reloj de su muñeca—, media hora.

—¿Comer? —Me incorporé un poco—. ¿Qué dices? Yo no puedo con mi alma.

Nos habíamos quitado el agua salada con la manguera de la embarcación hacía rato, pero no pensaba que fuéramos a ir a comer a ningún sitio. Creía que luego, después de la siesta o lo que fuera, iríamos a visitar el pueblo, pero no a comer. Iba a volver con veinte kilos más a Madrid y me dirían que era por culpa de la depresión. Si supieran...

—Vamos, ven a sentarte. —Ya había plegado la mesa, el toldo, levado el ancla y me esperaba con las gafas de sol puestas.

Yo me volví a hacer la coleta y me puse el vestido, el aire del mar era fresco cuando se iba rápido en lancha, antes de retomar la misma posición de cuando subimos a la embarcación.

No tardamos más de cinco minutos en pasar por un saliente de la isla y

llegar a un pequeño puerto donde las barcas de pescadores se mezclaban con algunas de alta gama, como la que manejaba Donatello. Allí, entre ellas, vimos a un hombre que nos saludaba efusivamente con las dos manos.

—Ahí está Antonello, es el dueño del restaurante. Nos está esperando.

El hombre les indicó un lugar donde dejar la barca, cerca de una escalera de aluminio perfectamente cuidada. Donatello se acercó lentamente y le lanzó un cabo, mientras él maniobraba despacio para acercarme a la escalerilla, a la par que el hombre sujetaba con fuerza un extremo de la cuerda.

—Sube con cuidado —me indicó Donatello.

Y eso fue lo que hice exactamente, subir por aquella escalerilla y, al llegar a tierra firme, coger todas las cosas que él me tendía, entre ellas, mis sandalias y sus zapatos.

Poco después se unió a mí e hizo las presentaciones pertinentes con el dueño del restaurante, que me saludó efusivamente, eso sí, en inglés. No debía de ser la primera vez que llevaba allí a... «Hija —me dijo mi otro yo—, ¿es qué no puedes relajarte ni un poquito?» Cerré los ojos y respiré para alejar de mi pensamiento esas tonterías.

—¿Estás bien? —me preguntó Donatello.

—Sí, tranquilo. Siempre me ocurre cuando piso tierra firme después de mucho tiempo en el agua.

—Es cierto, me dijiste que tu exnovio tenía un yate, ¿no? —Cambió la expresión—. Disculpa, si no quieres no hablamos de...

—Tranquilo —caminábamos detrás de Antonello—, no pasa nada. Él no tenía un yate, era de su padre, que es quien tiene todo el dinero. El único que merece la pena de esa familia. —Suspiré, pensando en lo bien que siempre se portó conmigo, a pesar de los desplantes de Carmina.

No volvimos a hablar hasta que llegamos al restaurante. Estaba lleno hasta los topes, exceptuando una mesa, colocada para ver el mar y unas islas. Ya le preguntaría después a Donatello cuáles eran.

—Disfruten de las vistas y de la comida —nos deseó nuestro anfitrión antes

de marcharse.

En un costado vi ya abierta y en un cubo con hielo una botella de vino.

—Donatello —le dije—, necesito beber algo de agua, tanto vino me va a volver alcohólica.

—Tranquila, ahora pido.

Y fue dicho y hecho. Agua sin gas, y sí, hay que especificar que la quieres así, porque, si no, en todas partes te la ponen con burbujas. Ni que el agua fuera como la Coca-Cola.

Con el vaso de agua ya vacío, me dispuse a preguntarle sobre las vistas:

—Oye, ¿qué islas son ésas?

—La de ahí —me señaló la más cercana, rodeada de yates— es Panarea. Detrás, de izquierda a derecha, Vulcano, que visitaremos, la del medio Lipari, que no quisiste conocer —me guiñó un ojo— y la de al lado Salina, que también es preciosa. Atrás están Filicudi y Alicudi, cuyos habitantes se dedican en exclusiva a la agricultura, cultivan alcaparreros y la uva del vino de Malvasia.

—Qué maravilla, Donatello —exclamé, bebiendo el segundo vaso de agua. Luego él, antes de que llegaran los entrantes, me sirvió vino.

—¿Y tú querías perderte esto? —me preguntó, apoyando los codos en la mesa y la cabeza en las manos, mirándome fijamente.

—Me lo hubiera perdido de no ser por ti.

—Entonces soy afortunado. —Me cogió la mano y me la besó.

—Pero, oye, en realidad no sé nada de ti —me quejé.

—Y yo menos sobre ti —repuso rauda.

—Lo mío ya lo sabes. —Bebí vino y levanté las cejas.

—Eso no me interesa, quiero saber cosas sobre ti, no sobre tus últimas circunstancias.

—Con una condición —le ofrecí un trato.

—Dime —aceptó.

—Que tú también me cuentes cosas sobre tu vida.

No respondió, levantó la copa y brindamos.

—¿Quién es Malena Romero? —arrastró la erre al preguntar.

Y, aunque me dio bastante vergüenza, entre bocado y bocado le conté la historia de una chica criada en un barrio por una familia de clase media en armonía. Hablé de cuando me pusieron el aparato en los dientes y cuando conocí a Vicky. De todas nuestras correrías juveniles, bueno, de casi todas, las más bochornosas las guardé para nosotras. De mi época estudiantil, de la universitaria, pasando muy por encima de cómo conocí a Juan Pedro y hasta que entré a trabajar en la empresa de telefonía móvil de la que era jefa de Recursos Humanos.

—O sea, ¿que eres abogada?

—Sí, estudié derecho, pero no he ejercido nunca.

—¿Y te gustaría hacerlo? —Me miró directo a los ojos.

—Nunca me lo he planteado. Al acabar la carrera ya tenía un puesto en una empresa, poco a poco me metí en departamentos de Recursos Humanos y hasta hoy.

—Curioso —respondió—. Aunque, si quieres que te diga la verdad, me encanta tu forma de expresarte, de moverte cuando hablas, de gesticular cuando te apasiona algo y me he dado cuenta de que te gusta mucho hablar de Victoria y de ti haciendo cosas.

—Sí, lo hemos pasado muy bien juntas. —Suspiré—. A la pobre se lo estoy haciendo pasar mal en este viaje.

—Bueno, es normal que estés así.

No continuó hablando. Menos mal que trajeron el segundo plato. Yo había pedido algo ligero, porque ya no tenía hambre y por no quedar mal.

—Esto está muy rico —le dije, probando mi pescado.

—Es un sitio donde lo tienen todo fresco. Piensa que en Ginostra sólo viven veinte personas y unas cincuenta en verano. No hay carretera, sólo se puede llegar por barco y el agua llega de Nápoles.

—¿Qué dices? —me asombré.

—Sí, por eso es un lugar tan fantástico. No hay coches, no hay más que piernas para subir y bajar. —Sonrió.

—Oye, ¿y tú? —pregunté—. Sólo sé que eres de Milán y que eres guía. Que alguien te rompió el corazón, en eso estamos empatados, y poco más.

Donatello suspiró. Me di cuenta de que le costaba hablar. Pero tomó aire y comenzó:

—Tengo una familia, por parte de madre, muy amplia. Ya sabes, muchos primos, tíos, tías. —Asentí mientras lo miraba—. Mi padre apareció de la nada un verano en Lipari y enamoró a mi madre. Los dos eran muy jóvenes, tremendamente jóvenes, y yo quise llegar antes de tiempo. —Sonrió al decirlo—. Él, mi padre, era de Milán y regresó a su casa cuando acabaron las vacaciones, pero nunca dejó de llamar a mi madre. Cuando ella se enteró de que yo estaba en camino, habían pasado meses desde que él se marchó. Al principio no quiso decirle nada a nadie, ni siquiera a mi padre, pero cuando en su casa se enteraron la repudiaron y no tuvo más remedio que contárselo. Él no lo dudó, apareció por la isla de nuevo y se la llevó a Milán. Yo nací allí, ellos se casaron y los veinte años que duró su matrimonio fue lo más cerca que yo estaré del amor perfecto.

—¿Se separaron? —pregunté.

—No. Mi padre murió. —Su mirada se entristeció de golpe—. Yo tenía veinte años cuando mi padre sufrió un ataque al corazón que lo fulminó al instante.

—Oh. —Le cogí la mano—. Lo siento mucho.

—Hace ya tiempo de eso, pero bueno, las cosas con mi familia mejoraron. —Sonrió de lado—. Aunque sólo conmigo. Mi madre es una orgullosa italiana que, aunque eche de menos a su padre —su madre no está viva— dice que no irá a verle nunca, por todo lo que la hizo sufrir. Así que yo sí me llevo bien con mi familia materna y ella sólo con algunos, los que la ayudaron durante su embarazo y posterior viaje a Milán.

—¿Qué edad tenía ella cuando naciste? —pregunté curiosa.

—Dieciocho años —respondió, acariciando mi mano con la suya.

—Muy joven —comenté—. Debió de pasarlo muy mal. Sola, embarazada y probablemente con un miedo horroroso a que tu padre no la quisiera.

—Sí, siempre me lo contaban. —Miró al mar infinito, recordando—. Él no dejaba de pensar en ella, en regresar a la isla para «secuestrarla con permiso», siempre hablaba de esa manera. Y ella, aterrorizada, no quería decirle nada del embarazo por si desaparecía. Ya ves qué dos.

—En el fondo es una bonita historia de amor.

—Sí, pero sin final feliz. —Suspiró.

—Los finales felices sólo están en las películas, la vida es otra cosa —solté sin pensar—. Por cierto, ¿y la familia de tu padre?

—Estás haciendo ya demasiadas preguntas, ¿no crees? —Se llevó mi mano a los labios para besarla.

—Es curiosidad...

—Él era hijo único, Giancarlo Orantelli, y su familia trató a mi madre como a una hija más. —Se echó hacia atrás en la silla—. ¿Quieres que vayamos a dar un paseo por el pueblo?

—Estoy llena, casi preferiría esperar un rato, dormitar en alguna parte. —Tuve que disimular un bostezo.

—Vale, dame un momento y veo cómo arreglarlo. —Se levantó de la silla y desapareció en el interior del restaurante.

Al cabo de poco lo vi salir. Observé cómo caminaba despacio en dirección a nuestra mesa y me di cuenta de que no sólo era guapo y tenía un bonito cuerpo, sino que, además, era como si de él emanase la misma energía que la isla. Era algo misterioso, que me atraía más que un imán, más que el chocolate a los churros. Sí, soy algo básica para las comparaciones, pero en ese momento comprendí que no todos estamos hechos igual y que lo que antes era nuestra vida podía ser lo que nunca hubiéramos elegido para nosotros.

—Me ha dicho Antonello que nos avisará en un momento. Nos va a preparar la zona de *chill out* para nosotros.

—No tenía por qué hacerlo, Donatello. —Me sentí algo incómoda pensando en todas las atenciones que estaba recibiendo.

—Tranquila, es un buen amigo y me debe un par de favores. —Me guiñó un ojo antes de volver a sentarse.

El silencio, pues casi todos los comensales se habían marchado ya para sus hoteles, casas vacacionales o yates, nos invadió, mientras un par de cafés *ristrettos* aparecían en la mesa. Nos miramos unos segundos a los ojos antes de que nuestras cabezas se volvieran casi a la vez para disfrutar del mar, de las vistas de aquel pequeño pueblo encalado, de empinadas y sinuosas calles. Yo sólo podía mirar hipnotizada las transparentes aguas verdeazuladas que golpeaban contra las negras piedras.

—¿Te apetece mecerte en el agua? —pregunto la voz de Donatello.

—¿Perdona? Ah, sí. No sé, me relaja muchísimo mirar y me llama como las sirenas a Ulises —mencioné al héroe, tan presente en las islas.

—Ahora entiendes por qué me gusta tanto Stromboli —su voz se agravó de manera sensual.

—*É tutto pronto*. —Antonello nos avisaba de que todo estaba preparado.

Nos condujo por el interior del restaurante hasta una terraza que estaba justo al otro lado. De no ser por la separación hecha con plantas trepadoras entre las cañas, podríamos ver la terraza donde hacía un segundo estábamos comiendo. La otra era algo más pequeña, con las mismas preciosas vistas, un par de tumbonas colocadas a propósito en el centro y alrededor, mesas pequeñas y taburetes. En una esquina, cerca de la puerta, un espacio para el disc-jockey... Se respiraba silencio.

—¿Quieres tomar algo? ¿Una copa?

Negué moviendo la cabeza:

—Agua con hielo es suficiente.

Mientras yo iba a sentarme en una de las tumbonas, oí a Donatello hablar animadamente con su amigo. Tardó un buen rato en volver, tanto que no sé en qué momento dejé de escuchar su voz y me quedé dormida. Creo que pasó algo

menos de una hora. Vi que en el vaso de agua que tenía a mi lado el hielo ya se había deshecho, mientras yo intentaba recordar dónde estaba.

Tenía calor, quizá demasiado, a pesar de estar a la sombra. Cuando enfoqué la vista, aunque al no llevar las gafas me costó un poco, vi que Donatello no estaba a mi lado, sino frente a mí, pero de espaldas. De pie, mirando el mar con los brazos cruzados. No quise decirle nada, parecía absorto disfrutando del paisaje.

Me apetecía acercarme a él y abrazarlo por la espalda, pero algo me hizo pensar que ese tipo de acercamiento sería demasiado íntimo para dos personas que hacía sólo siete días que se conocían. Así que dejé esa idea de lado a pesar de mis ganas, abrí la botella de agua que tenía a mi lado, ya caliente, y bebí un buen sorbo: tenía mucha sed.

Donatello oyó el movimiento y se volvió. Al hacerlo, sonrió antes siquiera de decir nada. Me gustaba mucho cómo unas arrugas se le formaban en los ojos cuando lo hacía. Algunas las llamarían patas de gallo, pero no eran a causa de la edad, sino del color de sus ojos, tan claros que tenía que entrecerrarlos cuando incidía en ellos la intensa luz del sol. Caminó en dirección a la tumbona en la que yo estaba sentada y se sentó en la otra, acompañándome.

—¿Has descansado? —Me acarició el cuello, haciéndome cerrar los ojos.

—Sí, lo necesitaba. —Volví a abrirlos y me dieron ganas de besarlo—. ¿Tú has descansado? ¿He dormido mucho?

—No, no he dormido. —Pareció leerme el pensamiento y se acercó a besarme despacio—. He estado hablando con Antonello un buen rato y cuando he vuelto te habías dormido. Creo que has dormido una media hora.

—¿Sólo? Me ha parecido más.

—Eso es que has descansado. —Sonrió picarón—. Esta noche lo necesitarás.

—¿Estás haciéndome algún tipo de proposición? —Ataqué despacio sus labios.

—No. Sólo quiero hacerte el amor hasta que nos caigamos muertos de sueño. —Se levantó de golpe—. ¿Preparada para dar una vuelta?

Me tendió una mano y esperó a que se la cogiera. Cuando lo hice, tiró de mí hacia él con fuerza, llevándome directamente a sus brazos. Aunque creo que en realidad era lo que deseaba hacer, acercarme para no tener más remedio que abrazarme.

—¿Te he dicho que me encanta tenerte entre mis brazos?

—¿Te he dicho que creo que eres un encantador de serpientes? —repliqué sonriéndole, mientras levantaba la cabeza para que nuestros ojos conectaran.

—Tengo una que quiere jugar contigo...

Me separé, falsamente ofendida, y lo golpeé flojo en el brazo.

—Eres un descarado.

Se echó a reír a carcajadas, sabiendo que estábamos haciendo el tonto teatrillo de dos enamorados juguetones, que parecían estar de luna de mi... «¡Cuidado, Malena! Tranquiliza tus hormonas y comienza a pensar de manera racional. Sólo estás de vacaciones y, como en *Bajo el sol de la Toscana*, no eres la única. O no eras la única.»

Aparté, o por lo menos lo intenté, todos esos pensamientos que pasaban por mi mente. «Disfruta del hoy y del ahora, el mañana no sabes cómo amanecerá, así que deja de darle importancia a cosas que desconoces.»

Le tendí una mano a Donatello indicándole que estaba preparada para ir a dar un paseo por el pequeño pueblo antes de regresar al hotel.

Nos despedimos de Antonello y caminamos por las estrechas callejuelas de aquel pequeño pueblo de tan pocos habitantes y al que sólo podía llegarse caminando o por mar. Me hizo gracia ver algunos burros llevando a turistas montados en su grupa, demasiado tópico para mi gusto, mientras nosotros callejeábamos despacio.

No fue un paseo largo, tanto Donatello como yo caminamos en silencio, parecíamos una pareja más, que, cogidos de la mano, paseaban entre otras personas que hacían lo mismo. Me sentí bien, no tenía la necesidad de ponerle

una etiqueta a lo que en ese momento estaba viviendo. Sólo quería disfrutarlo, sólo necesitaba saber que lo que sucedía era porque yo lo había decidido.

Aparecimos de nuevo en el puerto, donde nos paramos a sentarnos en un murete. Algunos pescadores estaban sentados en el suelo, arreglando sus redes con toda la tranquilidad que la tarde ofrecía. Nosotros, mirábamos el horizonte.

—¿Puedo pedirte una cosa? —solté.

Él asintió con la cabeza y yo continué:

—Háblame de ella, de la chica con la que te ibas a casar y...

—No, Malena. ¿Para qué quieres que hable de alguien que ya no está? —Frunció el cejo sin entender mi motivación.

Lo peor de todo era que yo tampoco comprendía por qué había querido saber de esa mujer. ¿Tal vez para encontrar, quizá, algún punto en común entre aquel moreno de ojos verdes que me tenía hipnotizada y yo? Me encogí de hombros, dándole a entender que yo tampoco sabía por qué le había hecho aquella pregunta. Pensé que no me respondería, pues de nuevo hubo un silencio entre los dos. Donatello volvió a mirar al mar. Pero me equivoqué. Tomó una gran bocanada de aire y comenzó a hablar:

—Se llamaba Fiorella, era una chica divertida y diferente a las que había conocido hasta entonces. —Me cogió la mano, la miró y acarició de nuevo la marca del anillo de compromiso que me había quitado—. Todo comenzó de manera natural, salíamos con la misma gente, nos movíamos por los mismos círculos y surgió lo que yo pensé que era amor. Pero el tiempo y las familias —suspiró— hicieron que nos separáramos y que ella se fijara en otro hombre. Me traicionó la noche en que le iba a pedir matrimonio.

—Lo siento. —Le apreté la mano con la mía.

—Bueno, son cosas que ocurren. —Miró al infinito—. Hace ya tiempo de esto, pero no suele gustarme recordarlo. Ahora está casada con él.

—No sé qué decir. —Apoyé la cabeza en su hombro.

—Di que cenarás esta noche conmigo y que luego nos iremos a tomar algo.

Di que vamos a divertirnos y, antes de todo eso, veamos ponerse el sol.

—Sí a todo —asentí sin más, mirando cómo el sol comenzaba a entrar en el mar.

* * *

No perdimos mucho más tiempo, pues de noche no era seguro ir con la lancha, así que, aprovechando la poca luz antes de la oscuridad total, pusimos rumbo al hotel. Allí ya nos estaban esperando para llevar la Zodiac a donde fuera que la tuvieran guardada.

Donatello me dejó en la puerta de la habitación con la promesa de volver a buscarme en menos de una hora. Así que tenía que darme prisa en arreglarme y ver qué ropa me podría para aquella cita. Era una cita, porque, aunque hubiera pasado todo el día su lado, me parecía que volvíamos a comenzar nuestro juego.

Suspiré cuando cerré la puerta tras de mí, después de despedirlo con un leve beso en los labios.

Dejé el bolso y me fui directamente a la ducha. Admito que estaba nerviosa y que no hacía más que pensar qué ropa podría ponerme que me hiciera sentir especial, un traje o vestido que no me recordara el pasado, sino lo que en ese momento estaba ocurriendo.

Salí del baño con el pelo mojado y vi una bolsa de papel encima de la mesa. Me acerqué con curiosidad. En un principio pensé que quizá fuese un detalle del hotel, unos bombones o quizá un vino. Ya sabéis, ese tipo de cosas. Pero la bolsa era negra, con un lazo de color rosa en las asas, y al acercarme bien vi que en un lateral ponía bien grande: «La Perla». Abrí los ojos un par de veces sin creer lo que tenía delante de los ojos. Me senté en la cama, con la bolsa encima de las piernas, y la abrí con ansiedad. No entendía nada. Saqué un delicioso conjunto de ropa interior de un precioso blanco roto, con bordados realizados en una tela transparente. En mi vida había visto un trabajo

tan bonito en un sujetador y un tanga. Miré la talla y volví a quedarme anonadada, perfecta.

Me pregunté qué tipo de regalos hacían en ese hotel a los huéspedes, pero no tardé ni un minuto en darme cuenta de que no habían sido ellos, sino Donatello. Había una tarjeta en el interior de la bolsa:

Cada noche que quieras pasar conmigo te regalaré un conjunto nuevo. Póntelo para mí hoy y crearemos nuevos recuerdos que podamos disfrutar juntos.

Bacio,

DONATELLO

Abrí mucho la boca, haciéndome un montón de preguntas sin respuestas. Si bien era cierto que sabía que Donatello era un hombre detallista, sólo por ver la ropa interior que yo escondía en el fondo de la maleta no podía imaginar cómo había podido averiguar mi talla. A menos que le hubiese preguntado a Vicky. Pero en ese caso, ¿cómo había podido traer esas delicadas prendas tan rápido a mi habitación, y cuándo había podido comprarlas? ¡Además, costaban una pasta! Ni siquiera Juan Pedro, con el dinero que tiene, me compraba cosas tan caras. Decía que eran gastos sin sentido.

* * *

—Pero ¿por qué te has gastado dinero en eso? —me preguntó, cogiendo el conjunto de ropa interior que yo había dejado encima de la cama.

—¿Para ponérmelo? ¿Para disfrutarlo? ¿Para que me lo puedas quitar?

—Malena, sabes que me da igual —comentó Juan Pedro dándose la vuelta.

—Sí, te da igual hasta que me ves con ello puesto y te pones burro —repliqué con una sonrisa.

—Vale, tienes razón —sacó un paquete envuelto de una bolsa—. Pero prefiero que los demás también puedan ver la belleza que llevo al lado.

—¿Qué es? —Abrí el paquete y me encontré con un vestido que había visto la mañana anterior en un escaparate—. ¡Juan Pedro!

—¿Lo ves? —Se acercó para darme un beso en los labios—. Prefiero el envoltorio.

—Eres un rancio —le dije quejándome.

—Y tú una consentida —finalizó, lanzándome contra la cama.

* * *

Miré de nuevo el conjunto de ropa interior. Era precioso. Así que no lo pensé mucho más, me lo puse.

Caminé hacia el armario de la habitación, en cuya puerta había un espejo de cuerpo entero. Me miré y me sentí guapa, segura al verme tan bonita. Aquel hombre tenía buen gusto y yo, en ese instante, comprendí que algunas cicatrices las llevaría de por vida, recordándome lo que era, pero que me dejarían vivir sin dolor, pues ya empezaban a curarse. Elegí el vestido perfecto para aquel conjunto. No se vería nada, pero sabía que él estaría pendiente.

El teléfono de la habitación sonó con insistencia. Estaba en el baño, dándome los últimos retoques, y pensé que sería Donatello, pero no:

—Hola, loca del coño —era Vicky.

—¿Qué pasa, nena? —le contesté, sentándome en la cama.

—Nada, que te he llamado a la habitación porque aquí los móviles son como tener una almorrana. Vamos, una molestia. —Se rio—. No sirven para nada.

—Ya. Tampoco te creas que yo le hago mucho caso. Creo que el mío está sin batería de nuevo —le confesé.

—Lo sé, he intentado llamarte y nada. Pero bueno, da igual, quería preguntarte qué tal estás.

—Bien —le respondí sin mentir—, de verdad que estoy bien.

—Donatello se está portando bien contigo, ¿no? —El interrogatorio por parte de Victoria había comenzado, si la conocería yo...

—Sí, de verdad que muy bien. —Sonreí al pensar en la barca—. Es todo un caballero, esta noche hemos quedado para cenar.

—¿Un caballero? ¡Mis cojones! —Soltó una carcajada—. Te lo has tirado, lo noto en tu voz. ¡Confiesa, terrorista!

—¡Ja, ja, ja! —Me había pillado—. No hasta el final, pero sí, algo ha habido. Tengo que contarte muchas cosas ¿Cuándo vuelves?

—¿Malena? ¿Eres tú? ¿Quién se ha llevado a mi amiga? —me vaciló.

—Qué idiota eres —le solté—. ¿Y tú qué? No te pregunto, porque de fijo que...

—De fijo que todo, querida. Todo. Este moreno de ojos azules me tiene enamorada. Yo sí que tengo que contarte cosas. Es un jodido empresario que tiene no sólo lo de la pesca, sino un emporio junto con su hermano Paolo —bufó—. Pero eso no es lo importante, lo más importante es que es un empotrador oficial, de los que te hacen dar golpes con la cabeza en la pared mientras te taladran.

—¡Qué burra eres! —Me reí sin remedio—. Estás enchochadísima, querida mía.

—Lo sé, le quiero, le adoro, le compro un loro, le doy mi corazón, ¡Chimpón! —se puso a cantar una canción infantil que repetíamos mucho de adolescentes—. En serio, te llamaba para ver si estás bien. Y para decirte que me voy a quedar un par de días más con Lolo si no te importa.

—Tranquila, estoy bien. Mucho mejor de lo que podría imaginar —contesté sinceramente.

—Me quedo mejor sabiéndolo. Pero cualquier cosa me llamas aquí.

* * *

Cuando Victoria colgó el teléfono, miró a Lolo, que estaba a su lado.

¿Cómo iba a contárselo todo a su amiga? Estaba segura de que se lo tomaría como una traición, pero lo único que él le había pedido había sido silencio. Sólo le dijo que no podía contarle nada a Malena, tendría que ser él quien lo hiciera.

Suspiró y cogió la mano de su enamorado.

Qué complicado era.

* * *

Nuestra conversación acabó después de que Vicky me pasara una ristra de teléfonos en los que poder localizarla si en algún momento la necesitaba. Lo que ella ya sabía, sin ningún género de duda, era que siempre iba a necesitarla, pasara lo que pasase.

Sonreí.

Llamaron a la puerta.

—Un momento —dije.

Antes de ir a abrir, volví al baño a mirarme en el espejo para retocarme un poco el pelo. Nunca estaba como yo quería, una pelea que mantenía con él desde que decidí dejármelo largo: me lo cortaría en cuanto pudiera.

—Estás preciosa. —Donatello me besó nada más abrir la puerta—. ¿Nos vamos?

—Claro.

Cerré y le di la espalda un momento, lo que Donatello aprovechó para acercarse, pegándose por completo a mí. Su mano derecha me agarró por la cintura y la otra se introdujo por debajo de la falda, mientras su boca se acercaba a mi oído.

—Veo que te ha gustado mi regalo. —Tocó ligeramente el tanga hasta acariciar, por encima de la tela, mi sexo con delicadeza.

Eché la cabeza hacia atrás contra su pecho, ladeándola un poco.

—Sólo puedo decir que tienes un gusto exquisito.

—Lo sé. —Me besó el cuello antes de sacar la mano de debajo de mi falda —. Sólo estaré tranquilo cuando pueda quitarte el vestido y verte.

Tuvimos una deliciosa velada en la que compartimos anécdotas banales de juventud y de juergas, sin entrar demasiado en nuestra vida personal como tal. A mí ya me iba bien, a veces simplemente tienes ganas de pasarlo bien, como era el caso y dejar los momentos intensos para otros. Yo sólo quería divertirme junto a un hombre que estaba siendo un gran descubrimiento, a pesar de mis primeras impresiones, que en ese caso fueron engañosas.

—¿Nos vamos? —preguntó, sabiendo la respuesta.

—Claro. ¿Me dejas que te invite a tomar algo? —planteé.

—No es necesario —contestó—. Sabes que estando conmigo no tienes que pagar nada. Además...

—Donatello, no me gustan este tipo de comentarios machistas —repuse sentí ofendida—. Tengo un trabajo al que volveré en unos días, así que...

—Malena —me cogió la mano—, no es eso lo que he querido decir. Es que si vamos a la Tartana lo tienes todo pagado. Lo siento, pensaba que lo sabías ya.

—Creía que sólo era el primer día —me excusé.

—No, durante tu estancia en el hotel está todo pagado. —Sonrió.

—De acuerdo, pero el próximo día déjame que te invite a comer o a cenar —propuse.

—Sabes que no debería aceptar.

—Me da igual que estés «trabajando para mí» —Hice el signo de comillas —. Pero creo que nuestra relación, en estos momentos, ha ido más allá de la de un guía y una turista, ¿no?

—Bien, acepto. —Sonrió de nuevo y se puso a mi lado para separarme la silla de la mesa—. Pero tengo otra propuesta.

—Soy toda oídos —le dije mientras salíamos del restaurante y él posaba la mano en mi espalda al abrirme la puerta.

—Como vas a estar un par de días sin Victoria —le había contado lo de su

llamada—, ¿querrías pasarlos conmigo en Salina?

—¿Dejar el hotel y marcharnos a otra isla? —Levanté una ceja—. ¿Así, a lo loco?

—Tengo una casa allí y podríamos, no sé... —Estábamos parados en medio de la estrecha acera—. ¿Qué dices? Admito que es una locura y si dices que no lo entenderé.

—Pero ¿cuántas casas tienes? —me sorprendí.

—En realidad es de mi madre, pero no está allí y...

—Sí —respondí sin pensarlo. ¿Qué podía perder?

Sonrió de oreja a oreja como un niño pequeño al que los Reyes le traen el juguete con el que soñaba. Me cogió de la cintura y, levantándome, me besó sin importarle si la gente que caminaba por la acera podía pasar o no.

—Lo vamos a pasar genial. —Me bajó y echamos a andar cogidos de la mano.

Fuimos a la zona de baile, donde teníamos una mesa reservada. Me apetecía bailar un poco. Estaba bastante cansada del día, pero ¿por qué no finalizar la noche moviendo el cuerpo?

Donatello se quedó sentado mientras pedía un par de bebidas. Mucha gente se le acercaba y lo saludaban y otros, como los empleados, lo trataban con mucho respeto. Se veía a la legua que era muy atento y cortés con todo el mundo, algo que ya había podido comprobar desde días atrás.

Mientras él estaba a lo suyo, comenzó a sonar una canción que me encantaba, así que, sin darle mucha importancia, me puse a bailar sola. No soy de esas chicas a las que le da vergüenza hacerlo si no tienen pareja en la pista, así que me moví sin pudor.

Cerré los ojos y comencé a sentir el ritmo de la canción dentro del cuerpo. Me apetecía dejarme llevar. La letra de aquella canción me hacía recordar divertidos momentos vividos en el pasado. No era una canción nueva, tenía sus años, y cuando Rihanna la comenzó a cantar era un temazo de esos que te hacían saltar de la silla cuando sonaba.

Bailé un poco más hasta que cambiaron a otra melodía y volví a mirar en dirección a Donatello. Por lo visto no había apartado los ojos de mí en ningún momento y parecía absorto, con su copa en la mano. Caminé despacio en su dirección, haciéndome la interesante. Sólo por parecer más deseable, ¿a quién no le gusta eso?

Cuando llegué a su altura me senté a su lado, le quité la copa y bebí un poco de ella.

—No sabes las ganas que tengo de verte desnuda —me reconoció al oído.

—Imagíneme bailando en ropa interior para ti. —Le devolví la copa y después bebí un sorbo del refresco que me pidió, estaba sedienta. Luego volví a levantarme para bailar.

Esta vez le tendí la mano: quería que bailara conmigo. Se hizo un poco el remolón diciendo que lo suyo no era bailar. Que, aunque le gustaba, era bastante básico, pero me dio igual, quería moverme con él. Por lo tanto, no le quedó más remedio que aceptar mi reto.

Se movía despacio, asegurando el paso. No llevaba mal el ritmo, pero no arriesgaba tampoco. No me importaba demasiado, pues lo que yo quería era estar a su lado moviéndome. Le cogí las manos y me las puse en la cintura; cuando me di la vuelta, mi culo se pegó a su sexo y me moví despacio, sujetando bien sus antebrazos. Necesitaba que se diera cuenta de que le deseaba, aunque era casi innecesario. Al volverme vi que sus ojos habían cambiado de color y las aletas de la nariz se le habían abierto ligeramente. Pude ver que su boca quería pegarse a la mía, cómo su lengua recorría despacio sus labios, ansiosos por el contacto.

—Vámonos. —Me cogió de la mano sin contemplaciones.

—Pero si acabamos de llegar —me hice la inocente.

—Vamos.

No dijo nada más y, casi corriendo, recorrimos el camino que separaba el club de la puerta de mi habitación. No me tocó hasta que esa puerta se cerró detrás de nosotros.

En el momento en que lo hizo, Donatello me atrapó contra la pared, metiendo las manos bajo mi culo. Me levantó hasta su altura y, mirándome como un león a su presa, se abalanzó sobre mis labios. Su lengua no quiso ser suave conmigo, ni siquiera compasiva, su juego demostraba su necesidad.

Los movimientos de sus caderas contra mi sexo dejaban bien claro que esa vez sería un polvo rápido, de esos que el deseo convierte en alimento para el alma más primaria. Yo también estaba sintiéndolo nacer en mi bajo vientre. Tanto era así que, si continuaba con aquellos vaivenes, probablemente me correría con el simple roce, sin poder llegar a sentir el uno la piel del uno sin ropa.

—Donatello, para —tuve que llamar su atención—. Para, por favor.

Separó sus labios de los míos, asustado.

—¿Qué pasa? ¿Qué...? —Me miró a los ojos temiendo la respuesta.

Entre bocanadas de aire pude volver a hablar:

—Si sigues moviéndote así contra mi cuerpo, no voy a durar mucho — confesé como una adolescente primeriza, acariciándole el cabello.

Me bajó al suelo despacio y me desabrochó la cremallera del vestido, que cayó al suelo después de que me deslizara las mangas por los brazos. Luego, con la prenda hecha un gurrño en el suelo, se separó un par de pasos para mirarme. No decía nada, sólo me observaba, mientras se desabrochaba la camisa y la lanzaba a un lado de la habitación, a la par que sus zapatos desaparecían de sus pies.

Me acerqué mi cuerpo y le acaricié los pectorales despacio. Lo miraba con intensidad, sabía que él estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no abalanzarse sobre mí.

—Estás deliciosa con este conjunto de ropa interior. —Sus manos sujetaron los lados del tanga—. Es una pena que vaya a romperlo.

—¿Qué?

Dejó a un lado toda contención y me empujó contra la cama, donde yo me coloqué mejor mientras lo miraba desabrocharse el pantalón y bajárselo junto

con los calzoncillos. Su pene saludó alzándose contra su vientre y yo sólo podía sentir la necesidad de tenerle dentro.

Rompió el envoltorio de un preservativo y se lo puso. Eso ya me daba señal de que no habría preliminares y me excité mucho más de lo que hubiera podido imaginar nunca en mi vida. Yo soy de caricias, de juegos sexuales previos, pero con Donatello estaba descubriendo facetas de mí misma que me desconcertaban. En ese instante sólo necesitaba que me follara, que me penetrara sin compasión hasta que mis gritos se oyesen por toda la jodida isla. Creo que a él le pasaba exactamente lo mismo, pues al lanzarse hacia mí en la cama, lo primero que hizo fue apartarme el tanga. No lo rompió tal como había dicho, o por lo menos no en ese momento, pues después de apartarlo se colocó entre mis piernas y me penetró de golpe, con fuerza y necesidad.

Solté un gemido, un pequeño grito que anticipaba el anhelo de mi cuerpo. Él se quedó quieto sólo un instante, en el que se acostumbró a que mis piernas lo rodearan por la cintura.

Mordió mis pechos antes de comenzar a bombear contra mí, buscando su propio orgasmo. Lo que él no sospechaba era que yo estaba a punto de explotar por culpa de la anticipación, de la fricción de la ropa interior contra mi clítoris y de su cuerpo moviéndose desesperado buscando su premio.

—Donatello, me... me...

Y gemí cuando mi bajo vientre se llenó de fuegos artificiales que explotaron, haciendo que mi garganta emitiera un extraño sonido. Me tensé y él sintió cómo mis músculos comprimían su sexo, pues pocos segundos después fue Donatello quien gruñó, uniendo su boca a la mía.

No, no había sido como en las películas, en las que los dos se corren a la vez y todo es maravilloso. Lo que nosotros acabábamos de vivir era un acto primario, habíamos dado rienda suelta a un instinto que nos quemaba por dentro.

Estuvimos abrazados unos segundos más, recobrando el resuello, respirando el uno muy cerca del otro, y entonces noté que salía de mi interior,

dejándome con una extraña sensación de añoranza. Raro, sí, pues estaba ahí a mi lado, tumbado, mientras su respiración se calmaba.

—Lo siento —le oí decir—. No he podido controlarme, estabas tan atractiva... Tan sexualmente apetecible...

—No te justifiques, yo también lo quería. —Acaricié su rostro volviéndome hacia él—. Lo quería desde que en la barca no hemos podido acabar.

Lo besé despacio.

—De todas formas, la noche es larga —miró mi cuerpo con deseo— y aún tienes el tanga entero. Te he prometido romperlo.

—¡No! —exclamé—. Es precioso y quiero conservarlo.

Corrí fuera de la cama y él se levantó para alcanzarme.

—Te lo he regalado yo, si quiero lo rompo y te compro diez más. —Me cogió por la cintura, lanzándome sobre la cama, mientras yo reía sin complejos.

—¡Estás loco! —le grité riendo.

—Loco por ti —sentenció Donatello, dejándome una rara sensación en la boca del estómago.

Capítulo 12

Necesitaba descansar un poco más. Miré a mi izquierda y allí estaba Donatello, boca abajo, su rostro vuelto hacia mí y las sábanas enredadas en sus piernas. Observé las curvas de su cuerpo, laxo en la cama. Sus músculos estaban en reposo, pero se notaba su figura bien modelada, sus nalgas duras...

Me incorporé un poco en el colchón, apoyándome en los codos.

Eché un vistazo a la habitación. Si tuviera que definirla con una sola palabra, ésta sería: caos. La colcha por el suelo, la ropa desperdigada y algunos de los muebles movidos de lugar me hicieron recordar la noche vivida. Suspiré al pensar si todo aquello sería sólo una ilusión, si no estaría ganando tiempo para no enfrentarme a lo que al regresar encontraría en casa.

Cerré los ojos al imaginarme el silencio incómodo en casa de mis padres, las cajas cerradas, regresar al trabajo y recibir las miradas de mis compañeros, buscar un nuevo hogar donde reconstruir las piezas rotas tras diez años en un extraño limbo. Donatello se movía ligeramente a mi lado. Sonreí. ¿Estaría haciendo bien? ¿Quién era ese hombre?

Finalmente, me levanté despacio de la cama, necesitaba ir al baño. Caminé sin hacer ruido, no quería despertarlo, estaba a punto de amanecer. Posé una mano en el pomo de la puerta sin distinguir bien lo que colgaba de él. Volví a sonreír, aunque, en realidad, creo que lo que hice fue sonrojarme. Era el tanga roto, que pendía triste y maltrecho. Su final había sido digno, a pesar de mi tristeza por la delicada prenda: Donatello me dio la vuelta poniéndome boca abajo, y dio un tirón seco a cada lado. Un «¡no!» apenado por mi parte y una penetración sin remordimientos, que hizo que ahogara un grito contra el colchón.

Lo cogí y lo miré despacio. Pobre, menudo final para una pieza de tanta calidad. Finalmente entré en el baño y cerré la puerta para no molestar. Tardé poco, bueno, lo suficiente para terminar, asearme lo justo y mirarme en el espejo. Tenía el pelo revuelto y casi me llegaba a la cintura. Volví a recordar que quería cortármelo, además, en mi rostro se veían las señales del cansancio bajo mis ojos. Pero el brillo que había en ellos hacía mucho tiempo que no lo recordaba y la hinchazón de mis labios... Suspiré acariciándome los, recordando los besos de Donatello no sólo en ellos, sino por todo mi cuerpo.

Cogí el cepillo para peinarme un poco, aunque fuera sólo para sentirme bien, pero cuando me lo había pasado unas cuantas veces empecé a oír una voz. La única que podía oír a esas horas en mi habitación: la de Donatello.

—*Vieni a letto, Malena* —sonaba todavía dormido.

—Voy —respondí.

Imaginé que quería que regresara a su lado, así que dejé el cepillo en el lavabo y salí a la habitación. Me miró con los ojos semicerrados, se había cambiado de posición, acomodándose en el hueco vacío que yo había dejado y ahora lo estaba acariciando para indicarme que quería tenerme a su lado. Me volví a acostar y él me acogió contra su pecho, regresando enseguida a los brazos de Morfeo. Yo tardé algo más, pero volví a quedarme dormida en su abrazo.

* * *

El sol se había apoderado por completo de la habitación, iluminándola. El calor ya comenzaba a hacerse dueño también del ambiente cerrado en el que nos... ¿nos? Abrí los ojos de golpe, sintiendo el vacío en el lado contrario del lecho en el que descansaba. Miré a mi alrededor y me encontré con que todo había sido colocado en su sitio, la ropa ya no estaba desperdigada por todas partes y en la mesilla había ¿un papel y el tanga? Alargué la mano para cogerlo. Por primera vez vi la letra de Donatello, redonda y legible —qué

raro, también me gustó—, nada que ver con la letra de médico de Juan Pedro. «Oye, ¿por qué los comparas, bonita? Deja al sinsorgo de tu ex fuera de esto. No está en la habitación, así que no le hagas partícipe de lo que te está ocurriendo, aunque sea de pensamiento.»

Me llevé una mano a la cara intentando ahuyentar todos los pensamientos que habían recorrido mi mente en décimas de segundo. «Malena —me dije—, así no. Olvídate del pasado.» Mi atención se volvió entonces hacia el papel que tenía en las manos. Cogí las gafas, que había dejado en la mesilla, y gracias al cielo habían sobrevivido a la noche pasada, y empecé a leer:

He salido para prepararlo todo, vuelvo en un momento. Te he dejado una maleta pequeña para que metas lo que necesites. No te preocupes por la ropa interior... ;-)

Bacio,

DONATELLO

Me eché unas risas, lo admito, pero con eso me daba cuenta de una cosa: que Donatello tenía palabra y que iba a cumplir su promesa respecto a mi lencería.

Me estiré en la cama, estaba agotada aún, después de dormir un rato más. No tenía ni idea de la hora que era, mi móvil hacía días que estaba sin batería y no pensaba cargarlo hasta que regresara a casa, así que, con tranquilidad, me fui a la ducha, recogí la ropa que me pareció necesaria —y sí, me puse ropa interior propia, normal— y lo guardé todo en la pequeña maleta que me había dejado Donatello en la habitación, no sabía cuándo.

No tuve que esperar mucho más. Una hora más tarde, y yo con el estómago rugiéndome de hambre, un par de golpes en la puerta me indicaron que había vuelto. Bueno, eso y su característica voz, suave y profunda.

—Malena, ¿vamos? —me preguntó, entrando en la habitación para recoger la maleta cerrada, que yo había dejado encima de la cama.

—Sí, pero ¿no vamos a tomar aunque sea un café? —Me moría de hambre.

—He preparado algo para llevar —dijo sin mirar atrás—. Está todo en la

barca.

—¿Barca? —casi grité—. ¿Vamos a ir en tu barca?

—Sí, claro, es segura y no tardaremos mucho. —Y siguió caminando por el pasillo que nos llevaba a la salida.

Yo lo seguía a trancas y barrancas, su metro ochenta y mi pequeña estatura no eran una buena combinación para sincronizar nuestros pasos.

—Donatello, ¡Donatello! —finalmente tuve que gritar para que parara—. Una cosa es que demos una vuelta por la isla, si se rompe el barco, nadamos hasta la orilla y punto. Pero ¿en medio del mar?

Estábamos parados en la acera que daba paso a la playa de negra arena. Se volvió con rostro serio y algo preocupado.

—¿No confías en mí? —dijo.

¿Cuántas veces me habría preguntado eso en el tiempo que hacía que lo conocía?

—No es eso.

—Ya sé, sé lo que es, y si te digo que no pasa nada es que no va a pasar nada. —Me señaló el mar—. Hoy, además, está calmado, quizá Neptuno quiera darnos tregua.

—Mira, el único Neptuno al que yo le tengo respeto está en Madrid, y celebramos con él las victorias del Atlético, así que...

—¿Te gusta el fútbol? Cerci, después de estar en el Atlético se fue al Milan y recuperasteis a Torres... —Donatello habló como un *tiffosi* de los buenos.

—No intentes liarme, que te veo venir.

—Y el Cholo jugó en el Inter de Milán, así que... tenemos cosas en común —se encogió de hombros sonriendo.

—Y después escapó a Roma. —Le guiñé un ojo—. Así que no intentes distraerme, que sé que...

Dejó la maleta en el suelo y se me acercó rápido. Me cogió por la cintura con las dos manos y bajó la cabeza para besarme despacio. Yo, olvidándome del agua, le rodeé el cuello con los brazos. Pero él pareció usar mi olvido en

mi contra, pues, durante nuestra muestra de afecto mutua, aprovechó para izarme y ponerme sobre su hombro.

—Vamos, a la barca —dijo, llevándome como si yo fuera un saco de patatas y, mientras con un brazo me sujetaba a mí, con la otra mano cogió la maleta.

—¡Suéltame! —grité, consciente de que la gente nos miraba—. ¡Eres un cavernícola! ¡Machirulo!

—¿Machiqué...? —Ni siquiera paró al preguntarme por esa palabra.

—¡Fuera el heteropatriarcado! —Me revolvió, sin posibilidad de escape.

—Estás loca —le oí decir mientras se reía.

—Vas a sufrir por lo que estás haciendo. Vas a sufrir mucho —juré, por la gloria de Lydia Valentín.

—Estoy seguro de ello, pero de momento, a la barca. —Y casi me dejó caer dentro.

De nuevo ahí andaba yo, en la barquita que nos llevaría a la Zodiac y después a la otra isla. Me sentaría en los asientos de atrás y no le hablaría en todo el trayecto. Una cosa era ir a dar un paseo y otra muy diferente navegar en mar abierto con una tartana como aquélla. Que sí, que estaba exagerando un poquito con el tema «barca del Retiro», pero prefiero ir en un barco de grandes dimensiones.

Cuando llegamos a la Zodiac, me coloqué pues en la parte trasera de la embarcación, no quería hablar con él. Cogí la goma del pelo que llevaba en la muñeca y me hice algo parecido a un moño. Crucé los brazos sobre el pecho y me preparé para aguantar el tirón y la socarronería de aquel hombre que echaba la vista hacia atrás de vez en cuando para mirar si seguía enfadada, con una media sonrisa embrujadora en los labios.

Admito que de vez en cuando descruzaba los brazos para agarrarme con fuerza al asiento, sobre todo cuando, a toda velocidad, la barca cogía una o veinte olas de esas que me hacían recordar la cabecera de la serie ochentera

«Corrupción en Miami» y la embarcación que salía, a toda leche por las aguas de Florida.

Una hora y media, como poco, tardamos en llegar al puerto de Salina, pasando también por Panarea... Ni si quiera me volví para decirle nada cuando una mujer, después de ayudarlo a amarrar, me ofreció la mano para poder salir de la barca. Cuando él lo hizo también, y después de darle instrucciones a la mujer, se acercó a mi lado con las maletas. Volví el rostro altivamente y lo oí reír de nuevo.

Sonó su móvil y se alejó de mí un momento, parecía algo nervioso después de colgar. Miró a un lado y a otro y me apremió para que entrara rápidamente en el coche que nos habían asignado. Le pregunté si ocurría alguna cosa.

—No, no pasa nada, es que tengo ganas de que veas la casa y las vistas — contestó arrancando el vehículo.

Las carreteras eran sinuosas y algo rudimentarias, el paisaje agreste y oscura la arena. Unos verdes árboles crecían entre piedras. Noté a Donatello tenso después de la conversación telefónica y pensé en dejar de lado mi enfado de niña pequeña. Si él quería hablar, seguro que lo haría, yo sólo le acaricié la mano cuando la posó en el cambio de marchas. Me miró al sentir mi caricia y noté que sus hombros se relajaban un poco, pero sólo un poco, mientras trataba de dibujar algo parecido a una sonrisa en sus labios.

Llegamos a una especie de chalet. Tenía una gran verja descolorida, que daba paso a un pequeño camino flanqueado por limoneros. Al fondo una casa de una sola planta, con vistas al mar. No lo vi directamente, pero lo imaginé al ver cómo estaba orientada.

Donatello bajó del coche y, abriendo el candado de la verja, dejó libre el camino para que el vehículo entrara en la finca. Volvió a bajarse para cerrarla y luego montó de nuevo para continuar casi hasta la puerta de aquella preciosa casa.

De cerca, el color blanco de las columnas sicilianas del porche y el azul eléctrico que decoraba la vivienda eran impresionantes. Le daban un punto

brillante y limpio que me sorprendió.

Al poner los pies en aquella arena, pude ver que Donatello se relajaba.

Salí del automóvil y me quedé parada con la puerta abierta. Vi que se quitaba las gafas de sol, respiraba un par de veces y casi salía corriendo hacia la puerta de entrada, abriéndola rápidamente y llamando a alguien.

—*Maria, dove sei?*

—*Sono qui, Donato.* —La voz de una persona mayor sonó en el interior de la casa.

«¿Donato?» De eso tendríamos que hablar más tarde, porque desapareció corriendo hacia dentro.

Desde fuera oí algarabía, risas y algún que otro sonorísimo beso. No tuve que esperar mucho para saber quién era la persona que hacía que Donatello, o ¿Donato?, saliera riendo de aquella forma de la casa.

A su lado apareció una pequeña mujer rechoncha, de pelo canoso recogido en un moño y mirada serena, que me sonreía sinceramente.

—Ven, Malena, ella es Maria. —La besó en la cabeza—. Me crio junto con mi madre. —Volvió a achucharla.

Cerré la puerta del coche, en la que hasta entonces aún estaba apoyada mirando la escena. Me acerqué a ellos, tendiéndole la mano a la mujer para saludarla. Ella me miró extrañada.

—*Vieni qui, ragazzina.* —Me agarró la cara para plantarme un par de besos y darme luego un abrazo.

Pude ver que le guiñaba un ojo a Donatello, que reía a mandíbula batiente. Nunca lo había visto de esa manera en el poco tiempo que hacía que nos conocíamos. Y probablemente fuera por eso, por lo poco que nos habíamos tratado... Suspiré pensando lo poco que en realidad sabíamos el uno del otro. «Qué bonita esta deliciosa burbuja», me dije.

Después de aquel efusivo saludo, Donatello y la mujer comenzaron a hablar de manera rápida e ininteligible para mí. Movían mucho las manos, él le daba muchos besos en la cara y ella le devolvía el afecto con pequeños golpes en el

brazo. He de confesar que me sentía desplazada. Ver tanto cariño me resultaba extraño, por cómo trataba él a todo el mundo, y no por parte de mi familia, en la que todos éramos bastante tocones. Algo que en mi ex nunca llegué a ver, ni siquiera con los sirvientes de su casa. Se regían por las normas de su madre y ella era estricta hasta para los saludos, un beso de su hijo y sin tocar la mejilla...

—¿En qué piensas? —oí la voz de Donatello a mi lado.

—¿Eh? No, en nada. —Mentira gorda—. ¿Se ha ido Maria?

—No, está colocando un par de cosas en la casa y se va ya.

—Es como de la familia, ¿no? —pregunté.

—*Es* de la familia —sonrió—. Cuando mi padre murió, ella estaba a mi lado, a *nuestro* lado, y lleva toda la vida con nosotros. Es mi tía, la hermana mayor de mi madre.

Fue al maletero a sacar los bártulos para meterlos dentro de la casa. Yo quería saber más sobre él, así que no cejé en mis preguntas.

—Pero si vivíais en Milán...

—Se vino allí cuando supo que mi padre había fallecido, no quiso que mi madre estuviera sola. —Lo seguí al interior, que me dejó alucinada—. Vino con su marido, sus hijos ya eran mayores, y nos ayudó a salir de aquel dolor.

—Debió de ser muy duro para tu madre estar sin su familia.

Él no sólo asintió, sino que puntualizó:

—En realidad, fue Maria quien supo primero lo del embarazo y la protegió de mi abuelo llevándosela a su casa. —Suspiró—. Ella ya estaba casada y la acogió cuando su padre la echó a la calle.

Tras explicarme esa dura historia, me enseñó el interior de la casa. De estilo moderno, nada que ver con las otras decoraciones de los hoteles en los que me había alojado, el blanco prevalecía en la minimalista decoración. Un gran salón con sofás, mesita y una gran terraza con vistas impresionantes me recibieron, pero no tuve mucho tiempo de disfrutar de ellas, pues, siguiendo a Donatello, que no me daba tregua, continuamos hacia la derecha, donde había

varias habitaciones. Pasamos un par de puertas hasta que entró en una de ellas, grande, gigante, con las mismas vistas que la terraza.

—Ésta será nuestra habitación.

Dejó las maletas en el suelo antes de acercarse a mí, que no podía cerrar la boca al mirar por el ventanal. Me abrazó por la espalda y, apoyando el mentón en mi hombro, dijo:

—¿A que es precioso?

—No sé qué decir. —Y era verdad.

—No digas nada y disfrutemos. —Me besó en el cuello, antes de que volviésemos a oír la voz de Maria.

—*Donatello, me ne vado.*

Lo acompañé a la puerta, Maria ya estaba allí, con su dulce sonrisa. Le dio un beso a él y otro a mí, los dos acompañados de un gran abrazo, y antes de irse me miró seria y, señalándome, me dijo algo que no entendí:

—*Pretenditi cura di lui, va bene?*

Miré a Donatello sin comprender nada:

—*Maria, Malena è spagnola. Non ti capisce.*

—*Diglielo.* —Lo miró severa.

—Maria dice que cuides de mí. —Me pasó un brazo por el hombro, acercándome a él.

Sonreí antes de responderle a aquella mujer, con la cabeza apoyada en el cuerpo de Donatello.

—Sí, no se preocupe.

Se marchó diciendo algo que, como era de imaginar, yo no entendí, pero a Donatello le hizo tanta gracia que aún dentro de la casa no paraba de reírse.

—¿Qué ha dicho que tuviera tanta gracia? —le pregunté.

Entramos en la cocina, que como toda la casa estaba decorada con un gusto exquisito. No sé a qué se dedicaría su madre, pero si hacer de guía por las Eolias te permitía tener una casa como aquélla, ya me estaba yo sacando el título oficial.

—Me ha dicho que, para ser española, tienes buenas caderas para tener hijos.

—¡La madre que la parió! —solté, casi enfadada por el comentario.

—Yo también lo pienso. —Me subió a la encimera, para tener así nuestro rostro más cerca.

—¿El qué? —pregunté.

—Que tienes unas preciosas caderas.

No pude responder, su boca atacó la mía sin derecho a réplica y me dejé hacer, mientras acariciaba su cabello oscuro, y su incipiente barba, que me encantaba, rozaba mi rostro. Nuestras lenguas jugaban, nuestros dientes se tentaban y, aunque mentiría si dijera que no quería volver a sentirlo en mi interior, mi cuerpo se rebeló. Un gruñido salió directo de mi estómago hacia el mundo. Donatello sonrió.

—Has sido una cabezota por no querer comer nada —me regañó bajándome de la encimera.

—Estaba enfadada contigo por tener que volver a ir en barca —me hice la falsa ofendida—. Pero sí, tengo hambre, y, además, ¿qué hora puede ser?

—Cerca de la una del mediodía.

Miré el reloj que llevaba en la muñeca. No se lo había visto antes, pero juraría que Juan Pedro tenía uno exactamente igual. De acero y oro. Sus padres se lo habían regalado las últimas Navidades y yo sabía exactamente lo que costaba. No dije nada, pero no pude evitar pensar en la «otra» y en lo del *Toy Boy*.

«Malena, déjalo, tú también tendrás cosas en tu vida que habrán llegado de otras personas, de otro hombre para ser exactos. No todo el mundo tiene el mismo concepto de las cosas que tú —me dije—. Que te quitaras el anillo, no fue por el regalo en sí, sino por su significado. Quizá, y sólo quizá, ese reloj no signifique nada para Donatello.»

—¿Sí o no? —dijo para finalizar una pregunta.

—¿Perdona?

—No me has escuchado, ¿verdad? —Negué con la cabeza—. ¿En qué estarías pensando, mi *volcano*?

Acarició despreocupado mi brazo y después fue hacia la nevera.

—¿Quieres pasta u otra cosa para comer?

—Me da igual. —Me acerqué a curiosear—. Pero ¡si no hay nada preparado!

—¿Acaso crees que no puedo prepararte un buen plato de comida?

—Pensaba que tu tía te había llenado la nevera de comida, pero ya hecha —confesé convencida.

—Pues ya ves que no. Le he pedido que me adecentara la casa, que traía a una invitada muy especial y quería agasajarla. —Me agarró de la cintura—. Y como ella y mi *mamma* me enseñaron a cocinar, no tenía por qué...

—Esas dos mujeres te han enseñado muy bien. —Me puse de puntillas y lo besé en los labios—. Así que haz lo que te apetezca y yo te esperaré.

—A sus órdenes, mi *volcano*.

Saqué de la nevera una lata de refresco y, después de buscar un vaso, vertí el contenido en él. Luego me lo llevé a dar una vuelta por la casa.

Si bien era preciosa, también era algo impersonal. Había algún cuadro en el salón, pero, por lo demás, ningún recuerdo personal. ¿Quizá podían mantenerla alquilándosela a alguien? No lo sabía, pero era muy bonita. Pude descubrir un aseo cerca del salón y tres habitaciones más. Una de ellas estaba cerrada con llave, puede que fuera la única decorada de manera personal, ¿quién sabía? Ya le preguntaría a Donatello más tarde.

Abrí el ventanal, que daba a una gran terraza. No era una terraza al uso, imagino que por la orografía del terreno, sino que más bien parecía una de esas terrazas en las que habíamos estado comiendo en Ginostra. Las típicas columnas locales pintadas de blanco, el suelo de cerámica marrón y un murete del mismo color. Era grande, inmensa, y a un lado tenía una escalera. Me acerqué para ver adónde conducía. Se adentraba en un campo agreste, lleno de

limoneros. Finalmente, me acomodé en una de las sillas, que estaban colocadas a la perfección para disfrutar de las vistas.

Desde allí se podían ver dos de las islas, imaginé que la más lejana sería Stromboli.

«¿Qué vas a hacer con tu vida, Malena? ¿Qué pasará cuando ya no estés en una burbuja? ¿Qué sucederá con Donat...?»

—¿Comemos fuera? —me planteó él, dejando dos humeantes platos en la mesa.

¿Cuánto tiempo había pasado?

—¿Ya? —pregunté desconcertada.

—Sí, un poco de pescado y pasta fresca. No se tarda nada. —Sonrió—. Anda, ayúdame con los cubiertos.

A los pocos minutos estábamos sentados degustando el delicioso menú que había preparado y disfrutando del calor de la isla bajo el toldo de la terraza.

Gracias a su aparición, mi cabeza dejó de pensar tan intensamente sobre el mañana, que, aunque estaba más cerca de lo que quería recordar, debía dejar de lado hasta el día de mi partida. No éramos nada, ni él para mí ni yo para él. Sólo dos desconocidos que se habían encontrado para...

—¿Otra vez te has marchado? —Me miró intensamente, después de dejar su vaso de cerveza en la mesa, yo aún tenía mi refresco casi intacto.

—Disculpa, es que las vistas son impresionantes. —Lo miré.

—Gracias, lo sé —rio.

—Idiota, no me refería a ti. —Puso cara de tristeza—. Me refiero a lo que podéis ver desde aquí. ¿Ésa es Stromboli?

—Sí, y la de allá Panarea —señaló.

—Donato, ¿no? —solté de golpe y vi que se ponía colorado.

—Donatello. —Siguió comiendo sin querer continuar.

—Tu tía te ha llamado Donato —lo piqué—. ¿Por qué no me dijiste tu nombre?

—Te lo dije, me llamo Donatello.

Lo miré intensamente, sabía que no podía escapar de mí.

—Es el diminutivo de Donato, ¿vale?

—No me gusta —le confesé—. Es un nombre de señor mayor.

—Soy un señor mayor. —Me miró con aquellos ojos verdes y apretó la mandíbula nervioso.

—Yo tengo nombre de tango. —Apoyé los codos en la mesa—. Y soy como una niña miedosa entre tus brazos.

—Me gustas mucho, Malena —dijo, dejando el tenedor en el plato—, no sé qué me ha pasado, pero necesito estar contigo todo el tiempo.

—¿Quieres hablar de esto ahora, Donatello? —Me puse triste y él lo vio en mis ojos.

—No, sólo quería que lo supieras. Quería que supieras que eres un veneno en mis venas. —Sonrió sin cambiar su mirada depredadora.

—Y tú para mí lo inesperado en un agujero negro. —No le mentí.

Volvió a mirar su plato de comida y se lo terminó en silencio. Los dos acabamos de comer sin volver a dirigirnos la palabra, pero no fue uno de esos incómodos silencios. Creo que los dos nos sentíamos bien, tranquilos y con el convencimiento de que no necesitábamos nada más.

Lo ayudé a recoger la mesa y limpiar la cocina y volvimos a sentarnos con un café en las manos en aquella deliciosa terraza.

—¿Te apetece hacer algo esta tarde? —me preguntó.

—¿La verdad? No tengo ganas de planear nada. —Me bebí el contenido de la taza—. Quiero irme a la cama un rato y después disfrutar de lo que surja.

Se levantó después de apurar su taza de café, caminó unos pasos hasta llegar al murete que servía de barandilla y apoyó los brazos. Me habló desde allí, sin volverse:

—Eres la primera mujer a la que traigo aquí, ¿sabes?

¿Nunca llevó allí a su exnovia?

—¿Nadie? —pregunté—. ¿Ni siquiera tu...?

—Este sitio es un refugio para mí, para mi madre.

—Entonces yo... —no me salían las palabras.

Todo aquello se me estaba escapando de las manos, el mundo giraba bajo mis pies y yo me sentía mareada por la intensidad de la confesión. ¿Qué podía ofrecerle? Sólo era una mujer abandonada, que estaba hipnotizada por la profundidad de sus deliciosos ojos verdes y...

Me levanté de la silla despacio, no comprendía lo que estaba sintiendo en esos momentos y mucho menos sabría definirlo. Lo único que sabía era que aquel hombre me estaba abriendo su alma en ese instante y yo sólo podía agradecersele de la mejor manera que sabía.

Pasé mis manos por su cintura y apreté mi cuerpo contra su espalda:

—Gracias, Donatello.

Se dio la vuelta y yo levanté la cara. Lo que su mirada me provocó sólo podría describirlo como un maremoto interior que revolvió todo mi ser. Me dolió, me quemó, me excitó en la misma medida.

Me sujetó la cara entre sus manos y sus dedos acariciaron mis labios justo antes de que su boca atrapara la mía lentamente, sin prisa.

«¡Ay, Malena que te estás enamorando de un caradura!»

Intenté acallar a mi otro ser y me separé de Donatello para cogerle la mano con decisión, caminando luego despacio hacia la que habría de ser nuestra, NUESTRA —me costaba respirar—, habitación. Lo hice sentarse en la cama, me quité el vestido y me acerqué despacio, colocándome entre sus piernas, para desabrocharle los botones de la camisa. Sus manos me agarraban las nalgas, su mirada no se apartaba de mis ojos. Después lo tumbé, le besé el pecho y los abdominales hasta llegar a los pantalones y así poder deshacerme de ellos.

Hicimos el amor despacio, pausadamente. Los dos entrelazados nos compenetrábamos a la perfección, yo sabía sin ningún género de dudas que con ningún otro hombre había sentido aquello. Sus gemidos en mi oído, sus caricias en mi cuerpo y sus labios encontrando los lugares más escondidos de

mi alma me atrapaban. Y cuando entraba en mí era una mujer completa; su posesión no era mi perdición, era mi libertad.

Nunca había sentido esa plenitud. Y tenía miedo de perderla.

* * *

Me desperté algo desorientada, acalorada y desnuda en una cama que no reconocí inmediatamente. Hacía algo más de fresco y eso que aún había sol, pero ya no tan alto. Me volví para mirar por el ventanal. Donatello no estaba a mi lado, pero no le di mucha importancia, olía a él. Podía ver el mar desde la cama y la fuerza de esa visión me hizo volver a cerrar los ojos e imaginar por un instante que todo permanecería así, que nada cambiaría.

Suspiré al darme cuenta de que estaba alejadísima de la realidad. Pero ¿por qué no disfrutarlo? ¿Por qué no dejar de pensar y dejarme llevar? Lo intentaba, me alejaba, me olvidaba, pero después mi cabeza se empeñaba en regresar a lo pasado, al miedo, al abandono, a tener claro que aquello acabaría y que éramos dos auténticos desconocidos que chocan en medio de una marejada...

—Otra vez pensando —oí la voz de Donatello desde la puerta de la habitación.

Me volví desnuda para mirarlo. Estaba de pie, echando un vistazo por la ventana al infinito. No, no sentía vergüenza de mostrar mi cuerpo, con mi ex no me pasaba.

—Sí, en realidad pensaba en ti.

Se acercó y me acarició el hombro.

—¿De verdad te pusiste cachondo cuando me ayudaste a vomitar? —solté de golpe.

Él abrió los ojos como platos. Su rostro se congestionó, el color moreno de su piel pasó a ser de un tono más carmesí. Estaba poniéndose colorado.

—*Questo...*

—Si eso es un sí, que sepas que eres un depravado —comenté riendo, mientras abría la maleta para colocar la ropa en el armario, después de ponerme algo: unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes.

—Malena, no es exactamente como crees —intentaba explicarse.

Yo admito que estaba divirtiéndome al recordar el momento. Bueno, el momento en sí no, pero ahora al recordarlo, hilarante fue un rato. Yo bastante desagradable y él todo el rato siendo un caballero. De no ser por su cabezonería ni siquiera habiéramos hablado.

—¿Cómo fue? —Seguí dejando mi ropa en el armario, provocándolo.

—Ni siquiera vi tu cara. —Movié las dos manos, nervioso—. Me manchaste los zapatos con tu vómito y el tono de tu piel era realmente feo. Sólo quería ayudar, pero el barco no lo hizo. El espacio era pequeño, tu culo frotándose contra mí y las olas provocando aquellos movimientos. Sí, me excité. No estoy orgulloso de ello, pero de no ser por aquella circunstancia y mi preocupación...

—¿Por qué te preocupaste por mí? —Me volví hacia él y lo miré.

—Te vi en el aeropuerto y no podía apartar lo ojos de ti. —Se acercó para cogerme las manos—. Tenías los ojos rojos y pensé que habías estado llorando mucho. Me llamaste la atención por tu belleza y la imagen de soledad que proyectabas en ese instante.

—Donatello... —Me puso un dedo en los labios.

—Déjame explicarme. —Asentí, olvidando mi tarea—. Después volví a verte en Milazzo y pensé que no podía ser casual. Estabas discutiendo con Vicky. Al principio pensé que erais pareja, pero me seguía atrayendo tu mirada, lo que contabas con tus ojos, y después el destino se encargó de todo lo demás... No iba a dejar que escaparas.

Terminó de hablar tímidamente, en voz baja y escondiendo su mirada en nuestras manos entrelazadas.

—Fui la persona más desagradable del planeta —reconocí medio riéndome.

—Y yo el más engreído de las islas. —Levantó la mirada.

—Aún lo sigues siendo un poco.

Me lanzó sobre la cama haciéndose el ofendido y comenzó a hacerme cosquillas. Cuando ya no podía defenderme ni reír más por culpa del cansancio, cedió a mis súplicas y me soltó.

Los dos nos quedamos mirando el techo, sin nada que decir.

—No me apetece salir de aquí —confesé.

—Pues no salgamos, pasemos la tarde disfrutando del *dolce far niente*.

—En tus labios suena más bonito. —Continuaba mirando el techo.

—En mis labios eres más bonita. —Rio.

—Engreído —suspiré—. Me encanta que me hables en italiano cuando tenemos sexo.

—Me encanta que tengamos sexo. —Estaba provocándome.

—Donato...

—No, eso sí que no —se enfadó.

Lo miré frunciendo el cejo y sacándole la lengua, continué:

—Ya sé que eres un señor mayor, pero cuánto de mayor, ¿se puede saber?

—Tengo treinta y ocho años y en breve cumpliré los treinta y nueve.

Abrí los ojos como platos.

Era cierto que las canas que tenía en las sienes denotaban su madurez, pero pensaba que me estaba tomando el pelo. Parecía más joven de la edad que decía tener y su cuerpo era mucho mejor que el de mi exnovio, que era más joven que él.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—No, nada. —Acaricié su rostro después de volverme a mirarlo—. Me gustas mucho, me encantan las arrugas que se te forman en los ojos cuando los cierras un poco, las canas que tienes en las sienes...

—Te lo he dicho, soy un señor mayor para una chica como tú. —Se puso sobre mí y me acarició las mejillas, besándome despacio.

Acepté aquella caricia de sus labios y lo sujeté por la nuca, apretándolo

contra mi cuerpo.

—No soy una niña. —Eso creo que estaba claro—. Dentro de tres días cumpliré treinta y dos años. Toda una señorita. —Sonreí, apartándolo.

Me levanté de la cama y lo dejé tumbado sobre las sábanas arrugadas, con la cabeza apoyada en un brazo.

—Celebraremos tu cumpleaños juntos y te prometo que nunca vas a poder deshacerte del recuerdo. —Esbozó una misteriosa sonrisa.

—Miedo me das —respondí, saliendo de la habitación con destino a la cocina, para beber algo de agua.

—¡Deberías temerme! —lo oí gritar.

* * *

Admito que me pareció de lo más normal pasar la tarde encerrada en aquella pequeña gran finca, al lado de Donatello. Yo leyendo en el salón, tumbada, mientras sonaba música tranquila de fondo, y él moviéndose por la casa haciendo no sé qué cosas.

Alargué la mano para coger el refresco que tenía sobre la mesa; se había deshecho el hielo, así que, entre lo caliente que estaba y que ya no tenía burbujas, volví a dejarlo en el sitio sin darle ni un sorbo. Levanté la mirada buscando a Donatello y lo vi en la terraza, subido a una escalera pequeña, imaginé que arreglando algo. Pero me dio verdaderamente igual, lo que tenía delante era mucho más interesante: iba sin camiseta y se esforzaba por enroscar lo que fuera en una de las paredes. Tenía los músculos en tensión y esa imagen hizo que dejase el libro a un lado. Pensé que era bastante más interesante mirarlo a él que ver cómo continuaba el capítulo que estaba leyendo. Simplemente lo contemplé sin decir nada. Su rostro estaba congestionado por el esfuerzo, sus brazos en tensión y yo calladita, disfrutando del espectáculo.

—¿Y si me ayudas? —Me había pillado.

—No, gracias, estoy mejor mirándote —repliqué.

—Anda, tráeme una cerveza, por favor —me pidió.

—Bueno, lo haré porque yo también quiero una —contesté, levantándome del sofá y llevando el vaso de refresco a la cocina.

Abrí la nevera para coger dos botellas de Moretti. Busqué el abridor por todos los cajones de la cocina. Cuando finalmente lo encontré casi di un grito de alegría, pero me conformé con abrirlas y deshacer mis pasos hasta la terraza.

Le di un sorbo a mi botella y le ofrecí la suya. El pobre tenía tanto calor que casi se la bebió del tirón.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, levantando la mirada.

—Lo verás esta noche, en la cena —respondió misterioso.

Tonta del todo no soy y me di cuenta de que estaba colocando luces, pero una cosa es verlo y otra muy diferente disfrutar del resultado. Dio un largo trago a la cerveza que le quedaba en la botella, terminándosela. Me la entregó y dijo:

—Gracias por su servicio, señorita, puede seguir disfrutando de las vistas.
—Me guiñó un ojo.

—¿Lo ves? Eres un engreído.

Unos minutos más tarde seguía mirándolo trabajar, hasta que guardó todas las herramientas que había usado en el par de cajas que llevaba y desapareció de mi vista sonriendo. Apareció quince minutos más tarde, con el pelo mojado, ropa limpia y oliendo a gloria bendita, como decía mi abuela, la del pueblo.

—Qué bien hueles —le dije, levantándome de nuevo del sofá para acercarme a él y hacerme la remolona.

Llevaba unos pantalones de color caqui y una camisa anaranjada de algodón, con las mangas remangadas; en los pies, unas sencillas deportivas de color blanco: iba perfecto. Y lo que más me llamaba la atención era ver cómo sabía combinar la ropa en cada ocasión. Sí, los italianos tienen fama de saber

vestir bien, pero eso es sólo una leyenda, hay mucho pasado de moda, y no por viejo, sino por exagerado.

—Mejor sabré —repuso besándome.

—¿Cómo es que sabes hablar tan bien castellano? —Me sorprendían los giros que conocía del idioma.

—He tenido buenos profesores. —Me guiñó un ojo antes de marcharse a la cocina.

Me dejó pensando si serían fémimas esos profesores que le enseñaron a hablar con tanta soltura...

—También hablo inglés y alemán a la perfección —me contó sonriendo y asomando la cabeza por la puerta de la habitación en la que estaba, como si me hubiera leído el pensamiento—. Con el francés me defiendo.

Sonreí yo también antes de contestar, devolviéndole un poco el juego:

—Creo que con el francés haces algo más que defenderte. Te lo aseguro. —Después, le saqué la lengua, burlona.

—Anda, ponte guapa y deja que te sorprenda y no salgas de la habitación hasta que yo te diga —me ordenó, volviendo a desaparecer.

Así que no me quedó más remedio que hacerle caso. Ducha, cuidado del cabello, crema por el cuerpo, pues tenía la piel un poco descuidada después de tanto sol y sal... Pero al salir del baño encontré en la cama un nuevo conjunto de ropa interior. Negro, con delicadas perlas colocadas en lugares estratégicos y encaje con bordados. A su lado, una nota:

Prometo no romperlo esta vez.

Bacio,

DONATELLO

Sonreí con la nota en la mano. El conjunto también era de La Perla. Donatello sabía elegir ropa bonita y sensual que realzara la belleza femenina y, sobre todo, que hiciera sentirse bien, segura y bella. ¿Cuánto más escondería ese hombre? ¿En qué momento había entrado en la habitación?

Dejé el papel encima de la cama y cogí el tanga para ponérmelo. Me miré al espejo, de nuevo me quedaba como un guante; después le tocó el turno al sujetador: simplemente delicioso, realizaba mis senos ligeramente, redondeándolos. Por ello decidí que ese día me pondría un vestido largo con escote provocador. Volví a mirarme al espejo y comprobé que aquella sonrisa tonta no había desaparecido aún de mi rostro.

Esperaba sentada en la cama, mirando por el ventanal de la habitación. Me estaba impacientando un poco, pues sin posibilidad de mirar qué hora era — no disponía de móvil ni reloj— tenía la sensación de llevar encerrada dos horas. ¡Y eso que me había entretenido con el pelo, el maquillaje y la elección del vestido!

Me levanté nerviosa y me acerqué a la cristalera. ¿Qué estaría haciendo Victoria? Más allá de lo evidente, claro. Sonreí con ese pensamiento. No pensaba que iba a echarla de menos, pero estaba segura de que se sentiría muy feliz al ver que estaba, finalmente, disfrutando de aquella alocada decisión suya. El viaje, para bien o para mal, iba a cambiar nuestra vida completamente.

—*Signora.*

Me volví al oír la voz de Donatello en la puerta.

—La cena está preparada y la esperan en su mesa.

Caminé hacia él, que se había apartado teatralmente para dejarme paso y acompañarme como si fuera un camarero de restaurante fino.

—No seas tan exagerado —bromeé.

—Vale. —Me cogió de la mano para después hacerme una petición—: Cierra los ojos. Quiero darte una sorpresa.

—Pero...

—Tranquila, yo te llevaré.

Cerré intranquila los ojos, tenía miedo de tropezarme con el vestido largo. Notando mi intranquilidad, Donatello me soltó la mano y se situó a mi espalda,

sujetándome por la cintura y tapándome los ojos con la otra mano. No se fiaba de mí, y hacía bien, pues tenía ganas de ver qué pasaba.

Caminamos sólo unos pasos más, imaginé que hasta el salón. Allí nos paramos y sentí su suave respiración muy cerca de mi oído. Después, su mano se desplazó de mi cintura a mi cuello, un poco más de gracia y se hubiera parecido al baile de *Dirty Dancing* —vale, estaba una pizquita obsesionada con esa película.

—Ahora puedes abrir los ojos —me susurró.

Lo hice despacio. Frente a mí encontré un panorama digno de cualquier película romántica en la que el chico lleva a la chica a un restaurante delicioso e intenta conquistarla.

El salón estaba sólo alumbrado por las tenues y titilantes luces de varias velas situadas estratégicamente. Pero lo más bonito estaba en la terraza, el trabajo que había ocupado a Donatello toda la tarde había surtido efecto. Las luces led y las velas iluminaban aquel delicioso lugar de una manera preciosa. Había sabido crear un ambiente cálido, lleno de delicadeza.

—Es precioso. —Caminé hasta la terraza.

Las columnas estaban decoradas con racimos de luces led, en el techo otras parecían formar un cielo estrellado y el murete sujetaba algunas más, colgantes, creando un ambiente tan íntimo que se me puso la carne de gallina a pesar del calor.

—Por favor... —Apartó la silla en la que me iba a sentar.

—¿Cuándo te ha dado tiempo a hacer todo esto? —Pregunta idiota, teniendo en cuenta que lo había estado haciendo delante de mis narices esa tarde.

—¿En serio me lo preguntas? —Levantó una ceja, divertido, y se sentó después de llenarme la copa de vino.

—No, sí. A ver —intenté explicarme—, es que es impresionante.

—Imagino que eso es un halago, así que gracias. —Levantó la copa.

—Además, seguro que habrás preparado una cena deliciosa. —Lo miré

intensamente.

—Bueno, ya lo veremos...

—¡Eeeehh! —Señalé a lo lejos—. ¿Has visto eso? Madre mía, qué belleza.

—Sí, lo veo cada vez que vengo a esta casa. —Ni siquiera se volvió.

A lo lejos, el volcán Stromboli acababa de saludarnos a su manera, con una de sus inesperadas erupciones. La negrura del mar y la ausencia de la luna sólo dejaba intuir las dos lejanas islas que se encontraban frente a nosotros, y el espectáculo era simplemente estremecedor.

—Ahora entiendo la luz, la decoración... Donatello, si me pides cualquier cosa, es posible que te diga que sí —bromeé sin darme cuenta de la magnitud de aquellas palabras.

—No tientes al demonio, Malena. —Bebió de su copa despacio, mientras sus verdes ojos brillaban a la luz de las velas.

Cenamos sin prisa.

Yo observaba los ojos de Donatello cuando me hablaba, no sabía si su color me gustaba más de día o de noche. Tenían embrujo, algo que conseguía que desconectara por completo de la realidad...

—Así que imagina —finalizó su relato.

—Ya —contesté sin saber de qué hablaba.

—Has vuelto a irte a tu mundo —me echó en cara divertido.

—Sí, lo siento, es que es todo tan bonito... —fue lo único que supe decirle.

—¿Sabías que en Salina se grabó una película a modo de venganza contra el romance de Bergman y Rossellini?

—¡Ah, sí? —Rencillas y celos, eso me llamó la atención.

—*Vulcano*, se llama el film. —Rellenó mi copa vacía—. Rossellini estaba saliendo con la actriz italiana Anna Magnani cuando conoció a Bergman y se enamoraron. Él la dejó por la sueca, y ella, sintiéndose dolida y abandonada, dicen que llegó a echarle un plato de pasta con tomate por la cabeza. Así que cuando se enteró de que iban a grabar *Stromboli*, ella aceptó el papel de

prostituta que regresa a su pueblo de infancia en Vulcano. Tanto la una como los otros, sabían que se encontraban a sólo cuarenta kilómetros de distancia.

Me encantaba escucharle hablar, sobre todo cuando metía palabras en su idioma materno. Les daba una sonoridad que recorría toda mi columna vertebral.

—Anna Magnani se sintió abandonada.

Me hizo pensar en mí misma y en mi no boda.

Habían pasado nueve días desde que iba a casarme con un hombre que no era el que tenía delante mirándome con tanta atención y lo mejor de todo era que empezaba a sentir que todo eso había pasado hacía ya cerca de mil siglos.

—Nunca nadie se siente abandonado por completo. —Sonrió enigmático.

—Nunca nadie debería sentirse abandonado y me temo que tú y yo lo hemos sentido de la peor manera posible. —Me puse intensita.

Y eso que no quería recordar mi no boda. ¡Ufff!

—¿Bailas? —Se había levantado y me tendía la mano.

—Claro —acepté y me acerqué a él.

Sonaba una canción lenta, nada que yo pudiera reconocer, creo que estaban cantando en griego y la voz de la cantante era simplemente preciosa. Sentí la mano de Donatello en mi cintura, atrayéndome hacia él, apoyé la cabeza en su pecho, mientras su otra mano, entrelazada con la mía, se la puso cerca del hombro. Nos movimos despacio, siguiendo el ritmo de la suave melodía que llenaba la terraza. Cerré los ojos e inhalé el intenso aroma que desprendía Donatello.

Cuando la música finalizó y comenzó otra, no nos separamos, no quisimos despegar nuestros cuerpos. Los labios de Donatello se posaron en mi cabello y los sentí como una caricia. Levanté la mirada y, poniéndome de puntillas, lo besé con ternura, despacio y sin prisa, saboreando cada rincón de su boca. Me sujetó la cara con las manos, casi posesivamente. Yo seguía con las mías en su cintura.

El mar, el volcán, la terraza, la cena, quizá el vino, las caricias y Donatello.

Eso sí podía curar cualquier cosa.

Sin yo quererlo, nuestro beso finalizó igual de despacio que cuando comenzó y lo miré. En realidad no sé cómo describir lo que sentí en ese momento, pero sólo tenía clara una cosa, que quería hacer el amor con él. Lo cogí de la mano y caminamos juntos hasta la habitación.

Capítulo 13

Aquella mañana nos despertamos demasiado pronto y sintiéndonos bastante cansados. Se nos había olvidado correr las cortinas, así que el sol de la mañana nos pilló desprevenidos, desnudos y algo refunfuñones.

Creo que yo metí la cabeza debajo de la almohada, con la intención de dormir algo más, mientras él se levantaba para cerrar un poco las cortinas.

Pero al parecer una parte del cuerpo de Donatello no pensaba lo mismo que yo en ese instante, pues cuando volvió a la cama y se acercó para abrazarme noté su sexo duro como una piedra contra mi culo.

—Sería una pena desperdiciar esto, ¿no? —me susurró, moviéndose obscenamente.

—Temo que voy a rechazarlo —contesté medio dormida.

—¿Estás segura? —Volvió a hacer otro movimiento, imitando la penetración.

—No puedo follar más, Donatello, estoy dolorida. —A nuestro primer polvo le siguieron dos más.

Se encontraba pegado a mi espalda, sólo tenía que moverme un poco para que su pene entrara sin esfuerzo. Él lo sabía y se removió, además de acariciarme la cadera para después bajar la mano a mi sexo para jugar con mi clítoris.

—¿Seguro? —Dejó de acariciarme un segundo para abrirme las piernas, exponiéndome, para volver a jugar conmigo despacio.

—Hummm —exclamé: me encantaban sus caricias.

¿Cómo podía aguantar tanto ese hombre? No era un jovencito inexperto que después de la primera descarga sólo necesitaba un rato de relax para volver a

follar. Pero lo hacía, sabía cómo excitarme, cómo excitarnos.

—¿Lo ves? No es tan difícil. —Continuaba masajeadando mi clítoris.

Yo, casi apoyada por completo en su pecho, me rendía a sus deseos. Su otra mano se había abierto paso entre mi cuello y el colchón para llegar a mis labios. Me metía los dedos en la boca y yo los lamía, escuchando sus gemidos en mis oídos. Su cálida respiración me erizaba la piel.

Necesitaba que me poseyera, que entrara en mi cuerpo con fuerza, con el ansia que había creado en sólo unos minutos. Bajé una mano hacia su miembro y lo deslicé despacio en mi interior. No lo pensé cuando él comenzó a bombear pausadamente, pero no llevaba preservativo. Habíamos pasado toda la noche cogiendo uno detrás de otro y en ese momento no caí en ello. Él tampoco le debió de dar importancia, pues con el embotamiento de nuestro cerebro medio dormido, era el que mantenía el control.

Le mordí despacio los dedos y, mientras me besaba el cuello y nuestros movimientos se acompasaban, en mí se formaba un placentero orgasmo. Él aceleró su toque en mi clítoris, sintió cómo me tensaba, cómo mi lengua chupaba sus dedos con fruición y cómo, finalmente, aquel abismo de placer me golpeaba de repente. Gemí y noté que Donatello aceleraba su penetración, aumentando así mi goce.

Tuve que cerrar los ojos un instante cuando sentí que salía de mi cuerpo...

—Pero tú no te has...

Me besó de nuevo el cuello y lo vi alargar la mano a la mesilla.

—Tranquila, esto no ha terminado.

Se puso un preservativo. ¡Menos mal!, por lo menos uno de los dos había mantenido algo de cabeza fría en ese momento.

Me dio la vuelta en la cama, me levantó las caderas e inmediatamente después volvió a entrar en mi cuerpo. Se movió al principio despacio, yo aún estaba sensible y se lo agradecí mentalmente, pero no tardó en agarrarme con fuerza y acelerar el ritmo de una manera alocada. Buscando su propio orgasmo.

Cuando lo alcanzó, cayó desmadejado sobre mi cuerpo. Se apartó rápido y, después de desechar el condón, me atrajo de nuevo hacia él para besarme lentamente, saboreando cada rincón de mi boca.

—Lo siento —le dije, al recordar que casi habíamos hecho una locura.

—Tranquila. —Me guiñó un ojo acariciándome la espalda.

—Ya, pero no sé, es que nunca me había ocurrido —confesé.

—¿Nunca lo has hecho sin condón?

Negué tajantemente.

—¿Ni con...?

Volví a negar.

—Yo hacía años que tampoco.

—Eso me tranquiliza.

—Pero te he de confesar que me ha encantado sentirte así...

—Ha sido una locura. —Escondí mi rostro entre su cuello y su hombro.

—Esto que estamos viviendo es una auténtica locura de la que no quiero despertar, Malena...

* * *

Nos tomamos el día con relativa calma. Donatello me llevó a recorrer algunos sitios de la isla que a él le gustaban. Vimos las localizaciones de la película *Vulcano*, me enseñó una pequeña finca vitivinícola donde producían malvasía, un vino dulce, y luego otra donde las alcaparreras crecían en las laderas de las montañas. Parecíamos dos turistas enamorados que recorrían rincones sin más intención que pasar un buen rato. Nos cogíamos de la mano, jugueteábamos, nos regalábamos besos porque sí y yo disfrutaba de cada nuevo paisaje, sabor u olor.

Terminamos en una playa cerca de Malfa, donde el agua era transparente, y nos dimos un delicioso baño antes de ir a comer a un restaurante con vistas a la isla de Vulcano.

No sé cuántos kilómetros recorrimos, ni siquiera si eran muchos, pero lo cierto era que el pobre coche había dado más vueltas que una peonza.

—No te he hecho ni una foto —comentó Donatello, apoyado en un pequeño muro con vistas al mar.

—¿Para qué quieres una foto mía? —pregunté.

—Para tenerla siempre. —Sacó el móvil y me la hizo justo en el instante que una ráfaga de viento me alborotaba el pelo y yo me llevaba una mano a la cabeza.

Me la enseñó.

—Estoy horrorosa, bórrala —le ordené.

—Estás preciosa. —La miró otra vez—. Sonríes y me estás mirando. ¿Qué más quiero?

—Eres bobo. —Me acerqué a él.

—Puede que sí. —Me besó—. Venga, vamos. —Miró su reloj—. Es tarde y, si no, llegaremos muy tarde a casa.

Me cogió por la cintura mientras caminábamos en dirección al coche.

* * *

Al llegar a la casa me lancé en plancha sobre el sofá.

—Tengo los pies doloridos de tanto caminar. —Me quité las zapatillas para después subir las piernas y tumbarme—. Y hace un calor horroroso.

—Estamos en julio y hace mucho calor, no quieras imaginar el que hace en agosto —comentó él sentándose a mi lado y cogiéndome un pie para masajearme.

—Hummm —gemí—. Esto sí que es una maravilla. ¿Tienes trabajo en agosto?

—Sí, toda la temporada de verano la paso aquí —respondió, mientras continuaba dedicando su atención al masaje—. Después sólo vengo en

ocasiones especiales, cuando se me requiere, pues sigo viviendo entre Milán y Stromboli.

—Ah, pensaba que vivías siempre en Stromboli.

Negó despacio.

—Es que en Milán también trabajo... —Se quedó pensativo, como si fuera a decir algo más.

—Claro, seguro que te sabes de memoria qué decirles a los turistas delante de *La última cena* de Leonardo da Vinci, ¿no?

Asintió encogiéndose de hombros, como si me diera la razón porque sí. Supuse que también él estaría cansado.

Yo me quedé tumbada en el sofá, disfrutando de las atenciones de Donatello, tantas fueron que me quedé dormida un buen rato. Cuando me desperté estaba sola y la luz del atardecer comenzaba a asomarse por los ventanales de la terraza a la que daba el salón.

Me estiré un poco antes de incorporarme. En aquel viaje estaba teniendo más sueño de lo normal, y sabía que no era por aburrimiento, sino más bien por no poder descansar lo suficiente. Sonreí ante ese pensamiento, todo se debía al gran desgaste energético que me provocaba tanta actividad. Bajé las piernas del sofá y me quedé sentada.

Me pasé las manos por la cara para despejarme un poco, sintiéndome como una joven enamorada de dieciocho años que no quiere dejar de ver a su chico, ni dejar de tocarlo, de besarlo... Era puro encoñamiento que estaba segura de que pasaría, pero tenía miedo al pensar que ese sentimiento estaba echando más raíces en mi corazón de lo que hubiera deseado.

«Malena, sólo han sido polvos de venganza», me dije.

«Malena, sólo han sido polvos para olvidar a Juan Pedro», me repetí.

«¡Malena, sólo te lo has tirado para sentir que estabas viva!», me grité.

«Malena, ten cuidado, que tú no estás para más llantos», me advertí.

«Malena, él es un donjuán», me recordé.

Pero mi corazón tenía pensamiento propio y estaba tomando el camino que

más le apetecía. A lo loco cuesta abajo, sin frenos y con el acelerador a tope.

Suspiré antes de llamar a Donatello, pues ni lo veía ni lo oía por ninguna parte. No respondió, así que me levanté para ir a coger un agua de la nevera, hacía mucho calor y estaba sudada. En cuanto me despejara un poco más me metería en la ducha... «Donatello, ducha y yo», pensé, mientras bebía de la pequeña botella. ¡Ay, Malena mía!

Regresé al salón y volví a sentarme en aquel blanco y gigantesco sofá. Bebí otro sorbo de agua y después dejé la botella encima de la mesita que tenía delante. Vi un mando a distancia, encendí el televisor tamaño pantalla de cine, esperando encontrar, quizá, algún canal en castellano.

Había pasado ya dos veces por todos los canales y, aunque había encontrado algo en mi lengua, todo eran noticias y la verdad era que me apetecía pasar un poco de la realidad del mundo que nos rodeaba, quería seguir disfrutando de la burbuja en la que estaba metida.

Sólo quedaban unos pocos días para que me marchara. Donatello lo sabía, yo también y ninguno de los dos queríamos decir nada. Mi cumpleaños lo iba a pasar allí, mi exnovio lo preparó así a propósito. Después nos marcharíamos a la segunda parte del viaje, la que yo pedí... pero que ya no se cumpliría.

La televisión seguía funcionando, ajena a mis pensamientos, pero de golpe un sonido me llamó la atención y miré la pantalla. Acababa de captar con el rabillo del ojo que empezaba algo parecido a un programa del corazón. ¡El «Sálvame» italiano! Como en ese instante no tenía nada mejor que hacer y estaba sola, me acomodé y me dispuse a enterarme de los trapos sucios de Berlusconi, Monica Bellucci, Eros Ramazzotti o Raffaella Carrà. Sí, ya lo sé, son un poco viejunos, pero no conozco mucho del famoso italiano. Qué se le va a hacer.

En la pantalla apareció un tipo en medio de un plató, casi gritando, mientras señalaba una gran pantalla a su espalda en la que se veían fotografías de lugares que me recordaban mucho a Stromboli y un titular al pie de la imagen que decía: *Amore nelle isole Eolie*. Casi hasta me hizo gracia saber que había

estado compartiendo espacio con famosos, unos famosos que estaban disfrutando como enamorados. Hubo un momento en que hasta pensé que podría ser mi adorada Jessica Chastain, que estaba casada con un pedazo de maromo italiano.

Me senté estilo indio y esperé a que salieran más imágenes.

Estaban a punto de decir quién era la persona que estaba en la isla. Esperaba que pusieran una foto, porque, si no, no iba a tener ni pajolera idea de quién era.

«Que sea Jessica Chastain y obligo a Donatello a ir mañana a Stromboli echando leches», casi recé.

En la pantalla no paraban de poner imágenes de la isla y a mí me estaba intrigando muchísimo. Cómo se lo montaban los de la televisión, poniéndote los cebos para que te quedes enganchado.

—*Spegni la TV!* —gritó Donatello a mi espalda.

—¿Qué...?

Me arrancó el mando de la mano justo cuando el locutor comenzó a hablar y oí algo parecido a:

—*Parliamo di Don...*

—¿Qué haces? ¿Qué cojones te pasa? —Me volví, enfrentándolo—. ¿Por qué has apagado la televisión?

—*Basta!* —Tenía la cara congestionada.

—¿Quieres tranquilizarte y explicarme a qué viene esto? —Me levanté del sofá para rodearlo y ponerme frente a él.

—No, ya. —Se llevó una mano al puente de la nariz—. No quiero ruido, me duele la cabeza.

Y se marchó con el mando a la habitación.

Durante unos segundos no supe qué hacer, me quedé de pie como una estatua en el centro del salón, intentando entender qué había sucedido. Cómo una persona tranquila y sosegada como Donatello se había convertido en un

ogro. No me lo esperaba, pero tampoco podía decir que lo conociera lo suficiente para saber cuál era su verdadera personalidad.

Mis piernas respondieron antes que mi cerebro y me encaminé hacia la habitación que compartíamos, con más miedo que otra cosa. No, no le temía a él, sólo que no sabía qué era lo que podía encontrarme en aquel momento.

La puerta estaba cerrada, pero las voces que salían de su interior eran cada vez más altas. La velocidad a la que Donatello hablaba por teléfono y el tono de voz eran como un galimatías para mí, que no comprendía nada más que su humor había cambiado. En vez de disfrutar de la mutua compañía, me temía que iba a ser una noche difícil.

—*Calmati? Non sono disposto a sopportarlo!*

Donatello abrió la puerta y pasó por mi lado hecho una furia e, ignorándome por completo, caminó hacia el salón. Con el mismo brío, salió por la puerta de la casa dando un gran portazo.

Me apoyé en la pared y cogí una gran bocanada de aire, que solté muy lentamente. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué no me decía nada? ¿A qué venía ese arranque de ira?

La noche había caído sobre Salina, la casa estaba a oscuras y yo no había encendido ninguna luz. Comí lo que encontré en la nevera después de darme una rápida ducha y dejar que las lágrimas cayeran allí, donde nadie las viera. No eran de tristeza, sino de rabia absoluta, por haber hecho el imbécil de manera ridícula, creyéndome lo que no era.

Allí estaba yo, apoyada en aquel muro, con la tercera cerveza en la mano, sin sueño y esperando ¿qué? Tal vez la siguiente erupción del lejano volcán Stromboli.

Suspiré, cerré los ojos y le di otro sorbo a la botella. Volví a abrirlos justo cuando el rojo anaranjado de aquella maravilla de la naturaleza se encendía en la lejanía para iluminar la noche sin luna.

No quise mirar cuando sentí que Donatello llegaba a mi lado y se sentaba apoyándose también contra el muro, de espaldas al mar.

—Lo siento. —Su voz sonó casi como un susurro.

Me quedé en silencio. No sabía qué decirle. No era mi pareja, no era nadie más que una persona con la que estaba pasando unos días... ¿no? Así que, ¿qué le podía decir yo...?

—Ha pasado algo y no he sabido gestionarlo. —Me miraba buscando mis ojos.

Yo seguía mirando a la nada. No quería entrar en aquello.

—Dime algo, te estoy pidiendo perdón, que hablemos...

Finalmente volví mi rostro congestionado y él pudo ver que las lágrimas habían sido mis compañeras en la oscuridad.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que te perdono? ¿Perdonar el qué? ¿Tu arrebató? Donatello, esto tiene fecha de caducidad y los dos lo sabemos. No soy nadie para decirte lo que has de hacer o no, para perdonarte o no. No sé quién eres, no sé qué quieres y ni siquiera sé si me interesa saberlo. Esto es bonito, esto que estamos viviendo está bien, pero ¿qué más? —Temí que las tres cervezas que había bebido hubieran tomado el control de mi lengua.

—Malena. —Me agarró por los hombros, haciendo que me volviese, para poder estar el uno frente al otro.

—No, Donatello. No soy una mujer sencilla, ni mi vida es la más adecuada ahora mismo para perdonar a nadie. —Me estaba saliendo toda la rabia contenida, la que no había soltado en diez años—. Esto se acaba y yo no sé si...

—¿Qué no sabes?

—No sé si voy a poder sobrevivir sin ti. —Apoyé la cabeza en su pecho.

Sus brazos me rodearon con fuerza, apretándome contra él.

—Malena, Malena... —Me besó la cabeza.

—¡Cállate! —le grité, con la cara aún escondida en su pecho.

—No voy a callarme, Malena.

—¿Qué? ¿Vas a reírte de mí? —Me separé.

—No, porque todo el enfado ha tenido que ver contigo. —Lo oí suspirar.

—Donatello, yo no he hecho nada. —No entendía lo que quería decirme—. Hemos pasado un día fantástico y luego...

Levantó mi rostro y me calló con un ligero beso. Lo miré a los ojos intrigada y él continuó hablando:

—No quiero separarme de ti, no quiero que nadie estropee esto que está comenzando y deseo conocer cada rincón de tu personalidad.

—Pero ¿quién puede estropear esto sino nosotros? —le pregunté.

—Podrían ser tantas cosas, Malena... —Me abrazó, dejándome apoyar de nuevo la cabeza en su cuerpo.

¿Qué había pasado? ¿Qué era lo que había hecho que Donatello se enfureciera de tal manera? ¿Habría vuelto su ex? ¿Lo habría intentado extorsionar de alguna manera?

Suspiré profundamente para contener mis ganas de preguntar, pero estaba tan cansada que en ese instante me daba todo igual. No tenía idea de lo que había pasado, sólo sabía que finalmente mis sentimientos por Donatello habían salido a la luz y que estaba enamorándome de aquel italiano de ojos verdes que me derretía con su mirada.

Cerré los párpados y volví a tomar aire.

—Venga, Malena. —Nos separamos despacio.

Tenía un ligero dolor de cabeza. Sabía que la culpa era de las lágrimas y que en ese momento sólo me apetecía irme a la cama a dormir, descansar e intentar no pensar más en aquella extraña tarde que me había tocado vivir, después de estar metida en una burbuja de irrealidad.

«Hola, Malena, la vida es una hija de puta. Eso ya lo sabes, ¿verdad? Por lo tanto, deja de darle tantas vueltas a todo y vive el día a día.»

Lo que me estaba diciendo podría ser cualquier frase de Vicky. La echaba mucho de menos, sobre todo en aquellos momentos de confusión y dramatismo digno de cualquier telenovela turca.

Sentí la mano de Donatello quitándome la botella que aún sujetaba, vi cómo la dejaba en la mesa de la terraza y después, sin preguntar, me cogió de la

mano. Nos marchamos a la habitación, donde, sin hablar, nos cambiamos de ropa y nos metimos en la cama sin más propósito que dormir.

¿Qué le estaba pasando a Donatello?, me pregunté, acurrucándome en mi lado de la cama, mientras oía la lenta respiración de él.

Sabía que esa noche ninguno de los dos dormiría tranquilo.

Capítulo 14

Me desperté sola en la cama.

No sabía por qué tenía la sensación de que iba a ser así y lo cierto fue que no me sorprendió nada. Quizá el hecho de que él se levantara de madrugada mientras yo me hacía la dormida tuviera algo que ver. Sabía que había estado hablando por teléfono con alguien, como es natural no podía saber de quién se trataba, pero por el tono de voz debía de ser alguien que lo conocía muy bien, pues no estaba tan alterado como cuando se marchó la tarde anterior.

Me incorporé y me senté en la cama. El pelo se me arremolinaba sobre la cara, despeinado. Tomé impulso y me levanté. Caminé unos pasos en dirección al ventanal y descorrí la cortina para dejar que la claridad iluminara toda la estancia. No sé lo que me pasó, pero al mirar fuera sentí una congoja como nunca antes había experimentado.

El mar, el color negro de la tierra, los árboles verdes, las islas en la lejanía... Tuve la sensación de que aquel sueño estaba a punto de terminar, no sólo porque el viaje tocara a su fin o porque al día siguiente fuera mi cumpleaños, sino porque había algo dentro de mí que me decía que todo debía finalizarlo como lo había empezado: sola.

Me quité la camiseta y los pantalones que llevaba para dormir, sin dejar de mirar el paisaje; estaba realmente hipnotizada por aquel trozo de tierra. Era casi como una fotografía que nunca desaparecería de mi mente.

Estaba tan absorta en el paisaje, que cuando Donatello posó una mano en mi cintura salté asustada.

—Buenos días, *bella*. —Me besó el cuello.

—Me has asustado —reconocí.

—Lo he notado. —Me puso la otra mano en el otro lado de la cintura.

—Esto es precioso —le dije.

—Sí, el paisaje es realmente precioso. —Por su tono de voz sabía que no estaba hablando del mar y, ni mucho menos, de las islas.

—Donatello...

—Chis. —Besó de nuevo mi cuello—. Lo que pasó anoche fue una tontería, la culpa fue mía y prometo no volver a hacer o decir cosas que te puedan molestar.

—Pero no es sólo eso, tú y yo no...

—No, nada, Malena. —Subió una de sus manos para acariciarme un pecho—. Tú y yo hasta que queramos.

Me agarró del pelo y me echó la cabeza hacia atrás, para así tener acceso a mis labios y besarme. Mientras lo hacía, olvidó mi pecho para bajar despacio por mi vientre hasta mi sexo. Sus labios no paraban de provocar a mi boca, de jugar con mi lengua, que, convencida, recibía sus atenciones, mientras yo levantaba los brazos para sujetarle la cabeza. Sentí que me volvía a tirar del pelo, obligándome a echar la cabeza más hacia atrás, a que mi cuerpo se arqueara contra el suyo.

Luego me dio la vuelta y me abrió más para él, empujándome a continuación hasta que mi cuerpo caliente se pegó contra el frío ventanal.

—¡Donatello! —grité por la impresión.

—Esto sólo es el principio de lo que queda, Malena —su voz parecía más calmada, como si lo que estuviera diciéndome fuera una promesa.

¡Dios! Noté cómo uno de sus dedos se deslizaba en mi interior, haciendo que mis pechos se pegaran más al cristal.

—Debe de ser un espectáculo precioso visto desde fuera —susurró en mi oído.

Se apartó. Quise darme la vuelta, pero su advertencia me hizo desistir:

—No te vuelvas, Malena.

Oí que se deshacía de los pantalones y la camiseta, y abría luego la funda

de un preservativo. Su cuerpo se pegó por completo al mío, me cogió las manos e hizo que las pusiera en el cristal, una a cada lado de mi cabeza. Después, sin dejar de besarme el cuello, o volviéndome la cabeza para asaltar mis labios, buscó la entrada de mi sexo, se colocó de manera que pudiera penetrarme y, sin más dilaciones, lo hizo. Un golpe certero que me hizo estremecer. Me agarró la cintura para levantarme un poco, así encajaríamos a la perfección. Cuando me tuvo en la posición que él deseaba, bajó una mano para acariciarme el clítoris y empezó a bombear en mi interior.

No sabía qué pensar, no tenía ni idea de si se podía sentir algo así, si no era un pecado. Mi mente se estaba dejando ir, mis manos sólo querían tocar a Donatello, pero él estaba a mi espalda, follándome como un salvaje, mientras mi cuerpo demandaba más y más.

—*Malena, sei incredibile.*

«En italiano no, Donatello.» Me correría antes de tiempo si me hablaba así y tan despacio.

—*Amo il tuo corpo.*

Y ahí estaba, irremediablemente mi orgasmo me golpeó de manera alocada, desenfrenada. De no ser por cómo me sujetaba, era probable que me hubiera caído desmadejada contra el suelo.

—*Dammelo.* —Él continuaba sabiendo lo que hacía.

No sé si grité, gemí o simplemente me contuve, pero necesitaba respirar, recomponerme.

Donatello pareció leerme el pensamiento, así que salió de mi interior y, abrazándome, me tumbó en la cama. Él se colocó encima, dejando que su pene volviera a entrar en mi sexo. Cerré los ojos a la par que sus manos me acariciaban la cara y su boca bajaba hasta la mía para besarme, mientras su cuerpo comenzaba un lento vaivén que sería el comienzo de su propia liberación.

Cuando alcanzó el orgasmo, tenía el cuello en tensión, los ojos cerrados y su miembro enterrado en mí. Cayó finalmente entre mis brazos.

—Lo siento, Malena.

—Yo no. —Pensaba que hablaba de lo que acabábamos de hacer.

—No, siento lo de ayer. —Levantó la cabeza, aún enterrado dentro de mi sexo.

—Ah —no sabía qué decir—. Tranquilo.

—No, Malena. —Se apartó y se tumbó en su lado de la cama—. No debí dejar que mis problemas nos afectaran. Lo siento.

Me volví para apoyar la cabeza en su pecho.

—Ya te lo he dicho —no podía decir más—, no pasa nada.

Me besó la cabeza, a la vez que acariciaba despacio mi espalda.

—¿Quieres desayunar? —preguntó—. Era lo que venía a decirte cuando he entrado, pero no he podido contenerme al verte tan bonita.

Sabía que se me habían subido los colores, lo noté.

—Deja que me asee y me vista.

Entré en el baño y no sólo me arreglé; después, ya en la habitación, metí algunas cosas que tenía desperdigadas en la maleta. Alargué la mano a la mesilla, donde había dejado las gafas, y me las puse.

Nada más salir de la habitación, el olor a café inundó mi pituitaria. Me di cuenta de que no sólo tenía ganas de café, sino de comer.

—¿Huevos? —Donatello estaba en la cocina, echando en un par de platos el contenido de la sartén.

El humor me había cambiado, si es que lo que no haga el sexo, y a punto estuve de soltarle un «Más que tú», pero seguro que no lo comprendería, así que asentí antes de añadir:

—Si me dices que tienes beicon, soy tuya.

—¿Hasta cuándo vas a ser mía?

Sonrió, acentuando las arrugas de sus deliciosos ojos, mientras se volvía para coger otra sartén y ponerme unas lonchas en el plato.

—Hasta que te hartes de mí. —Pinché el beicon con el tenedor y le di un buen mordisco—. Pero te advierto que soy bastante insoportable —agregué

con la boca llena, sin poder remediarlo.

—Yo tengo mis arranques —dijo.

—Me he dado cuenta. —Seguí comiendo como si no lo hubiera hecho en semanas.

—¿Más?

Asentí, mientras él me servía más comida.

—Tengo mucha hambre —expliqué—. Anoche no cené mucho y hacer deporte me cansa.

Le sonreí antes de terminarme lo que me quedaba en el plato. Después me serví un café y me lo tomé con total tranquilidad, esperando a que él acabase también de desayunar.

—¿Nos llevamos el café a la terraza? —le pregunté luego.

Asintió, cogió su taza y la cafetera, y yo la mía y la leche.

Nos sentamos en aquel gran mirador sin decir nada. Con las tazas y todo lo demás sobre la mesa, situada estratégicamente para disfrutar de las vistas.

—La casa está decorada de maravilla, ¿sólo vive tu madre en ella? ¿No recibe invitados?

Donatello negó con la cabeza.

—Esta casa es su refugio. Ella sigue viviendo en Milán, pero le encanta pasar las vacaciones en su tierra.

—Pero tú tienes tu propia habitación —le apostillé.

—Claro, soy su hijo —sonrió—. Yo puedo venir cuando quiera, esté ella o no esté.

Asentí cogiendo la taza y llevándomela a los labios para darle un buen sorbo. El café estaba delicioso. No sé qué arte místico tenían en este país con el café, porque a pesar de que la cafetera era la misma que yo tenía, el sabor era mucho más intenso. ¿El agua? ¿El volcán? ¿Las manos de Donatello?

Subí los pies a la silla.

—Podría quedarme aquí toda la vida —solté sin pensar.

—Te advierto que en invierno es muy aburrido. —Se llevó la taza a los

labios.

—Bueno, creo que me has comprendido. Ya sabes... Quedarme así, con este sol, esta temperatura y no haciendo más que lo que estamos haciendo.

—El plan me gusta. —Dejó lo que tenía en la mano en la mesa—. Pero mañana es tu cumpleaños. —Asentí—. Y aunque sé que te gusta esto, debemos volver a Stromboli.

Adopté una expresión de perrito desvalido. Ladeé la cabeza, puse morritos y mis cejas se unieron en un intento lastimero de dar pena. Pero aunque usara las armas más convincentes, temía que la cabezonería de Donatello ganaría por goleada a cualquier intento por mi parte de olvidarnos de una celebración y estar los dos solos.

Me quedaban solamente tres días antes de que todo aquello terminara y no me apetecía hacer nada especial, simplemente disfrutar de Donatello y de lo que nos dieran esos días. Me daba igual que no visitáramos Vulcano, Alicudi, Filicudi o como narices se llamaran esas islas. Sólo quería estar en mi burbuja.

—Sabes que no va a ser posible —me dijo convencido—. Ya te hablé sobre tu cumpleaños, te dije que quería que fuera especial y allí puedo hacer algo especial.

—Pero si de verdad que no me apetece hacer nada... Estoy bien aquí, estoy bien contigo. Podemos cenar, podemos hacer el amor todo el día, ir a la playa...

Iba negando ante todas mis proposiciones, una detrás de otra, sin posibilidad de negociación. Lo intentaba de una manera, de otra, siendo insistente, siendo sibilina, siendo sexi, siendo un demonio cabreado, pero nada...

—Saldremos dentro de un rato. —Se levantó de la mesa para llevar los restos del desayuno a la cocina—. Así que prepara la maleta y yo limpiaré esto.

—No quiero, no me da la gana, no voy a ir —¿Por qué se empeñaba en

celebrar algo que yo no quería?

Me levanté de la mesa enfurruñada como una niña pequeña. En realidad, me daba igual si celebrábamos o no mi cumpleaños, pero no quería tener que volver a ir de un lado para otro. Era verdad que el viaje estaba siendo mucho más tranquilo de lo que en un principio mi exnovio había planeado, pero estaba tan bien que me daba una pereza mortal.

Al entrar en la habitación hice un reconocimiento rápido para ver si se había quedado escondido debajo de la cama cualquier objeto o camiseta, si los conjuntos de ropa interior que me había regalado Donatello cada noche se habían extraviado o estaban en la maleta. Todo estaba guardado, así que aproveché para vestirme de manera cómoda para ir de nuevo en la barca. Camiseta de manga corta ajustada y pantalones también cortos; debajo, por si había que salir nadando, un bikini de color rojo que aún no había tenido la oportunidad de estrenar.

Cogí el asa de la maleta para llevarla al salón. No había tardado más de veinte minutos en tenerlo todo preparado cuando, al asomar la cabeza por el pasillo, comencé a oír unas voces de mujer bastante estridentes. Me escondí pensando que podía ser alguien que quisiera hacernos daño, una reacción un poco cobarde, teniendo en cuenta que dejaba solo a Donatello contra quien fuese que fuera a hacerle algo. Así que me armé de valor y salí a ver qué sucedía.

Creo que se me demudó el semblante, no sé si sentí calor o frío, pero fuera lo que fuese, recorrió todo mi cuerpo, haciendo que lo que antes era tranquilidad y sosiego se convirtiera en furia y fuego. Pensé en Russell Crowe en *Gladiator* cuando dice «A mi señal, ira y fuego».

Nos miramos a los ojos. Ella, altiva y perfecta, dominante y estirada clavaba sus claros ojos en mí y levantaba la mano señalándome, mientras seguía diciéndole lo que fuera a Donatello. Él, en vez de intentar venir a mi lado y explicarme la situación, se deshacía en atenciones con aquella mujer, intentando tranquilizarla contándole no sé qué, mientras ella no dejaba de

decir cosas sobre mí. No lo entendía, pero lo intuía, y además me señalaba todo el rato... Bueno, lo de *puttana* sí que lo entendí a la primera.

Me había quedado paralizada mientras los aspavientos que hacía aquella mujer eran cada vez eran más exagerados y su tono de voz, más airado. Se movía de un lado a otro y en cada frase que terminaba acababa señalándome a mí, mientras Donatello seguía intentando hablar con ella calmadamente.

«Pero ¿qué haces? Ven aquí, Donatello, ayúdame, échala, quédate conmigo.»

—*Calma e fermati, per favore* —su voz sonaba lejana.

—*Non posso stare tranquila, Donatello.* —La mujer respiró y me miró de nuevo—. *Hai visto che cosa è successo?*

Desperté de golpe, como si estuviera siendo la espectadora de un verdadero espectáculo de folletín. No podía ser cierto que la examante de Donatello se hubiera plantado en aquella casa para echarle en cara que estuviera conmigo y mucho menos que él ni siquiera me tuviera en cuenta, que no viniera a decirme nada, a consolarme, a defenderme. ¿Y si aquella casa no era de él, sino de ella, de la amante? ¡Dios, qué horrible!

Cogí la maleta automáticamente y salí corriendo por la puerta, que estaba abierta, sin que nadie se dignara decirme nada. Ya vería cómo haría para desplazarme, pero en ese momento sólo quería huir de allí, irme, escapar en el primer barco que apareciera por el puerto. «Malena, qué gilipollas eres, lo sabías, ¿no?»

Recorrí casi al trote el camino pedregoso que llevaba al gran portón, que también estaba abierto. La maleta no ayudaba en nada, la mierda de ruedas se encallaban en cada pequeño guijarro que encontraba, haciendo que acabara dándole inútiles patadas.

Al cuarto patadón caí al suelo, me derrumbé y las lágrimas comenzaron a salir sin que pudiera hacer nada por impedirlo. «Malena, que la has cagado, que te has enamorado de un buscavidas, de un mentiroso de aúpa, de alguien que ha aprovechado tu debilidad para metértela hasta el fondo y tú te has

dejado como una boba.» Abracé la maleta como si fuera lo único que pudiera sostenerme en aquel momento, cuando oí por el portalón:

—¡Sorpresaaaaaaa! —Era mi amiga Vicky—. ¡Malena!

La grava del camino crujía mientras ella se acercaba a mi lado corriendo y se lanzaba casi en plancha en el suelo junto a mí.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te pasa? ¿Qué haces aquí en el suelo, llorando? ¿Por qué no estás dentro? ¡Lolo, Lolo!

—Sácame de aquí, Vicky, llévame donde quieras, pero ¡sácame de aquí ya!

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho algo? ¡Entro y lo mato! ¡Lo mato!

—No —levanté mi cara llena de lágrimas—, bueno, sí. Está con ella dentro.

—Malena —me llamó Donatello desde la puerta.

—Vamos, por favor. —Me levanté a duras penas, con las rodillas ensangrentadas, como si tuviera diez años y me hubiera caído en el parque.

Victoria, sin que yo la viera, se pasó un dedo por el cuello mirando a Donatello.

—No quiero volver a verle. —Oí sus pasos que se acercaban.

—Lolo, abre el coche —le ordenó Vicky a su novio.

Éste, con una ceja levantada, fue a preguntarle algo, pero ella le pidió silencio, dándole a entender que ya hablarían más tarde. Miró después a Donatello y le dijo por gestos que estaba loco.

Donatello llegó al coche. Al verlo, busqué el botón que cerraba los seguros para que no se pudieran abrir las puertas. No quería hablar con él, no quería escuchar más mentiras, más cuentos para no dormir. No, esa historia se había terminado en el momento en que vi que para él era más importante calmar a aquella mujer que estar conmigo.

—¡Malena, déjame explicarte! —gritó a través del cristal—. Baja del coche y te lo explicaré todo.

—Vámonos —le pedí a Lolo.

—Pero, Malena, quizá deberías dejarlo explicarse, ¿no? —me comentó

Vicky, volviéndose en el asiento delantero para mirarme.

—No quiero escuchar más palabras vacías. Ni de él ni de nadie.

—Estás haciendo mal, Malena —me dijo ella.

—Estoy haciendo lo que me sale de los cojones —solté.

—¿Sabes?, no te he echado nada de menos. No a esta gilipollas. —Victoria se volvió hacia delante.

—Malena, por favor. —Donatello seguía dando golpes en el cristal.

—Lolo, vamos —ordené.

—¡Malenaaaaa!

El grito de Donatello sonó largo rato antes de que sonido del motor y el camino lo ahogaran. Yo no quise mirar atrás, pero sabía que seguro estaba enfadado, aunque me daba igual. Debió pensar antes de actuar. Si realmente había roto con aquella mujer, no tenía que haber estado con ella, intentando calmarla. No. Si yo era a quien quería, debería haber ido a mi lado y defenderme, acunarme y echarla, si realmente aquélla era la casa de él. Ya dudaba de todo. No creía que él fuera guía, que la Zodiac fuera suya, que todos los regalos que me hacía fueran de su dinero, quizá sí del de ella... «¡Dios, Malena! ¿Qué has hecho?»

—¿Adónde vamos? —preguntó Lolo en inglés.

—No lo sé, donde la princesa decida —respondió enfadada mi amiga.

—Vámonos de esta isla, no quiero estar en el mismo espacio que Donatello —contesté, ahogando las lágrimas.

—Pues ya sabes —Vicky miró a Lolo encogiéndose de hombros—, volvamos por donde hemos venido.

—Qué lástima —se lamentó él.

—¿Qué es una lástima? —pregunté.

—Veníamos a darte una sorpresa —contestó Victoria—. Donatello nos contó lo del cumpleaños y queríamos estar contigo.

—Pues yo no quiero nada de eso, así que vayamos donde esté lejos.

—¿Vulcano? —le preguntó Lolo a Vicky.

—Vulcano —confirmó ella.

Volví a ponerme a llorar como una idiota, justo después de que dejáramos el vehículo aparcado en el lugar del alquiler y subiéramos al barco de Lolo, mucho más moderno que el que yo conocía de la noche de pesca, y poníamos rumbo a la isla de los volcanes.

Capítulo 15

Donatello

«Esto no puede estar pasándome a mí. ¿En serio he podido ser tan gilipollas como para no verlo?»

Donatello se sujetaba la dolorida mano, sin pensar mucho, cosa que últimamente le pasaba demasiado. Acababa de darle un puñetazo al muro de entrada de su propia casa.

Rabia, pura rabia era lo que corría por sus venas en aquel momento. No tenía ni la menor duda de lo que le estaba pasando era sólo culpa suya.

¿Por qué se lo montó tan mal? ¿No hubiera sido más fácil ser sincero desde el principio con Malena? Si tanto miedo tenía de enamorarse, ¿por qué no la había dejado en paz? Seguro que si hubiera mirado para otro lado y la hubiera olvidado aquella situación no habría ocurrido. Pero no, él, además de quedarse totalmente obnubilado por la belleza de aquella española tuvo que mentirle. ¿Para qué? ¡Para estar haciendo el idiota como en ese momento!

—¡Gilipollas! ¡Que eres un gilipollas! —No contento con el golpe que dio con la mano, ahora le daba una patada a la dura pared.

—¡Para, Donatello! —dijo una voz femenina—. Entra en casa ya y deja de hacer tonterías. Puede verte cualquiera...

—¡No me importa! ¡Estoy cansado de tanto esconderme! —bufó, caminando hacia la entrada.

Respiró un par de veces e intentó serenarse antes de entrar, cerrar la puerta de hierro y adentrarse en la casa cabizbajo, sujetándose la dolorida mano algo raspada por los nudillos.

El móvil sonó, le acababa de entrar un mensaje. Pensando que podría ser

Malena lo cogió de inmediato, pero no, el nombre que aparecía en la pantalla no era el de la mujer que acababa de abandonarlo por no haber sabido hablar a tiempo, sino el de Vicky, su amiga. Ésta lo instaba a quedarse en casa hasta que ella lo avisara de que la tempestad se había calmado. Eso sí, había añadido en perfecto castellano la palabra «gilipollas» bien clarita. Y se lo tenía merecido, para qué darle más vueltas.

Caminaba mirando la pantalla, acompañado de aquella mujer, mientras sus pensamientos iban más rápido de lo que él en ese instante necesitaba. Sólo había de serenarse, pero no, no iba a hacer caso de nadie. Necesitaba hablar con Malena, necesitaba estar con ella y dejarse de tonterías.

De repente, Donatello cerró la puerta de golpe y se enfrentó a ella:

—*Mamma*, las cosas no se hacen así. —La miró de frente, enfadado.

—¿Cómo que no se hacen así? —replicó Anna Rita.

—Has entrado como un caballo desbocado, sin importarte quién estuviera en la casa.

—Es mi casa y puedo venir las veces que me dé la gana —soltó enfadada.

—Eso no lo pongo ni lo pondré nunca en duda, pero te has puesto hecha una furia por algo que ni Malena ni yo hemos provocado —se justificó.

—Donatello, sabes que los *paparazzi* te persiguen por todas partes. Eres Donatello Orantelli —casi gritó—. A esos carroñeros les interesa todo lo que tú haces, con quién estas, cómo estás, qué comes, con quién lo comes y, sobre todo —lo sujetó por los hombros suavemente—, con quién estas saliendo. Te tienen por un conquistador de chica diaria.

Donatello bajó la mirada, sabiendo que su madre tenía razón.

Ser el dueño de varios hoteles de lujo, en los que los famosos de todo el mundo siempre estaban deseando alojarse, de varios clubes de moda en Milán y varias empresas heredadas de su padre hacía que fuera un hombre muy perseguido por la prensa, sobre todo después de haber roto con su pareja anterior, la famosa hija de un político muy mediático. Antes de eso, sólo era un exitoso hombre de negocios gracias a su padre y al trabajo de su madre, que,

al fallecer su marido, se puso al mando de todo hasta que Donatello fue lo bastante mayor como para poder llevar esos negocios heredados y emprender los suyos propios en hostelería.

—*Mamma* —suspiró—, yo nunca quise esto y lo sabes.

—Pues haber elegido mejor de quién te enamorabas. —Le levantó la barbilla para que la mirara a los ojos—. Ella nunca te quiso.

A pesar de la edad y de las arrugas en su rostro, Anna Rita era bella. Pero no era una belleza al uso, su rostro anguloso destacaba como el de una estatua griega gracias a un fantástico corte de pelo; su nariz grande y sus cejas eran el marco perfecto para sus ojos claros, verdes como los de su hijo.

—Lo sé ahora, y me arrepiento de haber dejado que nos vieran en todas partes. —Suspiró—. Fui la comidilla de la prensa del corazón cuando me dejó...

—Por eso no puedes hacer lo que quieras. —Se movió nerviosa—. Estoy aquí para poner las cosas en su sitio. Si yo he visto lo que ayer sacaron en televisión, lo habrá visto todo el mundo...

Donatello frunció el cejo. Sabía que los habían pillado caminando por las calles de Stromboli, que habían conseguido alguna fotografía lejana de ellos dos juntos en la barca, que gracias al cielo no era muy clara, y de su llegada a Salina, además de otras cuantas fotografías más de ellos paseando cogidos de la mano.

Sabía perfectamente lo que había sucedido y de ahí su enfado al ver la televisión puesta. También eso explicaba que desapareciera casi toda la tarde anterior para poder solucionar el tema y, sobre todo, para poder despejarse la mente y pensar de qué manera hablar con Malena sobre lo sucedido. No quería contarle quién era, no después de saber que acababa de romper con un hombre también de clase alta, aunque un verdadero imbécil por dejarla. Él no quería que lo conociera por lo que tenía sino por lo que era y los dos estaban bien juntos. Donatello quería que lo suyo no fuera un amor pasajero, sino algo

más... Él podía mantener la llama, él podía... Suspiró cogiendo aire antes de volver a contestarle a su madre.

—*Mamma*, soy adulto y sé manejar estas cosas —aseveró.

—Donatello, te vi a punto de salir de la piscina del hotel sin bañador, de decir que mi hermano era el dueño... —Lo miró severa.

—Todo tiene una explicación.

—Todos saben quién es ella. Han averiguado que es una buscafortunas...

—¿Qué dices, *mamma*?! No tienes ni idea de quién es Malena. —Caminó de un lado a otro del salón, masajeándose el puente de la nariz—. No es una caza nada.

—Pues en la televisión dijeron que dejó a un tipo en España para estar contigo, hijo.

Donatello levantó la mirada y la fijó en su madre.

—*Mamma*, a Malena la dejaron plantada el día antes de su boda —explicó.

—Ah, bueno, entonces sólo está contigo para consolarse —dijo sin pensar.

—No, no y no. —Estaba cada vez más nervioso—. Malena no es para nada así, ¿de acuerdo? Y si se ha marchado de aquí de la forma en que lo ha hecho es porque piensa que tú eres mi amante.

—¿Cómo? —Su madre abrió los ojos como platos—. ¿Me lo puedes explicar? —Le hizo una señal para que se sentara a su lado en el sofá—. No tengo ninguna prisa, pero sí estoy ansiosa por conocer qué historia te has inventado. Cada día me sorprendes más.

Donatello se sentó a su lado y comenzó a contárselo todo, desde el día en que no pudo coger el helicóptero desde Catania por el mal tiempo y tuvo que alquilar un coche para ir a Milazzo, para después tomar un aliscafo que lo llevara a Lipari. Todo porque quería estar en el cumpleaños del Nono —cosa que a su madre, que desde hacía tiempo estaba en Stromboli, no le hizo ninguna gracia, aunque lo sabía.

Luego le contó cómo, desde el aeropuerto, tropezó una y otra vez con Malena y su triste rostro, cómo la ayudó cuando su vomitona y todo lo que

vino después, mentiras incluidas, hasta el punto en el que estaban en ese instante, con ella sin querer saber nada de él.

Cuando finalizó su relato, se sujetó la cabeza con las manos y se echó a llorar preguntándose por qué no había sido capaz de decirle ya la verdad y no, como tenía planeado, el día siguiente, en su cumpleaños. Quería que ese cumpleaños fuera el más especial de su vida...

Anna Rita movía la cabeza contrariada, intentando digerir todo lo que Donatello le había contado. No podía creer que su hijo hubiera hecho todo aquello y mucho menos por una mujer a la que acababa de conocer.

Sonrió ligeramente sin que su hijo la viera y se acercó un poco más a él para abrazarlo como cuando era un niño pequeño, acunándolo. Hacía mucho tiempo que no lo veía así, tan triste, tan desolado y sin saber qué hacer. El amor era así de inesperado, pensó Anna Rita.

—*Mamma*, tengo que hacer algo —dijo entre sollozos.

—Donatello, ni siquiera sabe quién eres, ¿crees que perdonará tu mentira?

—No lo sé, *mamma*, pero no la voy a dejar escapar.

—*Mio bambino caro* —finalizó como la misma Maria Callas en la ópera de Puccini, sabiendo que su hijo había caído en la peor de las redes: la del amor.

Capítulo 16

—¿Quieres hacer el puto favor de salir?!

Los gritos de mi mejor amiga llevaban dándome la murga desde las nueve de la mañana. La pobre Vicky, con la mejor de las intenciones, había querido entrar en mi habitación para desearme un feliz cumpleaños, porque, a pesar de todo, sí, era mi cumpleaños, pero yo tenía la puerta atrancada. No quería que nadie me molestara, que pudieran hacerme la puñeta intentando celebrar algo que no me apetecía lo más mínimo. Pero no, allí estaba ella, gritando como una posesa:

—¡Lolo, trae el hacha!

Admito que al oír eso me asusté y a punto estuve de esconderme debajo de la cama, ya sabéis, por eso de agarrarla por los tobillos, tirarla al suelo y tener, como mínimo, unos segundos para poder escapar saltando por encima de la cama y atrancando la puerta desde el otro lado. Un minuto de ventaja, pero creo que suficiente para poder poner mi vida a salvo.

Gracias al cielo, oí que Lolo se escandalizaba. Los gritos de una y otro iban a peor y mi amiga no cedía en su empeño de querer tirar la puerta abajo.

El día se había despertado gris, como mi humor, y tenía un fuerte dolor de cabeza, gracias a la noche anterior. Porque, después de navegar en un barco mucho más moderno que el de la pesca de calamares en Lipari, al llegar a la casa que Lolo tenía en Vulcano entré en la cocina sin pedir permiso y asalté la bodega. No hablé con nadie, sólo cogí una botella de vino que encontré por allí y, después de abrirla, le di un trago sin siquiera coger un vaso. ¿Para qué? Si la botella iba a ser mía y no la compartiría con nadie...

—Malena —Lolo se sentó a mi lado y lo miré—, ¿quieres que hablemos?

—me preguntó en inglés.

—No. —Le di otro sorbo a la botella, mirando la mesa.

—Malena —Vicky se sentó enfrente—, te aseguro que todo tiene explicación.

—Claro, la de que Donatello me dijo que era la casa de su madre y resultó que era de la tía esa, a la que se estaba tirando y me dijo que había dejado.

Vi que mi amiga se llevaba las manos a la cara, nerviosa.

—A ver, Malena, ¿has dejado que Donatello te lo explique? —quiso saber.

Negué y además le lancé una mirada asesina, de esas que dicen «no sigas por ese camino».

—Pues me da igual. —Arrancó de mis manos la botella para darle un buen sorbo sin mi permiso—. Creo que te has comportado como una niña pequeña.

—¡Venga! —Ahora fui yo quien le robó la bebida—. Me vas a decir que no vi lo que vi, que todo es una equivocación y que, además, era una escenita de celos que ella le estaba montando por haberla dejado.

Me levanté airada con la botella en la mano y empecé a caminar de un lado a otro de la pequeña cocina, como si buscara algo. Lógicamente no buscaba nada porque no sabía dónde estaba nada en aquella casa.

—Malena, *tranquilla*. —Ni la suave voz de Lolo conseguía tranquilizarme.

—No, Lolo —le hablé de nuevo en inglés—. Yo sé lo que vi y, además, lo peor de todo es que ya sabía yo que Donatello era un gigoló de medio pelo.

Le di otro sorbo a la botella, uno tan largo que al pasarme por la garganta por poco me deja sin respiración y al borde de la maniobra de Heimlich, e inmediatamente después la solté de golpe encima de la mesa. Tanto Victoria como Lolo dieron un respingo al no esperarse aquella acción. Luego puse las dos manos en la mesa de la cocina y, mirándolos a los dos, solté un contundente:

—¡Se acabó Donatello! —Di una palmada en la madera en la que me apoyaba—. No quiero volver a oír hablar de ese gigoló, puto, ponecuernos...

—Para, para, para. —Vicky cortó de golpe toda la retahíla de insultos que

tenía pensado regalarle a aquel donjuán de medio pelo—. Respira antes de seguir, Malena.

La miré levantando una ceja, la conocía lo suficiente como para olerme que estaba al corriente de alguna cosa que yo desconocía. Pero era mejor esperar a que de su linda boquita saliera todo lo que tuviera que salir y si era sobre aquel cerdo de Donatello... mejor.

—Mira, no voy a seguir, pero no porque me lo pidas tú, sino porque no me da la real gana, así que... —Agarré la botella, casi me la terminé, volví a dejarla en la mesa y fui a por otra de la bodega.

Lolo quiso detenerme, pero al levantarse para que no siguiera cometiendo la locura que sabía me iba a costar una gran resaca, la mano de Vicky lo cogió por el antebrazo, dándole a entender que lo mejor que podía hacer era dejar que me marchara.

—En la nevera tienes algo de pasta —me dijo mi amiga sin mirarme.

La abrí, cogí el táper, un tenedor, la botella ya abierta y desaparecí camino de la habitación que me habían asignado.

Y lo que pasó dentro, pues eso... Alcohol, lágrimas y espaguetis con tomate fríos. No sé si realmente fue ése el orden, pero cuando la calma pareció haber vuelto a la mansión de los horrores, me di cuenta de que llevaba un espagueti a modo de adorno en el pelo.

Miré a mi alrededor y lo que vi casi era más desolador que lo que Victoria habría hecho si hubiera podido entrar en la habitación. Una botella, bueno, dos, ya que me escapé a medianoche a por otra, y un táper vacío por los suelos, con un tenedor en su interior. Todo muy Diógenes a la par que patético.

Me acaricié un poco la cara después de hacer desaparecer el espagueti de mi pelo y me incorporé en la cama.

Tenía sed, mucha sed, mi boca parecía un saco de esparto. Pero lo peor no era eso, sino que, además, mi estómago se empeñaba en moverse más de lo que hubiera deseado. ¡Dios, si es que era tonta de remate! Sabía perfectamente lo que iba a suceder al día siguiente, pero sólo quería olvidar, dejarme llevar

por el efecto balsámico de la bebida. ¡Ignorante de mí! Me pasé la noche llorando y recordando cada minuto con el «innombrable».

—¡Sal de aquí yaaaaaaa!

Victoria estaba en la habitación. Salté de la cama, gritando como si hubiera entrado un monstruo y me puse a correr de un lado a otro con los brazos en alto, sin saber qué hacer.

La ventana del cuarto daba a la calle y, sin hacer ruido, como si fuera el mismísimo Jackie Chan, Vicky entró por ella hecha un basilisco. Me pilló desprevenida, con mis pensamientos en otro lado, cuando abrió las ventanas de sopetón, golpeando las hojas contra la pared, sobresaltándome. Después de meterse dentro, ágil como un gato, se lanzó a por mí como si estuviera poseída por el espíritu de un loco escapado de una institución mental.

—Socorro, socorroooooo —era lo único que salía de mi boca, mientras me escondía detrás de una mesilla que había usado como parapeto.

—Ni socorro ni auxilio. —Vicky consiguió agarrarme del brazo, la mesilla no daba para mucho.

—Suéltame, loca, seguro que quieres matarme. —No sabía lo que decía, iba a vomitar de un momento a otro.

—Mira, no me des ideas, porque lo hago... ¡Juro que lo hago!

—Tú eres mi amiga, tienes que cuidarme, no matarme —me defendí.

—Yo te quiero mucho y todo lo que digas, pero no, querida. —Con un movimiento digno de un maestro de kung-fu estaba a mi lado, agarrándome con las dos manos—. Vamos a salir de aquí, nos vamos a dar una ducha y después vemos qué nos depara este día de mierda que se ha levantado.

—No quiero —repliqué.

—Cállate ya, en serio...

—Claro, como a ti te va todo tan bien en la vida.

—A ti tus padres no te han dado una hostia bien dada a tiempo —soltó ella, cabreada.

—Pero para eso ya estás tú, ¿no? —Por hablar me soltó una colleja que me

echó todo el pelo en la cara.

—¿Quieres más?

—Sé más suave conmigo, me han roto el corazón dos veces en menos de un mes.

—Y si sigues así te van a romper las piernas. —Me estaba empujando a la puerta.

—¡Aaaah! —grité.

—¿Y ahora qué? ¡¿Quééééé?! —preguntó.

Señalé el suelo y mi pie hundido en el táper sucio.

—Me he hecho daño.

—Señor, dame paciencia, porque como me des superpoderes...

Abrió la puerta de la habitación sujetándome por la muñeca con fuerza, no iba a dejarme escapar bajo ningún concepto. Menos mal que allí estaba el bueno, el paciente, el santo varón de Lolo —porque para aguantar a mi amiga tenía que ser eso y mucho más— con un par de analgésicos y un vaso de agua. Con la mano libre, la que no me sujetaba Victoria, cogí lo que me ofrecía sin pararme, mientras ella me llevaba al cuarto de baño. Allí no me dio opción, cerró la puerta con pestillo para que estuviéramos las dos solas y nadie nos molestara, abrió el agua regulándola un poco hasta que estuvo bien y me hizo entrar bajo el chorro.

—Dúchate, hueles a choto —soltó, mirándome a los ojos.

—Hay mil formas de decirme las cosas, ¿tienes que ser siempre tan desagradable? —le eché en cara mientras estaba desvistiendo.

—A veces lo soy mucho más, pero tú estás colmando mi paciencia.

—¿Yo? ¡Tócate los cojones, Victoria! —Me desnudé por completo—. Siento no ser una tía dura como tú, alguien que no siente nada, que, cuando le rompen el corazón, le mienten, la engañan y la tratan como a una cualquiera pasa página.

—Vete a la mierda, Malena —dijo muy enfadada—. Esto lo hago por ti y sólo por ti. Así que a mí déjame a un lado y no vuelvas a decirme cómo soy o

dejo de ser, porque te estás pasando tres pueblos.

—Y tú no, ¿verdad? Porque venir a este puto viaje fue idea mía, ¿no?

—Bonita, no sigas por ahí. —Pareció a punto de darle un puñetazo al montón de toallas bien dobladas que había a su lado—. Lo que haya pasado en estas islas es sólo cosa tuya, ¿de acuerdo?

—Sí, y eso es lo que más me jode. —Entré a la ducha para que no viera mis lágrimas.

—Feliz cumpleaños, gilipollas. —Después de correr el pestillo, Victoria se marchó del baño, dando un buen portazo.

Me derrumbé de nuevo bajo el agua, con el chorro de la ducha dándome directamente en la cara. Pensé que sería un buen momento para dejarme morir, con una de esas torturas que usaban los de Guantánamo con los presos. Muerte por agua. Y en mi epitafio pondría algo así como «Murió por tonta de los cojones» y yo desde el cielo estaría agradecida por lo específicos que habían sido en aquel reconocimiento tan sincero a mi personalidad.

Pero ¿cómo podía ser tan idiota? ¿Cómo había podido dejarme engañar? Que sí, que vale, que estaba necesitada de atenciones, que Donatello estaba más bueno que el pan con aceite de las mañanas, que sus caricias eran deliciosas, sus besos apasionados y su forma de hacerme el amor increíble... Pero ¿cómo había podido caer? ¿Tan mal estaba como para sucumbir ante cualquiera que me prestara atención?

Puse las manos en los azulejos y dejé caer la cabeza hacia delante. Suspiré, derramando ya las últimas lágrimas que anegaban mis ojos. Sólo quería olvidar y volver a casa, aunque fuera a la de mis padres.

Respiré un par de veces más y cerré el agua.

Cuando iba hacia la habitación, cubierta con una toalla y descalza, en la sala sólo vi a Lolo, mirándome con cara preocupada. Qué suerte había tenido Vicky de encontrar a un hombre tan comprensivo como él, porque para aguantarla a ella había que ser comprensivo, paciente y sentir mucho amor. Victoria era un sol, pero algo intensita también.

—¿Va todo bien? —preguntó en nuestro idioma común, el inglés.

—Va, que no es poco. —Le sonreí.

Él no dijo nada más, dejó escapar el aire de sus pulmones antes de negar con la cabeza. ¿Tanto se me notaba?

—Feliz cumpleaños. —Se acercó y me dio un beso en la mejilla.

Tal como yo iba en ese momento, con la toalla y el pelo mojado por la espalda, no se atrevió a darme un abrazo. ¡Sólo me faltaría que la loca de mi amiga pensara lo que no era! ¿O era yo la que estaba loca y no dejaba de pensar en tonterías supinas?

Un rato más tarde y ya con el cuerpo más asentado para la mierda de cumpleaños que iba a tener, esperaba sentada en la terraza de aquella casa en un lugar que olía a huevo podrido. Porque sí, Vulcano olía a pedo por todas partes y era la más agreste de las islas Eolias.

Podía ser porque su volcán, latente, no dejaba de echar vapores a la superficie, dándole aquel maravilloso olor al ambiente. También tenía que decir que, aunque está prohibido construir en ella, había muchas casas, restaurantes y hoteles.

—Vamos, ¿te has tomado ya el café? —Mi amiga apareció con un par de botas de montaña en las manos en el salón.

—¿Para qué es eso? —pregunté, sabiendo la mitad de la respuesta.

—Pues para que te las pongas. —Lo sabía—. Nos vamos a dar un paseíto hasta el Gran Cráter para que se te pase la resaca.

—¿Éste va a ser mi regalo de cumpleaños? —repuse asombrada.

—En realidad, tu regalo de cumpleaños lo estropeaste tu ayer. —Me lanzó las botas a la cara—. Vamos, pónelas.

—¡Serás! —repliqué con una bota en una mano y la otra sujeta en mi frente con el antebrazo libre—. ¿Tengo que ponerme otra ropa?

—Vas bien. No hace frío, pero es mejor que vayas con los pies de princesa bien protegidos.

—Tróspida —la insulté por lo bajo.

—Te he oído —dijo.

—No creas que lo he dicho para que no me oyeras; al contrario, quería que lo hicieras, animal de bellota —respondí.

—Burra. —Salió por la puerta, después de coger una pequeña mochila.

Mientras me ponía las botas, que en su interior tenían unos maravillosos calcetines de cinco centímetros de grosor, sólo pensaba que estaba tan cerca de Sicilia que lo mismo iba por un billete de barco y me largaba de allí sin avisar a nadie. Sí, dejaría toda mi ropa en Stromboli y que se la dieran a los pobres. Me daba absolutamente igual...

—¿No va a venir Lolo con nosotras? —pregunté.

—No, él tiene que hacer unas cosas. —Comenzó a caminar—. Yo soy la que está de vacaciones, él trabaja —finalizó toda seca.

En realidad, no sabía si ella estaba siendo demasiado dura conmigo o yo demasiado quejica. Aunque tenía mi derecho al pataleo. ¡Qué narices! Tenía derecho a cagarme en Sanpitopato, porque la vida se había empeñado en ponerme muchas piedras gordas en el camino en muy poco tiempo. ¿Cuando volviese al curro tendría que recuperar los días de no boda? Sí, en eso estaba pensando en ese momento. Bueno, y en un millón de cosas más, mientras iba tras los pasos seguros de mi amiga, que ni siquiera se había dignado darse la vuelta para ver si la seguía o no.

Cogí la goma que llevaba en la muñeca y, mientras caminaba, me fui haciendo una trenza, sobre todo por la humedad del ambiente y el poco tiempo del que había dispuesto para arreglarme la maraña de pelo que tenía por cabellera.

—Oye —dije después de media hora caminando, siempre detrás de Vicky —, ¿cuánto queda? Es que me cuesta un poco respirar.

—Eso es la resaca —sentenció sin mirar atrás.

—Será lo que quieras, pero si me muero aquí será por tu culpa y, además, el día de mi cumpleaños.

—No me lo echas en cara, eras tú la que no querías celebrar nada. —Por

primera vez se paró y me miró—. Así que he decidido hacer un poco de deporte para depurar tu cuerpo y, ya que no subimos al Stromboli, por lo menos vemos éste.

—Pero tú ya lo has visitado, ¿no? —Asintió—. Entonces, ¿no era mejor bajar a dar un paseíto por la orilla del mar, hasta que se me pasara el dolor de cabeza?

—No, lo mejor era que vieras esto. —Me dio la mano para continuar caminando.

—De verdad que me estoy ahogando...

—Los gases no son peligrosos si estamos sólo un rato.

No tardamos más de otra media hora en llegar a la cima de aquel gris y humeante pozo lleno de gases sulfurosos. De esos que olían a huevo podrido, aunque creo que ya lo he dejado clarito. Me imaginé que la falta de aire tenía que ver algo con aquel gas. Era lo lógico, nadie podría vivir eternamente metido dentro de un pozo lleno de azufre, ¿o sí?

Nos quedamos en una especie de mirador en el que un letrero con unas indicaciones nos explicaba un poco dónde estábamos y lo que veíamos. En realidad, ver, lo que se dice ver, no se veía mucho, pues el tiempo había empeorado allí arriba y entre el frío y la niebla sólo podía distinguir el humo que salía de aquellos agujeros.

—Vicky, el día que subiste imagino que se vería mucho mejor, ¿no? —me quejé.

—La verdad es que sí, pero ¿a que ahora estás mejor de lo tuyo?

—No te creas, sigo respirando mal y la cabeza me va a estallar.

—¿Te has tomado lo que te ha dado Lolo? —preguntó preocupada.

—Sí me lo he tomado, pero no sé si me va a hacer nada, teniendo en cuenta lo que bebí —respondí tosiendo.

—Bueno, visto lo visto, creo que lo mejor será que regresemos y demos comienzo a la segunda parte del día...

—¿Qué será? —La miré casi asustada.

—Visto que esto no te ha ayudado mucho a desconectar, nos vamos a ir a las piscinas de lodo —contestó.

—Creo que esa parte me gusta bastante más que ésta. —Tosí de nuevo, sintiendo que se me cerraba la garganta.

—Ya, lo sé, siempre has sido de meterte hasta el cuello en el barro —dijo ella, haciendo referencia a los problemas en los que siempre me había visto metida.

—Muy graciosa. —Tosí roncamente—. Me voy a sentir como si estuviera en el mar Menor.

—Bueno, puede, pero esto huele un poco peor —afirmó riendo.

Bajamos, esta vez las dos juntas, por el mismo camino que habíamos tomado para subir a aquel mirador en el que todo era de piedra oscura y gris. Aunque era un paisaje árido, debía admitir que los amarillos que dejaba el azufre en los agujeros por donde salían los vapores eran, como poco, curiosos.

Estaba ya bastante cansada de subir y bajar. Si bien ya podía respirar algo mejor, desde que los vapores no me daban directamente, me sentía bastante rara. Aquella resaca estaba siendo peor de lo que podía esperar y ya no era el dolor de cabeza, que había disminuido nada más bajar de la montaña, sino que mi mismo cuerpo estaba raro. No era el estómago, pero algo raro me estaba pasando...

—Mira, es por aquí. —Vicky me señaló un camino arenoso que rodeaba una apestosa piscina de color gris.

Estaba vallada de manera bastante rústica, con simples maderos. Éstos sujetaban carteles en los que se daba la información necesaria para los visitantes que deseaban tomar aquellos baños de lodo. Caminamos alrededor hasta llegar a la entrada, que tampoco es que fuera muy sofisticada: una mesa, una silla de plástico y unas casetas para cambiarse de ropa. Los lodos ya te los quitarías en el agua del mar. Desde allí se tenía acceso directo a la playa, aunque no sabía yo si el tiempo iba a acompañar mucho, pues aún seguía gris, pese a que en la lejanía comenzaban a verse algunos claros.

Caminamos hasta el vestuario, después de pagar la correspondiente entrada para disfrutar como gorrinos en el barro. La verdad era que nunca lo había hecho y me apetecía muchísimo ver si era cierto que un baño de lodo lo curaba todo. Me reí al pensar eso, pues estaba segura de que lo mío no se curaba ni regresando atrás en el tiempo para avisar a mi yo del pasado de que no se ennoviara con Juan Pedro, pues la abandonaría el día antes de su boda... Qué ilusa.

Ese día era mi cumpleaños e iba a ser un día especial, cumpliría treinta y dos, estaría casada, de luna de miel y viviría día diferente, en la que se suponía que sería feliz. Pero no, la vida no siempre te da lo que esperas: ella tiene otros planes diferentes a los que tú siempre soñaste; así que el día de mi aniversario estaba de resaca, casi sin poder respirar y con un dolor de cabeza que me estaba matando por culpa de la bebida. Una borrachera que pensé que me haría olvidar al culpable de mi mala suerte. ¿Juan Pedro? No, Donatello. Un italiano de ojos verdes, cabello oscuro y tantas cosas que me hacían suspirar y que no hacía más que taladrar mi memoria una y otra vez.

¿Es que de verdad no merecía tranquilidad? Ni siquiera estaba pensando en amor, eso ya lo tuve y sabía cómo era a pesar de las zancadillas de la dichosa vida. Sólo quería estar tranquila...

«Feliz mierdacumpleaños, Malena. Eso es lo que vas a celebrar hoy: una mierda pinchada en un palo.»

—¡Eo! —La mano de mi amiga se paseó por delante de mi cara—. ¿En qué piensas? ¿O es que te ha dado un tabardillo?

—No, nada, es que... —pensé rápido para no tener que dar explicaciones— no tengo bañador.

Metió una mano en su bolsa y sacó dos bikinis. Me dio uno.

—Ya sé que no lo vas a llenar tan bien como yo —se sujetó las tetas a modo de muestra, haciéndome reír—, pero seguro que puedes apañar algo.

—Estoy segura de que algo podré hacer. —Me dispuse a cambiarme de ropa.

Luego caminamos unos metros hasta llegar a la orilla de aquel lago de lodo, de cuyo olor ya no voy a volver a hablar, porque era exactamente el mismo que había en toda la isla.

—Vamos. —Victoria ni se lo pensó, sólo le faltó tirarse de cabeza—. Está medio bien, medio babosa, medio caliente, medio asquerosa...

Se movía despacio, mientras sus manos entraban y salían de aquel líquido de color grisáceo con pinta que daba bastante grima. Por sus dedos caían chorretones y a la muy cerdaca, al ver que me estaba riendo, sólo le dio por fingir que era una guarrada que se le escapaba por la trasera del cuerpo.

Le solté alguna idiotez que hizo que la tontería que estaba haciendo fuera más evidente. Si no nos echaban de allí por escándalo público, ya no nos iban a echar en ningún momento.

—Anda, tira para dentro, alma de cántaro —me dijo, antes de que yo hiciera como si no la conociera.

—Voy, pero estás como una cabra, hija. —Metí un pie.

La sensación era algo rara, viscosa, pero por lo demás parecía bastante agradable. Diría más, placentera y todo. Así que no me lo pensé mucho más y me acerqué a Vicky, metida hasta la cintura en el lodo, mientras ella intentaba hacer un amago de flotación que no le salió nada bien. Tuvo que incorporarse de manera inmediata para no morir ahogada en el barro. Haciéndose la digna, me miró con las manos llenas de aquel cieno y me preguntó:

—¿Quieres que te sobe un poco? —Y se movió insinuante—. Pero te lo advierto, si te corres te cobraré el doble.

—El doble de tortas te voy a dar yo a ti, idiota. —Y le lancé un poco de barro a la cara.

—Ay, hija, qué borde y yo pensando que tenías un puntito bisex. —Cogió el barro de sus manos y se lo extendió por el cuerpo como si fuera una modelo.

Yo la imité, no en los movimientos insinuantes, sino metiendo las manos en el fondo de la piscina para sacar lodo y comenzar a extendérmelo por la tripa,

espalda, pecho, brazos y cara. Tal como veía que todo el mundo estaba haciendo, hasta que advertí que algo no iba como debería.

—Vicky. —Me apoyé en mi amiga.

—Dime —contestó sin mirarme, pues estaba embadurnándose ella también.

—Algo no va bien.

—Ya sé que algo no va bien. —Continuó con su tarea—. Pero no es sólo que algo no vaya bien, muchas cosas en tu vida no van bien.

—Que no es eso —le respondí.

—Anda que no —dijo convencida—. Por eso te quiero dar una sorpresa, pero será luego...

—Vicky —abrí la boca intentando tomar un aire que no quería entrar—, no puedo respirar...

Y en ese mismo instante comenzó el caos.

Sé que me desplomé en el suelo, más bien en el lodo, y lo último que oí fue a mi amiga gritando como una loca y sosteniéndome para que no me hundiera en aquella viscosa piscina.

Capítulo 17

Vicky

No sé en qué momento se me ocurrió prepararle aquella sorpresa a Malena.

Cuando me dijo que algo no iba bien, pensé que estaba sincerándose conmigo, igual que los miles de veces que lo habíamos hecho la una con la otra, y no le di más importancia, pues después de esas palabras llegaba el monólogo en el que ella comenzaba a desgranar sus pensamientos: que si todo le iba mal, que si se había equivocado con Donatello, que si Juan Pedro, que si regresar a Madrid...

De lo que ella no tenía la más mínima idea era de lo que pasaría después de salir de la piscina de lodo. Todo estaba planeado para que Donatello la esperara en la playa y allí pudieran hablar con toda la tranquilidad del mundo. Lolo, su primo, lo había planeado de manera perfecta para que los dos pudieran estar juntos y aclararan sus problemas.

¿Que yo podría haberle contado quién era Donatello? Claro que podría haberlo hecho y así no dejarla que sufriera tanto, pero ¿no era más bonito hacerlo de manera romántica? Ellos dos en la playa, él pidiéndole perdón y contándole que es multimillorrico, bueno, no tanto, pero podía permitirse tocarse las bolas de vez en cuando sin que el jefe le gritase —teniendo en cuenta que él es el jefe—. Diciéndole que aquella mujer era su madre, no su amante, y acabando con un beso, un abrazo y un «para siempre». ¿Que me había venido arriba? Seguro que sí, pero aún seguía creyendo en el amor a primera vista. No había más que mirarnos a Lolo y a mí. Aunque eso no es lo que estaba contado, sino otra historia.

Pero lo que yo no podía esperarme era que aquello de «algo va mal»

tuviera que ver con ella, con que Malena se encontraba mal y acababa de desplomarse en el lodo y no movía ni un músculo.

Tardé décimas de segundo en reaccionar, pero nunca antes me había sucedido aquello, así que hice lo primero que me vino a la cabeza: gritar. Gritar muy fuerte para pedir ayuda, aunque yo ya estaba metiendo los brazos en el lodo para sacar a mi amiga y evitarle una desagradable muerte por ahogamiento.

La gente comenzó a apelotonarse a nuestro alrededor y, lógicamente, a ayudarme a sacar a Malena de la piscina. Vi que algunos corrían arriba y abajo, otros que cogían el móvil para llamar a una ambulancia y los menos, hijos de puta, para hacer fotos o vídeos. Estaba muy nerviosa y, sin saber qué más hacer, confié en la buena voluntad de la gente y que los de urgencias vinieran lo antes posible. Gracias al cielo, en medio del jaleo que se estaba montando en aquella piscina, vi a lo lejos a Donatello. Nada más reconocerlo le grité, lo hice como una loca, poseída por el espíritu de un altavoz. Me miró un momento, extrañado al no reconocermela llena de barro, pero en el instante en que vio que la persona a la que estaban sacando del lodo era Malena, echó a correr despavorido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en inglés, sin resuello, al llegar a mi lado.

—No lo sé, Donatello, se ha desplomado —contesté atropelladamente—. No sé qué le pasa, no sé si está viva. ¡Donatello, no lo sé!

Me llevé las manos a la cabeza, desesperada, pensando en si llorar, gritar o darle patadas a mi amiga para ver si reaccionaba, sí, todo muy lógico, hasta que Lolo, que estaba con Donatello preparando la sorpresa, llegó también y me sujetó por los hombros. Yo lo abracé, necesitaba que me calmaran un poco y él sabía cómo hacerlo.

Donatello se agachó al lado de Malena y lo primero que hizo fue agarrarle la cara para ver si tenía algo en la boca, después le tomó el pulso y, nervioso, le dijo algo a Lolo, que cogió el móvil y llamó a alguien con el que habló rápida y atropelladamente.

Donatello se acercó al pecho de Malena y apoyó la oreja contra él, yo no sabía qué estaba haciendo, pero vi que palidecía de golpe. Se subió encima de ella y, sin decir nada, comenzó a hacerle un masaje cardíaco, para después insuflarle aire en los pulmones. ¡Malena se estaba muriendo!

No sé cuánto tiempo pasó hasta que llegó un equipo de urgencias con un montón de aparatos. Echaron a Donatello del lado de Malena y comenzaron a trabajar con ella, me preguntaron cosas, yo contesté a todas automáticamente y ellos tomaron algunas decisiones en función de mis respuestas.

Luego supe que, para estabilizarla le pusieron adrenalina y que Donatello exageró un poco, pues no había estado sin pulso, aunque sí le había bajado bastante, lo suficiente para asustarse, como todos los demás. Aunque sí he de decir que gracias a él la cosa no fue a peor, según dijeron, y que había que llevarla a un hospital de inmediato.

Al parecer, Donatello ya lo tenía previsto, pues lo que le había pedido a Lolo fue que diera las órdenes para que su helicóptero, que aún estaba en la isla, fuera para allí lo más rápido posible para llevarse a Malena a Lipari. Los de urgencias tenían que llamar a uno y tardaría cerca de una hora en llegar, así que él los convenció para que fuera el suyo el que se encargara de trasladarla al hospital.

Yo ya había ido por la bolsa con nuestras pocas pertenencias y me había subido a la ambulancia que nos llevaría al helipuerto. Malena respiraba despacio con una mascarilla, llevaba puesta una vía y los de urgencias, aunque no tenían cara de estar con una persona entre la vida y la muerte, sabían que era primordial que la atendieran con más medios.

Cuando el helicóptero despegó, con el médico y nosotras dos, Donatello se nos quedó mirando desde el suelo, sosteniendo una bota de montaña que se había caído de la mochila. Levanté el dedo pulgar en señal de que todo iba bien, pero la realidad era que no tenía ni puta idea de qué estaba pasando con mi amiga ni de qué leches le iba a ocurrir.

Todo había sido un desastre, un verdadero día de mierda que

recordaríamos el resto de nuestra vida. Malena inconsciente en un helicóptero el día de su cumpleaños, cuando lo que teníamos planeado iba a ser un gran regalo, a pesar del mal humor y del mal trago que estaba pasando.

Le cogí la mano en el momento en que sentí que el aparato tomaba rumbo a la isla grande.

¡Que no le pasara nada, diosito!

«Si a Malena no le pasa nada, prometo decir menos palabrotas, ¡lo juro, joder!»

Capítulo 18

A punto estuve de no abrir los ojos, la cabeza me daba vueltas y sentía que todo mi cuerpo era una gran bolsa de aire. Pero ese pensamiento desapareció cuando noté el horroroso olor tan característico de los hospitales. Sí, será muy higiénico y todo lo que queráis, pero... ¿qué cojones hacía yo en un hospital?

Intenté abrirlos rápido, pero no pude, me pesaban demasiado los párpados. ¿Y qué tenía en la boca? ¿Una mascarilla de oxígeno? ¿Qué había pasado? ¿Alguien podía decirme qué había pasado? ¡Vamos, rápido! Pero claro, para que alguien pudiera contestar a mis preguntas lo primero que tenía que hacer era abrir los ojos, quitarme la mascarilla y después hablar. Aunque me parecía que eso era lo que estaba intentando hacer sin éxito.

—Malena —la voz de Vicky hizo que intentara abrir los ojos con más fuerza—, ¿estás bien?

La cachonda me preguntaba si estaba bien. «De puta madre, en un hotel cinco estrellas gran lujo, no te fastidia.»

Vale, intenté decir todo eso, pero me temo que lo único que salió por mi boca fue:

—Huuuummm.

—Tranquila, estás bien. Ya estás bien —la oí decir.

De acuerdo, si en ese momento ya estaba bien, ¿cuándo no lo había estado? ¿Qué había pasado? ¡Madre del amor hermoso! ¡La piscina de lodo! ¡La respiración! ¡Ay, que me había dado un tabardillo malo y ni me acordaba!

Conseguí abrir los ojos y allí estaba ella, a mi lado, cogiéndome la mano. Aunque la veía un poco borrosa, me pareció que aún tenía el pelo lleno de

barro. Iba vestida exactamente igual que aquella mañana, pero con lodo en el cabello y en algunas partes de su cara y cuello. No lograba ver mucho más.

Me dolía la mano, así que la levanté para mirar qué pasaba. En una vena tenía una cánula conectada a un gotero, bueno a tres goteros que se unían en uno.

—No pasa nada. —Vicky me acarició la muñeca y me hizo bajar la mano—. Te han puesto suero, antihistamínico y no sé qué más.

—¿Qué ha *fafado*?

¿Hola? ¿No podía hablar como una persona normal? ¿Qué le había ocurrido a mi lengua? Me toqué la cara y me la noté inflamada. ¿Tenía los labios de Carmen de Mairena?

—Estás hinchada. En un par de días estarás mucho mejor. Nos han dicho que es un shock anafiláctico de los buenos. —Suspiró—. Pero estás bien, por suerte no tuvieron que abrirte la garganta.

Los ojos se me salieron de las órbitas, ¿la garganta? Pero ¿qué cojones me estaba contando aquella loca? ¿Abrirme la garganta? ¿Para qué? ¿Habían querido asesinarme los de la mafia siciliana y por eso estaba así? ¿Me habían querido envenenar por meterme donde no me llamaban? Había sido la amante de Donatello, seguro...

—*Fiero ver a un féfico* —le dije a Victoria.

—Me ha dicho el tío de Donatello que cuando te despiertes lo llame.

—*Fonatefo*. —La lengua y mis labios se habían vuelto en mi contra.

—Sí, estamos en Lipari, en el hospital...

Y entonces me contó todo lo que había pasado. Al parecer había sido a consecuencia de una alergia, pero me dijo que cuando llegase el médico, que era tío de Donatello, me contaría más.

—*¿El fio de Fonatello?* —pregunté con las cejas fruncidas.

—Sí, pero bueno, ésa no es la historia ni tengo que hablar yo de ella. —Y pulsó el botón de llamada a la enfermera.

Ésta no tardó mucho en llegar y, al ver que estaba despierta, salió por la

puerta para llamar al médico, que llegó un minuto más tarde. Era un hombre alto, de pelo canoso, arrugas en el rostro y barba blanca, y los mismos ojos verdes que Donatello. Sí, podía decirse que se parecían mucho.

—Buenas tardes, doctor —lo saludó mi amiga—, ¿podría explicarle qué le ha pasado?

—Claro, sin problemas. —Sonrió al mirarme—. ¿Cómo está, Malena? —preguntó en castellano. Yo puse cara de circunstancias—. Tranquila, es normal que se encuentre así. Hemos descubierto que tiene alergia a los sulfitos. Eso quiere decir que, según lo que me ha dicho Victoria, ingerir vino la noche anterior, inhalar el aire de las fumarolas de Vulcano y cubrirse de barro con alto contenido en azufre le provocó un shock anafiláctico bastante grave.

—¿Fómo? —Abrí los ojos como platos, intentando hablar bien—. ¿Me está *biciendo* que...?

—Le estoy diciendo que es alérgica a los sulfitos y que éstos están presentes en el vino y en muchos otros alimentos también, pero que lo suyo fue de órdago.

—De ahí tus malas resacas —soltó Vicky por lo bajo.

—*O fea, que no buebo fablar y brespirar bor bulba del vino...* —Mi lengua de trapo no me dejaba expresarme bien.

—Que dice que si por culpa del vino no puede hablar ni respirar. —¡Menos mal que Vicky me hacía de traductora!

—No sólo por eso, como ya le he indicado, al parecer se juntó todo, vino, fumarola y lodo, haciendo que su alergia fuera casi mortal. —El médico sonrió y volvió a mirar el gotero conectado a mi mano—. En un par de horas debería estar mejor, así que si necesita algo me avisa, ¿de acuerdo?

—Gracias, doctor. —Vicky sonrió.

—Aquí llega mi hijo —anunció él y se fue directo hacia Lolo, que estaba en la puerta, al lado de Donatello.

¿Perdona? ¿Tío de Donatello y padre de Lolo? A ese hombre lo vi yo en la playa, ¡en la fiesta del Nono! De ahí que su cara me resultara tan familiar.

¿Qué era aquello? ¿Qué mierda había estado escondiendo Donatello todo el tiempo? Levanté la mirada, airada, al verlo pregunté a Vicky señalándolo:

—*¿Efe que fafe aquí?*

—Pues «ese» es quien te ha salvado la vida —respondió Vicky—. De no ser por él y por lo que hizo, estarías ya en el más allá.

—*¿En Fóstoles?* —pregunté, refiriéndome a Móstoles, conocido en Madrid como «el más allá».

—De la hostia que te voy a dar, lo mismo llegas allí en tres minutos —soltó mi amiga, de repente de lo más borde, pero la entendí.

—*Fo fiento* —pedí disculpas, sobre todo por tener ganas de hacer broma con mi casi muerte.

—No tienes ni idea del susto que nos has dado, ¿vale? —A Victoria se le saltaron las lágrimas al decirlo—. Él ha sido el único que ha mantenido la calma todo el tiempo y quien te ha ayudado a respirar hasta que han llegado los de urgencias.

Miré de nuevo a la puerta. Donatello tenía la vista baja y caminaba de un lado a otro por el pasillo, mientras Lolo y su padre parecían estar tranquilizándolo.

—*No me afuerdo.* —Y era verdad, no recordaba nada.

—He pasado mucho miedo. —Victoria me cogió la hinchada mano, aún llena de barro, aunque la suya no estaba en mejores condiciones que la mía—. Pensaba que te perdía.

Le apreté un poco la mano, me hubiera gustado poder abrazarla, pero mi cuerpo aún no respondía de manera normal. La miré a los ojos y le di a entender que quedaba Malena para rato. Sonrió, haciéndome saber con ello que comprendía lo que quería decirle. Se acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Vamos a dejarte un rato sola, necesitas recuperarte y descansar. —Se alejó y, antes de cerrar la puerta, me dijo—: Vamos a ir a tomar algo, lo

necesitamos. Por cierto, he avisado a tus padres, pero les he dicho que no vengan, que sólo ha sido un susto.

Sonreí, asintiendo.

Vaya puto cumpleaños.

Ya lo dijo Donatello: no lo olvidaría nunca.

* * *

Ya era de noche en Lipari, y exceptuando a un par de enfermeras que vinieron a traerme un poco de caldo para cenar, que tuvieron que darme con una pajita, y a cambiarme el gotero, nadie más había aparecido por la habitación. Imaginé que Victoria estaría cambiándose de ropa, dándose una ducha o lo que fuera... En realidad estaba muy bien sola y no necesitaba que nadie viniera a molestar. Me encontraba bastante mejor que hacía unas horas, aunque aún tenía problemas para tragar y hablar con claridad. Ojalá pudiera irme al día siguiente del hospital y poner rumbo a España. No quería quedarme ni un segundo más en aquella isla ni en ninguna otra.

Me apetecía esconderme en casa como si fuera un oso en plena hibernación. Allí, en mi habitación de adolescente, donde aún tenía cientos de pósteres medio arrancados de la *Superpop*, cuando mi único deseo era encontrar un amor de esos como en las películas, o sea, imposibles. Y vaya si lo había encontrado, cuando menos lo esperaba y en el lugar más extraño. Un amor a primera vista y terroríficamente arrebatador.

Suspiré pensando en el regreso y de pronto vi que la puerta se abrió. Supuse que sería mi amiga, pero cuál no sería mi sorpresa al ver el rostro preocupado de Donatello asomar por ella. Caminó hacia el interior y cerró despacio. No quería hablar con él, todo lo que tenía que decir ya me lo dijo sin palabras en Salina.

Apoyó su cuerpo en la puerta cerrada y no se acercó a mí. Se lo agradecí, no sabía cómo podría reaccionar si lo tuviera de nuevo a mi lado.

Lo oí tomar aire antes de que empezara a hablar:

—Me llamo Donatello Orantelli —comenzó a decir—. Mi madre se llama Anna Rita y mi padre falleció cuando yo tenía veinte años. Como ya te conté, cuando se quedó embarazada algunos miembros de su familia la repudiaron, otros la ayudaron, hasta que mi padre se enteró y fue a por ella y se la llevó a Milán. Él no era un don nadie, provenía de una familia con mucho dinero, hijo único que estudiaba en la Universidad de Milán, para, en el futuro, llevar las riendas del emporio familiar. Las cosas tuvieron que acelerarse un poco por mi llegada, pero en todo momento mis abuelos paternos fueron increíbles con ella y conmigo. Sí, Malena, tengo dinero, mucho dinero, y si no te dije quién era desde el primer momento fue por miedo. El hotel de Lipari donde te alojaste es mío, la barca con la que fuimos a la playa es mía y también la de Stromboli, el yate en el que me viste es mío. —¿Cómo sabía que lo vi?—. Me lo dijo Vicky —explicó al ver mi cara—. El hotel y el restaurante de Stromboli también son míos y muchos otros negocios. El helicóptero que te trajo hasta el hospital igualmente es mío. La mujer con la que pensaste que estaba saliendo es mi madre, Anna Rita. —Abrí los ojos como platos—. Y él día que se presentó en casa por la mañana fue para advertirme de algo que yo ya sabía.

Caminó despacio hasta ponerse a los pies de la cama y así poder mirarme directamente a los ojos. Yo no sabía qué pensar, sólo escuchaba...

—Los *paparazzi* nos estaban siguiendo. —Suspiró—. ¿Recuerdas mi enfado en Salina? —Asentí—. Era porque si continuabas viendo la televisión ibas a vernos a los dos en un programa del corazón.

Agarró con una mano la barra metálica que había a los pies de la cama.

—A mí no me conocía nadie y disfrutaba de una vida muy buena, pero anónima. Pero cuando comencé a salir con Fiorella me vi en las portadas de las revistas y en la televisión: ella era hija de un famoso y polémico político italiano y le encantaba estar en el candelero. Nos perseguían de día, de noche, en un restaurante, en una fiesta... —Bajó la cabeza para mirarse una mano—.

Cuando lo nuestro acabó, yo ya era un personaje famoso sin quererlo, me convertí en el soltero de oro al que todo el mundo quería cazar. Y, Malena — levantó la mirada para fijarla en mí—, no quise contarte nada sobre mi vida como personaje público porque quería que conocieras a Donatello Orantelli, no al tipo que sale en los programas de la televisión.

Cerré los ojos, tratando de digerir toda la información que acababa de llegarme vía puñetazo en la cara.

Fruncí el cejo. Ya me cuadraba más todo lo que había visto a su alrededor. Los empleados del hotel, que lo trataban tan respetuosamente, por qué conocía a todo el mundo, la desenvoltura que mostraba ante cualquier circunstancia y aquel extraño arrebató que lo había hecho parecer un paranoico... Los fotógrafos del corazón nos perseguían.

—Malena —dío unos pasos hasta ponerse a mi lado—, no te pido que me perdones. Ni siquiera te pido que esa idea entre en tu mente en este momento, sé que te he hecho mucho daño por no ser claro contigo y mucho más después de lo que has pasado. Sólo te pido que intentes comprender por qué lo he hecho, aunque haya estado mal. Quizá no quieras volver a verme nunca más, pero te pido que lo pienses, que pienses en nosotros dos, en lo que hemos vivido tan intensamente en tan poco tiempo. Ahí, en esos instantes —me cogió la mano—, siempre he sido yo, siempre te he tratado como Donatello, siempre has sido lo más importante para mí. Y no sé lo que has hecho conmigo, pero te quiero, Malena. No sé si llega pronto o tarde, pero te quiero...

—Donatello... —empecé a decir.

—No, Malena, no quiero que ahora me digas nada, sé que no estás bien y que yo no he ayudado a nada.

—Me salvaste la vida. —Aún tenía la lengua algo tonta.

—Malena —se llevó mi mano a los labios—, no me refiero a eso. Eso volvería a hacerlo una y mil veces... Me refería a que esconder quien realmente soy te ha llevado a un precipicio de emociones.

En realidad, en eso sí tenía que darle la razón. Yo llegué con el corazón

roto, Donatello, aun a pesar de sus mentiras, me ayudó a pensar más en mí y en un nosotros, pero de nuevo todo se rompió en pedazos. ¿Qué podía decirle en ese instante, más allá de que no sabía qué decir? ¿Qué podía salir de mi boca que tuviera sentido? Lo miré, miré aquellos profundos ojos verdes que me emocionaban, que me llevaban a pensar que todo podía ser diferente.

—No sé qué decirte —respondí, expresando la única verdad que pasaba por mi cabeza.

—Y no tienes por qué decirme nada —repuso, aún con mi mano entre las suyas—, comprendo que no es fácil.

—Todo esto me ha sobrepasado, Donatello. Mi ruptura, el viaje, las islas, lo que me ha pasado —no aparté mi mirada de él en ningún momento—, tú...

—Lo sé, de verdad que lo sé y lo siento.

—Lolo y Paolo son tus...

—Son mis primos, hijos de Alessandro, que es hermano de mi madre. Al director del hotel también lo conociste en la playa, es el marido de una tía mía, Massimiliana. —Tomó aire—. Nono es también mi abuelo, el padre de mi madre. Ella no lo ha perdonado, ni tampoco a ninguno de sus hermanos, pero yo quiero formar parte de mi familia, de toda. —Se encogió de hombros—. Olethea, la dueña del hotel de Panarea, es otra tía mía, está casada con otro hermano de mi madre, Andrea.

Dejó mi mano sobre la cama y se encaminó hacia la puerta. Parecía que no tuviera más ganas de seguir hablando, y la verdad era que lo entendía. Tenía los hombros hundidos y su respiración era pesada. Se volvió antes de irse para decirme con voz queda:

—Sé que no soy ningún príncipe, pero cuando todos salimos corriendo hacia el helicóptero, perdiste un zapato, una bota para ser exactos. —Y dejó una bota a los pies de mi cama.

Recordé aquel primer día en que le grité que ni él era un príncipe ni yo había perdido un zapato. Cómo había cambiado todo, qué giro tan bestial había dado mi vida en apenas dos semanas.

—Feliz cumpleaños, Malena —me deseó Donatello antes de marcharse, con la voz más triste que nunca antes había oído en una persona.

No, el hombre que quizá me había hecho sentir más viva que nunca no se había olvidado de mi cumpleaños. Y tenía la sensación de que estaba tan convencido como yo de que, a pesar de lo que habíamos tenido, era posible que todo quedara sólo en un bonito recuerdo que tal vez algún día fuésemos capaces de contarles a nuestros nietos si nos preguntaban por alguna gran aventura.

Donatello se había abierto en canal para contarme su vida. ¿Tarde? No lo sabía aún, pero de lo que sí me daba cuenta era de que, sin yo saberlo, había querido ir presentándose a toda su familia poco a poco. Sin ser él consciente, no había querido esconder lo que había a su alrededor...

Sí, a veces soy bastante melodramática, lo sé, pero también sé que es un escudo que me pongo para que esos pensamientos tan oscuros no consigan atraparme. Otras veces, las más, suelo reírme de mi misma poniendo acento de telenovela mexicana, hablando pausadito y lento, para que mi cabecita entienda bien que, si la vida está llena de amargos momentos, seguro que habrá otros más dulces.

Pero esa vez no había remedio.

Estaba sola en la habitación del hospital, intentando que mi cuerpo expulsase todo lo malo que llevaba dentro, mientras mis lágrimas caían como si fueran las cascadas de Iguazú y yo miraba la bota.

Qué ironía la de la vida, ¿no? Pierdo un zapato mientras me alejo y él me lo devuelve recordándome una de las muchas frases bordes que le lancé antes de caer rendida en sus brazos...

«Que mierda de cumpleaños, Malena, qué mierda.»

Capítulo 19

La puerta de la habitación se abrió de golpe. Qué manía de despertar a los enfermos tan temprano. Me quejé para mí misma al ver que una enfermera venía a cambiarme el gotero, darme los buenos días y avisarme, o eso entendí, de que el desayuno iba a llegar en un ratito.

Tal como entró se marchó y yo que necesitaba ir al servicio para vaciar mi vejiga, me encontré con que no tenía más remedio que levantarme yo solita y caminar con mi portasuero hasta el cuarto de baño. Recé para no marearme, pues llevaba un día entero sin levantarme de la cama, así que, despacito, comencé a moverme por el colchón para incorporarme. La cosa parecía que iba bien, así que, envalentonada y descalza, sólo tenía una bota que me quedaba lejos, puse los pies en el suelo. Cogí el frío palo de metal con ruedas y me apoyé en él. No pasó nada, así que, hechas las pertinentes pruebas de vértigo, pude dedicarme a mis quehaceres sin problemas.

Cuando se volvió a abrir la puerta de la habitación me llevé una sorpresa, otra más: allí, sonriente y con una bandeja en la que había bollos y café, estaba Paolo. Sus ojos color miel me sonreían, lo mismo que sus labios.

—*Ciao bella* —me saludó.

—¿Conque tú eres el enfermero del desayuno? —dije, acercándome a él y abrazándolo, después de que dejara la bandeja en la mesa plegable de la habitación.

—¿Has visto a esa deliciosa enfermera? —me guiñó un ojo.

—¿No me digas que ella es...?

Asintió.

En la conversación que tuvimos aquel día en la playa, me explicó que

estaba enamorado, que ella era una chica alta y de abundante pelo oscuro y que se parecía a la mismísima Xena, la princesa guerrera. Lo cierto era que tenía razón, porque, aparte de tener unos ojos azulísimos, su expresión era más bien severa. Pero ahí estaba Paolo y acababa de traer el desayuno para los dos.

—Te has puesto de acuerdo con ella para esto, ¿no? —Lo miré con una media sonrisa.

—Sí, acaba de entrar a trabajar, la he traído yo. —Se sentó en una de las sillas.

—Y, cómo no —me cambió un poco el semblante—, tu primo te ha puesto al día.

—Eso es, Malena. —Suspiró.

—Pues no quiero sab...

Me cortó.

—Malena, no seas injusta con él. —Vio mi expresión y supo que iba a saltar—. Quiero decir, que le des una oportunidad. No es mala persona, sólo es que no ha sabido tratar sus emociones contigo. Somos una familia atípica, creo que algo te ha contado.

Asentí y me incorporé en la cama para quedar sentada frente a él.

—Pero también te diré que Donatello siempre ha querido formar parte de ella, a pesar de las reticencias de mi tía con su padre y sus hermanos. Tenía miedo, Malena, Donatello tiene miedo de perder a las personas que ama y después de lo de Fiorella, de lo que ella le hizo, no quiere mostrarle a la gente quién es. Sólo desea que lo consideren un hombre más, no uno de los más ricos de Italia, un guapo ligón.

—Lo comprendo o, vamos a decir la verdad, quiero comprenderlo, Paolo. Pero ¿y yo? ¿No tenía derecho a saber con quién me acostaba? ¿No merecía conocer la verdad del hombre del que estaba enamorada? —Y en el instante en que lo solté, me di cuenta. Paolo también y sonrió.

—¿Estabas enamorada? ¿Y ahora? —Me miró serio, cruzando los brazos

ante el pecho.

—No lo sé. No sé si todo ha sido un espejismo que se ha formado debido a mi ruptura. Si la culpa ha sido sólo mía por lanzarme al abismo buscando algo que no existe. —Moví tan fuerte la mano que por poco me saco el gotero. Torcí el gesto.

—Malena, Donatello es una de las mejores personas que he conocido en mi vida. Todavía me acuerdo de lo que me dijo de ti en la playa: «¿Verdad que es preciosa? ¿Qué hago, Paolo?». Y yo se lo dije claramente: «Ve a por ella».

—Me ha mentado, me ha dejado creer todo el tiempo que yo sólo era un juguete para él. ¿Eso cómo se perdona? ¿Esto cómo se puede salvar? —Me señalé el corazón.

—Te ha protegido de todo lo que tenía a su alrededor —dijo, y los dos sabíamos a lo que se refería—. Salir con Fiorella lo puso en el punto de mira de la prensa del corazón y eso a él nunca le gustó, lo odiaba, pero la amaba. Quería saber si tú eras diferente, si sólo te importaba la fama y el dinero, como a ella.

—Le informasteis bien de quién era yo, ¿no? —Me enfadé algo más.

—No necesita a su familia para que le informe. Yo sólo le conté que estabas triste, dolida y con el corazón roto porque alguien te había dejado. — Se levantó para servirse un café—. Lo demás lo averiguó solo. Así que, tranquila, sabe que no eres una mala persona.

—Ni una cazafortunas, ¿verdad? —bufé.

—Eso se lo dijo su madre, ella también temía que lo que decía la televisión fuera cierto.

—Pero ¿qué decían de mí? —Suspiré.

—Creo que nada que sea verdad. —Me pasó un café y un cruasán.

—¡Joder, Paolo! —Dejé las dos cosas en la mesilla—. Creo que tengo derecho a saber lo que han estado diciendo de mí en Italia. Todo el mundo conoce mi vida y yo he estado viviendo en una burbuja perfecta hasta que se ha pinchado.

—Por eso Donatello no quería que supieras nada hasta que estuvierais seguros de lo que sentíais el uno por el otro —se justificó.

—Eres el único que me habla con sinceridad. —Lo miré triste.

—Lo sé, por eso he venido. —Se levantó de la silla y me abrazó—. Malena, todo el país te conoce como la nueva conquista del soltero de oro, creen que eres una cazafortunas por lo de tu anterior pareja, tan reciente... Saben que te dejó plantada en el altar... Lo saben todo.

¿Cómo podía tener una vida tranquila con alguien a quien perseguía la prensa? ¿Cómo había podido ser tan tonta de no darme cuenta de lo que pasaba a mi alrededor? ¿Qué me había hecho estar tan ciega? ¿Por qué me había enamorado de Donatello?

—No saben nada, Paolo. —Me eché a llorar desconsoladamente—. No tienen idea de nada.

—Lo sé, Malena. —Me estrechó con fuerza.

Antes de marcharse, me informó de que Victoria estaba en Stromboli, recogiendo nuestras cosas para regresar a España en cuanto me dieran el alta.

Sí, estaba segura de que era probable que esa misma tarde Alessandro, el padre de Lolo y de Paolo, me la diese. En cuanto la tuviera regresaría al que había sido mi hogar de infancia, juventud y parte de madurez: a casa de mis padres.

Después... después no sabía lo que iba a hacer, no tenía ni idea de lo que el futuro me depararía. Ni siquiera me planteaba ver o estar con nadie, no sabía aún si Donatello y yo merecíamos estar juntos. Lo que sí tenía claro era que necesitaba perspectiva, tiempo para que todo volviera a colocarse en su sitio y yo supiera qué necesitaba.

¿A alguien como él en mi vida? Claro que sí, ¿y quién no? Pero ¿era lo que tenía que tener? Eso era lo que me preguntaba una y otra vez. Debía centrarme en mí y en ese tiempo de huracán que había vivido sin siquiera poder disfrutar de mi duelo. Ahora qué, ¿tendría dos duelos? Por romper con Juan Pedro y por dejar a Donatello, porque lo iba a dejar, ¿no? Tampoco era capaz de tomar una

decisión respecto a él... El hombre con el que más había sentido. ¿Y si nunca más volvía a sentir lo que había sentido con él?

La soledad es engañosa, pero necesaria cuando no se es capaz de tomar la decisión más adecuada. Ya se dice «Más vale solo que mal acompañado». Pero ¿Donatello era mala compañía? Su mirada verde mar, sus labios suaves, sus manos recorriendo cada uno de mis rincones, su barba de tres días... No, eso sí lo tenía claro, no era mala compañía. Pero la realidad era más fuerte incluso que nosotros dos.

* * *

Me aburría, me aburría mortalmente. Tanto que ya no sabía de qué manera poner mi culo en aquella terrorífica cama. Sí, lo que antes parecía un lugar hiperconfortable se estaba convirtiendo en la peor de las pesadillas. Menos mal que la novia de Paolo, que ahora me sonreía algo más, vino a quitarme finalmente el gotero, que ya me dolía un horror, me tomó la temperatura y no sé cuántas cosas más, para finalmente darme un antihistamínico por vía oral. Vamos, una pastilla para que siguiera desinflándome un poco más.

Ya tenía la cara de antes, aún un poco rechonchilla, pero por lo menos ya parecía yo. Si por lo menos tuviese el móvil, estaría jugando al tetris o a algo de eso. Pero como a la señorita se le antojó estar totalmente libre, pues la libertad aburre un montón, no tenía siquiera Instagram para chafardear un rato en las vidas perfectas de los otros...

La puerta se abrió de golpe y salté de la cama como si fuera un gato asustado. Al principio pensé que sería la loca de Victoria, pero juro que cuando vi que una persona entraba corriendo en la habitación y se abalanzaba sobre mí, tuve miedo de que me fueran a matar. ¡Mis gafas, quería mis gafas para poder verlo bien!

No tardé mucho en saber quién era. Primero, porque habló y segundo porque hay cosas que no se pueden olvidar, a pesar de todo.

—¡Dios, Malena! Pensaba que te había perdido...

Juan Pedro, vestido impolutamente, estaba en el hospital de Lipari abrazándome como si nada hubiera ocurrido entre nosotros. Me apretujaba con fuerza, tanta que tuve que apartarlo casi de un empujón antes de hacerle pregunta alguna.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —le solté, mientras sus manos no hacían más que acariciarme el rostro—. ¿Cómo me has encontrado?

—Malena, ¿estás bien? Lo siento, lo siento mucho. —Volvió a abrazarme.

—Juan Pedro, ¿puedes responderme? —Lo cogí de los hombros y volví a apartarlo.

—Lo siento, Malena, me equivoqué con nosotros. Sé que te he hecho mucho daño, sé que lo nuestro nunca fue perfecto, pero siempre has sido tú... Nadie te ha podido sustituir —dijo mirándome.

—Eso no fue lo que me dijiste cuando decidiste cancelar nuestra boda —repliqué con sequedad.

—No sé qué estaba pensando. Nunca debí hacerles caso a mi madre, a mi hermana...

—¿Ellas también te obligaron a acostarte con Piluca? —Él abrió los ojos como platos—. ¿Crees acaso que después de lo que pasó no até cabos?

—Malena —bajó la cabeza—, estaba confuso, llevábamos mucho tiempo juntos y no supe diferenciar entre el amor que teníamos, el de verdad, de lo que fue un encoñamiento.

—Ya. —No sabía qué más decir.

—Cuando salió en las noticias...

—¡¿Qué salió en las noticias?! —grité, levantándome de la cama.

—Llevas una semana siendo noticia en los programas de corazón y ayer dijeron en televisión que estabas hospitalizada...

—La madre que me parió. —Caminaba de un lado a otro—. ¡La madre que me parió! ¡Voy a matarte, Donatello! ¡Te mataréééé!

—Te perdono —dijo Juan Pedro.

Yo lo miré con cara de pocos amigos.

—¿Que me vas a perdonar qué?

—Tu aventura. No me importa, lo entiendo. Hasta comprendo que es bueno para nosotros. —Se acercó a abrazarme—. Malena, me he equivocado, pero no volverá a ocurrir.

Y me entró la risa. No pude remediarlo. La situación era rocambolesca, digna de un mal guion de película de tarde de fin de semana, con frases muy «reales» para disculparse por romperme el corazón el día antes de nuestra boda, el que se suponía iba a ser el más feliz.

—Juan Pedro —tomé aire para relajarme—, entenderás que todo esto es surrealista. —Él asentía—. Que por obra y arte del Espíritu Santo sólo se quedó embarazada María y yo tengo mis dudas, ¿verdad?

—Sí, sé que no te fías de mí, de mi familia, de mis intenciones. Pero déjame demostrarte que lo nuestro es de verdad, que lo que teníamos era precioso y que podemos volver a tenerlo.

—Has dicho las palabras mágicas, Juan Pedro, tu familia. —Tan voluble él.

—No, Malena, he dejado las cosas claras en casa. Les he hablado de mi amor por ti y les he dicho que eres la única que quiero tener a mi lado, que eres la mujer de mi vida y la futura madre de mis hijos. —Se arrodilló y temí lo peor, pero no—. ¿Quieres volver conmigo e intentarlo?

* * *

—¿Qué haces, Malena? —me preguntó Vicky enfadada.

—Lo que tengo que hacer —respondí, recogiendo las pocas cosas que tenía en el hospital.

—Te estás equivocando y lo sabes.

—No, Victoria. No me equivoco al regresar con él. Tan sólo hace un par de semanas estaba llorando porque me había dejado, porque el amor de mi vida se había marchado con otra, porque un día antes de nuestra boda salió de mi

vida. No, no me estoy equivocando... —finalicé, después de soltar todo lo que tenía en la cabeza.

—¿Y él? —Me cogió las manos mientras me miraba preocupada—. ¿Y Donatello?

—Él fue el sueño de una noche de verano —dejé caer una lágrima—. Algo que quedará en mi vida para siempre.

Metí lo último que quedaba en la maleta que Vicky me había traído por la tarde con todas mis pertenencias desde Stromboli. Todo se acababa, todo terminaba de la mejor manera posible. El círculo se cerraba tal como debía hacerlo.

Victoria salió de la habitación casi con la intención de darle un puñetazo a Juan Pedro, pero por respeto a mí lo único que hizo fue dejar la puerta abierta y ni mirarlo cuando pasó por su lado. Él, al acercarse a mí, me besó la coronilla y me preguntó, más cariñoso de lo normal, si ya estaba preparada para nuestra partida. Yo asentí despacio aún con sus manos en mi cintura. Cuando me soltó, con lentitud, eso sí, se dirigió a recoger la gran maleta con la que comencé el viaje.

Cuando salió por la puerta de la habitación yo lo seguí, decidida y convencida de que era la mejor de las decisiones. La única que podía tomar sin que se descabalara aún más mi vida.

Abajo, en la puerta del centro sanitario, nos esperaba un vehículo que nos llevaría sin más tardanza a la ciudad de Palermo, donde un avión privado, alquilado por el padre de Juan Pedro, esperaba que subiéramos a bordo para poner rumbo a Madrid. A mi ¿casa?

Caminábamos despacio por el pasillo del hospital, al principio no quise mirar a mi amiga Victoria, enfadada y muy seria. Estaba apoyada en una pared, sola, sin nadie a su alrededor. Me sorprendió, pues pensé que por lo menos Lolo estaría a su lado. Me dijo que ella regresaría en un par de días a Madrid y que, una vez allí, mantendríamos una larga charla. Sabía que así sería, pero también sabía que no había marcha atrás.

Un escalofrío me recorrió la espalda y volví la cabeza hacia la puerta. Allí, a un lado, estaba Donatello y, junto a él, Paolo. Nos miramos por un instante que me pareció eterno. Su primo lo sujetaba por la muñeca, tenía una pierna adelantada en mi dirección, se lo veía demudado, triste y con los ojos rojos, exactamente igual que los míos. Juan Pedro había creído que mis lágrimas eran de alegría al decidir irme con él, lo que no sabía era que estaba llorando porque, aunque hubiera tomado esa decisión, no sabía si era la correcta.

—¿Estás bien? —Me despertó de mis pensamientos.

Asentí y me volví a mirarlo, haciendo un amago de sonrisa de asentimiento. Él me alargó la mano para que se la cogiera. ¿Qué otra cosa podía hacer yo en aquel instante? Entrelazamos nuestros dedos y pusimos rumbo a la salida, hacia aquel coche donde intentaría olvidar la mirada rota y triste de Donatello. Procuraría borrarla, tenía que hacerlo por mi bien. Por el de los dos.

Era lo que tenía que hacer.

* * *

Horas más tarde, mientras Juan Pedro dormía en la mullida butaca de piel del avión privado, yo lloraba. Por la ventanilla sólo se veía oscuridad.

Capítulo 20

Caminaba despacio mientras me dirigía a mi encuentro con Victoria en el barrio. Hacía ya un mes que no nos veíamos, por unas cosas u otras, y estaba deseando que me contara con pelos y señales todo lo que había pasado en ese tiempo con Lolo. Sí, nos hablábamos por teléfono, pero no era lo mismo que sentadas cara a cara, tomándonos un café, una caña o un gin-tonic.

Ella decía que estaban bien como estaban; se veían una vez al mes durante una semana y casi siempre era Lolo quien venía a Madrid, pero yo sabía perfectamente que Vicky quería que las cosas cambiaran lo antes posible.

Me dirigí a mi cita cuando salí del trabajo y el frío aún era intenso en aquellas tardes invernales de febrero. Los días tenían más horas de luz, pero no muchas más, y los árboles de las calles estaban pelados como las montañas de las islas Eolias. Respiré profundamente a la par que me acomodaba en el cuello la bufanda, antes de coger el metro. Si bien había vuelto con Juan Pedro, decidí que me iría a vivir a casa de mis padres; necesitaba un espacio diferente al que compartimos en el pasado. Quería saber si la decisión que había tomado podía sostenerse por algún lado y no era una gran mentira que yo había querido inventarme para escapar de la manera más fácil.

Entré en el vagón, que, extrañamente, no iba abarrotado. Imaginé que había debido de pasar otro metro hacía un momento y por eso aquél iba algo más despejado. Mejor, me dije, así que me senté para leer el nuevo libro que me había regalado mi novio.

Cuando volvimos a España, creía que sería el de siempre, atento conmigo en privado y con los amigos en común, pero esquivo delante de su familia y su círculo privado de amistades. Me extrañó cuando comenzó a llevarme a sitios

en los que nunca había estado con él, y con gente a la que sólo él conocía. Sobre todo, me llenó de extrañeza saber que Carmina contaba conmigo en todas las ocasiones. Me acogió como si fuera otra hija más, algo que nunca fue capaz de hacer durante los diez años con los que estuve con su hijo.

La que no había cambiado ni un ápice era la asquerosa de su hermana. Seguía igual conmigo, he de decir que yo también la trataba del mismo modo: pasábamos la una de la otra de una manera casi de modalidad olímpica. Con el tiempo había aprendido a jugar a su juego y creo que hasta la ganaba en ocasiones. Era como un partido de fútbol, driblándonos para no saludarnos o no coincidir en la misma conversación.

Suspiré antes de enfrascarme en la novela, pero unos pequeños pasos que no paraban quietos por el pasillo del vagón me hicieron levantar la vista de las hojas del libro. Un niño no paraba de moverse arriba y abajo, mientras sus padres suspiraban e intentaban sujetarle.

—Luis, como no pares te vas a caer —le advirtió un hombre muy atractivo, de ojos claros y pelo oscuro con canas.

—No, papá, no me caigo. —Intentó volver a escaparse, pero la mano de su padre se lo impidió.

—Por favor, agárrate aquí. —Le señaló la barra que estaba a mi lado.

Miré mejor a aquella singular pareja de padre e hijo, no se parecían absolutamente en nada, así que imaginé que sería igualito a su madre. Una mujer que apareció justo por detrás de aquel atractivo hombre con una gran sonrisa.

—¿No ha habido suerte, Daniela?

Ella sonrió y le dio un beso.

—Acabo de colgar y me ha dicho que no puede venir —le anunció, sin abandonar aquella gran sonrisa.

Miré con más detenimiento a aquellos padres y al niño. No, nada que ver ninguno de los dos con el pequeño que iba con ellos, quizá había salido a alguna abuela o abuelo. Repasé de arriba abajo a la pareja y me di cuenta de

que ella estaba embarazada e iba de pie. La volví a mirar para asegurarme e inmediatamente me dispuse a ofrecerle mi asiento. Pero ¿qué pasaba con la gente? Esas cosas me sacan de quicio. ¿Dónde había quedado eso de ayudarnos unos a otros?

—Disculpa —la toqué en el brazo antes de levantarme—, siéntate aquí.

—No, tranquila, me bajo en dos paradas —me contestó, sin borrar aquella gran sonrisa de sus labios.

—Da igual, en dos paradas me vuelvo a sentar yo y listo —le dije riendo.

—Muchas gracias, pero no hacía falta. —Se sentó, para después aposentar sobre sus piernas al niño, que se abalanzó sobre ella.

—Luis, ten cuidado con tu madre —lo reprendió el padre ligeramente.

—Tranquilo, Julián, no pasa nada. —La mujer abrazó al pequeño.

Y yo me quedé como una gilipollas, mirando a aquella familia que parecía vivir un cuento de hadas, su particular cuento de hadas.

—Pues nada, me tocará cerrar la tienda y enviar a Mike allí —soltó ella, mirando a su pareja.

—¿Cómo se lo tomará Gabriel? Iban a salir esa noche —continuó él.

—A ver, Julián, no me va a quedar más remedio. —Suspiró—. Es que si no voy a estar sola en La Zarzamora.

—No deberías trabajar tanto, Daniela —se quejó el hombre, alargando una mano para acariciar la de la mujer.

—Estoy embarazada, no enferma. —Volvió a sonreír después de darle un beso en la cabeza al niño.

—Venga, ya llegamos. Muchas gracias —dijo luego y me miró antes de bajar en su parada.

—No hay de qué —contesté, al ver cómo desaparecían entre la gente del andén.

¿Y si en vez de ser ellos, fueran Donatello y nuestros hijos los que...? El vaivén del tren me hizo despertar, y menos mal.

Bajé en mi parada, miré el reloj y vi que era casi la hora en que había

quedado con Victoria en un pub irlandés. El sitio era pequeño pero acogedor, ideal para que las dos pudiéramos hablar con tranquilidad frente a una buena pinta de Murphy's.

Sólo tenía que salir del metro y caminar unos metros para entrar en el local. Al entrar ya vi a Vicky al fondo, sentada removiendo un café. No me extrañó, hacía tanto frío que yo estaba a punto de pedirme tres, uno para beberlo y dos para meter los pies dentro. ¡Quería que ya fuese verano!

Mientras caminaba hacia la mesa, me fui quitando el abrigo y la bufanda, que dejé en la silla en la que estaba también el abrigo de Victoria. Le di un beso en la mejilla y me sonrió.

Llamé al camarero para pedir una pinta de cerveza, a pesar del tiempo helado, me apetecía más relajarme tomándome una Murphy's que algo caliente.

—¿Qué tal todo? —pregunté.

—Muy bien, feliz. —Vicky sonrió de oreja a oreja.

—Bueno, pero cuéntame más, ayer me dejaste a medias porque entró una clienta en la tienda —insistí.

—¡Ay sí! —Dejó la taza en la mesa—. Lolo y yo nos vamos a ir a vivir juntos...

Los ojos se le iluminaron como si fueran dos faros en una oscura noche.

—Pero... ¿cuándo lo habéis decidido? ¿Qué ha pasado? —pregunté ilusionada.

Me explicó que la última vez que Lolo estuvo en España le pidió que se fueran a vivir juntos, pero que ella aún tenía reticencias por culpa de la distancia y de que no quería dejar su tienda, su vida y, sobre todo, no quería irse a vivir a una isla tan lejana. Que eso estaba muy bien en verano, pero que en invierno sólo había lluvia, mal tiempo y aburrimiento, y que ella necesitaba la vidilla de la gran ciudad. Me dijo que Lolo lo pasó mal al principio, pues creía que ella le iba a dejar, pero Vicky sólo necesitaba tiempo para pensar cómo iba a hacerlo.

—Además, ha surgido un pequeño problema que va a hacer que tengamos que acelerarlo un poco todo ... —Se me quedó mirando con una malévola sonrisa.

—Venga, va, dime. —Bebí un sorbo de la cerveza—. Me tienes en ascuas. No me digas que Lolo se viene a vivir aquí.

—Bueno, no exactamente, pero casi. —Levantó las cejas rápidamente varias veces, como para hacer más misteriosa la espera.

—¡Joder, Vicky, no me dejes así!

—¡Que estoy embarazada! —soltó de sopetón.

En ese momento lo del café con leche en vez de una cerveza tenía todo el sentido del mundo, pero yo casi me ahogué por la sorpresa. Cuando fui a decirle algo, el líquido se me coló por el lado que no debía, empecé a toser, a ponerme un poco nerviosa y la cerveza me salió por la nariz. Antes de que me diera cuenta estaba montando un espectáculo digno de una cámara oculta. Victoria se levantó enseguida, se acercó a mi espalda y empezó a darme golpes, intentando que no me ahogara.

Al final, un gran tortazo hizo que se me desatascara el gástrico y el líquido que me estaba atorando los pulmones saliera disparado hacia la servilleta que había conseguido ponerme en la boca, intuyendo el desenlace.

Tardé un minuto en volver a respirar de manera normal y miré de nuevo a mi amiga. Esta vez salté de la silla para acercarme a ella, levantarla y darle un abrazo de oso, de esos que te deja sin respiración. Hasta se me saltaron unas lagrimillas, bueno, en realidad las dos nos pusimos a llorar como dos tontas.

—Mi chocholoco embarazada —dije aún sin soltarla.

—¡Ay, niña! Que me han cazado pero bien —soltó.

Nos separamos lloriqueando de alegría y volvimos a sentarnos.

—¿Cómo ha sido? —Su cara fue un poema al escuchar mi pregunta—. A ver, idiota, me refiero a que si ha sido buscado...

—No, bueno, sí. Verás —se puso algo nerviosa—, en realidad, ni lo buscábamos ni lo dejábamos de buscar. Si surgía, pues ya veríamos qué hacer.

Y ahora ya está todo decidido.

—O sea, que el embarazo ha hecho que te decidieras de golpe —concluí, feliz por ella.

—Sí, así que... hemos decidido que en temporada alta viviremos en Lipari y cuando sea invierno regresaremos aquí. —Se encogió de hombros, dando a entender que era lo más sencillo.

Lolo tenía sus empresas, que funcionaban muy bien en verano, pero si había decidido repartir su tiempo entre Italia y España era porque seguro que tenía algo pensado para hacer allí. Yo le había visto todas las veces que había venido a visitar a Victoria y había ciertos temas que nunca se trataban, pero sabía que barruntaba algo relacionado con sus negocios y su expansión.

—¿De cuánto tiempo estás? —le pregunté nerviosa.

—De muy poco, en realidad de dos faltas. Eres la segunda persona a quien se lo cuento —sonrió—. Sé que no suele hacerse, pero es que no podía escondértelo.

—¡Qué alegría! —Le devolví la sonrisa—. Ahora me toca a mí.

Le dije que tenía algo que contarle y que no lo había hecho por teléfono porque quería tenerla cara a cara. Que ella sí, que era la primera en saberlo, y que esperaba que lo comprendiera.

—¿También estás embarazada? —Su cara fue de disgusto.

—No, no lo estoy —respondí algo molesta.

—Menos mal, porque para aguantar a ese gilipollas y además a un niño... —dijo sin pensar.

—Es mi novio —le advertí.

—¿Y qué? Para mí sigue siendo el mismo gilipollas, Malena. El anormal que te puso los cuernos con otra.

—Si nos ponemos así, yo también se los puse —defendí lo indefendible.

—¡Venga ya! Tú estuviste con otro después de que te abandonara, no es lo mismo.

—Bueno, no voy a entrar en distinciones y disertaciones sobre tiempos y

rupturas —le indiqué.

—Mejor —convino Vicky—, porque sabes que Do...

—Me caso. —No dejé siquiera que dijera el nombre.

—¡¿Quééééé?! —Se llevó las manos a la cabeza—. Me estás tomando el pelo, me estás vacilando, me estás gastando una broma, porque mi noticia era muy gorda y quieres, como poco, que me dé un parraque.

—No te estoy mintiendo.

—Virgen Santísima de la Animalada dicha en una Borrachera. —No sabía ni cómo ponerse en la silla—. Malena, ¿va en serio?

Asentí con cara de póquer, no sentía ninguna necesidad de poner rostro alegre, triste o de ninguna otra manera. Era mi decisión, nuestra decisión, y comencé a contarle a Victoria cómo sucedió sin que ella pestañeara siquiera.

Juan Pedro y yo lo habíamos decidido una noche, después de cenar en un bonito restaurante. Fue él quien, tanteando la situación, comenzó a hablar de futuro, de comprarnos una casa juntos, de comenzar a construir algo sólo para los dos y allí mismo me soltó la bomba. Me dijo: «¿Te casarías conmigo? Pero esta vez de verdad y para siempre». Lo cierto es que no le respondí de inmediato y cuando terminamos, le pedí que me llevara a casa y le dije que lo pensaría. En el coche me entregó un anillo, uno nuevo cuando supo que el otro lo «perdí». No le conté qué pasó, ni siquiera volví a sacarlo de aquel monedero que se quedó en el fondo de una maleta. Me pidió que me pusiera el nuevo cuando estuviera preparada. Lo hice al día siguiente. Si él era el amor de mi vida, el hombre por el que había llorado tanto, lo más lógico era decirle que sí.

—Estás idiota —fue la contestación de mi amiga.

—Pensaba que me apoyarías con esto —le contesté.

—Si tanto te importa mi opinión, quizá no estés tan segura —soltó.

—Vicky, no hace tanto estaba llorando por las esquinas por él...

—No hace tanto estabas colada por un tipo de ojos verdes que, y esto según tú —me señaló—, te hacía sentir como nunca antes nadie lo había hecho.

«¡Qué hija de la gran puta eres, Victoria!», pensé.

—Pero no pudo ser, era imposible y punto —repliqué—. Juan Pedro está aquí, me quiere y ha cambiado.

—Joder, sueñas como una mujer maltratada. —Se tocó el brazo de manera exagerada—. Se me ha erizado la piel y todo con el tono en que me lo has dicho.

—Pero si ya lo sabes, si hasta Carmina me trata diferente —le recordé.

—Sí, hija, ya lo sé, pero ¿hasta cuándo va a durar? ¿No te das cuenta de que para ellos también eres un reclamo? —me advirtió.

—¿Qué dices? —le exigí que se explicara.

—Sabes perfectamente que desde que saliste en televisión ellos te ven de otra manera. Es como si hubieras subido de escalafón...

—Eres una imbécil —solté enfadada—. ¿Eso es lo que crees? ¿En serio?

—Haz lo que te dé la gana, pero no me llames llorando cuando Juan Pedro vuelva a dejarte. —Se bebió lo que le quedaba de café y se marchó sin decirme ni adiós.

* * *

«Me cago en la leche que acabo de echar en el descafeinado —pensó Vicky casi en voz alta—. Es que no me lo puedo creer, en serio que no me lo puedo creer.»

Victoria iba caminando mientras se ponía el abrigo en medio de la calle. Sabía que su amiga estaba intentando arreglar su vida y quizá el camino que estaba tomando no fuera el más adecuado, pero ¿casarse? No, eso sí que la había dejado noqueada. Ni siquiera la buena noticia de su embarazo podía dejarla sentirse feliz por Malena, ni las jodidas hormonas se habían puesto de su lado. No, sólo pensaba que estaba cometiendo el mayor error que podía cometer.

Se metió la mano en el bolsillo, cogió el móvil y lo desbloqueó para llamar

a alguien.

—¡Lolo! —comenzó a llorar de manera desconsolada, ahí sí que estaban las hormonas a pleno rendimiento.

—¿Qué pasa? —le hablaba en castellano—. ¿El bebé? ¿Estás bien?

—Yo sí, tranquilo. Pero, pero... —tomó aire entre lágrimas— la gilipollas de Malena...

—¿Qué le ha pasado a Malena?

Lolo miró a su derecha, a Donatello, que estaba enfrascado en unos documentos y que al oír aquel nombre lo miró asustado. Luego se le acercó despacio, como temiendo las noticias que pudieran llegar a través de sus labios. Sólo rezaba para que no fuera nada malo...

Miró a su primo cuando éste colgó el teléfono y esperó ansioso lo que pudiera decirle. Los dos estaban en el despacho de Donatello en Milán, terminando de cuadrar una serie de números para un proyecto.

—¿Qué ha pasado? —lo instó a que hablara.

—Malena se... —respiró casi sin saber cómo decirlo— Malena se casa, Donatello.

Él se dejó caer en la silla que tenía a su lado, se llevó las manos a la cabeza y después se las pasó por la cara, sin saber qué decir o qué hacer. Pero de repente cogió el ordenador portátil que estaba sobre la mesa y, sin mediar palabra, lo lanzó contra la pared. Cuando fue a coger la silla para que siguiera el mismo camino, Lolo lo sujetó por los hombros tratando de tranquilizarlo.

En ese momento Donatello se dio cuenta de lo que acababa de hacer, de lo que acababa de oír y de lo que significaba.

Se abrazó a su primo y dejó que su llanto enrabiado lo consumiera.

Capítulo 21

Me desperté temprano, sabía que la vorágine iba a comenzar de un momento a otro, así que me tomé unos segundos para saborear aquella tensión que se mascaba en mi casa. Mis padres no dijeron nada cuando les comuniqué que me casaba, como tampoco dijeron nada cuando les informé de que me quedaría a vivir con ellos, sólo asintieron.

Suficiente habían tenido que aguantar los pobres cuando les conté lo que me había pasado en esas semanas que estuve fuera y, sobre todo, cómo era posible que regresara de la mano de Juan Pedro. La verdad es que eran unos verdaderos santos conmigo. Tampoco les quedaba más remedio, era su única hija, así que...

—¿Malena? —Mi madre apareció por la habitación—. ¿Estás despierta?

—Sí, mamá.

—Han llamado los de la peluquería y dicen que en una hora están aquí —anunció antes de irse, después de darme un beso.

Me levanté despacio, no tenía ninguna prisa. ¿No se supone que la novia ha de llegar tarde a su boda? El vestido estaba colgado en el armario de mi habitación. Y no, no era el mismo que el de la otra boda. Fue Juan Pedro quien dijo que debía ser todo nuevo, que esa vez lo íbamos a hacer de manera correcta y consensuada entre los dos.

Miré el móvil, no sabía si deseando recibir algún tipo de llamada. En realidad, ni siquiera tenía claro qué esperaba o dejaba de esperar. Lo único de lo que era consciente era de que mi amiga Vicky no iba a venir al enlace, y eso me estaba matando. ¿Su excusa? Que estaba con Lolo en plena temporada alta en Lipari y que el embarazo lo estaba llevando realmente mal. Sabía que era

una excusa como otra cualquiera. No soportaba a Juan Pedro, no le quería en mi vida y mucho menos quería estar en su boda. Pero de lo que ella no se daba cuenta era de que también era mi boda y la necesitaba. Victoria era cabezota, muy cabezota, y no quería presenciar el día en que, según ella, cometería el mayor error de mi vida. Puso una excusa, pero la verdad era ésa...

Salí al salón después de darme una ducha. Llevaba un pijama corto y de tirantes, para poder vestirme y desvestirme de manera rápida y fácil.

Cuando vi el panorama tuve una extraña sensación, los mismos semblantes de la otra vez. Estaban mi abuelo Joaquín y mi abuela Pepa tomando un café con porras y al otro lado salón, con su café «mareado» —o sea, con anís— la abuela Antonia. Levantaron la mirada en cuanto oyeron mis pasos.

—¿Un cafelete? —preguntó mi abuela, la del pueblo.

—Vale, pero con leche —acepté sonriendo.

—Esta vez sí que hay boda, ¿no, muchacha? —soltó el abuelo Joaquín, recibiendo un codazo de mi abuela Pepa.

—¡Qué bruto eres, hombre! —lo regañó.

—Esta vez sí. —Me senté con ellos a la mesa del salón—. Esta vez me caso.

—¿Estás segura? —La abuela Pepa me acarició la cabeza.

—Sí, abuela, muy segura —afirmé, y ella me dio un beso en la coronilla.

Por el pasillo apareció mi prima Aroa, con la nariz bien metida en el móvil.

—Hola, prima —la saludé—, buenos días.

—Hombreeeee, si hoy no hay drama —contestó sin mirarme siquiera.

Mi madre y mi padre aparecieron después, ella con los rulos puestos, para sentarse a la mesa y así poder desayunar todos tranquilos. Contamos anécdotas y nos echamos unas risas a costa de las cosas que nos explicaba la abuela Antonia de sus andanzas por el pueblo, sus amigas y el club de internet que habían creado. ¡Si hasta tenía Instagram y todo!

—Sí, y la siguen un montón de personas. Mira. —Mi prima me puso ante

los ojos su cuenta en esa red y me eché a reír.

—Pero, abuela, ¿qué necesidad tienes tú de abrazarte a un gorrino? —
Trataba de contener la risa.

—Ninguna, pero me dijeron que eso daba *foyogüers* de esos y, mira, trescientos corazoncitos me han puesto. Eso es que es buena, ¿no?

—Sí abuela, sí. —Meneé la cabeza mientras me reía.

—A ver si va a convertirse en la nueva abuela youtuber —dijo mi prima, haciendo referencia a una a la que le cerraron el canal.

Qué diferente era todo en comparación con hacía casi un año. Esa vez no era julio, sino junio, pero el calor igualmente no nos daba tregua. Que no había cambio climático... ¡Ja, señor Trump! ¡Ja, ja y ja!

Pero a las nueve en punto mi casa se convirtió en un auténtico salón de peluquería, maquillaje y tendencias varias. Todo ello obsequio de mi futuro marido, para que, como él decía, «mis chicas estuvieran preciosas», refiriéndose a mi madre, mis abuelas y mi prima, a la que yo metí en el lote. ¿Qué más daba una más que una menos? ¡Que le dieran por saco a Carmina y sus tonterías!

Me miré al espejo que teníamos en la entrada de mi casa. Después de pasar por chapa y pintura, ahí estaba yo, contemplando cómo la persona que se reflejaba en él nada tenía que ver con la Malena que conocía. La que veía en ese momento era mucho más sofisticada, más impostada y con un peinado más bonito, pero que nada tenía que ver con mi personalidad. No iba a negar que estaba preciosa, que casi parecía una actriz en la presentación de su película o en un reportaje de alguna revista de moda. Pero no, no era yo.

—¿Estamos ya? —me preguntó mi padre, Arturo.

—Sí, papá, estamos —respondí.

Aquella vez no elegimos una iglesia de postín, sino una más pequeña, para ser exactos la iglesia en la que me bautizaron. No es que yo fuera muy religiosa, pero estaba haciendo ese tipo de peticiones para fastidiar a Carmina y a la hermana de Juan Pedro. Él accedía a todo.

Podría haber ido andando a la iglesia, pero como en todo buen bodorrio, aparecí en un pedazo de cochazo conducido por un chófer y con mi padre atrás, acompañándome. Me cogía la mano con toda tranquilidad.

Sonó Pachelbel cuando entré por la puerta. Juan Pedro estaba muy guapo en el altar. Sus padres, Carmina y Juan Andrés, elegantes como ellos solos. Su hermana ni siquiera se dio la vuelta para verme recorrer el pasillo. Mi prima, ella a lo suyo, estaba grabándolo todo. Familiares y amigos sonreían mientras me acercaba al novio, que sonreía a su vez. Yo lo hice también.

Al llegar al altar, mi padre me dejó, no sin antes preguntarme muy bajito:

—¿Estás segura?

Asentí despacio sin dejar de sonreír. Él chocó la mano de mi futuro marido y se fue a su sitio. Al lado de la asquerosa de Carmina.

Y comenzó la ceremonia.

Sólo le di una alegría a mi futura suegra, dejé que fuera la ceremonia larga, una hora mínimo. Sabía que me iba a aburrir con tanto sermón, tanta lectura y tanto de todo, pero ¿qué más me daba si así podía darle ese gusto a tan católica mujer?

Y llegó el momento en que el cura comenzó a decir las palabras que nos convertirían en marido y mujer, y yo sonreí...

—Y yo os declaro...

En ese momento las puertas de la iglesia se abrieron de par en par.

Todos nos volvimos para ver qué estaba sucediendo. Yo, que seguía viendo igual de mal que antes sin gafas y a contraluz, no pude distinguir qué ocurría. Bueno, que las puertas se habían abierto estaba claro, pero ¿qué pasaba?

—¡Malena!

Aquella voz hizo que mi cuerpo reaccionara de manera exagerada. A pesar de la temperatura, se me puso la carne de gallina, la electricidad recorrió mi espalda y casi me mareé al oír aquel tono que me hacía llegar al cielo cuando nuestras pieles desnudas se encontraban: Donatello.

—Malena. —Llegó corriendo al altar.

Estaba sudado, sin resuello y con la cara desencajada por el esfuerzo. Me coloqué mejor para poder mirarlo. Yo sostenía el ramo de calas blancas y el cura miraba al niño, primo de Juan Pedro, que llevaba los anillos en un bonito cojín.

—¿Donatello? —La pregunta era simplemente estúpida, pero ¿qué podía decir?

—Sí, Malena, soy yo. —Eso ya lo sabía.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, aún desencajada.

Juan Pedro ni siquiera se podía mover del sitio. Mi padre sonreía de manera descarada. Carmina se abanicaba cada vez más rápido. Mi prima no paraba de grabar todo lo que estaba sucediendo. Mi madre ya no sabía dónde mirar y mi abuela, la del pueblo, estaba haciéndose selfis todo el rato.

—No te cases, Malena. —Donatello estaba inclinado, las manos sobre las rodillas, intentando tomar aire—. Yo te quiero. No puedes casarte con él.

—¿Perdona? —Lo miré levantando una ceja—. Apareces ahora, después de casi un año sin saber de ti, ¿y me pides que no me case? Estás loco.

—Malena, pensaba que necesitabas espacio, tiempo... Que necesitabas estar segura de lo que ibas a hacer con tu vida... —Se irguió cuan alto era y me miró serio—. Te he dejado espacio, tiempo y ni siquiera he intentado ponerme en contacto conmigo. Pero esto...

—Esto ¿qué? —soltó Juan Pedro.

—No estoy hablando contigo —replicó Donatello, que era más alto y algo más fuerte que él.

—Pero estás interrumpiendo en mi boda. ¿Te suena? ¿Boda? —Hizo aspavientos—. ¿Marido y mujer? ¿La señora Vinuesa? —Me señaló.

—Te repito que no estoy hablando contigo, sino con ella —me volvió a mirar—, con Malena.

—Pero es mi mujer...

—Malena...

—Donatello, haz el favor de marcharte —le pedí, aun sabiendo que me

estaba matando por dentro.

—No puedo hacerlo, no puedo permitir que cometas este error...

—¿Error? ¿Crees que esto es un error? El error es haber dejado pasar tanto tiempo sin decir nada.

—Me dijiste que me apartara, al irte con él me lo dejaste claro —se quejó con los ojos rojos, a punto de echarse a llorar—. No sé qué querías de mí, qué pretendías si no me decías nada.

—Si realmente me hubieras querido buscar... —Bajé la cabeza casi despidiéndome y dando por hecho que finalmente todo acababa ahí.

—¿Y tú? ¿Tú no podrías haberme buscado? —preguntó.

—¡Dime que no sabías nada de mí por Vicky! ¡Júrame que nunca te interesaste por mí! —lo acorralé, dejando claro que le enviaba mensajes a través de mi amiga—. Pero ya pasó, ahora estoy aquí.

—No he sabido hacerlo, Malena. —Ahora fue él quien dejó de mirarme.

—Lo siento, Donatello —intervino de nuevo Juan Pedro—, pero estás molestando en un día muy importante.

Sentí cómo su mano me obligaba a volverme hacia el cura para que la ceremonia terminase de una vez por todas y nos pudiéramos marchar al convite. Juré que allí me bebería todas las botellas que encontrara por el camino, aunque me diera otro shock anafiláctico; así, al menos, no tendría que recordar nada de lo ocurrido.

Suspiré, pero algo me hizo volver la cabeza hacia el pasillo de la iglesia, por el que Donatello caminaba despacio, deshaciendo sus pasos. Al fondo pude distinguir a Victoria con su gran barriga, junto a Lolo. Cerca de ellos Anna Rita, la madre de Donatello, lo esperaba con los brazos abiertos para darle consuelo. Paolo me miraba enfadado, muy enfadado. Yo me di la vuelta para mirar al cura y continuar con la ceremonia que siempre había soñado junto a Juan Pedro.

—Bueno, después de esta interrupción —continuó el sacerdote— retomo mi...

Algo me oprimía el pecho, no sabía qué era, pero no me dejaba respirar. Intenté tomar una gran bocanada de aire, tranquilizarme, mientras mi futuro marido me sujetaba la mano con fuerza y de pronto sentí que me mareaba. Sus dedos en mi muñeca quemaban, me molestaban, me retenían...

Aire, quería aire.

—¡Un momento! —grité mirando a Juan Pedro—. No puedo. Juro que lo he intentado, Juan Pedro, pero no puedo.

Me sacudí el brazo con fuerza para que me soltara.

—Es normal —intentó tranquilizarme él—. Son los nervios y la interrupción. No olvides que esto es una celebración.

—Lo sé, pero me da igual. Ha sido un error. No debí casarme contigo. No debí regresar contigo.

Los invitados comenzaron a murmurar de nuevo, al ver que yo miraba a los ojos a Juan Pedro, que tenía el rostro demudado y severo.

—Malena, tranquilízate, ya ha pasado. —Señaló la puerta vacía—. ¿Lo ves? Ya se han ido todos.

—No. La que se va a ir soy yo —le solté sin medias tintas—. Todo esto ha sido un error y nunca debí haber regresado a España contigo.

—Malena, cariño —me intentó coger las manos, ramo incluido—, respira, sé que es difícil, después de lo que ha pasado.

—¡Que no! ¡Que me voy!

Me sujeté el borde del vestido y me lo levanté decidida. Cuando mis piernas estuvieron libres, eché a andar hacia la salida por el pasillo central.

—¡¿Adónde vas?! —oí chillar a Juan Pedro.

Todo a mi alrededor era confuso, la gente no paraba de hablar, mi prima de grabar y yo sólo necesitaba salir de allí, pues me estaba faltando el aire. Quería encontrar a Donatello, sólo quería abrazarme a él. No quería soltarlo nunca.

«¡Por Dios, que no se haya ido!», rogué mentalmente, mientras aceleraba hacia la salida.

Cuando llegué a la puerta el sol me cegó.

—Está allí. —Victoria, que me conocía como nadie en el mundo, me esperaba fuera y me miró sonriendo, señalando a Donatello entre los brazos de su madre.

Caminé en su dirección, pero noté una presión en mi brazo que detuvo mi huida.

—¿Qué cojones estás haciendo, Malena? —Juan Pedro me atrapó con disimulado enfado.

—Me marcho, me voy. No voy a continuar contigo ni hoy ni nunca —le dije, sabiendo lo que quería y cómo lo quería.

—No me puedes hacer esto —masculló por lo bajo—. Han venido un montón personas a nuestra boda.

—Sí lo puedo hacer, y me voy. —Me volví a levantar el vestido y eché a andar de nuevo, apartándome de él.

— ¡Nunca vas a encontrar a alguien como yo, Malena! —gritó con rabia.

Me volví despacio y le contesté bien alto, para que todos lo oyeran:

—Ésa es la idea, Juan Pedro, ésa es la idea.

Sonreí al ver a Donatello, al reencontrarme con aquellos ojos verdes que me transportaban a las islas, a nuestras islas.

Cuando llegué a su lado, justo a unos pasos de Juan Pedro, que nos miraba atónito, Donatello se apartó de su madre para enmarcar con sus manos mi rostro. Cerré los ojos, recordando lo mucho que había echado de menos sus caricias. Sentí cómo sus pulgares recorrían mis mejillas, no me había dado cuenta de que lo que pretendía era secarme las lágrimas que rodaban libres y alegres por mi cara.

—No llores, Malena. Estoy aquí. Estoy aquí y no voy a marcharme.

—Júramelo —le pedí.

Todavía llevaba en las manos el ramo de flores. Sin siquiera mirar, lo lancé hacia atrás, pero en dirección al suelo, con la mala suerte de que cayó a los

pies de Carmina, que, con su flema de siempre, se llevó la mano al pecho, fingiendo un inexistente colapso al ver lo que estaba sucediendo.

Rodeé la cintura de Donatello con los brazos para no soltarlo nunca.

—Te voy a besar —me avisó.

—Estás tardando —contesté por lo bajo.

—Estamos rodeados por cámaras, por móviles, por...

—¿Te molesta? —pregunté.

—No, al contrario, quiero que quede constancia de que no voy a dejar de besarte hasta que llegemos a la habitación del hotel y te quite este horroroso vestido.

—Repito, Donatello, estás tardando.

Sus labios se atrevieron a asaltar mi boca, a sujetar mi cara con tanta necesidad que nuestros dientes casi chocaron; por fortuna, nuestras lenguas supieron remediarlo inmediatamente. Le había echado tanto de menos... Había necesitado que sus caricias me cubrieran, me hicieran sentir lo que en ese instante un solo beso me estaba haciendo sentir...

—Me estoy mareando —dijo Carmina.

—*Dai*, una pastilla para la vieja —soltó Anna Rita en un más que comprensible castellano, ya que se encontraba cerca de ella. Paolo se echó a reír.

Cuando Donatello y yo dejamos de besarnos, fuimos conscientes de que no sólo la familia estaba mirándonos, sino que también había cámaras de televisión grabando. Me temí que iban a tener tema para meses en sus programas.

Nos volvimos a mirar y, sonriendo, me dejé guiar por la mano de Donatello a donde fuera que quisiera llevarme.

«¡Ay, Victoria! ¡Cuánto te debo!»

La miré mientras me iba en dirección a la felicidad que tenía por delante. Ella se sujetaba el abultado vientre y Lolo la tenía agarrada por la cintura, los dos sonrientes. Paolo, a su vez, se acercó a su tía y, agarrados del brazo, se

marcharon con toda tranquilidad de allí. Invitaron a mi padre y a mi madre a que los acompañaran. Como era previsible, mis abuelos y mi prima los siguieron también, dejando todo el pollo para la familia abandonada.

* * *

—¿Adónde me llevas, Donatello? —pregunté, sentada en aquel coche que recorría las calles de Madrid a gran velocidad, intentando escapar del tráfico de un sábado a la una de la tarde.

—Al cielo —me dijo sonriendo.

—Eso está muy bien —le seguí la corriente—. Pero creo que no somos ángeles y...

Ví que nuestro destino era un hotel situado en una de las cuatro torres de Madrid.

Cuando detuvo el vehículo en la entrada, ni siquiera se despidió del chico al que le dio la llave. Simplemente salió corriendo para abrirme la puerta, cogirme de la mano y subir directamente a una de las plantas. En el ascensor no paró de abrazarme, besarme y, como era de esperar, todo el mundo pensó que éramos dos recién casados que querían pasar el día escondidos, enterrados el uno en los brazos del otro.

Al llegar a la habitación, me quedé boquiabierta. Sí, con Juan Pedro todo era bastante espectacular, pero nunca con aquellas vistas.

—Quítate eso —me ordenó Donatello, sin dejar que siquiera disfrutara del panorama.

—¿Perdona? —pregunté sin entender.

—No quiero que lleves puesto ese vestido —dijo casi dolido—, no quiero nada que me recuerde lo que he estado a punto de perder.

—Vas a tener que ayudarme —respondí.

—Estaré más que dispuesto a ello.

Antes incluso de que sus manos me tocaran, su boca ya estaba tomando

posesión de mis labios. Y yo sólo me empeñaba en desabrocharle los pantalones.

¡Oh, Dios, qué bien sabían sus besos! ¡Cuánto le había echado de menos!

* * *

El vestido estaba tirado en una esquina de aquella habitación, con la ropa de Donatello justo encima. Él me miraba tumbado en la cama, mientras a los pies un carrito con restos de lo que había sido nuestra comida esperaba a ser retirado. Yo estaba desnuda, mirando Madrid por el ventanal.

—Te encanta mirar por las ventanas —comentó Donatello.

—En realidad, lo que me gusta es disfrutar de la belleza. —Lo miré desde aquella posición, volviendo a disfrutar del atardecer de la ciudad.

—Eso es exactamente lo que yo estoy haciendo en este momento. —Oí sus pasos acercarse.

Volví la cara y vi que se había levantado y que llevaba dos copas de champán en la mano. Cogí la que me ofreció y en ese instante Donatello posó esa mano libre en mi cintura.

—Malena, no tienes ni idea de lo solo que he estado sin ti —me confesó, besando mi hombro desnudo.

—Me da miedo sólo pensarlo. —Eché la cabeza hacia atrás para poder besarlo.

—Hummm —oí el lánguido gemido de su garganta mientras nos besábamos.

—Cuidado, Donatello, estás con una mujer que ha dejado a su novio en el altar —bromeé con la situación con la que nos tocaba lidiar a partir de entonces.

—¿Y lo que vamos a dar que hablar en los medios italianos? —Movié las caderas de manera provocativa contra mis nalgas, haciendo que sintiera su excitación.

—¿No te importa? —pregunté, dando un sorbo a mi copa.

—No si es contigo, Malena.

Se introdujo en mi cuerpo, mientras su mano me agarraba de la cintura y la copa que él tenía en la otra mano caía al suelo.

Epílogo

Respiraba con dificultad. Y lo peor de todo era que la culpa era únicamente mía. No podía haberlo hecho peor, de eso estaba segura.

—Vamos —oí decir a Vicky.

—Que no, que no lo voy a hacer y punto —le dije enfadada.

—Pero vamos a ver, alma de cántaro —su paciencia estaba al límite—, he pasado toda la noche despierta con los dientes de Alessio, así que no me toques lo que no me cuelga, que nos conocemos y te doy de tortas.

—¿Podrías ser un poquito más suave? —le pedí, histérica perdida.

—Mira, podría, claro que podría, pero no me sale de las uñas pintadas de los pies, ¿lo ves? —Me mostró las sandalias.

—Que sepas que con esa actitud no vas a conseguir que me relaje.

—Es que no pretendo que te relajes, pretendo que pongas un petardo en tu culo y vayamos ya, ¡que llegamos tarde, coñe!

—Que no, que yo no voy. Así no voy. —Di vueltas en la habitación.

Vi cómo mi amiga se llevaba las manos al puente de la nariz e intentaba no coger ningún objeto contundente con el que agredirme. No entendía cómo Lolo conseguía amansar a aquella fiera.

—Te lo voy a decir una vez, pero sólo una vez, ¿vale? —Asentí despacio—. Vas a salir de la habitación echando hostias, caminar por el pasillo para ir en dirección a la piscina y después bajar despacito la escalera, ¿de acuerdo? —dijo en un tono de voz que me estaba dando hasta miedo—. Allí está Paolo esperándote en la Zodiac. Vas a subir a ella y yo iré contigo...

—Victoria, que no sé por qué he dicho que sí. Que yo no quiero, que puedo ir en coche...

—¡Se acabó! —Agarró lo que había encima de la mesa con una mano y mi muñeca con la otra.

No sé cómo leches abrió la puerta, pero allí estábamos las dos, corriendo por el pasillo, por la piscina y, sin darme cuenta, bajando ya la escalera que nos llevaba al embarcadero donde nos esperaba Paolo mirando el reloj.

—*Dai, dai!* —Hizo un gesto exagerado—. ¿Qué ha pasado?

—Lo de siempre, Paolo, que tiene miedo a las barcas. Pero me temo que es más una excusa porque está histérica perdida —soltó de golpe Victoria.

Había de decir que, después de un año, nuestro italiano había avanzado a pasos agigantados y casi lo entendíamos todo. Pero bueno, a lo que iba, yo mientras tenía los zapatos en una mano y con la otra me agarraba con fuerza al asiento en el que iba. Y era verdad, lo de la barca era lo de menos; en realidad, era lo que iba a hacer en unos minutos lo que me estaba poniendo histérica. Eché la vista atrás en un intento tonto de pensar que estaba en otro sitio y no en la barca.

* * *

Acabábamos de volver a tener sexo. Ni siquiera recuerdo la hora que era, pero Donatello y yo nos encontrábamos en aquella habitación de hotel en Madrid, después de mi definitiva no boda con Juan Pedro.

—¿Qué haremos ahora? —le pregunté, acariciando su pecho desnudo, mientras estábamos tendidos en la cama.

—No lo sé. —Me besó la cabeza sin preocuparse mucho—. ¿Qué propones?

—¿En serio? —repuse, levantando la cara para mirarlo a los ojos—. Digo yo que algo tendrías pensado al venir a buscarme, ¿no?

—Pues la verdad es que no pensaba nada. —Se puso colorado—. No quería tener demasiadas expectativas.

—Me habría casado. —Suspiré—. Si no hubieras venido, lo habría hecho

—confesé.

—Lo sé, Malena y no creas que ese pensamiento no me mata. —Me abrazó.

—Hubiera sido la mujer más infeliz del planeta al lado de una persona a la que no amaba, por culpa de dos maravillosas semanas en el paraíso contigo.

—Yo ya era el hombre más infeliz sabiendo que te habías ido con él.

—Lo siento, Donatello. —Metí la cabeza entre su cuello y su hombro, él me abrazó más fuerte—. Ni siquiera sé si fue orgullo lo que me hizo irme o simplemente pensar que lo que tuve contigo fue un espejismo. Creí que con el tiempo te olvidaría, pero no fue así. No pude, a pesar de lo que hice. Y mira que lo intenté.

—Te quiero, Malena. —Levantó mi rostro y me besó de nuevo.

—Yo también te quiero —le dije cuando nos separamos.

* * *

Lo que no sabía en aquel instante era que él estaba trabajando en la compra de un par de hoteles ubicados en España, algo que llevaba tiempo pensando y que, después de lo ocurrido, tenía más claro. De ahí que Lolo pasara más tiempo en Madrid que en Milán. Todo tenía un porqué y la cabrona de Victoria no me había dicho absolutamente nada. Sólo lo del embarazo y lo de que él tenía que pasar más tiempo con ella.

Fue casi al final de aquel fin de semana encerrados en aquella maravillosa habitación de hotel cuando Donatello finalmente me lo contó. Y me lo dijo después de pasar horas hablando de un futuro probable, de un «nosotros» y quizá un «juntos para siempre». No le dio muchas vueltas, simplemente lo soltó. Me dijo que tenía que pasar en Madrid un mes trabajando en algunos asuntos que seguro que me incumbirían. Y cuando me lo comunicó sonreí como una boba... Sabía que de nuevo me había mentado

al decirme que no tenía nada pensado para nosotros. Pero esa vez no me importó lo más mínimo.

Después de aquella conversación, salimos a dar un paseo, ya era hora de que nos aireáramos un poco, y yo, que siempre he sido algo moñas, decidí llevarlo a disfrutar del atardecer de la ciudad en el Templo de Debod.

—¿Qué habrías hecho si no te hago caso? —Le di la mano mientras paseábamos al lado del templo.

—Pues lo que tenía pensado en un principio, dejar a Lolo solo y que fuera él quien que se encargara de cerrar los contratos y la organización. — Sonrió, apretándome la mano.

—Sabes que estás loco, ¿no? —Paré para volverme y rodearle el cuello con los brazos.

—Sí, por ti. —Nos besamos sin reparos en medio de la calle.

Y sus besos, antaño necesitados, ahora me sabían a calma, a suavidad, a casa. Porque sí, había encontrado mi hogar en los brazos de aquel italiano de ojos verdes como el mar, que me miraban tan profundo que me dolía.

* * *

—¡Estoy cagada! —solté, al sentir que la barca comenzaba a moverse suavemente.

—En serio, Malena, son diez minutos, a lo sumo doce. —Victoria se sentó a mi lado y me acarició la mano—. Después ya está todo hecho.

La miré como si estuviera viendo al mismísimo fantasma de Michael Jackson. No es que no la creyera, pero si no me calmaba ya los nervios iba a tirarme por la borda de un momento a otro para ver si todo aquello se pasaba. ¡Pobre Vicky! No había podido hacer más cosas por mí porque yo no le había dado ocasión, que si no... Si no fuera por ella yo no estaría subida en esa Zodiac.

* * *

Con el tiempo y muchos cafés, me contó que había movido todos los hilos del planeta para que no me casara con Juan Pedro, con el Gilipollas, como ella lo llamaba, pero convencer a toda la familia de Donatello para que aparecieran en Madrid, en la iglesia y en la ceremonia fue lo más grande que creo nadie ha hecho por mí...

Sí, esa cabecita loca de Vicky se marchó un mes antes de mi boda a Milán para poner el grito en el cielo, barriga inmensa incluida. Lolo estaba completamente de acuerdo con ella, pues había visto que su primo estaba entrando en un torbellino de desesperación, malhumor, contestaciones agresivas... y lanzándose a vivir un peligroso ritmo lleno sólo de trabajo y viajes que acabarían por minar su salud.

Lo primero que hizo fue ir a ponerse de acuerdo con la madre de Donatello, Anna Rita, para que la ayudara en lo que tenía pensado. Si bien era cierto que todos querían ir antes de la boda, ella, mi amiga, que tenía ese puntillo melodramático, los convenció de que lo mejor sería hacerlo el día del enlace. Así las cosas, entre nervios y salidas de tono, y conociéndome a mí, sería más sencillo. Qué lista era, porque si hubieran venido un mes antes, es posible que calmada y con la mente fría, los hubiera mandado a todos a irse por donde habían venido. Pero no, la tía sabía que soy de las que reaccionan en los momentos de estrés, y en ese instante, frente al altar, estaba en uno de ellos. Iba a cometer el mayor error de mi vida y Donatello estaba pidiéndome que regresara con él. Sí, ella siempre supo cómo hacerlo, de qué manera actuar para que yo me diera cuenta de que el italiano era el idioma que debía aprender con rapidez y soltura.

* * *

La miré, le sonreí y respiré, para después volver a preguntarle:

—¿Por qué no he podido ir en coche? Recuérdamelo. —Ella me sonrió a su vez como respuesta, mientras las olas del mar movían despacio la barca, conducida por Paolo.

* * *

Me lancé al abismo sin pensar, pero cuando mi cerebro se asentó un poco creí que todo sería un caos. Él en Italia. Yo en España. Nuestros trabajos y el lío de los viajes. Pero al final no lo fue tanto, la suerte estuvo de nuestra parte... Bueno, la suerte y que su proyecto se retrasara más de lo que en un principio pensaba. Donatello pasó más tiempo en España del previsto. Tanto fue así que, al final, cansado de vivir en la habitación de un hotel con una mujer, o sea, yo, que había noches que ni siquiera dormía con él, se alquiló un apartamento al que finalmente tuve que mudarme. Y digo «tuve», porque el muy maldito no me dejaba salir de la cama, o siempre me pedía que me llevase ropa de recambio, así que un día, sin darle más explicaciones, dejé mi cepillo de dientes en el cuarto de baño y sonrió. Eso y una maleta llena de ropa. Nos levantábamos por la mañana juntos y por la noche no dejábamos que nuestras manos se separaran del otro.

Y fue la noche en que llevé la maleta llena de cosas, mientras cenábamos en su casa, cuando me soltó la bomba:

—Oye, Malena —tomó un sorbo de vino—, necesito un abogado para mis nuevos negocios en España. ¿No conocerás a ninguno?

Me quedé pensativa un rato, lo medité, intentando encontrar a alguien que reuniera las condiciones que sabía que necesitaban. Le di un par de vueltas y no hallé a nadie que pudiera servirles.

—No. —Puse cara de lástima—. Siento mucho no poder ayudarte.

—Ya. —Me miró sonriendo de medio lado—. ¿Estás segura de que no conoces a nadie, colegiada?

—¿Cómo? —Me atraganté con la comida—. ¿Yo? ¿Qué dices?

—Que quiero que trabajes en mis negocios en España. ¿Quién mejor que tú para hacerlo? Conoces la legislación de aquí y, además, así podrías trabajar conmigo. —Sonrió guiñándome un ojo.

—Sí, pero vamos... que no es mi especialidad —mentí un poco: sí lo era, aunque llevaba mucho tiempo en Recursos Humanos.

—Vamos —me acarició la mano sugerentemente—, piénsalo.

Casi no lo pensé y cerré mi etapa en la empresa en la que trabajaba. Demasiado complicado tener que seguir dando explicaciones sobre mis dos no bodas, mi nueva pareja, sus negocios y las veces que había salido en televisión. No, no era famosa, gracias al cielo, pero de vez en cuando, si no había información, alguien conseguía sacar algo. El que sí se había hecho un asiduo en la televisión fue Juan Pedro. Le encantaba y estaba feliz de ser perseguido por los paparazzi al ser el abandonado, al que dejaron por un rico empresario italiano. Eso vendía mucho.

Regresó con Piluca y los dos están viviendo algo así como su sueño dorado, mientras las cámaras los persiguen. Creo que incluso hicieron todo un reportaje en la revista Quince Minutos. Son tal para cual, aun a pesar de que él la dejó por mí y estuvimos a punto de casarnos.

* * *

Y allí estaba todo el mundo, esperando en la cala donde tiempo atrás se había celebrado la fiesta de cumpleaños del abuelo de Donatello. Y mientras, en aquella Zodiac, histórica perdida, estaba la mujer que se volvió completamente loca de amor por un italiano al que en ese momento veía sonreír de lejos. Me parecía que podría haberle contado todas las arrugas que se le formaban alrededor de los ojos al hacerlo. Ya, estoy exagerando un poquito, y eso me sería imposible por mi vista, pero ¿y si yo me lo imaginaba? ¿Qué pasa?

—¿Lo ves? —dijo Paolo—. Ya hemos llegado.

A la orilla bajaron un par de hombres, seguro que primos o sobrinos o algo de aquella extensa familia, para sujetar los cabos que Paolo les había lanzado y así llevar la barca hasta la arena.

Vicky cogió sus sandalias y, subiéndose el vestido casi hasta el culo, bajó de la barca y se mojó los pies, hasta llegar donde Lolo y Alessio la esperaban con cara de felicidad.

Después fue Paolo el que bajó, mojándose los bajos de los pantalones, y, agarrándome, me sacó en volandas. Quise protestar, pero su contestación fue rápida y concisa:

—Tú no te tienes que mojar.

Me hizo sonreír.

Al poner los pies en la arena miré a mi italiano de ojos verdes como el mar. Ahora sí que podía ver con claridad esas arrugas que tanto me gustaban. Estaba radiante, guapo a rabiar. Yo estaba sin palabras, sólo tenía que dar un paso y subiría a la plataforma de madera donde estaba él.

Mi madre me miraba cogiendo de la mano a Anna Rita, bella y elegante como siempre. Su padre, el abuelo de Donatello, estaba sentado al lado de la hija a la que un día echó de casa y al que ella nunca perdonó, aunque Donatello había hecho mucho para que se reconciliaran.

Y en ese momento ahí estaban. El abuelo junto a su hija y con mi abuela instagramer al otro lado, haciéndose fotos. Miré a mis otros abuelos, que me lanzaron besos. El padre de Lolo y de Paolo estaba sentado junto a la novia del segundo y la que parecía la madre de los dos. El «director» del hotel también estaba. ¡Hasta Olethea y el hermano de Anna Rita! Vi muchas caras conocidas.

Respiré un par de veces cuando sentí la mano de mi padre.

—Hija, espero que esta vez sí sea de verdad.

Lo miré con cara de pánico. Y él se asustó.

—Tranquilo, papá, esta vez sí que sí.

Me iba a casar y nadie iba a salir corriendo. O eso esperaba. Bueno,

mientras el juez, Donatello y yo no nos escapáramos, lo que ocurriera a mi alrededor me daba igual...

¿Mi prima tonteando con uno de los sobrinos mayores de Donatello? ¡Ay, madre mía! «Céntrate, Malena, tú a lo tuyo, que es más importante que lo de Aroa.»

Me acercaba a Donatello, cogida del brazo de mi padre, el ramo que llevaba entre las manos me temblaba y creo que no sólo por el viaje en la barca, sino porque finalmente, y después de dos intentos fallidos, iba a por una tercera boda y sin remordimientos.

Él no apartaba sus ojos de mí y yo no podía dejar de mirarlo.

En el instante en que nos dimos cuenta de lo cerca que estábamos de firmar un compromiso, un «para siempre», se nos encogió el corazón y Donatello no pudo aguantar más. Caminó hasta casi la mitad del pasillo por el que yo transitaba y me «arrancó» de las manos de mi padre, que se rio mucho mientras se apartaba y se dirigía al lado de mi madre. Ella lloraba emocionada.

—Estás preciosa —me dijo Donatello al oído, intentando retener las ganas de besarme en los labios.

—Y tú, como siempre, espectacular —respondí convencida.

El juez nos casó en italiano y en castellano, sobre todo por mis abuelos. Cuando de su boca salió el «Ya sois marido y mujer, ahora puedes besar a la novia», pensaba que lo primero que haría sería lanzarme a los labios de mi marido, pero no, me eché a reír sin parar, por el comentario que hizo mi abuela Antonia.

—¡Al fin se ha casado la chiquilla! A la tercera va la vencida —soltó. Estaba retransmitiendo la boda en directo para el club de internet de su pueblo.

—Tu abuela está fatal —me comentó Donatello, mientras me sujetaba la cara entre las manos.

—No creas que tu familia está tan lejos de la mía —repuse.

—¡Chiquilla, besa a ese muchacho! —oí decir a mi abuelo Joaquín.

—Calla, hombre, déjales, es su momento —soltó Pepa, su mujer.

—A ver si se arrepiente, como la otra vez —comentó él por lo bajo, y se llevó un codazo.

—Creo que quieren que nos besemos —susurré.

—Pues no dejemos que se desilusionen.

Los labios de Donatello se acercaron a los míos con delicadeza, posándose en ellos como acariciándolos. Mi boca le recibió casi como si de un sueño se tratara, uno del que no quería despertar. Nuestras lenguas se reconocían, se tentaban y yo dejé caer el ramo, porque en lo único que pensaba era en rodearle el cuello con los brazos, quedarme allí para siempre y no soltarlo pasara lo que pasase.

—¡EEEEEH! Hay niños delante. Por favor, un poco de decoro. —Era Vicky que tapaba cómicamente los ojos de Alessio.

La gente rio a nuestro alrededor. Lo dijo en italiano, pues la mayoría de los invitados eran familia de Donatello.

—Creo que deberíamos disfrutar de nuestra celebración —me dijo él, apoyando su frente contra la mía.

—¿Y si...?

—Nada, ya lo hicimos anoche, dos veces. —Me cogió de la mano para comenzar a saludar a los invitados.

—¿Una más? ¿Escondidos?

No me hizo ni caso y tiró de mí por el pasillo. Pero antes de eso, oí comentar al abuelo de Donatello:

—Esta chica tiene unas buenas caderas, le dará hijos grandes a mi nieto.

Su hija, Anna Rita, lo miró enfadado, pero él sólo rio.

Pero ¿qué manía tenía esa familia con lo de las caderas?

* * *

—Esta vez no has huido. —Donatello trazaba círculos en mi estómago desnudo, mientras su recién estrenado anillo brillaba iluminado por la luz nocturna que entraba por la ventana.

Yo lo miraba con cara embobada, sus ojos verdes me hipnotizaban, y él lo sabía perfectamente. Acabábamos de hacer el amor, después de deshacernos de todos los invitados y escapar. Nos fuimos en helicóptero hasta Stromboli. Creo que nunca me había sentido tan bien en toda mi vida, ni siquiera cuando creía que mi existencia era perfecta. Hasta el momento en que Donatello y yo comenzamos a vivir juntos no me di cuenta de lo imperfecta que era en realidad, de lo imperfecto que era él y de lo felices que podíamos ser simplemente cometiendo errores.

Suspiré cuando sus labios volvieron a acercarse a los míos, acariciándome con suavidad. Sabía que él estaba recordando la primera vez que hicimos el amor, en aquella misma habitación de hotel en la que nos encontrábamos tiempo después.

Yo rememoré cuando me pidió que nos casáramos, sabiendo, además, que la mera idea me daba urticaria.

* * *

No me acuerdo de cómo empezó, pero fue después de una fuerte discusión sin sentido, tras la que no volvimos a hablarnos en toda la noche. Yo, orgullosa como nadie, cogí una manta y le dije que dormiría en el salón. Donatello abrió los ojos como platos, pero conociéndome prefirió no decir nada más y meterse en el dormitorio, quizá esperando que meditara y me fuera a la cama. Pero no, allí me quedé yo, tumbada en el sofá con la manta hasta la barbilla y la televisión encendida. No sé qué hora era cuando volví a abrir los ojos, creo que noche entrada, al sentir una caricia en mi mejilla. Me costó un poco enfocar con mis ojos astigmáticos la cara de Donatello, que estaba arrodillado a mi lado. Le dije que aquella noche no quería volver

a verle, que no lo tocaría ni con un palo, pero allí estaba él, con rostro serio y asustado. Admito que por un instante pensé lo peor, pero cuando pude distinguirlo bien, vi que sostenía una cajita entre las manos. Me incorporé de inmediato. Conocía la pregunta. Sabía lo que iba a responder, a pesar de mis reticencias, así que ni lo pensé. Creo que ni escuché lo que me decía. Me lancé a sus brazos y lo único que hice fue llorar pidiéndole perdón, diciéndole que estaba bastante nerviosa por el trabajo y que lo sentía. Él me besó y sólo recuerdo que, después de ponerme el anillo en el dedo, dijo:

—Ven a la cama, no quiero que nunca te vayas de ella.

* * *

—No tengo ninguna necesidad de huir —le respondí—. Estoy donde siempre quise estar.

—Il mio vulcano...

Epílogo 2

—¡Lo mato! ¡Juro que lo mato! ¡Le corto la pollaaaaa! —Los gritos de Victoria se oían alto y claro.

—Por favor, respira —le pedí en un intento desesperado de que se relajara.

—Te juro que te mato a ti, como sigas así. —Me miró con el rostro demudado.

—Me han prometido que ahora mismo vienen.

—¿Quiénes? La policía, ¿no?

«Se le van a salir los ojos de las órbitas —me dije—. Como no se relaje o pase algo ya, seguro que se levanta, agarra lo primero que pille y se lía a mamporros a pesar de su condición.»

—No Vicky, me han prometido que ya baja el anestesista —seguí intentando tranquilizarla.

—¿Y Lolo? ¿Dónde está ese cabrón? —Ahora se puso a llorar.

—Están viniendo. Me ha dicho Donatello que ha habido tormenta y que han tenido que desviar el vuelo.

—Lo sabía, él lo sabía. Se lo dije, le dije que la niña iba a nacer de un momento a otro. Y él diciéndome que llegaría a tiempo, que estaría aquí. ¡Le corto la pollaaaaa! —gritó de nuevo—. ¡Estoy así por él! ¡Por follaaaaar!

Me llevé una mano a la cara. ¡La que me esperaba si su marido no aparecía ya...!

—Victoria, sabes que era importante —probé a razonar con ella—. Paolo no podía ir, Marissa está recién operada.

—¡Y una mierda! A mi cuñada que la cuide su madre —sollozó—. ¡Yo estoy solaaaaaa!

—No es verdad, no has querido que tu madre entrara. Sólo yo —le eché en cara.

—Es que quiero a Lolo... —lloró a moco tendido— Le quiero a él, sólo quiero estar con él.

Solté su mano y la abracé consolándola.

—Vamos, ya verás cómo en cuanto te pongan la epidural se te pasarán todos los males. —Sonreí de medio lado.

—¡Drogaaaaaas! ¡Quiero drogas yaaaaaaaaaaaaaaaa...!

Tuvo otra contracción, y de las fuertes, viendo cómo me apretujaba entre sus brazos. Yo también recé para que Lolo llegara lo antes posible y así no tener que acompañarla al paritorio, o me mataría.

Lo peor no era eso, sino que el anestesista debía de estar con cuatro pacientes a la vez, y no se acercaba a la habitación en la que estaba Vicky. Yo estaba sufriendo casi lo mismo o más que ella, por los dolores en mi mano y en mis costillas, dependiendo de lo que me apretara en ese instante.

Llevábamos más de media hora esperando a que le pusieran la epidural y sus dolores iban en aumento, así que me temía que al final iba a tener que parir a la brava. ¡Madre mía! Me echaba a temblar sólo de imaginarlo.

—Tengo miedo, Malena. ¿Y si me muero y nadie se ocupa de Alessio? Es muy pequeño.

—Vamos a ver Vicky, que sólo vas a dar a luz —le dije, acariciándole la cara.

—Me duele mucho, esto es peor que cagar con gastroenteritis...

—Lo sé, cariño, lo sé...

—¡Qué coño vas a saber tú, cojones! —replicó, apretando los dientes—. No has pasado por esto, cuando lo hagas, verás...

Levanté las cejas asustada y palidecí.

—¡Hija de puta! —soltó—. ¡Eres una cabrona!

—Victoria, cálmate...

«Como no venga Lolo, lo traigo yo misma agarrado de los pelos de la

nariz», pensé.

—No me has dicho nada, yo aquí sufriendo y tú viendo esto... —Otra vez se echó a llorar—. Soy una mala amiga, soy la peor de las personas. ¡Llama a mi madre! Dile que entre ella y vete tú.

—Anda, no seas melodramática, hija.

—Pero Malena, tú no puedes ver esto, no puedes verme así, si no...

La puerta se abrió de golpe y entró Lolo, sudando como un pollito.

—¡Tú! ¡Túúúú! —Vicky lo señaló—. Yo soy de palabra, soy mujer de palabra. ¡No vas a volver a tocarme en tu jodida vida!

—Cariño —dijo él en castellano, pues sabía que Victoria, cabreada, en italiano no regía muy bien—. Ya estoy aquí, tranquila.

—¿Tranquila? ¡Te matooooo!

Salí despacio de la habitación. Menos mal, ya no hacía falta que me quedase. Lo mejor de todo fue que en ese instante en que me marchaba llegó el anestesista. ¡Menudo cabrón! Justo cuando yo me iba. Lolo se llevaría la mejor parte y yo me había comido toda la posesión demoníaca de mi amiga.

Entré en la sala donde los padres de Victoria esperaban nerviosos y les comenté que todo iba bien y que podían estar tranquilos. Donatello estaba en el quicio de la puerta.

—¿Cómo está? —preguntó.

—¿La verdad o la versión para niños? —Me miró sin entender—. Digamos que está poseída por el demonio.

—Madre mía.

—Mira —le enseñé mi mano, roja por lo fuerte que Vicky me la había apretado en cada contracción—, un poco más y me la arranca.

—Debe de doler un montón. ¿Quieres que vayamos a tomar algo?

Nos dirigimos a la cafetería.

—¿Qué tal el viaje?

—Todo bien, cansado, pero al final ha merecido la pena. —Finalmente, en la puerta de la cafetería me besó.

—Me alegro de que hayáis cerrado el negocio. —Suspiré.

Nos sentamos a una mesa algo apartada. Donatello tenía unas grandes ojeras bajo sus preciosos ojos. Se lo veía cansado, y seguramente lo estaba. No sabía si sería el mejor momento para decírselo, pero...

—¿Qué te pasa? —preguntó, mientras daba vueltas al café que tenía en la mano.

—Es que no sé cómo decírtelo —susurré, retorciéndome las manos.

—¿El qué? No me asustes. —Dejó el café en la mesa—. ¿Ha pasado algo estos días que no he estado?

—Bueno, pasar, pasar... no ha pasado nada en especial, digamos que se ha estado cociendo.

—Joder, Malena —me miró a los ojos—, se dice y punto.

—Estoy embarazada.

—¿Qué? —Pareció no entenderme.

—Pues eso, que se dice y punto —solté—. Estoy embarazada y punto.

Lo vi sonreír y luego echarse a reír a carcajadas. Me puse muy nerviosa, para qué mentir. Y, además, la poca gente que a esas horas estaba en la cafetería nos miró. No, no me hacía ninguna gracia la noticia, pero al parecer a Donatello sí, y mucha.

—No me hace gracia.

—A mí sí.

Me enfadé.

—Malena, no es algo que nos pille por sorpresa. —Se recompuso y me cogió la mano—. ¿No lo estábamos buscando?

Asentí más tranquila.

—Me alegro mucho, estoy muy ilusionado, sé que seremos unos padres excelentes... Pero es que te he imaginado con Vicky dentro del paritorio, tú sabiendo que estás embarazada y...

De nuevo volvió a reírse sin cortarse un pelo.

—Oye... —me quejé.

—Lo siento, cariño, lo siento mucho. —Se levantó de la silla y, acercándose a mí, me abrazó—. Pero Victoria puede ser muy intensa en ciertos momentos, miedo me da imaginar lo que habrá estado pasando por tu cabeza.

Finalmente me reí yo también, a carcajadas, convirtiéndonos en el centro de atención.

* * *

Unas horas más tarde, Adriana estaba en brazos de su madre, en la habitación del hospital. El rostro de Vicky mostraba que el proceso había sido de todo menos apacible. Según nos pudo contar Lolo, la anestesia no hizo el efecto esperado y la pobre tuvo que dar a luz en vivo. Menos mal que se lo comió él y no yo, me dije.

—Cógela —alentó Victoria a Donatello, sonriendo.

No sé lo que me pasó en ese momento, no sabría cómo describirlo, pero ver a Donatello, mi italiano de ojos verdes, con aquella pequeña entre los brazos me hizo comprender que todo el camino que habíamos recorrido era para llegar hasta ese destino. Uno en el que la vida no era perfecta, en el que los problemas estaban y existían, pero también donde las cosas más pequeñas se convertían en grandes.

Seríamos grandes padres, eso lo tenía claro. ¿Conseguiríamos ser una gran pareja? Eso sólo estaba en nuestras manos y me hacía sonreír la respuesta que aparecía en mi mente. «Sí, Malena, Donatello y tú os enfadaréis, os gritaréis, dejaréis de hablaros un rato, pero también estaréis para siempre juntos.»

* * *

—¡Donatello! Cuidado con Adriana, que va corriendo a tu lado —oí a Vicky avisar de que la pequeñaja se había escapado del abrazo de su madre.

No sé en qué momento exacto Victoria dejó de llamarlo Tortugo, pero me

hizo jurar que nunca le contaría que lo había llamado así. Ahora le daba vergüenza recordarlo.

—Tranquila, la tengo yo —le dije, mientras levantaba a la niña del suelo.

La miré sonriente. Adriana me había robado el corazón. Y no, aquella vez no pudo ser. Donatello y yo perdimos a aquel bebé tan esperado. Pero aunque fue un momento difícil y complicado, todos nuestros familiares y amigos estuvieron a nuestro lado. Después de esa pérdida nos encerramos un poco en nosotros mismos, pero la vida seguía y en cualquier momento podríamos ser nosotros los que corriéramos detrás de un bichillo como el que tenía en brazos. Mientras, aprovechábamos los ratos en que estábamos juntos para malcriar a los hijos de Victoria y Lolo.

—¿No se lo has dicho? —Donatello se me acercó y me acarició la mejilla.

—No, esta vez no se lo diremos a nadie hasta que pase un tiempo prudencial —respondí, besando la cabeza de la pequeña.

Donatello se sentó a mi lado en el sofá de la terraza, mientras mirábamos cómo Lolo y Alessio jugaban a la pelota y Victoria traía unas cosas para picar. Sentí su brazo pasar por encima de mis hombros y atraerme hacia él.

—Te quiero, *vulcano*.

—Y yo a ti...

Se oyó un gran estruendo y una pelota perdida apareció a nuestro lado, sobresaltándonos. Al mirar, vimos que en la mesa, hacía un momento bien colocada, había vasos volcados, platos por el suelo y un jarrón roto.

Victoria miró a su marido y a su hijo con cara de pocos amigos.

—¡Los dos! ¡Ya! —Se fue hacia ellos—. Vais a recoger todo el estropicio que habéis causado en uno, dos...

Padre e hijo salieron corriendo para esconderse dentro de la casa, riendo como locos.

—Malena, aún estás a tiempo. —Victoria me miró seria—. No os pongáis a tener niños, que mirad lo que pasa.

La vimos entrar a la casa corriendo, para echarle la reprimenda a los dos

huidos de su «justicia divina».

Donatello y yo nos miramos y no pudimos hacer otra cosa que echarnos a reír. Ya no estábamos a tiempo de echarnos atrás.

Ya no.

Agradecimientos

Quiero darle las gracias en primer lugar a alguien que ha sido de gran apoyo durante la creación de esta novela, mi prima Estefanía. Sí, a ti, que creo que has leído el libro unas treinta y siete veces más o menos, poniendo notas en todo lo que creías que podía mejorar la historia. Mil gracias, «primi».

A Cristina Prada, y a su contrario, por ayudarme con todas las dudas que tenía con respecto al italiano, al idioma, ¿eh?, que os veo venir. Estoy segura de que, aunque revisado, lo mismo meto la pata, no le echéis la culpa a nadie más que a mí: «¡Aliholi!».

A Esther Escoriza, por confiar de nuevo en mí y en esa vida interior en la que paso tanto tiempo haciéndome reír. Y sobre todo por pensar que esas locuras e historias que escribo podrían haceros un poco más felices. Mil gracias de nuevo, querida.

A mi familia, por estar ahí siempre, alentándome, preguntándome por el próximo libro o por cuándo voy a dejar esto y convertirme en una persona seria... Ellos no saben que les miento y les digo que sí a todo.

Y por último a mi marido y al pequeño de la casa. Al primero, por aguantarme, cuando ya tiene lo suyo, el pobre, y al segundo por ser el que, aunque me vuelva loca, me saca sonrisa tras sonrisa. Y eso, en los tiempos que vivimos, es lo más importante.

Ah, se me olvidaba, y a vosotras, lectoras, que estáis ahí esperando agazapadas para lanzaros en plancha sobre mis nuevas historias.

Y... ¡chimpún!

Nota de la autora

En mi viaje por las islas Eolias tuve la oportunidad de subir al volcán Stromboli y poder ver una de sus erupciones —lo hace cada 20 minutos—, y sentirme pequeña, muy pequeña, delante de aquel fenómeno.

En esta novela hablo de la última explosión registrada en el momento en que yo la escribía, la del año 2007, sin saber que cuando vosotros la leyeráis, el volcán habría entrado en erupción de nuevo, dejando un muerto y varios heridos en su camino.

Con todo mi cariño.

PATTY MCMAHOU

Biografía



Yo nací y no había nadie en casa. En ese momento mi madre estaba comprando y, cuando regresó, ¡me echó tal bronca...! Bueno, no fue realmente como el maestro Gila lo contaba, pero pasó algo parecido. Esta pobre que os escribe vino al mundo en un momento en el que su madre casi no la esperaba, ella tan tranquila y, ¡hala!, aparecí yo hace bastantes más años de los que me gusta recordar.

Dicen que la edad es un grado, pero a mí los únicos grados que me gustan son los del verano y los de la cervecita helada que te

sirven en el chiringuito. En ese orden.

Nací y crecí. Me casé y procreé. También por ese orden.

Y de mayorcita, antes de casarme y procrear, los dedos ya le daban a las teclas de manera incontrolada. Algo así como la escritura automática, pero sin poseerme ningún espíritu. Por lo tanto, lo de poner orden y sentido a las letras, las palabras y las frases, y conseguir que se entiendan, es algo que llevo haciendo mucho tiempo, aunque me daba vergüenza admitirlo.

No hablaré de qué hago, dónde vivo u otras cosas, no vaya a ser que no os guste y deseéis venir a devolverme el libro o algo peor. Pero, si buscáis mi nombre en el listín telefónico, aparezco por la M de McMahou.

Por lo tanto, aquí me hallo, me encuentro y creo que soy. Espero no perderme. Y que dure.

Ni tú eres un príncipe ni yo he perdido un zapato
Patty McMahou

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de las ilustraciones de la cubierta: Macrovector / Freepik"
© del diseño de la cubierta: Sophie Güet
© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Patty McMahou, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21573-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

